

PEDRO URVI



EL SECRETO DEL REY

EL SENDERO DEL GUARDABOSQUES LIBRO 2

El Secreto del Rey

El Sendero del Guardabosques Libro 2

Pedro Urvi

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros.

[Lista de Correo](#)

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Web: <http://pedrourvi.com/>

Twitter: <https://twitter.com/PedroUrvi>

Facebook Autor: <http://www.facebook.com/pedro.urvi.9>

Facebook Página: <https://www.facebook.com/pedrourviautor/>

Mail: pedrourvi@hotmail.com

Copyright © 2019 Pedro Urvi

Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Sarima

<http://envuelorasante.com/>

Otros libros de Pedro Urvi:

Serie El enigma de los Ilenios



Serie Los Dioses Áureos:



ÍNDICE

Otros libros de Pedro Urvi:

Mapa

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[FIN](#)

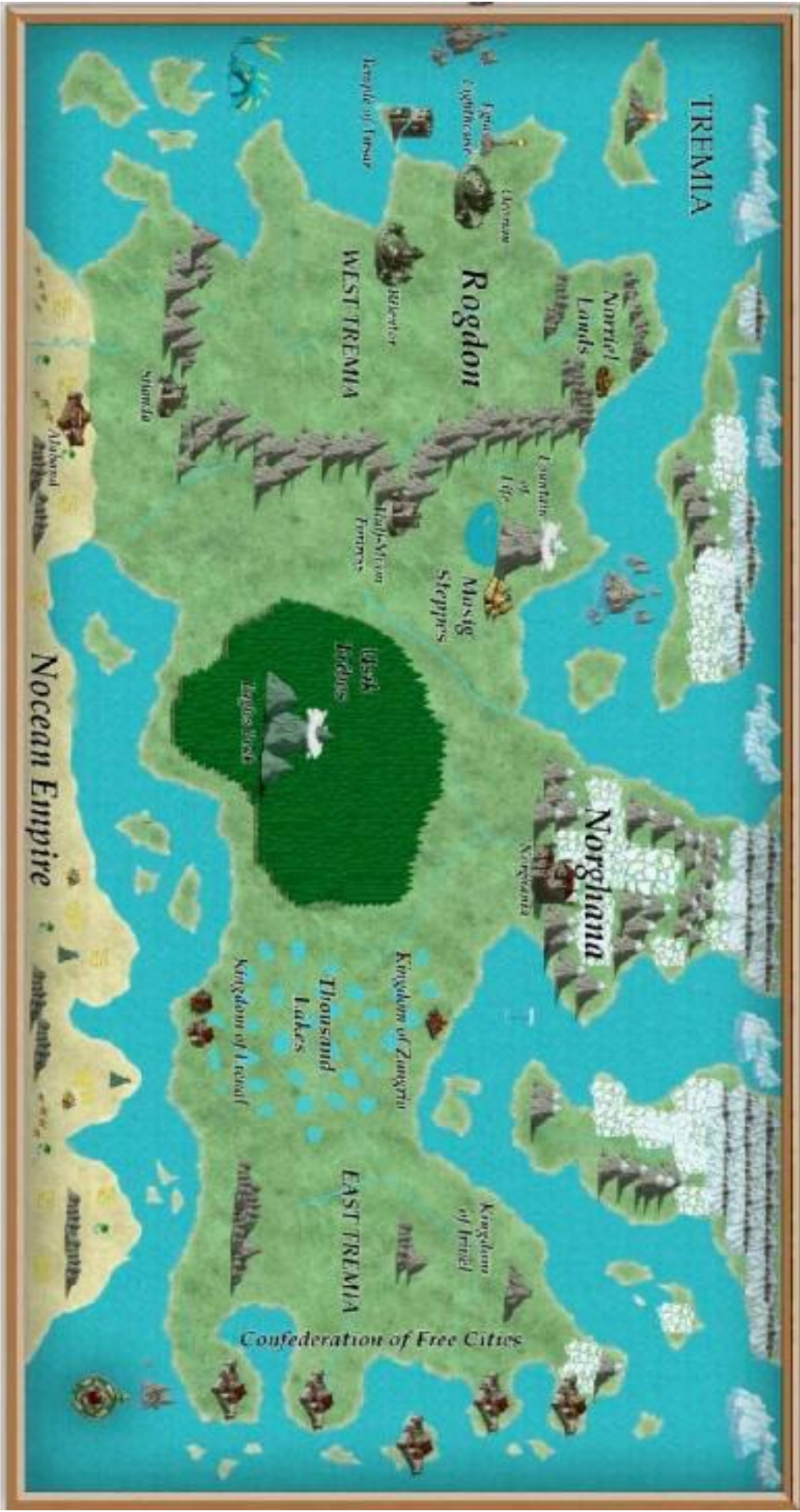
[Nota del autor:](#)

[Agradecimientos](#)

[La aventura continua en:](#)

[El Misterio de la Tundra: \(El Sendero del Guardabosques, Libro 3\)](#)

Mapa



Dedicatoria

Esta serie está dedicada a mi gran amigo Guiller. Gracias por toda la ayuda y el apoyo incondicional desde el principio cuando sólo era un sueño .

Capítulo 1

Lasgol inhaló el frío aire invernal. «Huele a guerra, a serios problemas» pensó mientras acariciaba el lomo del bueno de Trotador sobre el que descansaba. «Quizás sólo sea mi imaginación...». Sacudió la cabeza. «No, conociendo mi suerte me esperan serios problemas, seguro. Pero los afrontaré venga lo que venga». Suspiró hondo dejando salir una bocanada de vaho.

Observó el puente y la aldea al final del valle. No eran un puente y una aldea cualesquiera. Era su aldea, Skad. Sobre aquel puente había recibido una paliza de muerte a mano de tres abusones hacía un año, cuando partió para unirse a los Guardabosques. Se estremeció al recordar el dolor que sufrió.

De súbito, Camu se hizo visible y saltó de su hombro. Bajó hasta el lomo de Trotador y subió por su crin hasta situarse sobre la cabeza del fuerte poni Norghano.

—Camu, ¿qué haces?

La criatura observó el río, emitió un chillidito agudo y comenzó a flexionar las cuatro patas, como si bailara.

Trotador rebufó inquieto.

—Oh, no...

Es todo cuanto Lasgol pudo decir. Camu se deslizó hasta el suelo dejándose caer con sus manos adheridas al cuello de Trotador. El pobre poni relinchó asustado y se encabritó. Lasgol tuvo que tirar de las riendas y sujetarse con fuerza para controlarlo. Estuvo a punto de irse al suelo.

—¡Calma, chico, calma! —le dijo y consiguió controlarlo—. Buen chico, tranquilo, no pasa nada —le susurró al oído mientras le acariciaba el lomo.

Buscó a Camu con la mirada. La traviesa criatura estaba en medio del río persiguiendo una trucha arcoíris como si fuera un depredador nato.

—¡Camu! ¡Vuelve aquí! —pero la criatura saltaba de un lado a otro en el río detrás de las truchas—. ¿Se puede saber qué haces? ¡Si tú no cazas! ¡Que eres herbívoro!

La criatura lo ignoró y continuó brincando y chapoteando por el río. Lasgol resopló. «Está jugando, todo esto es un mundo nuevo para él». Así era, y parecía estar disfrutando a lo grande. Desde que habían abandonado el Campamento, la criatura no paraba de experimentar con todo lo que descubriría a su alrededor. Esto ponía a Lasgol en más de un aprieto, así que debía tener mucho cuidado o alguien lo descubriría.

—Ya vale, deja de jugar y vuelve aquí antes de que te vean.

Camu alzó la cabeza y con sus ojos saltones le dedicó una mirada de protesta. La eterna sonrisa que adornaba su cara ya no engañaba a Lasgol. Sabía cuándo estaba molesto o protestaba.

—Ven aquí, pillo que eres un pillo.

Cómo temía, Camu ignoró su llamada y continuó jugando a atrapar peces, saltando por el río, emitiendo agudos grititos de alegría.

Al ver que no le obedecía, Lasgol masculló una protesta entre dientes a los Dioses Helados. «Tendré que usar mi Talento, es la única forma de obligarle». Se concentró y usó su Don. Envío un mensaje mental a Camu. «Ven, ahora».

La criatura se detuvo en medio del río y miró a Lasgol. Inclino la cabeza, cerró y abrió sus grandes ojos un par de veces y se decidió. Corrió hacia Lasgol. De un salto se adhirió al lomo de Trotador con sus cuatro extremidades y comenzó a trepar. El poni volvió a asustarse y comenzó a relinchar. Lasgol se las vio y se las deseó para tranquilizarlo. Cuando por fin lo logró, lanzó una mirada de enfado a Camu. La criatura se había recostado sobre el hombro de Lasgol y había enrollado la cola en su cuello. Abrió los ojos e inclinó la cabeza, como poniendo cara de inocente. Luego abrió la boca todo lo que pudo en una sonrisa enorme.

—¡No me pongas esa cara de *yo no he hecho nada*, que sabes perfectamente que sí! Y deja de asustar a Trotador, al pobre lo pones muy nervioso y sé que lo sabes.

Camu emitió un suave chillido y cerró los ojos.

—Sí, eso, duerme. Y escóndete, que vamos a entrar en la aldea y no puede verte nadie.

La criatura asintió y desapareció en su hombro.

—Eso lo has entendido, claro. Dormir, sí; jugar, no —se lamentó Lasgol con un gesto.

Camu volvió a aparecer y le lamió la mejilla. Antes de que Lasgol girara la cabeza ya había vuelto a desaparecer.

—Eres imposible.

Trotador volvió la cabeza.

—Tú, no, amigo, tú eres un buen poni. Venga, vamos a la aldea.

Se pusieron en marcha. Al entrar en las calles en las que tantos malos momentos había vivido, Lasgol tuvo que hacer un esfuerzo para recordar alguno bueno y lograr calmar los nervios que le revolvían el estómago. Intentó buscar un buen recuerdo en compañía de su padre, un momento anterior al incidente, antes de que se viera convertido de forma injusta en un traidor al reino. Le costó. Sintió un escalofrío. Entonces recordó cómo paseaba cogido de la mano con su padre cuando era un mocoso por aquella misma calle y se calmó.

La gente lo observaba con desconfianza, pues parecía un forastero de paso. Vestía la capa con capucha de color rojo de los Guardabosques Iniciados, los de primer año. Pero la llevaba dada la vuelta. Era reversible. El interior era de un color marrón-verdusco no muy bonito pero funcional, no llamaba la atención. Fuera del Campamento debían vestirla así, nadie debía saber que estaba siendo instruido por los Guardabosques. Cuanto menos supieran los extraños de ellos, mejor. Pensó en la capa de segundo año, la que el Instructor Mayor Oden les daría al regresar y comenzar el nuevo año, la de Aprendiz, de un amarillo chillón. Se estremeció, casi era más horrible que la roja de primer año.

Las expresiones de los lugareños cambiaban en cuanto lo reconocían. Pasaban de la desconfianza al horror y luego a la vergüenza, todo en un instante. Lasgol no se escondía bajo su capucha, si bien podía haberlo hecho. Llevaba el rostro al descubierto para que todos supieran quién era. Miraba a los aldeanos y los saludaba como si los conociera de toda la vida, cosa que era cierta, pero era algo que hacía sólo un año, hubiera sido impensable. «Se acabó bajar la cabeza, se terminó desviar la mirada al cruzarme con alguien. Soy Lasgol Eklund, hijo de Dakon, y me respetaréis por ello, os guste o no. A mí y a mi difunto padre».

Llegó hasta la primera de las tres paradas que había decidido realizar nada más pisar la aldea. Desmontó y ató a Trotador a un árbol junto a la pequeña casa. La estudió con detenimiento. El tejado estaba en muy malas condiciones.

Necesitaba trabajo, mucho. El resto de la estructura estaba tan mal como hacía un año. Llamó a la puerta con fuertes golpes. Era demasiado temprano para que su inquilino estuviera despierto, sobre todo si había estado degustando vino Noceano la noche anterior, cosa que le encantaba hacer.

Lasgol giró la cabeza hacia su hombro derecho donde Camu descansaba.

—No te muestres si no estamos solos, sería un grave problema —le dijo sin demasiada esperanza. La criatura estaba disfrutando tanto del viaje que era casi imposible controlarla. Todo era nuevo y excitante para ella.

Se escuchó un alboroto en el interior. Alguien tropezaba sobre cacerolas y banquetas. Se escuchó un grito ronco.

—¡Ya va! ¡Deja de aporrear mi puerta!

Lasgol esperó, sabía que la puerta tardaría un poco en abrirse.

—¿Quién llama a mi puerta tan temprano? ¡Es que ya no se puede descansar en esta maldita aldea!

Lasgol no contesto. Se limitó a golpear la puerta una vez más.

—¡Por las montañas nevadas de nuestra patria que te cortaré las orejas como no sea asunto de vida o muerte!

La puerta se abrió y un enorme hombre con aspecto de un oso recién despertado de una larga hibernación apareció tras ella.

—Buenos días le deseo, señor —fue el saludo de Lasgol.

La expresión del rostro del soldado retirado fue un poema.

—¡Las... gol! —exclamó y de la impresión se inclinó hacia atrás. Casi perdió la muleta de apoyo y se fue al suelo.

—Hola, Ulf —dijo Lasgol con una sonrisa.

—Pero... Lasgol... el Campamento... Guardabosques —de tan confundido que estaba parpadeaba sin parar con el ojo bueno y no terminaba de hilar las frases.

—¿Mucho *calmante* ayer?

—Pero... cómo... ¿qué haces aquí?

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro. Pasa —dijo el enorme Norghano y dejó que Lasgol entrara.

La casa estaba igual a como la recordaba. Excepto que ahora reinaba el desorden y el caos por doquier. La cocina era el área más afectada. Las

botellas de vino vacías y los platos de madera con restos de comida se amontonaban formando una montaña inestable. Por su parte Ulf, tampoco había cambiado. Seguía tan grande y feo como una bestia de las montañas. El mismo cabello y barba rojizas solo que ahora más desaliñadas de lo habitual. El ojo tuerto que llevaba al aire para que todos lo vieran, seguía dando a su rostro un aspecto feroz y cruel. Recordó que le había producido más de una pesadilla. Lasgol sonrió, Ulf seguía teniendo el aspecto de un oso salvaje de los bosques del sur.

—No esperaba compañía... —se disculpó Ulf recogiendo unas piezas de ropa del área común y lanzándolas a su habitación.

—Quizás debería haber anunciado mi llegada...

—¡Tonterías! Tú eres siempre bienvenido en mi casa. Ya limpie todo esto otro día. El invierno ha sido duro y ya me conoces... la limpieza y las tareas del hogar no son lo mío.

—¿No has cogido otro mozo para sustituirme? —preguntó Lasgol al ver que su camastro no parecía estar siendo utilizado.

—Bueno... sí, he cogido ya tres... Pero los muy mentecatos se marchan corriendo al de poco. El último no duró ni una semana. Dicen que no aguantan mi mal carácter. ¡Mal carácter, yo! ¿Puedes creerlo?

Lasgol tuvo que ahogar una carcajada.

—Estos jóvenes Norghanos de ahora... —dijo Lasgol sabiendo que aquel comentario gustaría al grandullón.

—¡Exacto! Ya no hacen Norghanos como los de antes. A estos niños los separan de las faldas de sus madres y son incapaces de hacer nada más que lloriquear.

Lasgol sonrió y dejó escapar una risita.

Ulf le miró de pies a cabeza y asintió.

—Tienes buen aspecto, chico. Yo diría que hasta has crecido un poco.

Lasgol se encogió de hombros.

—Será la instrucción física.

—Y dime, ¿qué se siente al ser un héroe?

—¿Ya se sabe?

—Las noticias vuelan en nuestro reino helado como si las trajeran en

trineos tirados por lobos hambrientos.

—Yo me siento igual que siempre —sonrió Lasgol quitándole importancia.

—¿Es verdad que saltaste sobre el rey e impediste que le alcanzara una flecha asesina?

—Sí... bueno... ya sabes cómo se exageran estas cosas... no fue para tanto...

—A mí me ha llegado que fue digno de ver.

—Ocurrió muy rápido. Actúe por instinto.

—¡Muy bien hecho! ¡Como un verdadero Norghano! ¡Ya sabía yo que tenías madera de algo!

—¿Por eso me acogiste como mozo?

—¡Por eso y porque necesitaba un mozo!

Lasgol rio.

—Prepárate algo caliente mientras termino de vestirme, ya sabes dónde debería estar todo —le dijo Ulf y cojeó hasta su habitación.

—Una infusión reanimadora nos vendrá bien —dijo Lasgol que sabía era lo que mejor sentaba a Ulf las mañanas de resaca. Se puso manos a la obra y aprovechó para ordenar un poco el desastre de la cocina.

—¿Qué haces de regreso? Te hacía con los Guardabosques —preguntó Ulf mientras buscaba una túnica medio presentable que no tenía.

—Tenemos tres semanas de permiso tras la finalización del año. Es una especie de recompensa por haber superado el año.

—Osease que has superado el primer año de instrucción.

—Sí, señor.

—Y has salvado la vida del rey recibiendo una flecha dirigida a él.

—Sí, señor.

Ulf sonrió.

—Igual tienes más madera de la que yo pensaba.

Lasgol sonrió de oreja a oreja.

—No creo.

—Pues yo creo que sí. ¡Sí señor! —Ulf siguió buscando algo que ponerse — ¿Y has vuelto hasta esta cochambrosa aldea? ¿Por qué? Pensaba que la

odiabas...

Lasgol suspiró.

—No es que la odie... es mi hogar después de todo...

—¡Vaya hogar! Como todos aquí te han tratado tan bien... —dijo Ulf con tono de profundo sarcasmo—. Seguro que has vuelto a darles abrazos y palmaditas en la espalda uno por uno.

—No, no he vuelto a recriminar nada a nadie.

—¿No?

Lasgol negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera a mí?

—A ti, el que menos.

Ulf se quedó parado. Algo muy raro en él que era una fuerza de la naturaleza y no se estaba quieto un suspiro. Observó a Lasgol con el ojo bueno y no supo qué contestar. Carraspeó con fuerza.

—Lo siento si fui demasiado duro...

Lasgol le interrumpió. —¿Has sido menos duro con tus otros mozos?

—¡Por mis barbas heladas! ¡Claro que no!

Lasgol sonrió. —Me trataste como tratas a todos, no como a un apestoso. No hubiera podido pedir nada mejor, ni más justo.

Ulf casi perdió el equilibrio.

—Pero hubo momentos... quizás fui demasiado duro... mi carácter... ya sabes...

—Quizás. Pero estoy aquí de una pieza. ¿No es así?

—Eres demasiado bueno. Te lo dice este viejo soldado retirado. Eres demasiado blando de corazón. Eso te traerá problemas.

Lasgol se encogió de hombros. —Puede ser, pero prefiero ser así que lo contrario.

Ulf resopló. —¿Es que no has aprendido nada conmigo? Creía que te había inculcado un poco de buen sentido común y dureza Norghanas.

—De soldado Norghano, querrás decir.

—¡Por supuesto! Mil veces mejor que el de estos aldeanos planta lechugas que hablan con las gallinas y cerdos. Y no me digas que los Guardabosques

son mejores porque no me convencerás.

—Los Guardabosques me han enseñado alguna que otra cosa bastante útil.

—¡Bah! —mil veces más provechosa hubiera sido la formación que hubieras recibido en la infantería.

—He visto a los Invencibles del Hielo y a la Guardia Real. Son aún más impresionantes de lo que me contaste.

—¿Ves? El viejo Ulf sabe de lo que habla —se acercó a sus armas en el armero y las acarició con la mirada ausente, recordando tiempos mejores—. Los Guardabosques no te enseñaron a usar estas, ¿verdad? —dijo señalando la espada, el hacha larga y el hacha de dos cabezas.

—No. Esas no son armas de Guardabosques.

—¡Son las armas de un verdadero Norghano!

Lasgol sacudió la cabeza, sabía que no había forma de cambiar lo que Ulf pensaba.

El veterano soldado se acercó a Lasgol, ya con mejor presencia. Lasgol le pasó la infusión y los dos bebieron en silencio.

—Todos saben ahora lo que pasó —dijo de pronto Ulf.

Lasgol le miró. Asintió. —¿Todos, todos?

—Que el hijo del Traidor salve la vida del rey no es algo que se pueda mantener en secreto. Las nuevas se han extendido por todo el reino. No creo que no haya una sola persona que no haya oído una u otra versión de lo que pasó.

—Entiendo —dijo Lasgol y bebió un sorbo.

—También se sabe que tu padre ha sido declarado inocente por el rey. Su honor ha sido repuesto.

Lasgol asintió.

—Deberías restregárselo a todos, uno por uno, hacerles pagar sus desprecios. ¡Yo te ayudaré gustoso! ¡Por todas las montañas heladas que lo haré!

Lasgol negó con la cabeza. —¿Qué conseguiría con eso?

—¡Satisfacción! ¡Se merecen pagar por lo que te hicieron pasar!

—El odio sólo engendra odio...

—¿Qué estupidez es esa? ¿Es eso lo que te enseñan los malditos

Guardabosques?

—No, Ulf, eso me lo enseñó mi padre.

El grandullón echó la cabeza atrás. Se pasó el antebrazo por el ojo malo, estaba incómodo.

—No estoy aquí por venganza... Y no creas que no me gustaría hacer lo que dices, porque parte de mí lo quiere. Pero hay otra parte que sabe que eso no conseguiría nada más que crearme más problemas. No, me aguantaré las ganas de gritar a todos en sus caras lo injustos y despreciables que fueron conmigo.

Ulf soltó una sarta de improperios.

—Pero te agradezco tu ofrecimiento.

—Si cambias de idea no tienes más que decirme —dijo y levantó el puño como si fuera a sacudir a alguien.

—Lo haré.

—Y dime, ¿qué vas a hacer ahora que has limpiado el nombre de tu padre? Esa es la razón por la que te uniste a los Guardabosques, no me digas que no, a mí no me engañas. ¿Regresas para quedarte? ¿O estás de visita y volverás con ellos?

Lasgol suspiró profundamente.

—Es algo en lo que he pensado mucho. Tienes razón, me uní a los Guardabosques con la única intención de limpiar el nombre de mi padre y ahora que lo he conseguido no tengo ningún motivo para quedarme. Pero...

—¿Pero? Sabes que yo odio los *peros*.

Lasgol sonrió. —Resulta que he encontrado un hogar entre los Guardabosques, más que eso, he encontrado una familia. La que perdí y ya no tengo...

—¿Familia?

—Sí, mis compañeros se han convertido en mi familia. Y los propios Guardabosques, que tan difícil me lo pusieron cuando me uní a ellos, son mi hogar ahora. Así lo siento.

Ulf negó con la cabeza. —Sigo pensando que harías mejor carrera en el ejército, más ahora que eres un héroe del reino.

—Gracias, pero quiero seguir en los Guardabosques, aún tengo mucho que

demostrar, tanto a ellos como a mis compañeros...

—Entiendo que has tenido dificultades...

—Sí, no ha sido nada fácil. Quiero demostrar a mis compañeros que soy digno de su amistad y a los Guardabosques que merezco convertirme en uno. Sé que será difícil. Tengo tres años más por delante muy complicados, pero algo en mi interior me anima a seguir adelante. Quiero convertirme en Guardabosques, como lo hizo mi padre.

El hurraño soldado asintió varias veces. —No hay nada malo en ello. Más sabiendo que sigues los pasos de tu padre. No insistiré más con lo del ejército.

—Gracias, Ulf, sé que lo haces pensando en mi bienestar.

Ulf suspiró. —Quiero que sepas que siempre me pareció extraño lo de tu padre. Yo le conocía y creo que soy bueno juzgando el carácter de las personas. No era propio de Dakon lo que decían que hizo.

—Gracias, Ulf. No era él, estaba dominado por Darthor.

—¿Dominado?

—Controlado. Darthor puede dominar a las personas para que hagan su voluntad.

—¡Por todos los icebergs del norte! ¡Eso es sucia magia negra!

—Sí. Marca a las personas con unas runas de poder y mediante ellas las controla para que cumplan sus deseos.

—Pocas cosas odio más que la magia traicionera.

—Tú y prácticamente todo el mundo —dijo Lasgol.

—No me dirás que no es con razón, mira lo que le hicieron a tu padre.

—Sí, no te falta razón... pero...

—¿Pero? ¡No hay *peros* que valgan!

Al oír la expresión favorita de Ulf, Lasgol tuvo que disimular una sonrisa.

—Creo que la magia no es mala en sí misma, es quien la usa quien lo hace para el bien o para el mal.

—¡Otra maldita tontería de Guardabosques! ¡Toda la magia es mala! ¿Pero qué demontres os enseñan allí?

—¿Y los Magos de Hielo del Rey Uthar?

Ulf se quedó sin saber qué decir. —Bueno... son magos del rey... eso es

diferente.

—No, realmente no es muy diferente. Es la persona que usa la magia lo que cuenta, no la magia en sí. Eso me enseñó mi padre...

—Puede ser... Yo sólo sé que donde esté el acero, que se aparte la magia.

Lasgol rio. —Como diría cualquier buen soldado Norghano.

—¡Así es! —dijo Ulf y se bebió el resto de la infusión de un trago como si fuera cerveza.

Lasgol se sentía bien en compañía de su antiguo señor. Había sido duro con él, injusto muchas veces, pero había sido honrado. No había maldad en Ulf, sólo un temperamento como una tormenta de invierno. Lasgol se dio cuenta de que lo había echado de menos. De que, en el fondo, lo apreciaba mucho.

—Y dime, ¿por qué has venido entonces? A visitar a este viejo soldado retirado con malas cualidades y peor carácter no puede ser...

—He venido a reclamar las posesiones de mi padre. El rey le ha restituido todos sus bienes y tierras y en agradecimiento me ha regalado una suma importante de moneda.

—¡Vaya con el muchachito! ¡Vas a ser el más famoso de la aldea y el más rico! ¡Esto hay que celebrarlo con una ronda en la posada!

—Quizás luego, Ulf. Primero quiero recuperar la casa de mi padre.

—¡Esto va a ser divertido!

—¿Me acompañas?

—¿Qué si te acompaño? ¡Esto no me lo pierdo por nada en el mundo!

—Bien, pues vamos.

—Coge mi espada.

Lasgol lo miró sin comprender. —No vamos a necesitarla, ¿verdad? —dijo con cierta aprehensión.

—¡Ja! Eso ya se verá. Tú cógela.

Lasgol obedeció y salieron de la casa.

Capítulo 2

Llegaron a la plaza mayor de la aldea. Estaba muy concurrida, apenas cabía un alma. Lasgol observó extrañado el gentío, no se esperaba tanta gente, la plaza no solía tener aquel aspecto a media mañana. La mayoría de la gente solía estar a sus labores.

—Es día de mercado —le explicó Ulf con una sonrisa de satisfacción. Se irguió todo lo grande que era apoyándose en su muleta, de forma que todos le distinguieran.

Lasgol comprendió: los aldeanos y mineros de la zona aprovechaban el día de mercado para hacerse con alimentos y herramientas para la semana. Él hubiera preferido que fuera un día normal y que la plaza estuviera medio desierta como solía ser el caso. No iba a tener esa suerte.

Según cruzaban la plaza avanzando en dirección a la casa del Jefe, las conversaciones cesaban, los rostros se volvían y los ojos se clavaban en Lasgol. Aquellos rostros mostraban una enorme sorpresa que al cabo de un instante se volvía vergüenza, la cual intentaban disimular desviando las miradas.

Ulf decidió cruzar la plaza por el centro, entre todos los puestos de mercaderías. No sólo no iba a dejar que la visita de Lasgol pasara inadvertida, sino que se iba a encargar de que todos y cada uno en aquella aldea sufrieran la vergüenza y el mal trago que tan merecidos tenían. A medida que pasaban, los murmullos de asombro de los parroquianos iban en aumento. Ulf se detuvo en medio de la plaza y comenzó a mirar a la gente con cara desafiante. Lasgol suspiró a su lado.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Es que acaso no habéis visto nunca un héroe?

Lasgol se puso colorado y se arrebujó en su capa. Él quería pasar desapercibido...

—¡Miradle bien todos! ¡Este es Lasgol Eklund, el que fuera mi mozo, al que todos tratasteis como a un perro sarnoso! —dijo señalando a Lasgol a

pleno pulmón. Lo dijo con tanta potencia que se escuchó en toda la plaza.

—Ulf... no es necesario... —le susurró Lasgol intentando que la situación no se volviera todavía más incómoda para todos.

—¡Tonterías! ¡Se lo merecen por cretinos y desalmados!

Lasgol tragó saliva. La gente, avergonzada y molesta, intentaba continuar la compra mientras disimulaba, haciendo como que no los veía.

—Un héroe Norghano nos visita. Miradle todos bien pues lo tratasteis como un despojo por años.

—Ulf...

—Hoy nos honra, Lasgol Eklund, hijo de Dakon. ¡Héroe del reino! ¡Salvador del Rey! Avergonzaos todos y pedid perdón como el montón de moñigos de vaca que sois.

—Por favor... Ulf... déjalo.

Ulf resopló.

—Está bien. Porque tú me lo pides. Que si por mi fuera los enterraba a todos en nieve hasta el cuello y los dejaba así por todo un día.

—¿Ya te has desahogado? —llegó la voz de Gondar Vollan, el Jefe de la aldea.

Se volvieron y lo vieron acercarse seguido de Limus Wolff, su ayudante.

—No he hecho más que empezar.

Gondar observó a Lasgol un largo momento. El Jefe siempre le impresionaba por su presencia, era tan grande como Ulf pero bastante más joven. Un guerrero Norghano nato.

—Menos mal que el muchacho tiene el sentido común que a ti te falta. Estamos en medio del mercado, abroncar a todo el pueblo no es lo más sensato que podías hacer hoy.

—Y ¿cuándo he hecho yo lo más sensato?

—Nunca...

—¡Pues por todos los Golems helados que no voy a empezar hoy!

—Como Jefe tengo que mantener la paz en la aldea... Así que deja de vociferar a la gente.

—Voy a dejar de decirles cuatro verdades que tienen bien merecidas, pero no porque tú me lo digas, sino porque me lo ha pedido el muchacho.

—Bien, como quieras, pero deja de crear alboroto. Tengamos el día en paz.

—Por mí no lo tendríamos.

—Sí, eso lo sé muy bien.

—Los alborotos en día de mercado son muy malos para la economía del pueblo —dijo Limus dijo con su voz fina, casi femenina, enseñando el dedo índice a Ulf en negativa. Limus era un hombre menudo con cara de ratón y, según decían todos, muy listo. Se encargaba de todas las labores administrativas y logísticas de la aldea.

—Limus, a mí no me hagas gestos con el dedo que te lo arranco de un mordisco.

El ayudante de Gondar retiró de inmediato la mano y se parapetó tras el Jefe.

El Jefe resopló. —Veo que estás de un humor excelente hoy —dijo con sarcasmo.

—¿No lo estarías tú si tu mozo regresara a verte convertido en héroe nacional?

—Pues sí, lo estaría.

—¿Y no repartirías unos cuantos buenos sentimientos entre tus vecinos que tan bien se portaron con él?

—Entiendo tus motivos, pero tengamos el día en paz.

—Lo tendremos. Y te recuerdo que tú y ese que se esconde tras de ti, también le debéis una disculpa al muchacho.

Lasgol se puso rígido. Ulf acababa de desafiar a Gondar. Nadie desafiaba a Gondar. La cara del Jefe se volvió hosca. Su mirada se tornó oscura. La gente que los rodeaba y la de los puestos cercanos los miraban y cuchicheaban.

Gondar se percató. —Cuidado con lo que dices, Ulf. Soy el Jefe y nadie me dice lo que tengo que hacer.

Los dos enormes Norghanos intercambiaron una mirada intensa, como si de dos grandes osos salvajes se tratase: uno joven y otro ya viejo y marcado por las cicatrices, a punto de enzarzarse en una pelea.

—Tengamos calma... —dijo Limus con tono conciliador intentando calmar los ánimos.

—Las disculpas no son necesarias, de verdad —dijo Lasgol.

Gondar giró la cabeza hacia él. Le miró fijamente, como leyéndole.

—Sí qué lo son —dijo el Jefe.

Lasgol se quedó perplejo.

—Eres un héroe, has salvado la vida al rey Uthar, y nosotros... toda la aldea... —dijo señalando alrededor—, te hemos tratado muy mal. Por ello te pido disculpas, en mi nombre y en nombre de esta, tu aldea, de la que soy la máxima autoridad.

Ulf se relajó y una tenue sonrisa de satisfacción apareció en su cara de viejo soldado.

—Gracias... —dijo Lasgol que ni en mil años hubiera esperado el reconocimiento.

Todos en la plaza miraban y murmuraban.

—Hay que puntualizar que son dos momentos diferentes en el tiempo y muy contrapuestos. Recordemos que Dakon había sido condenado como traidor —dijo Limus intentando disculpar al Jefe ante los aldeanos.

—Aun así —dijo Gondar—. El muchacho no tenía ninguna culpa y lo tratamos como a un descastado. No volverá a suceder algo así, no mientras yo sea Jefe.

—¡Así se habla! —exclamó Ulf.

—Gracias, Jefe Gondar —le dijo Lasgol conmovido.

—¡Vamos, continuad con lo que hacíais! ¡Y honrad al héroe que nos visita! —dijo Gondar a todos los que miraban.

La multitud volvió a retomar sus compras, charlas y tratos entre vecinos.

Gondar fue a marcharse.

—Jefe, hay un tema... —le dijo Lasgol.

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Lasgol se llevó la mano al morral de viaje que llevaba a la espalda. Lo abrió y sacó un pergamino con el sello real.

—Tengo que entregárselo.

El Jefe vio el sello, lo reconoció y le pasó el pergamino a Limus. El ayudante lo abrió y leyó atentamente.

Por Decreto Real todos los honores, títulos, propiedades y enseres de Dakon Eklund, Guardabosques Primero del reino de Norghana, le son restituidos de forma inmediata.

Firmado:

Uthar Haugen, Rey de Norghana.

—Interesante... —dijo Limus.

—¿Qué dice? —quiso saber Gondar.

—Todos los bienes, títulos, y propiedades de Dakon han de ser devueltos. Siendo su hijo aquí presente su única familia, deberán serles devueltos a él.

—¡Boñigas heladas! —se lamentó Gondar dando un pisotón sobre el suelo —. Eso va a ser un problema...

Ulf, que ya lo sabía, sonreía de oreja a oreja.

—Es un Decreto Real. Es incontestable e inapelable —atestó Limus.

Gondar resopló. —Veo que al final vas a tener la bronca que buscabas — le dijo a Ulf.

El soldado retirado se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—Limus, busca a mis ayudantes. Que se presenten.

—Muy bien, señor.

Gondar se dirigió a Ulf y a Lasgol. —Hablaré yo y sólo yo. No quiero derramamiento de sangre hoy. ¿Entendido? —dijo palpando la empuñadura de su espada.

—Por supuesto —dijo Ulf que seguía sonriendo ahora con cara de no haber roto nunca un plato.

Gondar negó con la cabeza y resopló.

Los hombres del Jefe no tardaron en presentarse. Eran seis, duros, elegidos por Gondar para ayudarle en el mantenimiento de la paz en la aldea y protegerla de bandidos y similares. En una pequeña aldea como Skad no hacía falta más. Venían armados con lanza y escudo redondo de madera reforzada. Uno de ellos portaba la lanza y el escudo del Jefe y se los entregó.

Gondar hizo una seña a Lasgol. —Tú junto a mí. Ulf, tú detrás. Y no se te ocurra provocarlos o te las verás conmigo.

—Está bien... —gruñó el soldado retirado y puso cara de no estar muy ilusionado con la orden.

Con paso decidido mientras los parroquianos les observan con gran interés, se dirigieron a la hacienda Eklund, el hogar donde Lasgol se había criado y del que le habían echado a la calle a patadas. Era la hacienda más grande del pueblo con lo que no tenía pérdida. Se detuvieron al llegar frente a la puerta en muralla de piedra que rodeaba la casa y gran parte de la propiedad. La puerta de entrada era una alta verja de acero rematada con puntas de lanza en su parte superior para evitar que la escalaran.

Al ver su antigua casa, una edificación en forma de nave alargada construida de piedra y madera al estilo Norghano, Lasgol sintió que un escalofrío le bajaba por la columna. De pronto los recuerdos comenzaron a agolparse en su mente. Le asaltaban y le producían sensaciones de bienestar, de añoranza, de pérdida... Recordó a su padre, a su madre en la distancia, los buenos tiempos con ellos, los malos cuando ella desapareció de su vida... y la muerte de su padre... la traición... el odio de la gente... todo al mismo tiempo. Los ojos se le humedecieron. Para distraer su mente y no echarse a llorar, se concentró en examinar el edificio. Era la casa más grande de la aldea y estaba en perfecto estado. Eso se debía a que ahora la ocupaba Osvald, al que apodaban “El Látigo”, primo segundo del Conde Malason, señor de aquel condado, que le había otorgado la casa y las tierras de Dakon.

—¿Qué pasa? —preguntó al verlos llegar uno de los dos guardias de Osvald tras la verja. Lasgol se percató de que también iban armados con lanzas y escudos redondos. Llevaban petos con el emblema del Conde Malason.

—Llama a tu señor —le dijo Gondar sin más explicaciones.

Los dos guardias cruzaron una mirada, luego observaron a la media docena de hombres de Gondar y decidieron obedecer. Uno de ellos entró a buscar a su señor mientras el otro observaba, muy tenso, a la comitiva.

Osvald “El Látigo” no tardó en aparecer.

—Jefe Gondar, ¿qué significa esto? —preguntó según avanzaba hacia la verja de entrada. Al ver a Lasgol se detuvo. Su rostro se ensombreció. Le comentó algo en voz baja al guardia que le acompañaba. Éste se dio la vuelta

y volvió a la casa a la carrera.

—Tenemos que hablar, asunto oficial —dijo Gondar con tono solemne.

—¿Sobre qué? —preguntó Osvald con tono de sospecha. Llegó hasta la puerta, pero no la abrió.

—¿No vas a dejarnos entrar? —preguntó Gondar arqueando una ceja.

—No. No con él aquí —dijo señalando a Lasgol.

—Eso es una descortesía —afirmó Limus.

Osvald se encogió de hombros y puso cara de que le daba igual.

—Abre la puerta. Soy el Jefe de la aldea.

—Yo sólo respondo ante el Conde Malason, quien sea Jefe de esta aldea me tiene sin cuidado.

—Cuidado con lo que dices, en esta aldea yo soy la ley y nadie está por encima de ella, sirva a quien sirva —le advirtió Gondar.

—Quizás, pero en este condado el Conde Malason es la ley y tú le debes obediencia —dijo Osvald con una sonrisa de autosuficiencia.

—Traemos un Decreto Real —dijo Limus mostrando el pergamino—. Debes abrir la puerta, recibirlo y acatarlo.

—Lo único que voy a hacer es esperar al Conde. He enviado una paloma. No tardará en acudir —dijo al ver que el guardia que había enviado a la casa se situaba junto a él y le asentía. Venía acompañado por otros cuatro guardias.

Gondar miró a Ulf. El soldado retirado se llevó la mano a la espada y le hizo una seña mostrándole que estaba listo para luchar.

—Sabes que si te niegas me obligas a actuar. Nadie puede poner en tela de juicio mi autoridad —dijo el Jefe Gondar mirando de reojo a un numeroso grupo de aldeanos que se había acercado a ver qué sucedía.

—Será a la fuerza y tendrás que justificarlo ante el Conde —le advirtió Osvald.

Más aldeanos se acercaban desde la plaza. Se había corrido la voz de que algo feo sucedía.

—Por Decreto Real, debes entregar la hacienda y todas las posesiones a Lasgol Eklund, hijo de Dakon aquí presente —dijo Gondar a plena voz para que todos pudieran oírlo.

Cada vez llegaba más gente. Al oír las palabras del Jefe, los murmullos

estallaron a sus espaldas.

—¡Ni lo sueñes! —contestó Osvald y amartilló el cerrojo.

Los murmullos se convirtieron en suspiros ahogados. Presagiaban el enfrentamiento.

Gondar suspiró. —Te he advertido.

—Y ya tienes mi respuesta.

El Jefe se dio la vuelta y susurró algo a Limus.

—Al momento —dijo y marchó con rapidez.

Lasgol se retrasó hasta situarse junto a Ulf.

—No habrá derramamiento de sangre ¿verdad? —preguntó Lasgol más como un ruego que como una pregunta.

—Gondar no puede dejar que esto quede así. Él es el Jefe y le han desobedecido en su aldea. Ahora es una cuestión de honor. Y un verdadero Norghano no deja nunca pasar una falta a su honor.

—Pero no es necesario...

—Gondar y yo no siempre estamos de acuerdo, pero es un verdadero Norghano. Eso puedo asegurártelo. No dejaré esto así. Por eso le respeto.

Lasgol suspiró. No deseaba causar problemas. Sólo quería que le entregaran lo que por derecho le pertenecía. Pero sin enfrentamientos.

—Jefe, señor... no es necesario... volvamos otro día... —le rogó a Gondar.

El enorme Norghano le miró con cara hosca y cruzó sus fuertes brazos sobre el amplio torso.

—Nadie me cierra la puerta en mi aldea. Los sacaré de ahí ahora. Hechos pedazos si se resisten —sentenció.

Esperaron un rato. Más y más gente se acercaba. Toda la aldea estaba ya presente y los incesantes cuchicheos parecían los susurros del frío viento de la región. Limus llegó acompañado de Ulmas, el criador de bueyes, al que seguían dos de sus mejores ejemplares.

—Jefe —saludo Ulmas con la cabeza.

Gondar le devolvió el saludo.

—Aquí están, como has pedido. ¿Qué hay que hacer? —le preguntó a Gondar.

El Jefe le susurró algo a Ulmas y este asintió.

Antes de que Osvald pudiera razonar qué sucedía, Gondar dio una orden y avanzó con sus hombres hacia la puerta formando una línea, escudo con escudo y lanza al frente. Sobresaltados por el ataque los Guardias al otro lado de la verja dieron un paso atrás de un brinco y se pusieron en posición de defensa. Gondar aprovechó el desconcierto. Ulmas le pasó una larga cadena de eslabones y el Jefe la enganchó a la verja.

Osvald se dio cuenta de lo que Gondar iba a hacer.

—¡Defended la puerta! —ordenó a sus hombres.

Fue demasiado tarde. Gondar levantó el brazo y Ulmas azuzó a sus dos enormes bestias. Al tercer tirón la verja salió arrancada del muro y fue arrastrada calle abajo por los dos bueyes.

—¡Que no entren! —gritó Osvald.

Gondar dejó la lanza y desenvainó su espada. Con el escudo al frente entró como un vendaval. Sus hombres le siguieron. Ulf desenvainó y avanzó cojeando para unirse a Gondar. Los Guardias de Osvald les hicieron frente.

Lasgol observaba el combate sin saber qué hacer. Quería ir a ayudar a Ulf y Gondar pero sabía que no debía inmiscuirse.

Los hombres de Gondar luchaban con más ímpetu que habilidad pero no era ese el caso de Gondar y Ulf. El Jefe desarmó a un guardia y le estampó el escudo en la cara. El hombre cayó al suelo sin sentido con la nariz partida. Ulf luchaba con Osvald.

—¡Maldito tullido! ¡Te voy a abrir en canal! —le gritó Osvald.

—¡Este viejo soldado te va a enseñar una lección! —le dijo Ulf y le señaló con su espada.

Osvald atacó con rapidez, girando alrededor de Ulf para aprovechar la ventaja que su movilidad le proporcionaba. Pero Ulf se manejaba fantásticamente bien con la espada en una mano y la muleta en la otra. Bloqueaba todos los ataques de la espada de Osvald con relativa facilidad, como el gato que juega con el ratón.

—¡Maldito viejo! —dijo Osvald lleno de furia y le lanzó una estocada furiosa al estómago. La espada de Ulf desvió el golpe con maestría.

Lasgol percibió un destello metálico a la espalda de Osvald.

—¡Cuidado, Ulf, tiene una daga! —dijo Lasgol que vio que se llevaba la

mano a la espalda y sacaba el arma.

—¡Calla, niño! —gruñó Osvald.

—Gracias. Lo ha hecho del lado de mi ojo malo. No lo había visto.

Osvald lanzó una estocada al cuello seguida de un tajo al estómago. Ulf desvió la espada y, con un giro de su muñeca, la hizo salir volando. Pero la daga fue a clavarse en su estómago. Con un movimiento seco, el soldado retirado la bloqueó con la muleta usándola como segunda arma. Osvald maldijo y fue a golpear con la daga. Ulf, en un movimiento sorpresa, apoyó el peso del cuerpo sobre la pierna buena y soltó un tremendo golpe con la muleta en la cara de Osvald. Éste, con la nariz rota, cayó al suelo conmocionado y comenzó a sangrar por boca y nariz.

Gondar y sus hombres redujeron al último guardia y el combate terminó. La gente aplaudió y vitoreó la actuación del Jefe y sus hombres.

—Tenías que habérmelo dejado a mí... —le dijo Gondar a Ulf.

—¿Y perderme toda la diversión? De eso nada.

—Es a mí a quién ha faltado.

—Lo sé, pero también sé que te preocupan más tus hombres —dijo señalándolos—. ¿No preferías más luchar con ellos y asegurarte de que no les sucedía nada que lucirte ante este cretino? —dijo y volvió a golpear a Osvald en la cabeza con el cayado para que no se levantara del suelo.

El Jefe asintió. —Tienes razón. Por suerte no ha habido heridos graves —dijo mirando a sus hombres—. Unos cortes y un par de porrazos. Nada serio. Ellos han salido peor parados. Un muerto y un herido. Hay que llamar al sanador.

—Eso no será necesario —dijo una voz desde el exterior.

Gondar y Ulf salieron y se situaron junto a Lasgol.

El Conde Malason había llegado con una treintena de sus hombres. Montaban regios caballos del norte, fuertes y de pelo largo.

—He traído a mi cirujano por si era necesario. Veo que sí. Él se encargará.

—Gracias, mi señor —dijo Gondar y clavó una rodilla. Al instante todos los aldeanos lo imitaron. Ulf se apoyó en Lasgol y logró doblarse en una especie de reverencia.

—En pie todos. ¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó el Conde mientras el cirujano desmontaba para atender a los heridos.

—¡Quieren robarme mi hacienda! —dijo Osvald poniéndose en pie—. La hacienda que tú me cediste, primo.

—¿Es eso cierto, Jefe... Gondar era tu nombre verdad?

—Sí, Gondar, mi señor, y no, no es cierto.

—¡Han venido armados a echarme! ¡Han derramado sangre! ¡Tú sangre! —dijo mostrando al Conde su rostro con el labio y la nariz partidas.

El Conde asintió. —Es una acusación muy grave —dijo irguiéndose sobre su caballo—. No puedo consentir que nadie derrame mi sangre... Osvald es mi primo carnal después de todo... y su aspecto lamentable es prueba de lo aquí sucedido.

Al escuchar a su señor una docena de sus hombres adelantaron las monturas y rodearon a Gondar, Ulf y Lasgol. Otra docena rodearon a los hombres de Gondar. Lasgol notó como Gondar y Ulf se tensaban. Sintió que el estómago se le encogía.

—¡Ahora pagaréis por esto! —dijo Osvald levantando el puño.

—Mi señor, si me permitís —dijo de pronto Limus. El ayudante se acercó al Conde y le enseñó el pergamino real.

—¿Qué es eso? —preguntó el Conde con una mirada de desconfianza desde su montura.

—No es nada —dijo Osvald intentando restarle importancia.

—Es un Decreto Real, mi señor, atañe a esta situación —le dijo Limus y con una reverencia se lo ofreció.

El Conde dudó un instante, pero pareció reconocer el sello. Lo cogió, lo abrió y por un largo momento lo leyó.

—Dakon murió. ¿Está aquí su heredero? —preguntó el Conde.

Limus se volvió y señaló a Lasgol.

—Lasgol es el hijo de Dakon, señor.

—Acércate, muchacho.

Lasgol hizo como se le ordenó.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí, mi señor... Lasgol tenía un vago recuerdo del Conde, de haberlo visitado con su padre.

—Ha pasado mucho tiempo. Has crecido mucho. Tienes la complexión de

tu padre, pero el rostro y los ojos de tu madre.

Lasgol no supo qué decir.

—En un tiempo tu padre y yo fuimos amigos. Creo recordar que visitaste mi castillo con él.

—Sí, señor. Fue una visita memorable.

—Me alegro de que la disfrutaras.

—Lo hice, y mucho. Mi padre también.

—Luego sucedió... lo que sucedió... Y nuestra amistad terminó. Son las cosas inexplicables de la vida. He de decir que nunca terminé de convencerme lo que Uthar afirmó que pasó con tu padre. Ahora tiene una explicación. Por lo que me han informado mis fuentes y lo que ha llegado desde la corte en Norghania, fue Darthor el responsable de lo sucedido. ¿Es cierto que puede dominar a personas? —preguntó a Lasgol con súbito interés.

—Sí, mi señor.

—Eso es algo muy peligroso... para nosotros... ¿No serás tú el Guardabosques Iniciado que ha salvado la vida de Uthar?

Lasgol asintió.

—Y por ello, este Decreto... Ya veo...

Hubo un momento de silencio. Todos observaban al Conde que parecía estar debatiendo la cuestión en su mente. Finalmente se pronunció.

—Uthar y yo tenemos nuestras diferencias, pero él es el Rey, y mientras sea así, su palabra es ley. Un Decreto Real no puede ser contradicho. Tuya es la hacienda y todas las propiedades y títulos que pertenecieron a tu padre.

—Gracias, mi señor —dijo Lasgol extrañado por el comentario del Conde. Siempre había pensado que todos en el reino estaban a favor del rey, pero teniendo en cuenta lo que Egil le había contado sobre su padre y lo que acababa de decir el Conde Malason, no parecía ser el caso.

—Pero primo... ¿y el agravio a mi persona? ¡No puede quedar así! —protestó Osvald.

—Te has negado a obedecer un Decreto Real. Tienes suerte de seguir con vida. Consideraré tu rostro castigo suficiente. En cuanto a ti, Jefe Gondar, has hecho lo correcto. La ley del rey debe ser cumplida siempre.

—Gracias, mi señor —dijo Gondar y lo saludó con respeto.

El Conde Malason se dirigió a los congregados.

—Recordad todos que la ley se cumple siempre. Volveré en una semana con una orden de reclutamiento. El Rey Uthar necesita a todos los hábiles para luchar contra las fuerzas de Darthor. Si a alguno se le pasa por la cabeza negarse o huir, sabed que seréis colgados del árbol más cercano. Por Decreto de Uthar y por mi mano ejecutora.

Dio la orden a sus hombres y marcharon. Osvald montó y marchó tras él.

Ulf susurró a Lasgol.

—Esto se pone cada vez más interesante.

Capítulo 3

Lasgol recuperó su hogar. Por tres días no hizo otra cosa que limpiar e intentar poner algo de orden en la gran casa. Al cuarto, embargado por un sentimiento de añoranza, volvió a reorganizarlo todo para intentar dejarlo lo más parecido a como él recordaba que había sido. Apenas podía creer que estuviese allí de vuelta.

Miles de sentimientos profundos y arraigados lo inundaban. Cuántos buenos momentos había pasado en aquella casa. La cocina le traía tantos buenos recuerdos... sobre todo de Olga, la ama de llaves de toda la vida de su padre, una gran mujer de avanzada edad que prácticamente lo había criado en ausencia de sus padres. El salón con la chimenea de piedra y el despacho de su padre le recordaban tanto a él... La biblioteca, por otro lado, le recordaba a su madre, Mayra, y le transmitía una sensación de paz y serenidad. Apenas recordaba nada de su madre, había muerto cuando él era un niño pero sabía que aquella era su habitación favorita y que allí le había leído innumerables cuentos e historias. Con sólo entrar en ella Lasgol ya se relajaba.

La casa era muy grande. Tenía tres plantas enormes, más un sótano. En la parte trasera había un cobertizo para la leña y los aperos. Algo más alejado se encontraba un pequeño establo con cabida para cuatro caballos donde Trotador descansaba. Camu disfrutaba correteando y saltando de un lado a otro. Se estaba volviendo más saltarín e inquieto. No paraba de explorar tanto la casa como los terrenos adyacentes. Lasgol le había prohibido salir del confín de la hacienda y, sobre todo, increpar a Trotador, algo que a Camu le encantaba hacer.

Alguien llamó a la puerta. Lasgol usó su Don para indicar a Camu que se escondiera. Por fortuna, la criatura siempre obedecía cuando Lasgol usaba el Don, de palabra era otra historia muy diferente. La mitad de las veces lo ignoraba completamente y hacía lo que quería. A Lasgol le encantaba el espíritu inquieto y juguetón de Camu, aunque nunca se lo reconocería, no le daría más motivos para desobedecerle de los que ya de por sí tenía.

Bajó las escaleras y abrió la puerta.

—Buenos días, señor Lasgol —le saludó Limus, muy cortés y con una sonrisa.

«Cómo cambian las cosas» pensó Lasgol al recordar cómo lo trataba antes el ayudante del Jefe.

—Buenos días, señor Limus —le respondió Lasgol cortés.

—¡Oh! No hace falta tratamiento de señor —dijo Limus con una sonrisa—. Yo sólo soy el asistente del Jefe Gondar. No soy nadie de importancia.

—Eres quien lleva todos los asuntos de la aldea. A mí me pareces importante.

—Qué agradable sorpresa, alguien que aprecia mi trabajo. No como la mayoría de los aldeanos que creen que todo se hace solo y luego cuando hay problemas vienen corriendo a quejarse.

Lasgol sonrió.

—En fin... Traigo unos documentos para firmar y todo pasará a tu nombre. De esta forma no tendrás ya más problemas.

—Pasa, adelante.

Limus entró y Lasgol le mostró la mesa grande en medio del área común cerca de la chimenea de piedra. Se sentaron y Lasgol firmó los papeles. Le inundó una sensación de respeto y gran alivio. Sentía que heredaba no sólo las propiedades de su padre sino que además recuperaba su buen nombre.

—Muy bien. Arreglado —dijo Limus guardando los documentos.

—¿Y el otro asunto del que hablamos?

—Ah, sí. Esta tarde vendrán tres mujeres de la aldea interesadas en la posición.

—¿Les has explicado que es para ser mi ama de llaves y cuidar de este lugar en mi ausencia? Lo segundo es muy importante. Estaré fuera todo este año, varios años de hecho, formándome como Guardabosques, vendré muy poco por la hacienda.

—Sí, no te preocupes, lo saben. He elegido yo mismo a las más cualificadas. Se han presentado una docena de candidatas a la posición pero había mala hierba entre ellas. He hecho una preselección.

—Oh, gracias...

—No se deben. No me porté bien contigo en su día. Debo enmendar mi comportamiento pasado e intentar reparar la falta cometida.

—No es necesario...

—Aun así, permíteme hacerte algún que otro favor para compensar el agravio. Además, ahora eres una persona muy relevante en nuestra pequeña pero querida aldea de Skad. Un héroe del reino, nada menos, y con la hacienda más grande del pueblo. Debo tratarte como mereces —dijo Limus con una sonrisa agasajadora.

—De acuerdo —dijo Lasgol encogiéndose de hombros y devolviéndole una leve sonrisa.

Limus hizo una reverencia y se marchó.

Era primera hora de la tarde cuando las tres candidatas a ama de llaves se presentaron en la casa. Lasgol estaba algo nervioso. Nunca había hecho algo así, ¿cómo sabría cuál de las tres era la más adecuada? Tendría que guiarse por sus instintos. Se aseguró de que Camu se ocultase y le pidió que no destrozara nada mientras ellas estuvieran allí. No estaba muy convencido de que la criatura le fuese a hacer demasiado caso.

Salió a recibirlas. Las hizo pasar y sentarse frente a la chimenea. No pudo ofrecerles nada, ni una tisana, pues no tenía absolutamente nada en la casa. Todos los días bajaba a comer y cenar con Ulf a la posada y no había comprado nada para la casa. Cayó en la cuenta de que para eso precisamente estaban ellas allí hoy.

Al observarlas más de cerca se percató de que a dos de ellas las conocía de vista, del pueblo. A la tercera, la más joven, no recordaba haberla visto antes. Subió con la primera candidata al estudio de su padre en la tercera planta. Se sentó tras la ornamentada mesa de roble y le indicó que se sentara frente a él. La luz entraba por una doble ventana a la espalda de Lasgol que daba a un balcón-mirador. La claridad bañaba la mesa y el resto de la estancia. Lasgol podía apreciar a la señora Úrsula con cristalina claridad. Era una señora oronda de mejillas rosadas de mediana edad. Tenía los ojos pardos y el rostro agradable. Llevaba el cabello recogido en un moño. Era la perfecta imagen de lo que uno se imaginaba al pensar en un ama de llaves tradicional. Lasgol pronto descubrió que hablaba mucho... demasiado.

—... y mis credenciales son impecables, he trabajado para varias familias importantes del condado, los Laston, gran familia, muy numerosa. El señor es

el capataz encargado de la mina de hierro, muy bien relacionado, su señora una mujer encantadora, los hijos algo traviesos pero bien educados...

Lasgol la escuchaba y asentía. Sólo la había saludado y la buena señora se había puesto a relatarle toda su experiencia de los últimos veinte años.

—... Los Ostason, donde estuve sirviendo cinco años hasta que trasladaron al capitán a Norghania, la capital. Me ofrecieron acompañarlos, me tenían en mucha estima, pero claro, Norghania está lejos y yo tengo familia y amistades aquí en el condado. Tuve que rechazar el ofrecimiento, además no podría alejarme de la tumba de mi difunto Rufus, siempre voy a poner flores y charlar con él...

Lasgol seguía asintiendo y se preguntó si Úrsula no habría matado accidentalmente a su pobre marido de un ataque prolongado de verborrea. El rostro de Viggo con una sonrisa maliciosa apareció en la mente de Lasgol y se sintió mal por la pobre mujer, viuda y sin empleo. Tuvo que sacudirse la idea pestañeando con fuerza.

—... y puedo asegurarle, joven señor, que no encontrará un ama de llaves que conozca mejor sus labores y cómo llevar bien una hacienda. Recuerdo que los Jules dudaron al contratarme y al cabo de una estación no podían vivir sin mí. Conozco todo lo que debe hacerse, y lo más importante, la mejor forma de hacerlo. Después de tantos años una se convierte en una experta en todo lo relacionado con limpiar la casa, hacer la colada, cocinar, comprar la mejor comida o la más económica pero sin perder calidad, remendar la ropa...

Un suspiro abandonó la boca de Lasgol sin que él lo quisiera. Pero Úrsula no pareció darse cuenta y continuó hablando. Por un interminable rato. Finalmente Lasgol tuvo que armarse de valor y cortar la verborrea o se les haría de noche allí y todavía tenía que ver a las otras dos candidatas.

—Gracias, señora Úrsula. Creo que ya me hago una buena idea...

—...Oh, pero no le he explicado todas mis virtudes y gracias... soy honrada, puede preguntar a quien quiera...

—Sí, sí, no tengo duda —volvió a incidir Lasgol.

—... y buena vecina, nadie hablará mal de mí...

—Sí, estoy convencido —dijo Lasgol y se puso en pie para intentar que dejara de hablar pero al no conseguirlo, le extendió la mano—. Muchas gracias, señora, tendré en cuenta todas sus fantásticas cualidades.

—Oh, bien, tenía más que contarle —dijo y aceptando la mano de Lasgol,

se levantó de la silla.

Lasgol la acompañó hasta donde esperaban las otras dos aspirantes. La despidió con un breve «adiós y gracias».

Se volvió y sonrió a las dos señoras que aguardaban.

—¿Quién quiere ir ahora?

—Yo misma, señora Roberta —dijo la más enjuta de las dos que se puso en pie con gran energía y saludó a Lasgol con una pequeña reverencia.

—Muy bien —dijo Lasgol observándola mientras le devolvía el saludo. No era muy alta, pero sí muy delgada, prácticamente piel sobre huesos. Era también de mediana edad, con un rostro severo y unos ojos grises e intensos bajo un entrecejo que parecía estar siempre fruncido. Dos trenzas iguales le caían por los hombros a cada lado de su delgado cuello.

Subieron al despacho y se sentaron a la mesa.

—Señora Roberta, cuénteme por favor su experiencia y el motivo por el que quiere este puesto...

—Por supuesto. Seré breve —Lasgol tuvo que aguantar una exclamación de alegría al oír aquello—. La eficiencia es mi mayor virtud y mi odio por el despilfarro la segunda. Soy de mano dura y puño cerrado —miró a Lasgol con aquella mirada hosca para ver si lo había entendido.

—Puño cerrado...

—Manejo el dinero con mucho cuidado, como toda buena ama de llaves debería.

—Oh, muy bien.

—Verá, joven señor, he sido ama de llaves de la familia Ostofson desde muy joven. Desgraciadamente, por motivos económicos, la familia no puede contar con mis servicios y la de los otros sirvientes, y no han tenido más remedio que dejarnos ir.

—Entiendo...

—Soy una persona que habla poco, trabaja mucho y no pierde el tiempo. Dicen que soy puro nervio. Yo lo llamo espíritu. Me ayuda a realizar mis tareas en la mitad del tiempo que llevaría a otras. No soy amiga de la cháchara ni de perder el tiempo. Nunca he estado casada ni tengo descendencia o familia alguna. Todo mi tiempo y energía será dedicado a esta hacienda. Tras tantos años trabajando para la familia Ostofson creo que estoy bien capacitada

para hacerme cargo de esta casa. Eso es todo —dijo y asintió con energía, enfatizando que ya había terminado.

—Oh, muy bien —dijo Lasgol. En verdad no era amiga de perder el tiempo.

Lasgol la acompañó hasta abajo. Iba sopesando cuál de las dos señoras le convendría más tener al cuidado de la casa. Una hablaba demasiado pero parecía buena persona, mientras que la otra era seca pero eficiente.

Se volvió y observó a la tercera señora. Era bastante más joven, tendría la edad de su padre Dakon, y por su aspecto no parecía una ama de llaves. Tenía el pelo castaño recogido en una gruesa y larga trenza que le llegaba hasta la cintura. Unos ojos azules y un rostro sereno le miraban atentamente. Brillaron con un destello de reconocimiento que desconcertó un poco a Lasgol. Por su atuendo parecía una campesina.

—Gracias por la oportunidad, señor, soy Martha —se presentó ella con una ligera reverencia.

—Hola, señora Martha, yo soy Lasgol.

—Sí, lo sé —dijo ella con una sonrisa.

—Oh, claro —dijo Lasgol sintiéndose algo torpe—. ¿Pasamos?

Ella asintió y fueron hasta el despacho. Al sentarse en la mesa, Martha observó la estancia con detenimiento.

—Está todo algo descuidado... he intentado limpiar... no se me da del todo bien... —se disculpó Lasgol.

—Para eso hemos venido —dijo Martha y sonrió.

—Sí, cierto.

—Creo que será mejor si comienzo explicando que yo no he sido ama de llaves nunca... —dijo Martha con franqueza.

—Oh... —Lasgol torció la cabeza, el comentario y la sinceridad le habían sorprendido.

—Estoy aquí porque necesito trabajo. Hace poco que he regresado a la aldea. He perdido la granja, en el condado vecino, el condado de Beriksen. Mi marido desapareció hace tres años y no se ha vuelto a saber de él. Yo sola no he podido sacar la granja adelante. Así que tuve que volver a casa de mi tía, mi única pariente viva, que gracias a los cielos me acogió. Ella habló con Limus y por eso estoy aquí...

—Lo siento...

—La vida es así, a veces injusta. Pero soy una luchadora. Encontraré trabajo y saldré adelante —sus ojos brillaron con determinación.

Lasgol asintió. Conocía bien aquella sensación y la situación en la que se encontraba Martha.

—Sé que Úrsula y Roberta están mucho más capacitadas. Skad es una aldea pequeña, todos nos conocemos. El condado en sí es pequeño. Todo se sabe y casi todos nos conocemos. Ambas mujeres tienen muy buena reputación. Siendo sincera, cualquiera de las dos haría un trabajo excelente en esta hacienda. Mi tía las conoce bien y así me lo ha asegurado.

—Agradezco la sinceridad —le dijo Lasgol con empatía.

—Pero si me da una oportunidad, señor, no se arrepentirá. Se lo prometo —el tono de Martha se volvió uno de ruego—. Trabajaré tan duro como en mi granja. Lo que no sepa lo aprenderé en un pestañeo. Seré la mejor ama de llaves del condado. Sólo necesito una oportunidad. Por favor —el tono era ahora de desesperanza.

Lasgol la observaba con un nudo en el estómago. Estaba desesperada tal y como él lo había estado cuando lo echaron a la calle. Cuando Ulf lo recogió.

—Tranquila... —Lasgol le hizo un gesto para intentar que se calmara.

—Lo siento... es mi carácter. Soy un poco impulsiva. Y la situación en la que me encuentro...

—Lo entiendo. Yo mismo he pasado muy malos tiempos.

—Muy cierto. Lo que les ocurrió fue horrible. Yo nunca creí en la culpabilidad de Dakon. Me alegro en el alma que se haya aclarado todo.

Aquel comentario sorprendió a Lasgol.

—¿Cómo es eso? Todos pensaban que era culpable.

—No todos. Los que le conocíamos no lo pensábamos.

Lasgol se tensó. —¿Conocías a mi padre?

—Sí, señor —dijo ella asintiendo.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Hace años, cuando éramos más jóvenes.

—No lo sabía.

—De hecho, también conocía a mi señor.

—¿A mí?

—Así es. No lo recordará porque era muy pequeño. Pero mi señor y yo hemos jugado mucho en esta casa hace muchos años.

Lasgol sacudió la cabeza. Él no la recordaba en absoluto.

—He pasado buenos momentos en esta casa —dijo mirando alrededor—. Es una de las razones por las que me encantaría trabajar aquí y no en otro lugar.

—Si conoces a mi padre y jugabas conmigo de pequeño, entonces conocerías a mi madre Mayra...

Martha asintió. —No sólo la conocía. Éramos muy amigas. Las mejores amigas. Por eso conozco a tu padre y te conozco a ti, por tu madre. Crecimos juntas en esta aldea. Nos conocíamos desde que aprendimos a andar. Éramos inseparables. Bueno hasta que nos casamos —dijo con una sonrisa—. Luego yo me mude al condado de Beriksen con mi marido, él era de allí. Aun así no perdimos el contacto. Solíamos visitarnos cada dos estaciones para ver cómo nos iba.

Lasgol se quedó sin habla. Él casi no recordaba a su madre. Era una imagen borrosa en lo más profundo de su memoria que no conseguía definir por más que lo intentase. Un montón de preguntas comenzaron a asaltarle. Él apenas sabía nada de Mayra, lo poco que su padre le había contado, y ahora se daba cuenta que era realmente poco. Dakon sólo le había dicho que era una gran mujer a la que él amaba con todo su corazón, que lo que más quería Mayra en la vida era a su hijo, a él, y que había muerto en un accidente con su caballo cuando él era pequeño.

—No era mi intención traer recuerdos dolorosos... —dijo Martha al ver que Lasgol estaba perdido en sus pensamientos y que su rostro mostraba contrariedad.

—No, no es eso... lo siento.

Ella asintió y bajó la mirada. —Espero que no sea un atrevimiento, pero puedo asegurar que Mayra los amaba profundamente a ambos. Sus *chicos traviesos* como ella los llamaba.

Lasgol sintió una punzada en el pecho y le costó respirar.

—Gracias... —dijo con un largo suspiro.

—Es la verdad, sus ojos de jade brillaban con un destello especial cuando

estaba con sus chicos.

—Creo que con lo que me has contado es suficiente —dijo Lasgol con una sonrisa—. Lo pensaré esta noche y tomaré una decisión. Mañana se lo comunicaré a Limus.

Martha asintió.

—Gracias por recibirme.

Lasgol la acompañó hasta la puerta. Se despidieron y se quedó perdido en sus pensamientos mientras la veía marchar. «Qué poco sé sobre mi madre, sobre su vida, sobre nuestra vida. Mi padre no me contó casi nada. ¿Por qué razón? Si tanto nos quería, ¿por qué razón mi padre nunca hablaba de ella? Ahora que lo pienso, apenas lo hacía. No lo entiendo. Sólo respondía mis preguntas con frases cortas y sé que le incomodaba hacerlo. Quizás fuera por el dolor que sentía por su muerte. Le desagradaba tanto que al final dejé de preguntarle sobre ella». No había pensado en todo aquello en mucho tiempo. Había estado tan centrado en sobrevivir a sus situaciones que no se había parado a analizar el pasado. Quizás ahora, en aquella casa que le traía tantos recuerdos, fuese un buen momento para reflexionar. Algo no le encajaba en la actitud de su padre.

De pronto sintió a Camu trepar por su pierna. Estaba ganando peso y ahora lo sentía cuando se movía sobre él. Ya no era el chiquitín imperceptible de antes. Medía ya como su antebrazo y comenzaba a pesar. La criatura se puso sobre su hombro y enroscó su larga cola en el cuello de Lasgol. Se hizo visible y le lamió el moflete.

—¡Camu! ¡Que alguien puede verte! —le regañó y cerró la puerta con rapidez.

La criatura emitió un chillido y le volvió a lamer.

—Eres imposible —resopló Lasgol—. Voy a tener que castigarte para que te portes bien —le dijo entrecerrando los ojos y mostrándole un dedo acusador.

Camu abrió los ojos saltones y se quedó quieto.

—¿Me has entendido? —se extrañó Lasgol que inclinó la cabeza.

La criatura volvió a lamerle y comenzó a realizar su danza característica de cuando estaba contento, flexionando las piernas sin moverse del sitio.

—No, ya veo que no.

Lasgol suspiró. Debía aprender a dominar a la criatura o tarde o temprano se meterían en un buen lío. Si alguien la veía... Sólo le hacía caso cuando usaba el Don. Recordó las palabras de su Padre «Para desarrollar el Don debes practicar cada día. Es algo vivo que está dentro de ti. Si no lo ejercitas, si no lo cuidas, morirá y lo perderás». Tras la muerte de su padre había decidido precisamente eso: dejarlo morir, pues sólo quería ser normal, como todos los demás. Ya tenía suficientes problemas sin añadir el odio y rechazo que sufrían aquellos que poseían el Don. Pero el ataque del oso y todo lo que sucedió en el Campamento lo habían obligado a volver a usarlo. De no haberlo hecho habría muerto. Él y alguno de sus compañeros de equipo.

Mientras iba repasando lo sucedido en su mente, inconscientemente, se dirigió a la segunda planta, a la biblioteca. Observó la habitación tapizada de libros. Las cuatro paredes estaban recubiertas del suelo al techo de libros de toda índole. Dos cómodos butacones frente a las ventanas le recordaron que ese era el lugar donde sus padres leían. La gruesa alfombra de lana era donde él había jugado de niño. Era curioso como recordaba aquellos detalles y sin embargo otros mucho más importantes, como el rostro de su madre, se habían borrado. Pasó el dedo por la hilera de libros junto al butacón donde su padre leía y se detuvo en uno de tapas doradas. Lo sacó y leyó el título.

—Principios del Don, por Mirkos el Erudito.

Era el libro de referencia sobre el Don que su padre había conseguido con mucho esfuerzo y en secreto. Según le había dicho, lo había conseguido en el reino de Rogdon, de un Mago del Rey Solin, que era de los pocos estudiosos que había escrito sus conocimientos en tomos y que usaba para instruir a sus aprendices. Los Magos de Hielo del Rey Uthar tenían también un códice pero no permitían estudiarlo a nadie que no fuera de la Hermandad del Hielo.

Se sentó en el butacón y repasó pasajes de aquel libro que tan bien conocía. Su padre y él habían pasado mucho tiempo estudiándolo, intentando comprender los arcanos principios. Al ser principios generales sobre el Don no describían cómo conseguir habilidades específicas ni cómo realizar tipos de magia concretas, sino más bien cómo tratar el Don y comenzar a desarrollarlo hacia esos fines y no dejarlo morir en la persona. Tras ello, habían pasado todavía más tiempo desarrollando el Don y creando habilidades que Lasgol pudiera usar. Aquello había sido un largo y arduo proceso. Sólo se podía conseguir por prueba y error y en la mayoría de los casos era lo segundo.

Y con esfuerzo y dedicación había conseguido desarrollar algunas habilidades extraordinarias como Reflejos Felinos, Agilidad Mejorada, Ojo de Halcón y otras menores. Lasgol resopló. Nunca había entendido por qué él, de entre todos los Norghanos, había sido bendecido con el Don. Él no era nadie importante, el hijo de un Guardabosques que hasta hacía poco era odiado por todos. Para Lasgol el Don era algo tan increíble y valioso que consideraba un desperdicio el que los dioses decidieran concedérselo a él. Bueno, no los dioses, pues según los Principios de Mirkos, el Don se heredaba, se transmitía por sangre de padres a hijos aunque no siempre se manifestaba en todas las generaciones. Su padre y su madre no lo tenían, por lo que Lasgol pensaba que algún antepasado suyo debía de haberlo poseído, pero no sabía quién. En cualquier caso, su Don deberían habérselo concedido a una Sanadora para que ayudara a los necesitados o a un Mago de Hielo para que defendiera el reino de los enemigos como Darthor. No a él que no tenía ningún valor.

Absorto como estaba en sus pensamientos, el chillido de Camu lo pilló tan por sorpresa que dio un brinco en el butacón. Se puso en pie con el corazón en la boca. Salió de la biblioteca. Camu volvió a chillar, un chillido agudo de peligro. Venía del piso de arriba. Lasgol subió corriendo las escaleras hasta llegar al tercer piso. No sabía dónde estaba Camu pero estaba seguro de que algo malo pasaba. Usó su Don. Se concentró e intentó localizarlo. Un resplandor dorado le hizo mirar al final del pasillo. Camu estaba pegado boca abajo a la trampilla que daba al desván. Estaba rígido y su cola apuntaba hacia la trampilla.

Camu destelló y volvió a chillar.

Aquello sólo podía significar una cosa: ¡había detectado magia!

Capítulo 4

Lasgol se acercó hasta Camu en estado de alerta.

—Quieto, no hagas ruido, voy por mis armas —le susurró.

Se alejó corriendo como una gacela y fue hasta su habitación. Sobre la cama estaba su morral de viaje. Rebuscó en su interior y sacó el cuchillo y el hacha corta de Guardabosques que les habían concedido como prueba de que habían superado el primer año de instrucción. Le vino a la mente la imagen de sus compañeros, los Panteras de las Nieves, Ingrid, Nilsa, Gerd, Egil y Viggo, formando ante la cabaña y el Instructor Mayor Oden entregándoles las armas de forma oficial. Había sentido una sensación singular, mezcla de orgullo, camaradería y sufrimiento. Una sensación que atesoraría siempre.

Sacudió la cabeza para despejar los recuerdos y concentrarse en el problema que tenía frente a él. Con las armas en las manos volvió junto a Camu. Continuaba hierático, colgando de la trampilla boca abajo. Lasgol estiró la mano pero no llegaba alcanzar el cerrojo, que estaba a dos varas de altura. ¿Cómo harían para abrirla y subir? Él nunca había estado arriba, o al menos no lo recordaba. Su padre se lo había prohibido cuando era pequeño. Desconocía la razón. Se giró y junto al aparador alto del final del pasillo vislumbro algo largo y negro, algo metálico. Guardó sus armas en el cinturón de cuero que llevaba y lo cogió. Era una varilla con la punta en forma de gancho. Observó la trampilla y descubrió un aro metálico.

—Camu, muévete, voy a abrirla.

Pero Camu no se movió.

Lasgol suspiró. Se concentró cerrando los ojos y buscó su energía interior. La encontró reposando bajo su pecho, formando lo que a él siempre le parecía un pequeño y apacible lago azul. Llamó a su Don y mediante el uso de su energía invocó la habilidad que le permitía comunicarse con algunos animales. «Muévete, Camu». Le ordenó. Un destello verde surgió de su cabeza, la habilidad había sido conjurada.

La criatura miró a Lasgol y obedeció. Retrasó su posición sobre el techo librando la trampilla. «Gracias, amigo». Otro destello verde le indicó el envío del mensaje mental a Camu. Éste flexionó sus patas mientras permanecía pegado al techo colgando boca abajo.

Lasgol usó la varilla y enhebrando el gancho en la anilla, tiró de ella. Al hacerlo se oyó un *clic* metálico y la trampilla se abrió hacia la pared por su propio peso. Al hacerlo, una escalera de cuerda cayó y quedó colgando frente a Lasgol.

—Qué curioso... —susurró entre dientes.

Comenzó a subir por la escalera intentando que no se balanceara mucho. Al librar la cabeza observó el desván. Era un trastero descomunal, bajo techo, que ocupaba toda la planta superior de la casa. Lasgol había emergido en un extremo, no conseguía ver el final en el extremo opuesto. Reinaba el desorden y todo estaba cubierto por el polvo y telarañas. Estaba lleno de sacos, muebles antiguos, baúles, ropa, libros amontonados, estanterías repletas de potes, objetos extraños y todo tipo de cosas dispares que se habían almacenado allí durante años y habían quedado olvidados. Había incluso un armero con espadas, hachas y arcos. Y hasta una armadura pesada Norghana sobre un muñeco de madera.

Lasgol Se incorporó despacio, observando con cautela aquel mundo desahuciado recubierto de la suciedad que el paso de los años amontona en las cosas. Olía a moho, a ambiente cargado. Estuvo a punto de estornudar pero se llevó la mano a la nariz para evitarlo.

Camu se situó a su lado, movía la cabeza y la cola a la vez. Estaba intranquilo y eso ponía nervioso a Lasgol. Algo extraño pasaba allí arriba. Se puso en pie. Libraba bien la viga maestra. Las casas Norghanas tenían tejados altos y muy inclinados para evitar que la nieve, presente gran parte del año, se acumulara y los hundiera con su peso. Sacó el cuchillo y el hacha. Avanzó despacio, mirando a todos lados, muy alerta.

Había poca visibilidad. Descubrió dos claraboyas por donde se colaba la poca luz que iluminaba el enorme espacio. El polvo le entró en la nariz y no consiguió refrenar un estornudo. «¡Vaya! Ahora sea lo que sea, sabe que estoy aquí». No quiso correr riesgos. Usó su Don e invocó su habilidad para detectar la presencia de hombres o animales. Su cuerpo emitió un destello verde. Permaneció concentrado con los ojos cerrados mientras percibía su alrededor. Nada, no percibió la presencia de ningún ser vivo. Se quedó algo

más tranquilo pero no del todo: que no lo captara no quería decir que no estuviera allí. Sus habilidades eran todavía muy básicas, le quedaba mucho por aprender para que fueran realmente potentes y eficaces. «Con tiempo y mucho entrenamiento conseguiré mejorarlas». Su padre siempre le animaba así.

Avanzó en sigilo y con cuidado. Había demasiados objetos desparramados por el suelo. No pisar sobre ellos era complicado. Camu dio un salto y le trepó por la espalda hasta situarse sobre el hombro derecho, su lugar favorito. Lasgol se agachó en mitad del enorme desván y se concentró. «Es hora de experimentar un poco. Quizás tenga suerte». No conseguía ver lo que fuera que Camu había detectado. Un Mago no era, eso seguro, pero podría ser otro ser más pequeño que no alcanzara a ver en medio de aquel desorden.

Se concentró y usó su Don. Invocó una nueva habilidad en la que había estado trabajando. Durante su tiempo en el Campamento, había tenido la oportunidad de estudiar las lechuzas: unas aves extraordinarias con un sentido del oído privilegiado. Esben, Guardabosques Mayor de la Maestría de Fauna, decía que no había ave con mejor oído. Su conocimiento de las características de las lechuzas y búhos le había dado la idea de crear una habilidad que le permitiera mejorar su percepción auditiva hasta los límites de estas bellas aves. Había estado practicando mucho pero sin éxito. No había conseguido desarrollar la habilidad pero sabía que estaba cerca de lograrlo. De todas formas lo intentó. Y en esta ocasión, por desgracia, tampoco tuvo éxito.

Resopló. Cuando una habilidad le fallaba sentía cómo la energía en su interior se consumía pero sin efecto alguno. De tener energía ilimitada seguiría intentándolo hasta lograrlo, pero ese no era el caso. “Su lago de energía”, como él lo llamaba, era muy limitado y cuando se agotaba, quedaba exhausto, tanto que caía rendido donde estaba. No podía evitarlo. Necesitaba dormir y recuperar algo de su energía para poder seguir en pie. Pensó en lo ridículo, y mortalmente peligroso, que sería utilizar sus habilidades hasta agotar su energía y caer rendido a los pies del enemigo... Un final dramático y muy triste.

Lo intentó de nuevo. Nada. Se relajó por completo y cerró sus ojos para concentrarse mejor dejando que fuera su oído el único sentido en el que centrarse. Un leve sonido comenzó a llegar hasta sus oídos. Primero como un lejano susurro, casi imperceptible. Poco a poco se fue aclarando hasta convertirse en un sonido más definido. Era un *tic, toc* que se repetía siguiendo

una cadencia. Se concentró en captar ese sonido en particular, aislando el resto del mundo que le rodeaba, como si no existiera. Sólo estaba la oscuridad y aquel extraño sonido. Y en ese momento, sucedió. Un destello verde le recorrió la cabeza y sus oídos captaron el sonido con total claridad y potencia. En su mente apareció el punto donde el objeto se hallaba, a su derecha, a tres pasos, detrás de un baúl. ¡Lo había conseguido! ¡Había creado una nueva habilidad! La llamaría Oído de Lechuza.

Abrió bien los ojos y miró hacia el lugar pero sólo vio un viejo baúl cubierto de suciedad. Se acercó. Para su sorpresa, detrás del baúl no había nada. «¿Me he equivocado? Juraría que el sonido procedía de aquí. Qué raro». Camu saltó de su hombro al suelo y señaló con su cola el lugar que Lasgol observaba.

—¿Tú también lo sientes?

Camu emitió un chillido corto que Lasgol interpretó como un sí.

Se agachó y palpó el suelo. No había nada. Se concentró y el *tic, toc* regresó a sus oídos pero allí no había nada. Nada sobre el suelo. ¿Pero y debajo? Usó su cuchillo e intentó levantar la madera. Un trozo de un palmo de longitud saltó como si estuviera suelto. Lasgol metió la mano y palpó hasta dar con algo. Lo sacó y resultó ser una cajita. La reconoció, era idéntica en diseño a la que le había llegado con el huevo del que salió Camu. Pero esta era mucho más pequeña. Con cierta aprehensión por lo que pudiera contener, la abrió. En su interior había un anillo.

Lasgol lo observó a la luz de la claraboya. Era azulado, metálico y tenía una extraña inscripción en un idioma que no conocía. Camu dio un salto y lo atrapó con su boca.

—Camu, ¿qué haces?

La criatura se fue corriendo con el anillo.

Lasgol puso los ojos en blanco.

—Pero ¿para qué lo quieres? —protestó.

Camu emitió un chillido desde el otro extremo.

—Ven aquí, puede ser peligroso...

De súbito, se produjo un destello dorado sobre Camu.

—¡Camu! ¿Estás bien?

La criatura corrió hacia Lasgol dando botes. Llevaba el anillo en su cola.

Parecía estar bien.

—Déjame ver.

Le mostró el anillo en su cola.

Lasgol lo cogió y lo examinó en su mano. Era mágico, no había duda.

—Qué anillo más extraño. ¿Seguro que estás bien?

Camu movió la cabeza y la cola y comenzó a flexionar sus patas, como hacía cuando estaba contento.

—Esto es muy extraño...

Camu se volvió invisible.

Lasgol resopló. No sé por qué, pero tengo la sensación de que ese anillo va a traerme problemas. Muchos problemas.

A la mañana siguiente, Lasgol cuidaba de Trotador en el pequeño establo de la hacienda.

—¿Te gusta tu establo, verdad? —le dijo mientras le daba algo de alfalfa seca.

Trotador movía la cabeza y le mordisqueó juguetón la capucha de la capa. De repente, Camu se hizo visible frente a Trotador y emitió un agudo chillido.

Trotador relinchó asustado y se echó atrás golpeando a Lasgol que se fue al suelo.

—¡Camu! —exclamó Lasgol enfadado.

La criatura comenzó a flexionar las piernas y mover la cabeza y la cola.

—¡Esto no es divertido!

Trotador rebufaba muy inquieto. Lasgol se puso en pie e intentó calmar al poni. El pobre animal se había llevado un susto de muerte. Lo acarició y le habló con tono suave y tranquilizador, pero no conseguía calmarlo. Cayó en la cuenta de que nunca había tratado de usar el Don con Trotador. Quizás funcionara. Cerró los ojos y se concentró. Invocó su habilidad para comunicarse con los animales e intentó captar la mente de Trotador. Como no lo conseguía, le puso la mano sobre el cuello y lo intentó con mayor fuerza. De pronto la percibió, una pequeña aura borrosa de un color verde. La fijó y se

concentró en emitirle un mensaje:

«Tranquilo, amigo, tranquilo».

Trotador volvió la cabeza y le miró. Al momento, se calmó y soltó un soplido, más tranquilo.

«Tranquilo, todo está bien» le repitió.

El poni asintió con la cabeza y comenzó a comer.

Lasgol ahogó una exclamación de triunfo y alegría. ¡Lo había conseguido! La habilidad para comunicarse con los animales que poseía lo dejaba cada vez más pasmado. Era algo espectacular. Decidió ponerle un nombre. Se había dado cuenta de que nombrar las habilidades le ayudaba a invocarlas con mayor rapidez y facilidad. No entendía por qué, ni aquello ni muchas otras cosas relacionadas con su Don, pero era así. Pensó cuál sería un buen nombre rápido de recordar. Barajó media docena y finalmente se decidió: Comunicación Animal.

Se volvió hacia Camu. «Comunicación Animal», invocó. Localizó el aura de la mente de la criatura. Brillaba con un fulgor verdusco rodeando su cabeza. Era intensa. «¡Camu, malo!» le regañó.

Camu se quedó tieso. Emitió un chillido que sonó a lloro y se escapó corriendo.

«Mal. Muy mal» le reprochó Lasgol.

Tenía cosas que hacer así que dejó a sus dos compañeros en la casa y se dirigió a la aldea. Encontró a Limus en la Casa del Jefe. El enjuto ayudante estaba repasando unas cuentas sentado tras su mesa de trabajo. Gondar estaba hablando con uno de los capataces de la mina que se quejaba de que los suministros no llegaban a tiempo desde la aldea a la mina.

—Eso se debe a que los suministros deben ser inventariados —dijo Limus sin levantar la cabeza de sus cuentas.

—Pues que se cuenten más rápido. Necesito los suministros en la mina de inmediato no con cuatro días de retraso —se quejó el capataz.

Lasgol los observaba desde la puerta sin saber si entrar o no. La puerta de la Casa del Jefe siempre estaba abierta, día y noche. El lema de Gondar era que su puerta debía permanecer siempre abierta para ayudar al pueblo.

—Tardaremos en contar lo que tardemos —dijo Gondar.

El capataz resopló, soltó un improperio y se marchó. Pasó junto a Lasgol

hecho una furia.

El Jefe se percató de su presencia.

—Pasa, ya he terminado con el capataz —dijo con una sonrisa.

—Los negocios impacientan a la gente —comentó Limus.

—Los negocios y el Conde —dijo Gondar—. Las minas son su principal fuente de riqueza.

—Y de sustento de esta aldea —puntualizó Limus.

—Sí, eso también. Intenta contabilizar sus suministros lo antes que puedas. Que piense que sus protestas han tenido efecto. Ya hemos tenido bastantes problemas con el Conde por una estación...

Lasgol se sintió culpable por haber creado la situación a la que el Jefe se refería.

—¿Has venido a verme? —le preguntó Gondar.

—A Limus... por lo del puesto de ama de llaves.

—Ah, muy bien —dijo el Jefe y se sentó frente a la chimenea.

—Y dime, joven señor Lasgol, ¿te han parecido bien las tres candidatas que seleccioné? —le preguntó Limus.

—Oh, sí, muy bien.

—¿Necesitas más información o alguna recomendación o ya has elegido?

—Ya he elegido... me quedo con Martha.

Limus sonrió y sus ojos brillaron.

—Curiosa elección, es la menos preparada.

—Pero aun así la seleccionaste para que la viera.

—A veces los lazos afectivos son más importantes. Además, es una buena mujer y se encuentra en una situación difícil. Pensé que podría ser una buena opción. Veo que acerté.

—Tú aciertas mucho, por eso eres mi ayudante —le dijo Gondar con una sonrisa.

Limus soltó una risita agradecida.

—Gracias, Limus —dijo Lasgol.

—No hace falta que me lo agradezcas. Es bueno para la aldea y por lo tanto es parte de mi trabajo.

—Quería preguntar algo más...

—¿Referente a Martha?

—No... referente a mi madre... a Mayra...

De pronto se hizo el silencio. Limus y Gondar intercambiaron una mirada tensa.

—Me gustaría saber cómo murió, dónde descansa...

—Tu padre, Dakon, ¿no te lo dijo? —preguntó Gondar.

—No... sólo me contó que murió en un accidente... al caer del caballo. He pensado que al ser una muerte en la aldea Limus lo tendría recogido en los libros...

El silencio volvió a la estancia.

—Díselo, Limus —dijo Gondar al cabo de un largo momento rompiendo aquella incómoda situación.

Limus carraspeó. —La muerte de tu madre no está recogida en mis libros.

—No entiendo...

—Veras... —dijo Gondar—, tu madre no consta en los libros porque no murió aquí.

—¿No? Mi Padre...

—Tu padre se presentó un día aquí en mi casa. Estaba muy afectado. Le pregunté qué le ocurría y me contó que Mayra había muerto en un desgraciado accidente mientras montaban en tierras del Duque Olafstone. Siendo tu padre quien era, el Guardabosques Primero, por supuesto lo dimos por bueno. Además, traía consigo un certificado de defunción con el sello del Duque.

—Y por eso no existe registro de su defunción, no aquí —dijo Limus.

Lasgol estaba muy confundido. Siempre había creído que el accidente se había producido en Skad.

—¿Podría ver el certificado?

Limus negó con la cabeza.

—Tu padre nos lo mostró pero no lo entregó.

—Déjame darte un consejo, joven Guardabosques —le dijo Gondar con tono amistoso—, el pasado es mejor dejarlo estar y no removerlo. Mira al futuro y lábrate tu propio pasado, cada día avanzarás más hacia un futuro brillante, llevas buen comienzo.

Lasgol arrugó la nariz. Algo no le encajaba en todo aquello. Pero quizás estaba leyendo más de lo que realmente había. Que su padre no le mencionara dónde ocurrió el accidente no era suficiente razón para desconfiar, sobre todo si, como bien decían Limus y Gondar, ellos no tenían nada que sospechar.

—Tiene razón, Jefe. Siento las preguntas.

—No te preocupes, muchacho, no es nada —le dijo Gondar.

—Limus, ¿podrías decirle a Martha que empiece en cuanto pueda por favor?

—Por supuesto.

Y con un saludo abandonó la Casa del Jefe.

Según abandonaba la plaza en dirección a su casa perdido en sus pensamientos, se cruzó con Dana y Alvin, los hijos del molinero Oltar. Los conocía desde que eran niños, eran de su misma edad, habían sido mejores amigos hasta el día que su padre fue nombrado traidor. Desde ese momento no sólo no le dirigían la palabra sino que le miraban con desprecio, cosa que a Lasgol le había dolido como si le marcaran con una barra al rojo vivo. No era sólo por perder a dos amigos de la infancia, sino porque siempre había estado prendado de Dana. Al verlos, recordó la última vez que se habían cruzado el año anterior y cómo lo habían mirado con desprecio.

Lasgol desvió la mirada y continuó avanzando.

—Lo siento —dijo de pronto Dana.

Lasgol se detuvo y se giró.

—Lo siento, de verdad —dijo Dana.

—Yo también —dijo Alvin.

Lasgol los observó y vio en sus ojos que no mentían. Realmente lo sentían.

—No pasa nada —dijo él.

—Sí que pasa —dijo Dana—, te debemos una disculpa enorme.

—Nuestro padre nos obligó —dijo Alvin—, ya sabes cómo se pone... Nos prohibió verte y saludarte bajo amenaza de una tunda.

—Al principio no le hicimos caso, queríamos seguir siendo amigos tuyos —dijo Dana—, pero luego... todo el mundo... y no actuamos bien...

—Y nos llevamos un par de tundas... —dijo Alvin.

—No importa ya... es el pasado... —dijo Lasgol intentando disimular el

malestar que sentía en su interior. Tenía un dolor en el pecho como si le estuvieran atravesando con una lanza.

—Te pido perdón —dijo Dana—, lo sentimos muchísimo —dijo mirando a su hermano que asintió con mirar avergonzado.

Lasgol inspiró profundamente. —Está todo olvidado. Empecemos de nuevo —dijo y les sonrió, aunque el dolor no había abandonado su alma.

—Eres una buen a persona —le dijo Dana y acercándose le besó la mejilla.

Lasgol se ruborizó. Hubo un tiempo en que aquel beso le hubiera hecho ver las estrellas. Se dio cuenta de que ya no era así. Se despidió de los dos hermanos con un saludo amistoso y se separaron. Aunque la experiencia había sido dolorosa, había tenido una cosa buena, Lasgol se había dado cuenta de que Dana podía ser la chica más guapa de la aldea pero no era comparable a Astrid. Y con aquel encuentro, y el recuerdo de Astrid, el hechizo que Dana mantenía sobre Lasgol se rompió para siempre. «Qué curiosa es la vida» pensó y siguió hacia la casa, los ojos esmeralda, el bello rostro salvaje y la melena azabache de Astrid acaparaban su mente.

Al día siguiente, Martha se presentó en la puerta de la casa a primera hora con una enorme sonrisa agradecida en su rostro.

—No sé cómo darle las gracias, señor... esto significa tanto...

—No es necesario. Necesito a alguien que se ocupe de la hacienda y más en mi ausencia que será muy larga.

—Sé que era la menos preparada... la confianza que deposita en mí... espero estar a la altura.

—No te preocupes, estoy seguro de que lo harás muy bien. Y por favor, nada de señor y nada de trato formal. Trátame de Lasgol y yo te trataré de Martha.

—Como quiera el señor.

—Lasgol...

—Como quieras, Lasgol —repitió ella sonriendo.

—Después de todo, sólo tengo dieciséis años.

—Sí, pero eres el señor de la hacienda.

Lasgol sonrió. —Se me hace raro, siempre pienso en mi padre como el señor de este lugar.

—Es natural. Con el tiempo seguro que lo sentirás tuyo.

Lasgol asintió.

—Me instalaré en el aledaño de los sirvientes —dijo Martha.

—No es necesario, la casa tiene muchas habitaciones libres.

—No sería digno. Hay que respetar las costumbres y las formas o hablarán mal en el pueblo.

—Tienes razón. Lo último que quiero es darles motivos para meterse conmigo de nuevo.

—Muy bien. Me instalaré y comenzaré con las labores. De nuevo, mil gracias, señor... Lasgol.

Lasgol le sonrió. Martha entró en la casa y él se sintió de inmediato un poco menos solo.

Capítulo 5

Una semana más tarde, el Conde Malason regresó a Skad como había prometido. Lo acompañaban medio centenar de soldados montados sobre robustos y peludos caballos del norte. Ordenó a Gondar reunir a toda la aldea en la plaza.

Leyó en alto con voz severa la Orden Real de reclutamiento.

“Por Orden Real, todos los hombres hábiles mayores de dieciséis años deben presentarse para ser reclutados y servir a su patria en la lucha contra las fuerzas de Darthor. Las mujeres que deseen unirse a la defensa de sus tierras también podrán hacerlo.

Uthar Haugen, Rey de Norghana”.

Lasgol esperaba que la noticia de la guerra, ya una realidad, causase temor y protestas entre los aldeanos. Se equivocó. Eran Norghanos, duros y fuertes como las frías montañas del norte que habitaban. Si había guerra, cogerían sus hachas y escudos y acabarían con el enemigo entre gritos y golpes o morirían intentándolo.

El Conde estableció un puesto de alistamiento en la plaza junto a la fuente, al que tendrían que presentarse todos los hombres. Sería el alistador el que establecería los que consideraba hábiles en base a su constitución, estado y profesión. El Conde había establecido unas cuotas para cada profesión y por familia. No podían enviar a todos los campesinos a la guerra o no habría cosechas y sin cosechas no habría comida. Lo mismo sucedía con los mineros, pues necesitaban el acero y el oro para sustentar la guerra. Otras profesiones como comerciantes y artesanos también tenían sus cuotas establecidas. Tampoco podían enviar a todos los miembros de la misma familia a la guerra.

Como el proceso de selección llevaría días, el Conde pidió a Limus que ayudara al reclutador. Recordó a todos que si alguien se negaba o huía para no

luchar una vez seleccionado, sería ahorcado, sin excepción ni piedad. El reclutamiento forzoso era un precepto del Rey Uthar y el Conde no aceptaría excusa alguna. Dicho esto, dejó la mitad de sus soldados y volvió a su castillo a continuar con los preparativos para la contienda.

Al día siguiente, Lasgol volvía de comer con Ulf. Al grandullón le habían negado el alistamiento, algo que lo había puesto de un humor horrible y se había quedado en la posada ahogando su rabia en cerveza. Lasgol, al pertenecer a los Guardabosques, estaba exento. Alguien se giró en el puesto de alistamiento y se encontró frente a frente con una de sus mayores pesadillas: Volgar. El matón estaba más grande y más feo que nunca, parecía un troll. Detrás del abusón estaban sus dos compinches: Igor el larguirucho y Sven el estoico, como siempre. Lasgol sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda. Recordó la terrible paliza que le dieron el día que abandonó la aldea. Por un momento las rodillas le temblaron, pero se rehízo. Se irguió y miró a Volgar a los ojos. No le mostraría miedo.

—Mira quién está de vuelta —dijo el grandullón con marcado tono de desdén.

—Volgar —saludó Lasgol con tono calmado.

—El gran héroe vuelve a Skad a pavonearse —dijo Igor.

—No me estoy pavoneando.

—Puede que hayas recuperado tu hacienda y tus tierras, pero para nosotros siempre serás un gusano.

—No lo dudaba.

—Es una pena que no te haya quedado ninguna marca en esa cara de tonto que tienes después de la paliza que te dimos —dijo Igor.

—Y mira que lo hicimos para arreglársela, con toda nuestra buena intención —dijo Volgar a sus dos compinches. Los tres se echaron a reír como si el comentario fuera lo más gracioso que hubieran oído nunca.

—Veo que algunas cosas no cambian en Skad.

—Mucho cuidado. No te hagas el listillo con nosotros. Aunque hayas ido a los Guardabosques y vuelto como un héroe, te daremos igual la paliza de tu vida. Así que mucho cuidadito —amenazó Volgar y le clavó su enorme dedo índice.

Lasgol no se movió del sitio pero el contacto hizo que la rabia naciera en

su estómago. Se exteriorizó en su rostro.

—Uy, qué miedo, se ha enfadado —se burló Volgar.

Lasgol se enfureció todavía más.

—Igual hasta se atreve a hacer algo —se rio Sven.

—Nunca ha tenido las tripas para hacerlo —añadió Igor.

Un resoplido abandonó la boca de Lasgol. —No voy a dejar que me amarguéis el día. Aunque con ganas os daba una lección.

—Oh, ¿sí? —dijo Volgar con cara de burla—. ¿El señorito Guardabosques se cree que puede darnos una lección a los tontos aldeanos?

—Podría —dijo Lasgol la rabia hablando por él.

—Eso tiene fácil arreglo. El puente, mañana al mediodía.

—¿Me retas?

—Te reto.

Lasgol quería aceptar el reto con todo su ser pero algo en su interior le decía que era una mala idea, que no lo hiciera. Desoyó la advertencia.

—Allí estaré.

—¡Muy bien! Marcharemos a la guerra después de darte una buena paliza. Gran despedida.

—¿Os habéis alistado?

—Los tres —dijo Igor.

—Pero no tenéis 16 todavía.

—Los tendremos en primavera —dijo Sven.

—Nos han aceptado. El alistador ha dicho que necesita hombres jóvenes valientes como nosotros —dijo Volgar hinchándose como un pavo real.

«Tarugos como vosotros es lo que quería decir en realidad» pensó Lasgol, pero se calló.

—Espero que sobreviváis —dijo con tono frío.

La cara de Volgar se ensombreció y en sus ojos apareció el miedo.

—Tú asegúrate de estar en el puente a medio día. De la guerra ya nos encargamos nosotros —dando un empujón a Lasgol se abrió camino seguido de sus dos secuaces.

Lasgol los vio marchar y sacudió la cabeza enfadado consigo mismo. No

tenía que haber aceptado. Era un error. Pero él era un Norghano y un auténtico Norghano no se echaba nunca atrás.

A la mañana siguiente Lasgol jugaba al escondite con Camu. Habían subido al desván para asegurarse de que Martha no los viera y travesaban entre la multitud de extraños objetos. Jugaban de la forma tradicional, con Camu visible. Había tantas cosas allí arriba y todo estaba tan desordenado que a Lasgol le resultaba muy complicado encontrar a su travieso amigo en cualquier caso.

—Ya te tengo —dijo Lasgol y corrió a tocar a la criatura que se escondía bajo un viejo casco de hierro.

Camu emitió un chillidito de emoción y comenzó a correr. Lasgol lo persiguió entre risas. Todo lo que veía era un casco huyendo de él como si tuviera vida propia. De pronto el casco chocó con un baúl con un sonoro *knock* y Camu chilló de nuevo. Esta vez enfadado.

Lasgol se echó a reír a carcajadas. Camu salió de debajo del casco y le miró con cara de pocos amigos. La perpetua sonrisa había desaparecido de su rostro. Lasgol no podía parar de reír. Camu agitó la cola en disconformidad y comenzó a camuflarse con el entorno.

—No, no, eso no vale, eso es trampa —recriminó Lasgol.

La criatura movió la cabeza de lado a lado y su sonrisa retornó. Un momento después desaparecía.

—Así seguro que ganas —se quejó Lasgol.

Un chillido que sonó a risa se escuchó más al fondo.

—Estás haciendo trampas, no te muevas —pero Lasgol sabía que Camu no le iba a hacer caso. Era demasiado vivaracho y se lo estaba pasando en grande, aunque protestara. Le encantaba jugar y, sobre todo, no parar quieto un instante.

—Pues si tú haces trampa, entonces yo también —amenazó Lasgol y cerró los ojos. Se concentró. Buscó la energía en su interior. La usó e intentó captar la presencia de la criatura. Un destello verde abandonó su cabeza. Se quedó quieto, en silencio, concentrado, intentando captar algo. Pero no pudo. Cuando Camu se camuflaba lo hacía tan bien que no podría verlo ni oírlo, ni usando magia. Lo intentó un par de veces más pero con el mismo resultado negativo.

Lasgol había desarrollado la habilidad de detectar la presencia de animales y personas con la ayuda de su padre. Como la mayoría de sus

habilidades, la había descubierto de forma fortuita, experimentando. Recordaba perfectamente aquel día. Estaba trabajando en mejorar su concentración, que se rompía con demasiada facilidad. Estaba con los ojos cerrados y las manos en sus orejas, intentando concentrarse detrás de la casa del herrero que martilleaba una espada sobre el yunque. Con el fuerte repiqueteo le resultaba imposible concentrarse. Por eso practicaba allí. Pensó que una vez más fracasaría, como había estado fracasando todo el mes, y de pronto sucedió. Consiguió concentrarse y con ojos y oídos tapados le llegó la presencia de una persona a su espalda. Una persona que no había visto ni oído. Lo sintió como si de su cuerpo hubiera partido una onda y chocado con algo. Se giró abriendo los ojos y bajando las manos para descubrir que Atos, el hijo del herrero, regresaba cargando un saco de leña. Más tarde, con ayuda de su padre Dakon, descubrió que era capaz de percibir a personas y animales, no así objetos.

Era una habilidad que dominaba bien y en distancias próximas no le fallaba nunca. Así que el problema no era su Don, sino que por alguna razón no podía detectar a su amigo que estaba a pocos pasos de él en algún lugar.

«Curioso, Camu no sólo es capaz de detectar magia, sino que es capaz de ocultarse de ella. Ummm... tiene cierto sentido. Es invisible a los sentidos y a la magia. Estoy seguro de que a Egil le va a entusiasmar este descubrimiento».

La conclusión a la que había llegado le desconcertó un poco, pero se animó. Tenía que descubrir mucho más sobre Camu y sobre sí mismo. Todavía había infinidad de cosas que no sabía sobre su Don y lo que podía llegar a hacer con él. «Tengo que seguir experimentando y aprendiendo».

De pronto Camu apareció y dio un saltó sobre unos bultos, cogió más impulso y volvió a saltar para quedar sobre unos objetos envueltos en paño y atados con cuerdas.

—Ven aquí, fierecilla —le dijo Lasgol.

Por supuesto Camu no obedeció y comenzó a realizar su baile, flexionando las patas y meneando la cola.

—Eres imposible —le dijo Lasgol y se acercó hasta la criatura.

Camu saltó de nuevo para que Lasgol no lo atrapara. Al impulsarse, uno de los bultos sobre los que estaba se desplazó hacia el suelo y con él cayeron dos más que estaban apoyados contra la pared. Hubo bullicio y Camu desapareció de nuevo al ver lo que había provocado.

Lasgol resopló e intentó recoger lo que se había caído. Comenzó a ponerlo como estaba. Al hacerlo se percató de que dos de los bultos podían ser en realidad cuadros o espejos. Decidió abrir uno con cuidado y descubrir qué era. Estaba en lo cierto, los bultos eran cuadros envueltos para protegerlos del paso del tiempo. El primero le sorprendió. Era un retrato de su padre. Posaba con ropa de gala. El segundo lo dejó sin habla. Era un retrato a juego con el anterior, solo que era de una mujer, una mujer muy bella de cabello rubio e intensos ojos verdes que lo miraban con fuerza.

«¿Será... será mi madre?».

Debía serlo. Pero él no recordaba cómo era más allá de una vaguísima y lejana sensación. Se quedó mirando el cuadro con la boca abierta.

Un chillidito de Camu le hizo volver a la realidad.

—Quédate aquí, ahora vuelvo —le dijo.

Cogió el retrato con cuidado y bajó al piso inferior.

—¡Martha! —llamó.

—Estoy en la cocina, señor.

Lasgol halló a Martha cocinando.

—He encontrado esto en el desván —le dijo enseñándole el retrato.

Los ojos de Martha se abrieron como platos.

—Qué retrato tan realista... Capta toda su belleza y esencia.

—¿Es ella?

Martha asintió. —Sí, es Mayra, tu madre.

Lasgol observó el retrato de nuevo. —Era muy guapa...

—Sí que lo era. Y mira esos ojos, el carácter que desprenden.

—Sí, son intensos.

—Así era ella.

—¿Sabes quién hizo el retrato? Hay otro de mi padre a juego.

—No, lo siento, no lo sé. Pero puedo asegurarte que le hace justicia.

—Gracias, Martha. Ahora ya tengo un rostro que recordar...

—Te hará bien —sonrió ella con dulzura.

Lasgol asintió y marchó con el retrato. Subió de nuevo al desván, situó el retrato junto a una claraboya, se sentó en el suelo y lo observó a la luz por

largo rato, memorizando aquel rostro, los rasgos, su esencia.

Camu se sentó a su lado y le imitó.

Lasgol sintió un bienestar en su interior que pocas veces sentía. Lo disfrutó.

—¡Señor! —le llegó la voz de Martha desde el piso inferior.

—¡Voy! —dijo él y sacó la cabeza por la trampilla.

—Siento molestar, ha llegado un mensajero. Espera respuesta en la puerta —dijo el ama de llaves mirando hacia arriba con expresión de preguntarse qué hacía Lasgol allí arriba y solo.

—¿Un mensajero?

—Sí, dice que debe entregar el mensaje en mano al señor de la casa. No ha querido dejarlo conmigo.

—¡Oh! —exclamó Lasgol y se descolgó por la cuerda con gran agilidad para quedar frente a Martha, que dio un paso atrás sorprendida por el rápido movimiento.

—Si es necesario ordenar el desván, yo podría...

—¡No! Quiero decir... No es necesario, no te preocupes, Martha. Me gusta que esté así.

Martha le miró extrañada. —Es el desván... el desorden...

—Sí, pero hay muchas cosas que me traen recuerdos... me gusta andar entre ellas...

—Oh, ya entiendo. No se hable más, ni me acercaré.

Lasgol sonrió.

—Gracias, Martha.

—El mensajero espera en la puerta.

—Veamos qué quiere.

Lasgol salió primero y Martha se quedó a su espalda.

El mensajero saludó a Lasgol con la cabeza.

—¿El Guardabosques Inicial Lasgol Eklund, señor de esta casa?

—Ese soy yo —dijo Lasgol asintiendo.

—Traigo un mensaje —dijo el extraño y se lo entregó. Lasgol observó al mensajero, su atuendo, el caballo que había dejado en la entrada. Parecía un

hombre de confianza de un Conde o Duque. Llevaba un escudo de armas bordado en su capa color vino que Lasgol no reconoció. No era el escudo del Conde Malasan, ¿Qué otro miembro de la nobleza estaría interesado en él? Lleno de curiosidad abrió la nota que le había entregado.

Saludos desde el insigne ducado de Vigons-Olafstone

Espero que hayas recuperado las posesiones de tu padre sin demasiados problemas. Aunque de tenerlos, estoy seguro de que habrás sido capaz de arreglártelas. Para eso eres un héroe del reino y un Guardabosques Iniciado excepcional.

He pensado que, de no tener demasiadas obligaciones, podrías venir a pasar unos días conmigo al castillo de mi padre. Así podrás experimentar de primera mano lo bien que vivimos los nobles. Conocerás a mi familia y entenderás mejor mi situación personal.

Me gustaría mucho verte. De aquí partiríamos hacia el Campamento en fecha para iniciar el segundo año. Por eso no te preocupes.

Si la respuesta es afirmativa, Marcus, el mensajero, te acompañará hasta aquí.

Espero que puedas venir.

Un abrazo,

Egil.

Lasgol sonrió de oreja a oreja. Había pensado que eran malas noticias. Generalmente lo eran. Recibir una carta de Egil invitándolo al castillo de su familia no se lo esperaba. El tono sarcástico de la carta le hizo volver a sonreír. Lo meditó un momento.

—Esperas mi respuesta...

—Sí, señor —dijo el mensajero con una pequeña reverencia.

Lasgol lo pensó un instante más. Se giró en redondo.

—Martha, ¿crees que podrías arreglártelas si me marchó mañana?

La ama de llaves abrió los ojos en sorpresa.

—Yo... tan rápido... bueno, imagino que sí, señor.

Lasgol sonrió y volvió a girarse para encarar al mensajero.

—Te llamas Marcus, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien, Marcus. Acepto la invitación. Partiremos mañana al amanecer.

—Muy bien, señor.

—Martha, acomoda por favor a Marcus en la casa y cuida de que tenga cuanto necesite.

—Por supuesto, señor —dijo Martha.

—No es necesario... —dijo Marcus sorprendido—. Soy un mensajero. Puedo dormir en la posada, en la aldea.

—Aquí te cuidaremos mejor, que no se diga de la famosa hospitalidad del norte —dijo Lasgol mirando a Martha que le sonrió.

—Gracias, señor, me honráis.

—Pasa y comamos algo. Tengo una cita a medio día y quiero estar repleto de energía.

Lasgol llegó al puente con el sol en lo más alto oculto por unos nubarrones que amenazaban tormenta. Como la que se le avecinaba. Vestía su capa con capucha roja de Guardabosques Iniciado. En medio del puente le esperaban los tres matones. Volgar delante con Sven e Igor detrás.

—¡Has venido! ¡Y vestido de rojo! ¡Así se verá menos tu sangre! —dijo Volgar y rio.

—Dije que vendría y yo soy un Norghano de palabra —dijo Lasgol y se acercó hasta quedar a un paso de Volgar. Al verse frente a los tres matones supo que había cometido un grave error. Se había equivocado al aceptar. Había tomado una mala decisión y ahora estaba en una situación complicada. Sacudió la cabeza mientras lamentaba no habérselo pensado mejor. «Me he dejado llevar por la rabia y mi orgullo. No debería haberlo hecho. Ahora alguien saldrá herido y sin ninguna necesidad». Suspiró. «Quizás pueda evitar más daños. Lo voy a intentar, aunque le duela a mi orgullo».

—No tenemos por qué pelear. Esta enemistad no tiene sentido. Ya no soy el hijo del traidor. No tenéis motivo para odiarme. No hay motivo para pelear.

Volgar le miró sorprendido. Arrugó en entrecejo en su enorme frente y pareció meditar las palabras de Lasgol. Echó la cabeza atrás. Una sonrisa comenzó a aparecer en su rostro. La sonrisa le cubrió todo el rostro. Lasgol

tuvo esperanza. Los ojos de Volgar le miraron con desprecio y la sonrisa se volvió burlona.

—¿Te crees que te vas a librar con palabrería? ¡De eso nada!

Y la esperanza de Lasgol se desvaneció.

—Se cree más listo que nosotros —dijo Igor.

—Siempre se ha creído mejor que nosotros —dijo Sven.

—Y hoy le vamos a dar una lección para rebajarle los humos, ya que la última parece que no le hizo efecto.

—Estoy dispuesto a hacer las paces. Olvidemos el pasado y empecemos de nuevo. Mañana vosotros seguiréis vuestro camino y yo el mío.

—Voy a empezar de nuevo sobre tu cabeza machacada —dijo Volgar amenazando con su enorme puño.

Igor y Sven comenzaron a reír ante la ocurrencia de su jefe.

—Eso, como en los viejos tiempos —se rio Igor.

—¡Machaquémosle! —gritó Sven.

Antes de que Volgar moviera su enorme corpachón para atacar, Lasgol usó su Don. Invocó la habilidad Reflejos Felinos. Un destello verde que sólo aquellos con el Don podían ver recorrió su cuerpo. La última vez lo sorprendieron y no usó su Don. No cometería el mismo error dos veces.

El puño de Volgar se dirigió directo a su cara. Lasgol ladeó la cabeza y el puño paso rozándole la mejilla, pero sin alcanzarle. El grandullón dio un paso al frente y lanzó un golpe circular con la izquierda. Lasgol echó el cuerpo atrás y el puño pasó por delante de su nariz sin alcanzarlo. Igor y Sven avanzaban a izquierda y derecha de Volgar, se le echarían encima en un momento.

Lasgol volvió a usar su Don. Invocó la habilidad Agilidad Mejorada y un nuevo destello verde le recorrió el cuerpo. Sven se le echó a los pies e intentó derribarlo. Lasgol sintió el contacto y de un brinco instantáneo se retrasó antes de que lo tuviera fijado. Provocó que Sven se estrellara de morros contra el suelo del puente. Con un grito, Igor le saltó encima. Lasgol se giró de medio lado con la velocidad de un rayo. Igor se estampó contra la baranda del puente.

—¡Te voy a machacar! —gritó Volgar fuera de sí.

Lasgol se percató de que el entrenamiento recibido en los Guardabosques hacía que las habilidades que le confería su Don fueran todavía más

asombrosas. Sus reflejos y su agilidad habían aumentado a unos niveles que nunca había tenido. Sin duda debido a todo el entrenamiento físico que habían realizado en el Campamento.

Esquivó un derechazo de Volgar y luego un intento de patada al estómago. Volgar quedó desequilibrado. Lasgol aprovechó y lo empujó con fuerza. El enorme matón salió despedido y cayó de espaldas. Se golpeó la cabeza contra el suelo.

Gruñó de dolor. —¡Rajadlo! —les gritó a sus compinches desde el suelo mientras se sujetaba la cabeza con una mueca de dolor.

Igor y Sven sacaron unos cuchillos largos como los que los carniceros usaban.

Lasgol se tensó. La cosa se ponía muy fea.

—Esto es un error, parad —les dijo y se desabrochó la capa para que cayera al suelo y vieran que él también iba armado.

Pero los dos matones no tenían intención de parar. Lasgol sacudió la cabeza. Sacó su cuchillo y su hacha corta de Guardabosques. Igor le atacó por un costado lanzando tajos mientras Sven lo intentaba por el otro. Lasgol se concentró e hizo uso de lo aprendido en el Campamento. Se defendió bloqueando y desviando los cuchillos con el suyo y con el hacha. Sven le engañó con una cinta y al rectificar Igor le cortó en el antebrazo. Lasgol sintió el dolor del corte y apretó los dientes.

—¡Eso es! ¡Voy por mi arma! —dijo Volgar y se retrasó hasta donde la tenía escondida.

Lasgol aprovechó que Igor miraba a su jefe. Dio un potente salto hacia él y le propinó una patada en el pecho. Salió despedido hacia atrás, se golpeó contra la baranda y se precipitó al río.

—¡Cerdo! —gritó Sven y atacando por la espalda le hizo un corte a Lasgol en la pierna cuando se giraba a encararlo. Lasgol gruñó de dolor. El cuchillo buscó su rostro. Lasgol apartó la cabeza y golpeó a Sven en el estómago con la rodilla. Sven se dobló soltando todo el aire en sus pulmones. Lasgol le propinó un fuerte golpe en la cabeza con el mango del cuchillo. Cayó al suelo sin sentido.

—¡Te voy a partir en dos! —dijo Volgar avanzando armado con un enorme machete.

Lasgol abrió los ojos como platos. «¡Oh, no!» Un tajo con esa arma con la

fuerza de aquel bruto podría abrirlo en canal.

«No voy a correr riesgos».

Se concentró.

Volgar dio un paso al frente con el machete alzado.

Lasgol lanzó el hacha con un seco latigazo de su brazo derecho. El hacha giró en el aire. Golpeó a Volgar en medio de la frente con el canto superior con tremenda fuerza. Se escuchó un hueco *thud*. Volgar dio un paso atrás, se desequilibró y cayó hacia un lado como un árbol talado. No se levantó.

Lasgol resopló. Recuperó su arma y su capa. Echó una última mirada y sacudió la cabeza.

—Espero que sobreviváis a la guerra.

Se marchó.

Llegó a casa y subió a su habitación sin que Martha le oyera con la intención de esconderle lo que había sucedido. Pero Camu al ver la sangre y darse cuenta de que Lasgol estaba herido, comenzó a chillar fuera de sí.

—¡Calla, Camu, te van a oír!

Martha estaba abajo en la cocina con Marcus. Inicialmente no oyeron nada ya que charlaban animadamente. Pero los chillidos desconsolados de Camu se volvieron una especie de llanto. Camu saltaba de un lado a otro y por mucho que Lasgol intentaba calmarlo, no lo conseguía.

—¿Ocurre algo, Lasgol? —preguntó Martha desde abajo.

—¡Nada! ¡Todo está bien! —respondió Lasgol intentando ocultar lo que sucedía.

Camu volvió a llorar.

—Shhh, calla. Calla, por favor.

—¿Seguro que todo está bien, señor?

—Calla, Camu, nos van a descubrir.

Pero la criatura desconsolada al ver a Lasgol herido no se contuvo y volvió a chillar.

«Tengo que hacer algo. No se calma». Se concentró y usando su Don le dio la orden. «¡Silencio! ¡Escóndete!».

Camu le miró con sus grandes ojos saltones y Lasgol vio miedo en ellos. Por un momento pareció que iba a volver a chillar pero justo cuando la puerta

de la habitación se abría, Camu desapareció en silencio.

—Lasgol, ¿qué ocurre? —dijo Martha introduciendo la cabeza por la abertura de la puerta.

—No es nada —dijo Lasgol e intentó cubrirse.

—¡Por las Sanadoras! ¡Estás herido! —exclamó Martha.

—No es nada —intentó calmarla Lasgol.

Martha estaba sobre él en un pestañeo. Le miró las heridas.

—Siéntate en la cama y no te muevas. Vuelvo enseguida.

Lasgol la oyó correr escaleras abajo. Él sujetaba su túnica ensangrentada contra el corte en la pierna que era más profundo y no dejaba de sangrar.

Martha apareció con una palangana con agua, jabón, trapos y algunas medicinas.

—Déjeme limpiar esas heridas antes de que se infecten.

—Sólo son un par de cortes superficiales...

—¿Cortes superficiales? Los dos son profundos y necesitan sutura. Los limpiaré e iré a buscar al curador del pueblo.

—¿Al viejo Turic?

—Sí, él se encargará.

—Prefiero que esto quede entre nosotros... Turic se lo contará al Jefe Gondar...

—Como debe ser. Te han herido y eres el señor de esta hacienda. El Jefe debe saberlo y tomar acción.

—No, no quiero eso.

Martha le miró un largo instante. Luego asintió.

—Si no quieres que se sepa, no sé sabrá. No por mí.

—Gracias, Martha. No quiero que haya más derramamiento de sangre.

—Yo suturaré las heridas. Sé cómo hacerlo.

—Ya sabía yo que serías la ama de llaves perfecta —sonrió Lasgol.

Martha puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

Lasgol rio.

Llevó un buen rato limpiar y suturar las heridas. Cuando acabaron Lasgol

se tendió sobre la cama. Estaba cansado y dolorido.

Martha lo observó y se quedó con la mirada perdida.

—¿Todo bien, Martha?

—Oh, sí —dijo ella volviendo en sí—. Perdona, es que me recuerdas tanto a tu padre...

—Él decía que yo me parecía más a mi madre, aunque visto el retrato... yo diría que no...

—Eso es porque la adoraba. Besaba el suelo por el que ella caminaba.

—Cuéntame sobre ellos. No sé gran cosa.

—Tus padres se querían muchísimo. Dakon se quedó prendado de Mayra en cuanto la vio. Me lo confesó una noche que habíamos tomado demasiado vino. Tu madre, con ese carácter tan suyo, le hizo sudar sangre durante el cortejo. Dakon tuvo que esforzarse mucho. Ella me confesó que se dio cuenta de las intenciones de tu padre de inmediato, pero ella no quería un Guardabosques como pareja.

—¿Por la mala fama que tenemos?

—Por eso y por las largas ausencias.

—Oh, entiendo.

—Pero aunque se resistió, el amor la venció. Y déjame decirte que se resistió mucho y bien. Menuda era tu madre. Pero así es la vida, cuando el amor llega no hay forma de detenerlo.

—¿Se amaban?

—Muchísimo. Las ausencias sólo hicieron que ella lo amara todavía más. Y él hubiera dado su vida por ella sin pestañear, al instante. Tanto la amaba.

Lasgol suspiró. Sintió una sensación de bienestar que le llenó el alma de paz y alegría.

—Pero no fue todo bonito. En la vida lo bonito rara vez perdura. Tuvieron problemas. Bastantes... complicados.

—¿Entre ellos? ¿O te refieres a con otros? —preguntó Lasgol interesado.

—Ambas cosas... no sé si debería contarte esto, me siento como una vieja cotilla revolviendo en el pasado de otras personas...

—Por favor —rogó Lasgol—. Me gustaría conocer lo que sucedió, saber más de ellos, de sus vidas. Sé tan poco...

Martha suspiró profundamente.

—Creo que a ella no le importaría que te lo cuente. Sí, creo que le gustaría que su «bebé precioso y especial» como te llamaba, supiera más de ella y de lo que sucedió.

—Gracias, Martha, de verdad.

Ella asintió.

—No compartían la misma visión acerca del reino y el deber hacia la corona. Tu padre era todo deber y honor. No había nada más importante que servir al Rey Uthar. Lo idolatraba. No así tu madre. A ella no le gustaba Uthar y no compartía el ciego sentimiento de lealtad de Dakon.

—Es el deber de un Guardabosques —dijo Lasgol intentando defender a su padre.

—Tu madre decía que el deber de todo hombre o mujer es razonar primero, usar la cabeza. No aprobaba que tu padre y el resto siguieran ciegamente al Rey, como si fuera un dios que siempre hacía lo correcto. Para Mayra, el Rey no era más que un hombre y no el mejor entre ellos.

—¿No aprobaba al Rey? —preguntó Lasgol sorprendido y contrariado. Él respetaba muchísimo a Uthar, era un gran Rey. A ojos de Lasgol era la personificación de la figura de un buen monarca.

Viendo la expresión de Lasgol, Martha trató de explicase.

—Tu madre era una persona muy especial... tenía mucho carácter e ideas propias. Era todo lo contrario a la dulce damisela que se esperaba que fuera. Y disfrutaba mucho poniendo a todos en su lugar siempre que se le presentaba la ocasión. Desconcertaba mucho a esos brutos Norghanos tan enormes y tan tontos, pues era bella, de aspecto delicado, pero en su interior había un volcán. No sé por qué razón estaba en contra de Uthar, no me lo confió, pero una de las últimas veces que la vi estaba furiosa y la causa era el Rey.

—¿Puede que fuera por mi padre? ¿Por el tiempo que pasaba fuera al servicio del Rey?

—¿Celos? No, no era eso. Había algo más. Mayra no me lo dijo pero había miedo en sus ojos. Y si tu madre temía, entonces era algo realmente malo pues no he conocido mujer más decidida y valiente.

Lasgol se quedó pensativo. ¿Qué podría ser? ¿Qué temía su madre? ¿Y qué tenía en contra del Rey?

—Además, hubo problemas por la condición de tu madre...

Lasgol la miró extrañado. —¿Condición? ¿Qué condición?

Martha miró a los lados. Luego se acercó a la puerta y miró fuera para asegurarse de que no había nadie en el pasillo escuchando.

—Tu madre.... verás... no sé si contártelo...

—Por favor... necesito saber... entender...

—Puede cambiar lo que piensas de ella. Es algo que la mayoría preferiría no conocer. ¿Seguro que quiere saberlo?

Lasgol asintió con fuerza. Sea lo que fuere prefería saberlo y afrontarlo. No se conseguía nada huyendo de los miedos, eso se lo había enseñado su padre.

—Tu madre... tenía... el Talento.

Lasgol echó la cabeza atrás de la sorpresa. ¡Ahora lo entendía, ahora sabía por fin por qué él tenía el Talento, el Don! Sonrió de oreja a oreja.

—¿Sonríes? La mayoría se espantarían. En verdad eres hijo de tu madre.

—No me asusta. ¿Te contó qué tipo de habilidades desarrolló?

—No, no hablaban nunca de ello. Lo guardaban en secreto. Ya sabes cómo es la gente. El populacho odia lo que no entiende. Yo lo sé porque estaba con ella cuando de pequeñas se manifestó. Hicimos un juramento de no contárselo a nadie. No lo he roto hasta ahora.

—No lo has roto, Martha. Yo soy su sangre.

Martha asintió.

—¿Qué problemas tuvieron a causa del Don?

—Sé que fueron graves, pero no me los contaron... Su carácter combinado con su condición... una mezcla demasiado potente.

—Entiendo...

—Si quiere mi opinión, es sólo intuición de mujer, de amiga, pero creo que en su muerte tuvo que ver su condición...

—¿Qué te hace pensar eso?

—Dakon. La forma en que se comportó. No fue natural...

—Sí, lo poco que estoy recabando también me da esa impresión. El incidente de su muerte y la reacción de mi padre son muy extraños. Y que no

me contara nada, todavía más.

—Creo que ya te he confiado suficiente. Será mejor que descanses y te recuperes. Le diré a Marcus que el viaje se pospone un par de días.

—Sí, creo que será lo mejor —dijo Lasgol palpando la herida en su pierna.

Martha sonrió con dulzura y se dirigió a la puerta.

—Martha —llamó Lasgol.

—Dime —dijo ella volviéndose.

—Gracias.

—De nada —sonrió ella.

Dos días más tarde, recuperado y listo para el viaje, Lasgol se despedía.

Martha le dio un fuerte abrazo.

—Quiero darte las gracias por haberme dado esta oportunidad... por haberme rescatado de la pobreza.... Significa mucho para mí...

—No tiene importancia, Martha. El que sale ganando soy yo —le dijo Lasgol con una sonrisa.

Martha lo abrazó con cariño. —Ten cuidado, tienes demasiado buen corazón y hay gente perversa en el mundo cruel de ahí afuera.

—Lo tendré.

—Cuidaré de todo. No te preocupes por nada.

Lasgol asintió. Le dedicó un saludo con la cabeza y se echó el morral al hombro.

—Hasta dentro de un año.

—Suerte.

Ulf le esperaba junto a la verja con Trotador.

—Este poni Norghano tuyo será pequeño pero caga como un auténtico pura sangre Rogdano —dijo señalando las boñigas junto a su pie—. Y apesta todavía más.

Lasgol soltó una carcajada. —No me digas que tampoco te gustan los caballos.

—¡Cómo me van a gustar si todo el día comen y cagan! ¡Y ese olor terrible! ¡Yo soy un soldado de infantería! ¡Los caballos son para los

debiluchos que no pueden andar el camino! ¡Por todas las montañas nevadas!

Trotador rebufó como si comprendiera que Ulf estaba refiriéndose a él.

Lasgol volvió a reír. —Te voy a echar de menos, Ulf.

—Y yo a ti, muchacho. Cuídate y vigila tu espalda. Este perro viejo tiene una mala corazonada.

—¿Sobre mí?

—Sí, desde que llegaste no consigo dormir tranquilo. Tengo pesadillas y me duele el muñón de la pierna —miró hacia el cielo con el ojo bueno—. Y no viene tormenta. Algo más anda mal...

—Será por la guerra con Darthor. No creo que tenga que ver conmigo.

—De todas formas, escucha a este soldado retirado que tiene muchas más cicatrices que tú años.

—Está bien. Tendré cuidado.

—Así me gusta, que escuches al viejo Ulf como cuando eras mi mozo.

—Entonces no te escuchaba, sólo te obedecía —dijo Lasgol con una mueca divertida.

—¡Por todos los Golems de Hielo! ¡Si fueras todavía mi mozo verías! —dijo gesticulando sobre su muleta con la cara roja por los gritos.

Trotador se asustó y relinchó.

—Tranquilo, amigo, no pasa nada —le dijo Lasgol y cogiendo las riendas le acarició el hocico y el cuello para tranquilizarlo.

—No te preocupes por la hacienda —le dijo Ulf haciendo un gesto hacia Martha que los observaba desde la puerta de la casa—. Me pasaré a asegurarme de que todo está en orden y nadie la molesta.

—Gracias, Ulf. Podría pagarte por cuidar...

—¡De eso nada! ¡No necesito caridad!

—No es caridad, al contrario, es agradecimiento. Tú fuiste el único que se portó bien conmigo, que se mostró como un ser humano decente... nunca podré pagarte el haberme acogido en tu casa y haberme hecho tu mozo. Nunca...

Ulf se quedó callado. Su ojo bueno se humedeció.

—Tonterías... no fue nada... necesitaba un mozo...

—Gracias, Ulf —le dijo Lasgol y lo abrazó.

Ulf se sintió tan incomodó que no sabía qué hacer. Estaba conmovido pero la situación era tan extraña para él que comenzó a carraspear.

—Bueno... sí... es agua pasada —dijo y se puso tan tieso como pudo.

Lasgol lo dejó estar y montó sobre Trotador.

—Hasta la vuelta —se despidió e hizo una seña a Marcus que lo esperaba sobre su montura.

—¡Y recuerda, golpea primero y pregunta después! ¡Consejo de Ulf!

Lasgol soltó una carcajada, pero en su interior sabía que no era mal consejo para lo que le esperaba.

Capítulo 6

Lasgol disfrutó mucho del viaje hasta el ducado de Vigons-Olafstone. Cabalgar a lo largo del territorio del reino de las nieves era una experiencia de la que no había podido disfrutar antes y le estaba resultando fascinante. La belleza de los paisajes nevados era indescriptible, la sensación de libertad que transmitían llenaba su alma de paz y de una alegría dichosa. La primavera se acercaba, lo apreciaba con todos sus sentidos. La nieve se derretía en los valles y los ríos bajaban con aguas nuevas y cristalinas. El aire era todavía frío pero ya no dolía al inspirar hondo. Transmitía olores frescos, a pino y abedul, a tierra húmeda, a naturaleza, a vida.

Camu se había comportado muy bien, manteniéndose oculto durante el día y saliendo a explorar durante la noche cuando Lasgol y Marcus dormían. Además, no había atemorizado a Trotador, algo que Lasgol temía. Poco a poco, Camu y Trotador se iban acostumbrando el uno al otro. Lasgol usaba su Don para comunicarse con ambos y asegurarse de que ninguno de los dos lo ponían en un aprieto delante de Marcus. Cuanto más usaba el Don para comunicarse con ellos dos, más fácil le resultaba y mejor le comprendían sus dos amigos. Era como si su habilidad se fuera desarrollando y se volviera más potente con cada uso.

Marcus dio el alto al llegar a la cima de una pequeña colina nevada y señaló el valle. Abajo, en la distancia, se apreciaba una gran ciudad amurallada con un castillo en su centro.

—Estocos, capital del ducado de Vigons-Olafstone —anunció.

Lasgol observaba con la boca abierta. Era una ciudad-fortaleza espectacular. Una regia muralla de roca negra de más de veinte varas de altura la rodeaba. El enorme castillo de formas cuadradas con sus tres torres rectangulares parecía tallado directamente en la roca de una montaña de granito. Miles de diminutos tejados rojos apiñados por doquier se extendían desde el castillo hasta las murallas.

—Impresiona, ¿eh? —le dijo Marcus.

Lasgol dejó escapar el aire de su boca con un silbido.

—Ya lo creo. Parece una fortaleza indestructible.

—Yo no diría que indestructible pero es una de las más grandes y mejor construidas del reino. Esas murallas tienen dos varas de profundidad. No hay forma de derribarlas. No sin grandes armas de asedio e, incluso así, aguantarían meses de castigo si no años de asedio.

—¿Tan robustas?

—Sí. La construyó el abuelo del duque cuando el reino estaba dividido en dos y fue la capital del reino del oeste.

—¿Quién lideraba la otra mitad del reino?

—El abuelo del rey actual, de Uthar. Se quedaron con la parte este del reino y nombraron Norghania la capital.

—Y ahora todo el reino pertenece a Uthar y la capital es Norghania.

—Sí, pero por estos lares se considera al Duque Olafstone como el rey legítimo, y Estocos como la capital del reino. Aquí se aferran al pasado y es peligroso discutirlo abiertamente...

Lasgol lo observó con preocupación. Aquello podía considerarse traición pero Marcus se lo había contado como una advertencia, para que tuviera cuidado con lo que decía allí. Lasgol asintió y calló.

—Parece que va a llover. Apresurémonos —dijo Marcus y azuzó su montura.

Entraron en la ciudad-fortaleza con la tormenta comenzando a descargar una lluvia fría. Las grandes puertas de la ciudad estaban abiertas y los guardias no pusieron impedimento a que entraran. A Lasgol no se le había pasado por la cabeza que Egil pudiera vivir en una ciudad tan grande. Miles de personas se apresuraban por las calles y plazas buscando cobijo del frío y la lluvia mientras terminaban con sus quehaceres. El cielo se estaba poniendo cada vez más oscuro. Según ascendían hacia el castillo por la empedrada avenida principal, Lasgol observó soldados apostados con la insignia del duque: un hacha de guerra y una espada cruzados sobre una montaña nevada al fondo.

Llegaron al castillo del Duque Olafstone. La guardia los detuvo en la puerta y Marcus se identificó. Llamaron al capitán de la guardia. Olvan se presentó rauda. Era grande y feo como Ulf. Tenía una cicatriz en la cara que le

bajaba desde la frente por toda la mejilla derecha. Por suerte había salvado el ojo. Tras verificar la identidad de Marcus los dejó pasar aunque estudió a Lasgol de pies a cabeza, cosa que le puso bastante nervioso. Desmontaron y unos mozos se llevaron a los caballos a los establos de la fortaleza. Lasgol sintió el peso de Camu sobre su hombro derecho. Se había quedado con él al ver marchar a Trotador. Usó su habilidad Comunicación Animal, «Mantente oculto y quieto».

—¡Lasgol! —exclamó una voz.

Lasgol se giró y vio a Egil acercarse con una enorme sonrisa en su rostro. Seguía tan delgado y bajito como siempre aunque Lasgol sabía que ahora había algo de musculo en él tras un año de entrenamiento con los Guardabosques. Lo que no había variado era su altura, seguía siendo el más bajito de los iniciados y aunque seguía pareciendo bastante enclenque en su rostro había una renovada confianza.

—¡Hola, Egil! —contestó él sonriendo, alegre por ver a su amigo.

Se abrazaron.

—¡Has venido! —dijo Egil eufórico.

—Cómo iba a perderme esto —dijo Lasgol mirando hacia el castillo y las altísimas torres con cara pasmada.

—Esto es una minucia, espera a ver el interior y las vistas desde ahí arriba, te dejarán estupefacto.

—No lo dudo.

Egil se giró hacia Marcus.

—Muchas gracias por haberlo acompañado.

—Siempre a las órdenes de mi señor —dijo él con una reverencia. Saludó a Lasgol con la cabeza, que le devolvió el saludo y se retiró.

—Vayamos dentro, estarás cansado del viaje.

—Los Guardabosques no nos cansamos del viaje.

Egil rio. —Ciertamente las enseñanzas recibidas en el Campamento han calado en ti.

—Ya lo creo, con sangre.

Los dos rieron. Egil le llevó al interior del castillo. El lugar era inmenso, un laberinto de roca, granito y soldados. Por alguna razón, el interior del

castillo era un enjambre de soldados en los colores del Duque. Había mucha actividad, transportaban víveres y armas de un lado a otro con urgencia, se preparaban para algo. Lasgol se paró a observarlos.

—Se preparan, órdenes de mi padre.

—¿Para hacer frente a Darthor?

—Puede que sí, o quizás no —dijo Egil y la seriedad con la que lo dijo dejó a Lasgol preocupado.

Subieron a la primera planta por una escalera de caracol de granito y recorrieron un largo pasillo hasta una enorme estancia con mesas alargadas y bancos corridos. Parecía ser un enorme comedor.

—Señor... —dijo un sirviente bastante mayor que se les acercó con andar encorvado.

—Albertsen, mi amigo Lasgol está hambriento. ¿Podrías traernos algo de comida y bebida?

—Desde luego, mi señor, ahora mismo —dijo y comenzó a retirarse con movimientos pesados y andar muy lento.

—Cuando Albertsen dice ahora mismo, en realidad quiere decir en una hora —explicó Egil con una sonrisa—, el buen hombre es demasiado viejo pero no quiere retirarse y por alguna razón mi padre le deja seguir sirviendo. Nos dará tiempo a ponernos al día mientras llega la comida.

—Gracias por invitarme, no sabía si todo estaba bien entre nosotros...

—Todo está bien —le aseguró Egil—. Pero no más secretos —le advirtió Egil con el dedo índice.

Lasgol asintió con la cabeza.

—No más secretos.

—Entonces, amigos —dijo Egil y le ofreció la mano.

Lasgol la estrechó. —Amigos.

—¿Tienes a Camu contigo?

—Sí está sobre mi hombro.

Egil miró a los lados para asegurarse de que estaban solos y palpó hasta encontrar la cabeza de Camu. La acarició. Camu le dio un lametazo y Egil rio.

—Comienza a hacerse visible —advirtió Egil.

Lasgol invocó su habilidad Comunicación Animal. «No. Escóndete».

Camu obedeció.

—Quiere jugar. Cada vez es más inquieto y travieso. Debemos tener mucho cuidado con él.

—O ella.

—¿Ella?

—Podría ser. No sabemos su sexo.

—Cierto. Nunca lo había pensado. De hecho, para mí es neutro.

Egil rio. —Pudiera ser, pero creo más probable que sea o bien hembra o bien macho.

Lasgol se encogió de hombros.

—Supongo que ya lo descubriremos.

—¡Tenemos tanto de qué hablar! —dijo Egil excitado.

Lasgol asintió. —Mucho, sí.

—¿Quién es ese? —interrumpió una voz inquisitiva.

Lasgol y Egil se volvieron. Dos jóvenes se les acercaron. Lasgol les echó una rápida ojeada con disimulo. Eran altos y fuertes, pero atléticos y vestían en armadura de guerra. La calidad de sus atuendos y armadura, así como su presencia y forma de comportarse, mostraba que eran señores del lugar. Sus rostros reflejaban el peso de aquella responsabilidad.

—Es Lasgol, mi compañero en los Guardabosques —respondió Egil y en su voz Lasgol notó algo de inquietud.

—¿Sabe padre que está aquí? —preguntó el que parecía mayor de los dos cruzando los brazos sobre su torso. Era rubio y llevaba el pelo corto, algo poco común en Norghana. Debía tener cinco o seis años más que Egil y sus ojos azules estaban cargados de responsabilidad y preocupación.

—Sí, Austin, padre lo sabe. Le pedí permiso.

—¿Y te lo ha concedido? —preguntó el otro joven.

Era un par de años más joven que Austin y un par mayor que Egil. También llevaba el pelo corto, castaño. Sus ojos pardos mostraban enemistad, cosa que intranquilizó a Lasgol.

—Me extraña que haya accedido... Si ya siempre es contrario a visitas, en estos momentos... complicados... me extraña muchísimo.

—Te aseguro, Arnold, que tengo su permiso. A mí también me ha

sorprendido. Pero no sólo le ha parecido bien, sino que me ha insistido para que lo invite al castillo en dos ocasiones desde que estoy aquí.

Los dos jóvenes intercambiaron una mirada de sorpresa y confusión.

—Realmente extraño... no soporta las visitas, bueno, la gente en general... —comento Austin.

—Algo debe querer con él, no se me ocurre otra explicación —dijo Arnold estudiando a Lasgol.

—Por contentarme a mí no ha sido, eso seguro —dijo Egil.

—Eso seguro que no —dijo Austin.

Egil hizo una mueca de resignación.

—Oh, perdona, Lasgol. Estos son mis hermanos, Austin y Arnold —dijo señalando a cada uno.

—Un placer —les dijo Lasgol.

Los dos hermanos le dedicaron un saludo con la cabeza.

—Tenemos mil cosas que atender, será mejor que sigamos —dijo Austin.

—Lasgol, lo que ocurre aquí se queda aquí —le dijo Arnold señalándole con el dedo índice sin ocultar que era una amenaza.

—Arnold no hace falta... —le dijo Egil.

—Sí que hace falta. Estamos a punto de entrar en guerra. Un desliz cuesta vidas, puede incluso costar una guerra.

—No os preocupéis —interrumpió Lasgol que no quería causar problemas a Egil—. No revelaré nunca a nadie lo que vea aquí. Tenéis mi palabra.

—Será mejor que la cumplas —dijo Arnold y los dos hermanos marcharon con paso decidido.

—Un poco tensos tus hermanos, ¿no?

—Mi padre los crio para esto, para la guerra. Por eso se comportan así. No son malas personas, son duros pero justos aunque en lo referente al ducado y al reino, pueden volverse algo rudos... incluso agresivos.

—Ya veo. ¿Pero por qué tanta tensión? Tu padre sin duda apoyará a Uthar contra Darthor.

Egil guardó silencio.

—¡No será capaz! —exclamó Lasgol sorprendido de lo que aquello

implicaba.

—Shhh... mis hermanos...

Lasgol se llevó la mano a la boca.

—Mi padre y el rey son rivales por la corona. No apoyará a Uthar sin un motivo importante e inapelable. O a menos que la presión política sea insostenible. Es un hombre duro pero muy inteligente.

—¿Rivales a la corona?

—Cuando el reino se dividió en dos hace un par de centurias, se debió a que esta, mi casa, era heredera a la corona. La casa de Vigons por parte de mi bisabuelo para ser más exactos. La casa Vigons y sus aliados se unieron para reclamar el trono que había quedado vacío tras la muerte del Rey Misgof Ragnarssen por las fiebres blancas, sin dejar descendencia.

—¿Qué sucedió? Por lo que sé de la historia Norghana hubo una batalla por el trono y ganó la casa que tenía el derecho real.

Egil sonrió con una mueca. —Recuerda siempre que la historia la escriben los vencedores, no los perdedores.

—No te entiendo.

—Que lo que se dice no es cierto, es lo que el vencedor quiere que se crea. El abuelo de mi padre, Ivar Vigons, perdió la batalla frente al abuelo de Uthar, Olav de la casa Haugen, y se hizo con el trono y el reino. Se coronó Rey de Norghana. Pero el derecho por descendencia directa era de mi abuelo, no del de Uthar que era de descendencia secundaria.

—¿Descendencia directa?

—El abuelo de mí padre, Ivar, y el Rey Misgof eran primos. Pero Olav, el abuelo de Uthar, y el Rey Misgof eran primos segundos.

—Ah, ya entiendo.

—Por eso él y mi padre no pueden verse. Uthar obligó a mi padre a renunciar a sus derechos a la corona y a adoptar como nombre de la familia el de Olafson en lugar de Vigons pues este último da derecho la corona. Mi padre ha tenido que jurar lealtad a Uthar al igual que el resto de duques y condes del reino. Pero de morir Uthar sin descendencia, que no la tiene, la corona podría pasar a mi casa, a mi padre.

En ese momento llegó Albertsen con la comida acompañado por dos sirvientes más. Pidieron más verdura. Albertsen los miró extrañado pero fue a

por ella. Era para Camu. De pronto un grupo de soldados y oficiales del castillo entraron en la estancia y se sentaron cerca de ellos.

—Mejor si te cuento lo que he descubierto... más tarde...

—Sí, mejor —dijo Lasgol mirando alrededor.

Comenzaron a comer.

—¿Puedes creer todo lo que vivimos el año pasado en el campamento? —le dijo Egil poniendo cara de espanto para seguir con una sonrisa.

—¿Puedes creer que no termináramos expulsados?

—He de reconocer que los primeros días estuve muy cerca de renunciar. No creía que pudiera lograrlo, que pudiéramos lograrlo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—No le daré esa satisfacción a mi padre. Si me expulsan, lo aceptaré, pero yo nunca claudicaré.

—¿Claudi..?

—No me rendiré.

—Ah, yo tampoco.

—He oído que el segundo año es más duro todavía que el primero.

—¿En serio? No puede ser.

—Mucho me temo que sí. Por lo que he podido averiguar cada uno de los cuatro años para convertirse en Guardabosques es más duro que el anterior.

Lasgol sacudió la cabeza apesadumbrado.

—¿Y quiénes son los locos que se presentan al quinto, al de especialización?

—Tu padre lo hizo...

Lasgol soltó un suspiro profundo.

—Yo no creo que llegue, no tengo su fuerza física y de voluntad.

—No pensemos en eso ahora. Debemos afrontar cada reto con aplomo y energía. Los superaremos todos, uno por uno, hasta alcanzar nuestra meta. Seremos Guardabosques y demostraremos a nuestros detractores que se equivocaban con nosotros.

Lasgol sonrió a su amigo.

—Ese es el espíritu.

De pronto, Olvan, el capitán de la guardia se acercó hasta ellos seguido de dos soldados.

—El Duque requiere de su presencia —anunció.

—¿Mi padre quiere vernos ahora?

—Los espera en su estudio. Tengo orden de acompañarlos.

Egil y Lasgol se miraron. Aquella no era una invitación amistosa. ¿Qué quería el Duque?

Pronto lo descubrirían.

Capítulo 7

Dos enormes soldados Norghanos hacían guardia frente al estudio del Duque en la segunda planta del ala oeste. El capitán llamó a la puerta ante la atenta mirada de los guardias.

—¡Adelante! —llegó la voz del Duque.

Entraron. Olvan primero, seguido de Egil y después Lasgol.

—Mi señor, el invitado... —dijo el Capitán con una reverencia.

—Gracias, Olvan, puedes retirarte.

Lasgol observó al Duque Olafstone. Era un hombre que impresionaba. Debía tener sobre cincuenta años y era un verdadero Norghano, grande y fuerte como una montaña nevada. Los cabellos rubio-cobrizos comenzaban a tornarse blancos y le llegaban hasta los hombros. Llevaba el rostro adornado con una barba con perilla. A diferencia de la mayoría de Norghanos, la llevaba muy cuidada, al igual que sus vestimentas que, si bien sobrias, eran de una calidad exquisita. Cuidaba su aspecto como alguien de la nobleza debía hacer, si bien los Norghanos eran famosos en toda Tremia por ser algo dejados en este sentido. La fama de brutos, hoscos y poco cuidados se la habían ganado a pulso.

—Pasad y tomad asiento —les dijo de pie señalando dos sillones frente a su elaborado escritorio de roble.

Se sentaron y a continuación lo hizo el Duque. Incluso sentado irradiaba fuerza. Su rostro no era agradable, era duro y tenía unos ojos grises que perforaban. Los clavó en Lasgol y éste se encogió en el sillón.

—¿Querías vernos, padre? —dijo Egil al percatarse del escrutinio que su amigo estaba sufriendo.

Olafstone desvió la mirada hacia su hijo. Frunció el entrecejo, como si la pregunta le hubiese molestado.

—Sí. Soy el Duque Olafstone, tú eres Lasgol Eklund, ¿no es así? —dijo sin

andarse con rodeos.

—Sí, señor...

—¿Eres quién salvó a Uthar de ser asesinado en el Campamento de los Guardabosques?

—Sí, señor...

—Relátame lo que sucedió. Con todo detalle. No omitas nada.

—Padre... ya te lo he contado yo... estaba allí, lo viví.

—Calla. Quiero oírlo de su boca.

Lasgol miró a Egil de reajo, estaba nervioso, sentía como si lo estuvieran interrogando. Egil bajó la mirada.

—Muy bien, os lo contaré todo... —dijo Lasgol e inspirando con fuerza comenzó el relato. Explicó lo sucedido, intentando no dejarse ningún detalle. Olafstone lo observaba con una mirada arisca pero no le interrumpió ni una sola vez. Al finalizar, Lasgol se quedó callado, esperando la reacción del Duque.

Olafstone cerró los ojos y pareció cavilar por un largo momento. Luego abrió los ojos y los volvió a clavar en Lasgol. Él se sentía incómodo ante aquella mirada inquisitiva, como si hubiera hecho algo malo. Desde luego no se sentía como un héroe por haber salvado la vida del Rey, no allí.

—Cuéntame los otros intentos sobre tu vida —pidió el Duque. Antes de que Egil pudiera protestar, levantó un dedo en su dirección a modo de advertencia. Egil bajó la cabeza y no dijo nada.

Lasgol supo que el Duque lo que quería era interrogarle. Le narró lo sucedido en las dos ocasiones que intentaron matarlo. Lo hizo despacio, intentado no dejar ningún detalle importante sin mencionar.

—¿Tú estabas con él?

—Sí, padre. En ambos ataques.

—Egil mató al mercenario —se apresuró a puntualizar Lasgol.

—Con la ayuda de una chica —dijo el Duque con una mueca de desagrado.

—Fue entre todos, en realidad —dijo Egil.

—Ya me extrañaba que tú pudieras matar a alguien, aunque tu vida dependiera de ello.

—Podría, padre...

—¿Podrías? No lo creo. Te encogerías y temblarías como un pelele y morirías.

—Puedo asegurarle, señor, que de no haber sido por Egil el mercenario me hubiera matado.

—No le defiendas. Conozco bien a mi propio hijo. Es un pusilánime y siempre lo ha sido. Una vergüenza para la casa de Vigons-Olafstone.

Egil se hundió más todavía en el sillón con la cabeza contra el pecho. Lasgol se sintió fatal por su amigo. Palabras tan injustas y duras que venían de su propio padre debían ser demoledoras para el pobre Egil.

—Una cosa sí me sorprende... —continuó el Duque y los dos le miraron —, no entiendo cómo ha conseguido terminar el primer año. Pensé que se rendiría en la primera semana.

—No conseguirán que me rinda —dijo Egil.

Lasgol notó la rabia que subyacía al comentario. El dolor que la impulsaba.

El Duque se enderezó en su sillón. —Me has ahorrado la vergüenza que eso supondría. Uthar me lo hubiera hecho pagar. Cuánto disfrutaría restregándome la humillación en la cara. Y lo que es más importante, no he tenido que enviar a Austin en tu lugar. Uthar estará furioso. Contaba con que fracasaras. Quiere controlarme a toda costa y con Austin a su servicio, como rehén, podría. Sin embargo, no le ha salido bien la jugada.

—Sí, eso es lo más importante... —dijo Egil con tono sarcástico.

—Lo es. De todas las formas, aunque no te hayas rendido, no entiendo cómo es posible que hayas finalizado el año sin ser expulsado. Jamás pensé que lo conseguirías. Tú no tienes madera de Guardabosques, ni de cualquier otra profesión militar o que requiera esfuerzo físico. Debe ser por lo sucedido con Uthar. Te habrán perdonado la expulsión.

Lasgol salió en ayuda de su amigo.

—No, señor, le aseguro que no ha sido así. Egil ha conseguido pasar por méritos propios.

—Si tú lo dices... —dijo el Duque Olafstone poco convencido.

—Se lo aseguro, señor.

—Y dime, Lasgol, ¿cómo supiste que el tirador iba a acabar con la vida del Rey? —preguntó Olafstone acercando su rostro al de Lasgol y

entrecerrando los ojos. Buscaba una respuesta verdadera.

Lasgol se dio cuenta de que aquella no era una pregunta casual.

—Una corazonada... supongo. Vi al tirador apostado y reaccioné por instinto.

—Corazonada... instinto... ummm... interesante. No son términos que escucho mucho a mi alrededor.

—Lo importante es que el Rey salió ileso —añadió Lasgol.

El Duque Olafstone se echó atrás en su sillón.

—Sí, eso es lo importante para el reino...

Lasgol captó cierto sarcasmo en el tono del Duque que disimuló con una falsa sonrisa.

—¿Por casualidad no te contaría tu padre Dakon algo sobre sus pormenores los días anteriores a su muerte? —preguntó el Duque de pronto.

Lasgol y Egil se miraron de reojo. Era una pregunta muy extraña.

—No... mi padre no me contaba nada relacionado con los Guardabosques o sus misiones.

—¿Y no te percataste de que estaba *poseído* por Darthor?

Lasgol sintió que la conversación se iba volviéndose más y más incómoda.

—No... la verdad es que no estuvimos juntos esos días finales... creo que sólo lo vi una vez.

—¿Y no te comentó nada? ¿No viste nada raro en su comportamiento?

—Pues no, señor... no recuerdo que pasara nada raro... Estaba más serio de lo habitual, más preocupado, pero pensé que sería por su siguiente misión. Su forma de comportarse no me resultó extraña.

—Entiendo... ¿y no te dijo nada singular?

—No, no que yo recuerde, señor.

—¿Por qué tanto interés por Dakon? ¿Acaso lo conocías, Padre? —preguntó Egil.

—Nuestros caminos se habían cruzado en alguna ocasión, sí —dijo el Duque Olafstone—. Y mi interés por él no te concierne. No me interrumpas.

Egil volvió a bajar la cabeza.

—Según dicen, estaba bajo el control de Darthor, lo cual me resulta

extraño. Quería saber si su hijo no había notado nada raro —dijo para suavizar la tensión.

—Estaba dominado, se lo aseguro —dijo Lasgol—, pero no noté nada extraño. Debí haberme dado cuenta pero no lo hice...

—Dicen que es muy difícil notarlo —dijo Egil a Lasgol sin levantar la cabeza—. No te culpes.

—¿Y tu madre? —preguntó de pronto el Duque Olafstone.

—Mi madre murió hace años...

—¿La recuerdas?

—Apenas... —dijo Lasgol que no se sentía cómodo hablando de ello ante un extraño.

—¿Ha ocurrido algo recientemente que avive ese recuerdo?

Lasgol se quedó desconcertado. Pensó en Martha y lo que le había contado sobre su madre pero no quiso decírselo al Duque.

—No... nada mencionable...

—¿También la conocías a ella, padre? —intervino Egil pese a la advertencia de su padre.

—Sí, la conocía. Una gran mujer.

Lasgol no salía de su asombro. El Duque Olafstone conocía a sus padres, a ambos, personalmente.

—Creo que ya os he entretenido bastante —dijo el Duque y se puso en pie.

Lasgol y Egil lo imitaron.

—Id, tengo mucho que hacer. Avisadme cuando partáis para el Campamento.

—Muy bien, padre.

—Ah, una cosa más. Lo que veáis aquí a nadie concierne —dijo señalando a ambos con el dedo índice—. Ni una palabra a nadie u os arrancaré la lengua a ambos.

Lasgol y Egil asintieron asustados y marcharon.

—Un hombre difícil, tu padre...

—Pues ha estado muy contenido, casi amable para lo que es él —le dijo Egil y le hizo una mueca de espanto.

Lasgol sonrió. Marcharon con paso rápido, como temiendo que el Duque saliera a perseguirlos.

Para pasar el mal trago, Egil le enseñó el castillo a Lasgol. La experiencia le fascinó. Era un lugar que sólo había podido soñar. Una fortaleza de belleza regia, construida para la guerra, tan robusta y majestuosa que infundía respeto y admiración.

Subieron a la torre más alta y desde ella contemplaron la ciudad a sus pies y las tierras del Duque que se extendían a su alrededor cubriendo de verde y blanco aquellas tierras del norte.

—Es increíble, me siento como si fuera un pájaro aquí arriba —dijo Lasgol.

—Un pájaro que ha anidado sobre un fortín repleto de soldados.

Lasgol contempló los soldados del Duque en un incesante trasiego por toda la fortaleza y las calles de la ciudad.

—Se preparan para la guerra... —dijo Lasgol preocupado.

—Todo Norghana se prepara.

—Tu padre apoyará a Uthar al final, ¿verdad?

Egil comprobó que estaban solos.

—No tiene más remedio... No quiere hacerlo pero lo contrario sería una demencia. Mi padre busca una alianza con el resto de los duques y condes del oeste para derrocar a Uthar, pero este no es el momento para ello. Ahora el enemigo es Darthor, el enemigo de todos. Es un rival del exterior, uno poderoso. Para vencerlo tienen que unirse todos bajo la bandera de Uthar. Mi padre lo sabe aunque le corroa por dentro como si hubiera tragado ácido.

—¿Cuántos duques y condes tiene tu padre de su lado?

—La situación en Norghana no ha variado demasiado desde hace doscientos años cuando el reino se quebró en dos mitades. Los nobles del oeste, mi padre y sus aliados, son una docena. Los aliados de Uthar, los nobles de este, una decena, pero más poderosos y tienen más tierras y más riqueza.

—¿Los nobles son duques poderosos como tu padre?

—No, la mayoría en ambos lados son condes menores con pocas tierras. Sólo hay media docena de duques poderosos. Tres en cada lado para ser exactos, aunque hay dos que nunca se sabe de qué lado están, algo que usan para conseguir favores. Pero Uthar decanta la situación con su propio ejército

y poder. Norghania, la capital, donde el Rey reside es el ducado más poderoso de todos.

—Ya veo. Que compleja es la política. No tenía ni idea. Yo sólo conocía mi condado, el del Conde Malason.

—Es de los nuestros —dijo Egil con una sonrisa.

—Mira por donde, soy tu aliado sin siquiera saberlo.

Los dos rieron.

—Mi padre y sus aliados forman “La liga del Oeste” y buscan recuperar el trono para el oeste. Muchos están relacionados por sangre, son primos o primos segundos. Algo similar ocurre con los nobles del este, muchos son familia.

—Entiendo. Lucha de poder entre familias hasta la corona.

—Eso es. Pero ante la amenaza de Darthor, se unirán todos contra él. Ocurrió la primera vez que lo intentó, cuando tu padre...

Lasgol asintió bajando la cabeza.

Dejarán que la partida continúe una vez se libren de este peligro inmediato.

—Esperemos que lo consigan.

—Esperemos...

Por la noche cenaron junto a los oficiales, lo cual Lasgol disfrutó pues pudo escuchar cantidad de historias dispares de la boca de aquellos soldados. Los rumores crecían con cada día. El último rumor hablaba de que Darthor contaba entre sus aliados con criaturas monstruosas. Hablaban de serpientes albinas gigantes de más de cien pasos de longitud con una cabeza del tamaño de una casa y enormes fauces.

—Como si no fuese suficiente con un ejército de Salvajes de los Hielos apoyados por Trolls de las nieves, Ogros corruptos y otros seres bestiales, reforzados con Elementales y Gigantes del Hielo... —le comentó Egil y puso los ojos en blanco.

—¿Quiénes son esos Salvajes de los Hielos?

—Oh, ¿no has oído hablar de ellos? Son fascinantes. He leído que son nuestros ancestros. Que la actual etnicidad de hombres del norte, de los Norghanos, proviene de ellos. Descendemos de ellos.

—¿Son... nuestros bisabuelos?

Egil sonrió y sacudió la cabeza. —Son nuestros antecesores. Los remanentes. Según se dice viven en el Continente Helado más al norte. Es un lugar gélido, prácticamente sin vida. Sólo se puede llegar allí en barco. Estos hombres viven en el interior de enormes cuevas que recorren gran parte de esas tierras. El exterior es prácticamente inhabitable por las bajas temperaturas y el viento glacial. Sólo salen al exterior en primavera o verano cuando la temperatura no los mata. Son muy primitivos y salvajes, y son enormes, miden más de dos varas y media de altura, y anchos y fuertes como osos. Pero lo que más llama la atención en ellos es el color de su piel: es de un azul hielo intenso.

—Bromeas.

—En absoluto. Y tienen una fuerza descomunal. Van armados con hachas y son capaces de partir a un hombre en dos de un golpe.

—Pues qué bien...

—Quedan algunos grupos que viven en la punta más al norte de nuestro reino en la costa.

—Allí sólo hay hielo...

—¿Fascinante, verdad? Lo que daría por ver uno...

—Yo no lo encuentro nada fascinante y no tengo ningún deseo de encontrarme con uno de esos Salvajes.

Egil rio y negó con la cabeza.

Tras la cena se retiraron a la habitación de Egil, o más bien a sus aposentos, pues eran enormes. Constaba de dos grandes estancias: el vestidor-estudio y la habitación. La segunda con una cama de dimensiones fuera de lo común. Lasgol nunca había visto una habitación tan suntuosa.

—Vaya lujo... —dijo Lasgol mientras caminaba por allí observando todo a su alrededor.

—Más que lujo es confort, me gusta estar cómodo.

—¿Y estas sábanas de seda? ¿Y los cojines tapizados? ¿Y las alfombras Noceanas? Porque son Noceanas, ¿verdad?

Egil asintió incómodo. —Es para estar más a gusto —dijo intentando disimular, aunque se había puesto colorado.

—Cuando se lo cuente al resto del equipo... en esa cama pueden dormir

media docena...

—¡No! Que no llegue a oídos de Viggo. Me torturará sin descanso por ello y ya lo hace suficiente.

Lasgol sonrió. —Ni una palabra.

—Gracias. Además, no es culpa mía haber nacido en el seno de esta familia, para lo bueno y para lo malo.

—La verdad es que de momento no cambiaría lo bueno por lo malo.

—Ni yo. Pero nada puedo hacer al respecto. Soy hijo de quien soy.

—Al igual que yo.

—Muy cierto, amigo mío.

—Quizás un día las cosas mejoren... quizás tu padre...

—No creo, no en ese respecto, pero gracias.

—No pierdas la esperanza.

Egil cerró la puerta con llave. —Ponte cómodo.

—Puedes decirle a Camu que juegue, nadie nos molestará.

Lasgol usó su Don y, tras comunicarse con la criatura, Camu apareció sobre la enorme cama de Egil. Comenzó a dar botes, juguetón y sonriente.

—¡Camu! ¡Qué alegría verte! —dijo Egil y se lanzó a la cama a jugar con la criatura.

Lasgol los observó con una enorme sonrisa en la cara.

—¡Te cogeré! —reía Egil mientras Camu soltaba chillidos-risita y escapaba con grandes saltos.

Lasgol se puso cómodo y se relajó mientras sus dos compañeros jugaban. Necesitaba un rato de tranquilidad. Descansó. Al de un rato, Egil se dejó caer a su lado.

—Camu... es inagotable... —dijo sin aliento.

Lasgol sonrió. —Y cada vez lo es más.

Camu dio un brinco y cayó entre los dos. Dio un gritito y se puso a flexionar las piernas y mover la cabeza y la cola.

Egil le acarició la cabeza.

—Y ahora cuéntame todo sobre tu Don y las habilidades que has sido capaz de desarrollar. Estoy intrigadísimo.

—¿Todo?

—Todo. No aceptaré menos. Traerte aquí ha sido una treta para encerrarte en mis aposentos y que me cuentes todo lo que ansío saber.

Lasgol rio.

—Nos llevará tiempo.

—No tengo ninguna prisa.

Lasgol le contó a Egil todo lo que quiso saber sobre sus Don y habilidades. Con cada explicación Egil estaba más encandilado. Como no podía ser de otra forma, Egil le hizo infinidad de preguntas que Lasgol respondió gustoso. Era muy consciente de que casi había perdido la amistad de Egil y el resto del equipo por no haber sido sincero. Había aprendido la lección, una lección que llevaba grabada a fuego, no volvería a pasar. El rechazo de sus amigos le había dolido, mucho, profundo.

Estaba amaneciendo cuando Lasgol volvía a sus aposentos al otro extremo del pasillo. Tenía muchísimo sueño pero estaba muy contento pues ahora Egil conocía su secreto y, por lo tanto, ya no era un secreto ni le acarrearía más problemas con sus amigos. Camu iba en su hombro con su eterna sonrisa dibujada en su rostro y sus ojos curiosos analizando todo a su alrededor. Llegaron a una bifurcación del pasillo.

De súbito, Camu soltó un chillido de alarma y saltó de su hombro.

—¿Qué ocurre?

La criatura salió corriendo hacia el pasillo a la derecha. Las habitaciones de los invitados estaban a la izquierda.

—¡Camu! —exclamó Lasgol. Pero ya era demasiado tarde.

«¡Maldición, como lo descubran estaré en un lío tremendo!».

Capítulo 8

Lasgol asomó la cabeza por la esquina. Examinó el pasillo con cuidado de no ser visto y vio la cola de Camu perderse escaleras abajo.

«¡Oh, no!». En la planta inferior estaba la enorme biblioteca y el estudio del Duque.

¡Y estaban vigilados por soldados de guardia!

Lasgol se lanzó escaleras abajo tras Camu y se detuvo de golpe donde estaba. Algo había hecho saltar todas sus alarmas. Cuatro soldados del Duque que deberían estar de guardia yacían en el suelo. Parecían dormidos. Lasgol avanzó despacio hacia ellos, intentando no hacer ningún ruido.

«Que un soldado de guardia se duerma es una posibilidad. Pero cuatro y al mismo tiempo es algo muy improbable, algo que huele a problemas».

De pronto sintió algo en su mente, una sensación que no le era propia. Era Camu. Le estaba enviando una sensación.

¡Peligro!

Lo buscó con la mirada pero no lo vio. Se concentró y usó su Don. Invocó la habilidad Presencia Animal y le llegó un destello dorado del final del pasillo. Se acercó con cuidado y encontró a Camu detrás de uno de los Guardias en el suelo. El cuerpo del soldado lo tapaba. Camu estaba rígido con la cola señalando la puerta del estudio del Duque. Comenzó a emitir un chillido como una lamentación.

Lasgol actuó. Usó su Don y se comunicó con Camu.

«¡Silencio! ¡Ni un sonido!», ordenó.

Camu calló pero no cambió su postura hierática.

Lasgol ya sabía lo que aquello significaba: Camu había detectado Magia. Observó a los soldados y lo comprendió. Un mago o hechicero los había dejado fuera de combate. Eso debía ser lo que Camu había detectado. El pequeño se lanzaba como una fiera cada vez que detectaba magia, como si

fuese un perro de caza ante una perdiz.

Inspiró profundamente y pensó qué hacer. Fuera lo que fuera que estuviese ocurriendo no tenía que ver con él o con los Guardabosques. No tenía por qué intervenir. Por otro lado, aquello tenía muy mala pinta. Si era un intento sobre la vida del Duque debía hacer algo, no podía dejar que lo mataran. Se decidió. Acercó el ojo derecho a la cerradura y miró al interior de la habitación. Estaba oscuro pero junto a la ventana, al fondo, distinguió dos figuras de pie. Una era el Duque Olafstone, era inconfundible. Frente a él estaba un hombre de color. Por un momento Lasgol pensó que era Haakon, pero no, aquel hombre era de mediana edad y tenía el pelo rizado de color blanco y unos intensos ojos verdes. Era chocante el contraste del blanco del pelo con el color oscuro de su piel y los radiantes ojos verdes. Ciertamente exótico. Debía proceder de las tierras del sur de Tremia, donde regía el Imperio Noceano. ¿Pero qué hacía allí con el Duque? El extranjero no iba armado y parecía que discutían por algo. No era un intento de asesinato.

Lasgol quiso escuchar la conversación pero no le llegaba nada. Los rostros de ambos hombres mostraban tensión, enemistad. La discusión no iba por buen camino. Lasgol decidió utilizar su habilidad Oído de Lechuza aunque aún no la dominaba. Se concentró y lo intentó pero no lo consiguió. La invocación falló.

«¡Vamos, puedes hacerlo!», se animó a sí mismo. Volvió a intentarlo. Puso toda su atención en captar la conversación que veía a través del ojo de la cerradura. Lo intentó concentrándose al máximo, intentando captar el menor de los sonidos. De pronto un destello verde le recorrió la cabeza. Unas palabras llegaron hasta sus oídos, lejanas, apenas perceptibles.

—... no me ameneses...

—No te estoy amenazando, Duque Olafstone, te estoy recordando tu obligación —dijo el extranjero con un fuerte acento del sur.

Las palabras comenzaron a llegarle más nítidas.

—Yo no tengo una deuda con nadie.

—Hiciste un trato. No puedes romperlo ahora.

La cara del Duque se volvió una de ira.

—Nadie me dice lo que puedo o no puedo hacer.

La conversación se fue haciendo cada vez más audible. Lasgol sentía ahora que estaba junto a ellos, escuchando.

—El orgullo es un veneno que corroe el corazón de los hombres —dijo el extranjero.

Hablaba bien la lengua unificada del norte pero el acento era inconfundible: Noceano.

—Escúchame bien, Hechicero. No me sueltes proverbios de pacotilla. Haré lo que tenga que hacer cuando llegue el momento. Lo que sea más conveniente para mi causa.

—Me permito recordarte que mi señor no perdona las traiciones.

—Yo tampoco.

—En ese caso, esperemos que mi próxima visita sea como mensajero y no como ejecutor —dijo el extranjero con claro tono de amenaza.

—Si intentas matarme será lo último que hagas.

El extranjero sonrió. Su rostro estaba lleno de confianza. No temía al Duque. Sabía que podía matarlo.

—El acero nada puede contra la magia —recitó.

—Te he dicho que te guardes tus proverbios. Ya tienes tu respuesta. Esta conversación ha terminado.

—Como deseas. Se lo comunicaré a mi señor.

El extranjero se giró hacia la puerta. Lasgol vio que llevaba una espada curva enjorada a un lado de la cintura y algo esférico colgaba en un saco negro al otro costado. Tuvo un mal presentimiento.

—Una cosa más...

El extranjero se detuvo pero no se dio la vuelta.

—Dile a Darthor que si vuelve a amenazarme, lo pagará.

El Hechicero sonrió y continuó hacia la puerta.

Lasgol cogió a Camu en una mano y salió corriendo como una exhalación.

El extranjero salió al pasillo en el momento en que Lasgol giraba la esquina. Se puso contra la pared y escuchó. El corazón le latía como un tambor y con el sentido del oído agudizado parecía que le iba a reventar. Consiguió aislar los latidos y se centró en los pasos del Hechicero.

Se alejaban en el otro sentido.

Lasgol soltó un largo resoplido. «¡Por qué poco!».

Con el corazón inquieto marchó a su habitación. Tendría que contarle todo a Egil al amanecer.

Su amigo estaba aporreando su puerta en lo que a Lasgol le pareció un suspiró.

—¡Despierta es tarde y tenemos muchas cosas por hacer!

Lasgol se levantó de la cama. Cubrió a Camu, que todavía dormía, con las sábanas y fue hasta la puerta. La abrió y se encontró a Egil, sonriente.

—Vamos, dormilón, prepárate —le dijo llevándolo a empujones hasta el baño para que se aseara.

Lasgol se limpió las legañas e intentó despejarse con el agua fresca de una jofaina de plata. Se vistió mientras Egil jugaba con Camu al escondite por toda la habitación. Lasgol los observó. Era cómico. Camu se hacía invisible y emitía chilliditos para que Egil lo encontrara. Se lo estaban pasando en grande. Lasgol esperó un poco, no quería interrumpir la diversión. Le alegraba el alma verlos jugar y disfrutar.

Terminó de prepararse y observó la ciudad a través de la ventana. Desde aquella altura en el ala este del castillo, junto a una de las torres, tenía una visión despejada del noreste de la ciudad amurallada. La ciudad era bella y bulliciosa, en contraposición con el paisaje tras sus murallas. Al fondo, en la lontananza, los bosques y las montañas nevadas tan características del reino transmitían serenidad.

—Magníficas vistas, ¿verdad? —le dijo Egil situándose a su lado.

—Sí... —dijo Lasgol con su mirada perdida en el horizonte.

—¿Estás bien? Pareces melancólico.

—Tengo algo que contarte...

—La información lleva al conocimiento así que adelante.

—No te va a gustar...

—Nada de secretos, recuerda.

—Está bien.

Lasgol le narró todo lo sucedido la noche anterior con el Duque y el Hechicero. Egil escuchó muy atento, como siempre hacía, y no interrumpió. Al finalizar, Lasgol lo observó, esperando su reacción pero Egil se quedó callado, meditando. Ni la presencia de Camu que lo llamaba le hizo regresar.

—Este descubrimiento es indicio inequívoco de una situación grave que ya sospechaba —dijo por fin.

—¿Qué crees que significa?

—Significa que mi padre está jugando con fuego. Ahora ya tenemos pruebas.

—No te entiendo...

—Mi padre está apostando a ambas partes. Ha hecho un trato con Darthor y ahora lo hará con Uthar.

—¿Tú crees?

—Sí, el primero es voluntario, el segundo es forzado. Uthar no le permitirá mantenerse al margen. Lo obligará a luchar junto a sus fuerzas.

—Oh...

—Debo hablarlo con mis hermanos.

—¿Estás seguro?

—Deben saberlo. Mi padre no se lo habrá confiado. Quiero que sepan a qué riegos se enfrentan.

Lasgol asintió. Entendía el sentimiento que impulsaba a su amigo aunque quizás sus buenas intenciones no se entenderían como tales. Los hermanos de Egil no le habían parecido especialmente amables y abiertos.

Bajaron al patio de armas. Había soldados por todas partes ocupados en labores de intendencia. Se preparaban para marchar pronto

Encontraron a Austin y Arnold en la puerta de la armaría dando órdenes a los soldados que trasportaban las armas hasta unos carrromatos junto a los establos.

—Mis queridos hermanos —saludó Egil.

—Estamos algo ocupados... —le dijo Austin con intención de despacharlo.

—Es importante —les aseguró Egil.

—Más te vale que lo sea —le dijo Arnold con una mueca de disgusto.

—Entremos, tengo algo que contaros y no es apto para oídos extraños.

Pasaron a la sala de recepciones del castillo. Estaba vacía. Egil cerró la puerta y les narró lo que Lasgol había presenciado entre el Duque y el Hechicero de Darthor. Los rostros de Austin y Arnold se fueron volviendo más

duros según escuchaban. Cuando Egil terminó Arnold estalló de inmediato.

—¿Has espiado a nuestro padre! ¡Cómo te atreves! —acusó a Lasgol y dio un paso hacia él.

—Espera, hermano —le dijo Austin sujetando a su hermano del brazo.

—¿Es un espía! ¡Hay que colgarlo!

—Ni lo pienses —dijo Egil y se interpuso entre Arnold y Lasgol.

—Déjame pensar un momento —dijo Austin.

—No hay nada que pensar, es traición.

—Puede que haya espiado a padre pero no es un espía —dijo Austin.

—¿Qué diferencia hay? ¡Hay que colgarlo! —se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

Lasgol dio un paso atrás, asustado. No le gustaba el cariz que la situación estaba tomando.

—¿Lo que ha dicho Egil es cierto? —preguntó Austin a Lasgol.

—Sí. Todo.

—¿Quieres salir con vida de este castillo? —le preguntó Austin clavando sus ojos en los de Lasgol.

—Austin... no te atreverías a semejante atrocidad, mancharías tu honor para siempre —intervino Egil defendiendo a Lasgol.

—Si quieres salir de aquí con vida —continuó Austin—, jurarás sobre tu honor no repetir a nadie lo sucedido. A nadie, jamás.

Lasgol asintió. —Lo juro por el nombre de mi padre.

—Es demasiado arriesgado, no podemos dejarle ir. ¿Y si lo cuenta a los Guardabosques? Llegará a Uthar —le dijo Arnold a su hermano mayor.

—No oíste a nuestro padre acceder a ningún trato con Darthor, ¿cierto? —le dijo Austin.

—Cierto. No se comprometió. Rechazó las amenazas de Darthor.

—Por lo tanto no hay traición. Si lo acusas de tal cosa pediré un duelo de honor y te mataré —dijo el hermano mayor de Egil.

—Eso no será necesario. No hubo traición y no voy a revelar a nadie el encuentro —le aseguró Lasgol.

—Muy bien —dijo Austin—. Marcharéis ahora mismo al Campamento. Si

padre se entera, y se enterará —dijo lanzando una mirada de reojo a Arnold—, Lasgol no sobrevivirá. Padre no puede arriesgarse a que Uthar descubra sus movimientos encubiertos, no ahora que la guerra está a punto de estallar. Debéis marchar y refugiarnos con los Guardabosques. No te despidas de padre —le dijo a Egil—. Recoged vuestras cosas y marchad.

—Gracias, Austin, así lo haremos —le aseguró Egil.

—Y recuerda, Lasgol —le advirtió Austin—, si Uthar lo descubre, es la vida de Egil, irá a por él.

Lasgol asintió. —Nunca lo averiguará. No por mí.

—Más te vale —amenazó Arnold.

—Hermano —le dijo Austin a Egil poniendo sus manos sobre sus hombros—, has hecho bien en contárnoslo. Padre no lo va a hacer y lo que está haciendo es muy peligroso. Puede costarle la vida. Todas nuestras vidas. Debemos tener mucho cuidado con cada movimiento que hagamos de aquí en adelante. Te lo agradezco.

—Gracias —dijo Egil que ahora no parecía muy convencido de haber hecho lo correcto.

—Marchad. Suerte.

—Suerte, hermanos —respondió Egil.

Egil y Lasgol abandonaban el castillo en sus monturas un suspiro más tarde.

El Duque Olafstone los observaba marchar desde su torre.

Tiempos oscuros se cernían sobre Norghania... a pasos agigantados.

Capítulo 9

Egil y Lasgol cabalgaron durante dos días hacia el este. Camu iba ahora en el hombro de Egil, algo que Lasgol agradecía pues el pobre Trotador no terminaba de acostumbrarse a la inquieta criatura. Al caer la noche acamparon bajo un gran roble, junto al camino. Tenían agua y provisiones así que no necesitaban adentrarse en los bosques para cazar o buscar un riachuelo.

Egil preparó un fuego de campamento con una facilidad que dejó a Lasgol boquiabierto.

—La sabiduría que uno adquiere de los Guardabosques es asombrosa —le dijo Egil y le guiñó el ojo.

Lasgol sonrió y fue a buscar más leña. Camu se quedó jugando con Egil, o más bien con un escarabajo pelotero que había descubierto junto a él.

—No te lo comas —le dijo Egil.

Camu le dio con la cola y el escarabajo se hizo una pelota. La criatura saltó del susto. Al ver que era inofensivo, comenzó a empujarlo con su hocico.

—En verdad puedo constatar que es una criatura muy especial —le dijo Egil a Lasgol cuando regresó con la leña—. He de tomar nota y registrarlo. Se acercó hasta su caballo y de una de las alforjas sacó su diario de estudio. Se sentó junto al fuego y se puso a estudiarlo. Anotaba todos sus descubrimientos en aquel gastado cuaderno y luego los repasaba para concluir razonamientos.

Lasgol preparó las raciones para la cena. Camu se aburrió del escarabajo y tras perseguir un murciélago dando brincos como un loco se acercó al fuego y se quedó dormido a los pies de Egil.

—Si alguien puede descubrir qué criatura es Camu, ese eres tú —le dijo Lasgol a Egil.

—Intentar lo haré, eso te prometo. Lo insólito es que a veces se comporta como un perro, otras como un gato, incluso como un ave. Pero lo más desconcertante de todo es que es un reptil...

—A mí me lo vas a decir...

—Cada vez estoy más convencido de que nuestro querido Camu puede estar relacionado con alguna raza de criaturas místicas.

—¿Tú crees? —dijo Lasgol muy interesado.

—Sí... unas características tan extravagantes encajan. Reptil no conocido, pequeño, con el poder de hacerse prácticamente invisible y captar la existencia de magia... Voy a dedicarme a estudiarlo en detalle y extraer conclusiones significativas.

—Eso se te da muy bien —sonrió Lasgol.

—Gracias. Será un estudio fascinante. Más que eso, es una oportunidad única. ¿Quién más en todo Norghana puede presumir de tener la oportunidad de estudiar un espécimen mágico vivo?

—¿Nadie?

—¡Exacto! Sólo nosotros, unos privilegiados. Es una oportunidad extraordinaria, un honor. Tengo que seguir anotando todo cuanto observo de nuestro pequeño amigo.

—Pero si está durmiendo... se pasa gran parte del día y de la noche durmiendo...

—Ese comportamiento, en sí mismo, es algo que debo anotar y estudiar.

—¿Que duerme mucho?

—Efectivamente, alguna razón hay tras ello.

—Terminará cansado de tanto moverse. Es que no para quieto un momento cuando está despierto.

—Podiera ser la razón. Sin embargo, también podría deberse a un motivo fisiológico.

—¿Fisio qué?

—Debido a su cuerpo, a su naturaleza.

—Oh... Bueno, estúdialo cuanto quieras. Nos vendrá bien. Cuanto más sepamos de él... o ella... mejor. Quizás consigamos controlarlo un poco y que no se meta en líos.

—Lo haré. No tengas la más mínima duda —sonrió Egil.

Cenaron y charlaron por un rato. El tema fue de nuevo el Don de Lasgol, era el favorito de Egil. Su amigo quería saberlo todo. Para él era la más

fascinante de las materias. Donde todo el mundo se asustaba y no quería saber nada, Egil deseaba zambullirse de cabeza y conocerlo todo. Esta vez hablaron de las limitaciones del Don en Lasgol.

—Cuando usas tus habilidades como Reflejos Felinos, ¿cuánto tiempo duran? ¿Todo un día?

Lasgol soltó una carcajada.

—Ojalá. Sólo duran un rato. Luego desaparecen.

—¿Y no puedes volver a invocarlas y continuar usándolas indefinidamente?

—No... Cada vez que invoco una habilidad consume energía de mi “pozo interno” y una vez que se agota, no puedo invocar más habilidades.

—Muy interesante... había leído que toda magia tiene limitaciones. Los Magos de Hielo, por ejemplo, no pueden lanzar sus hechizos más allá de doscientos pasos. Por eso los arqueros expertos pueden matarlos. Pero hay muy poco documentado sobre limitaciones, muy probablemente porque no desean que sean conocidas. Son una debilidad después de todo.

—Yo puedo contarte todas las mías —dijo Lasgol con una carcajada.

—¡Eso sería fantástico!

—Muy bien. Todas las habilidades llevan un período muy largo de aprendizaje. Una vez se dominan, su invocación consume energía interna. Cuanto más reciente el aprendizaje, más energía se consume. Algunas habilidades, las más complejas o las más potentes, consumen mucha más energía que el resto. Cuando toda la energía ha sido consumida del cuerpo, caigo sin sentido. Necesito dormir para recuperarla.

—¡Oh! ¿Afecta directamente a tu cuerpo? ¿De manera física?

—A mi cuerpo y mi mente. Si no tengo cuidado y la consumo toda, caigo seco, como un árbol talado.

—¡Fascinante!

—Hay más. Mis habilidades no sólo están limitadas en tiempo, sino también en área. Por ejemplo, mi Oído de Lechuza no alcanza más allá de una decena de pasos a mi alrededor. Con el tiempo lo iré mejorando, ya que al principio sólo alcanzaba a cinco pasos de distancia, pero no sé si llegará más allá de una veintena.

—Qué interesante. Mejoran pero se desconoce su límite.

—Ahora que lo pienso, todas mis habilidades tienen límites, tanto en duración como digamos en tamaño o área de efecto.

—Esta información es muy valiosa.

—No sé si esto les pasa a otros. Pero a mí sí.

—Creo que las leyes mayores, los principios y limitaciones, se aplicarán a todos por igual, sean magos, hechiceros, sanadoras, asesinos... El cómo y el cuánto será lo que varíe. Un Mago de Hielo tendrá un pozo de energía mayor que el tuyo pero se agotará tarde o temprano con el uso de la magia. Y al hacerlo, él también tendrá que descansar y reponer. He leído que ha habido Sanadoras que han fallecido por extenuar sus cuerpos, consumiendo hasta la última gota de energía en el proceso de sanación de un enfermo.

—Oh... vaya...

—Todo esto es un mundo maravilloso. Tienes que contármelo todo. Con detalle.

—Lo haré, pero... ¿te parece si lo dejamos por hoy y descansamos?

—Oh, por supuesto, es la emoción, me puede.

Lasgol sonrió a su amigo.

Se acostaron bajo la protección del roble y se arrebujaron en sus mantas al calor del fuego. Lasgol estaba a punto de quedar dormido cuando Egil habló.

—Siento lo de mis hermanos...

—No te preocupes.

—No pensé que fueran a llegar tan lejos.

—Ha salido todo bien, eso es lo importante.

—Por un momento he temido que no fueran a hacer lo correcto. Pero sabía que Austin, una vez recapacitara, lo haría. Es duro pero su corazón es honorable.

—¿Y Arnold?

—En el fondo él también pero se esfuerza tanto en sobresalir ante los ojos de mi padre que a veces le nubla la razón y va demasiado lejos.

—Entiendo.

—Tendré más cuidado con mi familia en adelante.

—Tranquilo. Descansa.

Los dos durmieron. Sus sueños estuvieron llenos de peligros. Poco sabían que eso era precisamente lo que les esperaba, a ellos y a todo Norghana.

Amaneció y los dos se pusieron en pie con los primeros rayos del sol. Tuvieron que despertar a Camu que dormía plácidamente entre ambos.

—¿Cuánto queda? —preguntó Lasgol mientras preparaba a Trotador.

—No mucho. Llegaremos al punto de encuentro al atardecer —respondió Egil que cubría los restos del fuego con tierra.

—¿Deseando empezar el segundo año de instrucción?

Egil resopló. —Qué remedio... Preferiría mil veces dedicarme a estudiar el Don, analizar a Camu e investigar mil materias más que devoran mi interés y alimentarían mi intelecto, pero no tengo opción...

Lasgol sonrió a su amigo. Comprendía lo que sentía. Sin embargo, para su sorpresa, él sí estaba deseando llegar al Campamento y comenzar el segundo año. ¡Quién lo hubiera pensado hacía sólo un año! Qué extraña era la vida y las vueltas que daba...

—En marcha, entonces —dijo, y partieron.

Era mediodía cuando llegaron a la encrucijada. El camino se dividía en tres: al este, al norte y al sur. El estómago de Egil rugió como un león. Camu lo miró desde el hombro derecho de Lasgol y sacó la lengua azulada.

—Parece que alguien tiene hambre.

—Uno diría —dijo Egil con una sonrisa y sus mejillas rojas.

—La buena vida de los nobles...

—Sí, uno se acostumbra rápido.

—¿Descansamos y comemos?

Egil observó el cruce y caminó. Luego sacó el mapa que llevaba enrollado en la alforja y lo estudió.

—Dejamos el camino aquí. Tenemos que cruzar ese bosque —dijo señalando—. Mejor descansamos después de cruzarlo y llegar al río. Desde allí es seguir el cauce hasta el punto de encuentro. No tiene pérdida. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor —dijo Lasgol con guasa.

Egil rio. Abandonaron el camino y se internaron en un pequeño bosque de hayas. Lo cruzaron sin dificultad y salieron a un llano de hierba alta. El río se

divisaba al fondo. Podían escuchar su incesante murmullo húmedo. Se detuvieron y lo observaron.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Egil.

—Mucho.

De súbito, un gruñido bestial y aterrador les llegó desde el linde del bosque, a sus espaldas. Los dos caballos se encabritaron. Egil no consiguió dominar su caballo y se fue al suelo. Una figura monstruosa surgió del bosque y corrió hacia ellos. Era enorme, una criatura de pelaje blanco de forma vagamente humanoide pero se asemejaba más a un simio descomunal por la longitud de sus musculados brazos, el portentoso torso y la forma de correr sobre sus brazos y patas. Soltó un rugido temible y Trotador volvió a encabritarse hasta que derribó a Lasgol, que no pudo sujetarse por más tiempo. Las dos monturas salieron corriendo espantadas de la bestia aterradora.

—¡Es un Troll de las Nieves! —dijo Egil desenvainando sus armas.

Lasgol se puso en pie y empuñó su cuchillo y hacha. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo. ¡Era un Troll! ¡Y los estaba atacando! Su mente le decía que aquello no podía ser real. Bestias como aquella rara vez se veían en zonas civilizadas, pero el miedo en su estómago le indicó que era real y ya podía reaccionar si no quería morir.

La bestia avanzaba soltando rugidos y mostrando unos colmillos portentosos en unas fauces asesinas. Al ver su descomunal torso, los enormes brazos y las garras del monstruo de cerca, Lasgol supo que era demasiado grande y fuerte para ellos dos. Enfrentarse al monstruo era una muy mala idea.

—¡Egil, corramos!

Su amigo lo miró indeciso. Ya tenía a la bestia casi encima. Lasgol usó su Don e invocó Reflejos Felinos.

Egil se giró y comenzó a correr. La bestia se apoyó en sus fuertes patas traseras y dio un salto enorme. Al caer, golpeó a Egil con las piernas.

—¡Egil! —gritó Lasgol.

El pequeño Guardabosques Iniciado salió despedido como si fuera un muñeco de trapo y cayó a diez pasos con un golpe seco sobre la hierba. Intentó levantarse pero se derrumbó.

Lasgol, al ver que Egil había caído, cambió de plan. Tenía que distraer a la

bestia hasta que Egil pudiera recuperarse. La bestia lo miró con ojos rojos como la sangre y rugió a los cielos. Lasgol invocó Agilidad Mejorada y se enfrentó a ella. El troll abrió los dos brazos y fue a apresar a Lasgol entre ellos, de lograrlo lo aplastaría como a un monigote. Los dos enormes brazos peludos se cerraron sobre Lasgol. Con un salto digno de un tigre Lasgol salió del embrace antes de que se cerrara sobre su cuerpo.

El Troll de la Nieves lo miró con expresión de incredulidad. Rugió y se propulsó con las patas traseras hacia delante, hacia el pecho de Lasgol. Se le venía encima con una potencia tremenda. Él no dudó. Se desplazó hacia un lado con un movimiento rapidísimo y fluido. La bestia pasó de largo. Volvió a rugir y levantó los potentes brazos al aire. Estaba furioso por no poder atrapar a Lasgol.

«Si me coge me hará trizas. Tengo que seguir esquivándolo hasta que Egil se recupere». Miró hacia su compañero pero vio que seguía tendido en el suelo y no se movía.

El troll se lanzó contra Lasgol a la carrera sobre sus cuatro extremidades. Lasgol esperó, concentrado. Cuando lo tenía casi encima, rodó a un lado. La bestia falló. Rugió fuera de sí. Lasgol se preparó para la siguiente arremetida cuando algo extraño sucedió. El troll no atacaba. Se llevaba las manos a la espalda y rugía. Intentaba atrapar algo. Lasgol no podía ver qué era. El troll se giró enrabiado y de pronto lo vio.

¡Era Camu!

La criatura se había encaramado a la espalda del troll. Lasgol no sabía qué estaba haciendo Camu pero el troll estaba fuera de sí de rabia. Sus brazos eran demasiado gruesos, no podían llegar a la pequeña criatura en su enorme espalda.

«¡Muy bien, Camu!». Lasgol vio la oportunidad y la tomó. Se concentró y buscó a Trotador. Estaba junto al río, no demasiado lejos pero quizás sí lo suficientemente cerca como para usar su Don. Invocó la habilidad Comunicación Animal. No lo consiguió. Efectivamente estaba demasiado lejos. Echó a correr. Al cabo de diez pasos se paró. Lo volvió a intentar. «¡Vamos, tiene que funcionar!». Lo intentó pero no lo consiguió. Le silbó, como los Guardabosques le habían enseñado a hacer para llamar a las monturas. El poni reconoció la llamada y comenzó a acercarse. «¡Sí! ¡Viene!». Pero olió a la bestia y con un relincho se detuvo. No se acercaría más.

Lasgol lo intentó una última vez con su Don y esta vez funcionó. Estaba al límite de la distancia. Un destello verde le recorrió la cabeza y captó la mente de Trotador. «¡Ven a mí!» le ordenó con urgencia. Trotador obedeció. La orden era más fuerte que el miedo que el pobre animal sentía. Llegó hasta Lasgol que de un salto montó. «Sigue mis indicaciones» le ordenó y manejando las riendas lo guio hasta Egil. La bestia daba vueltas en círculos intentando librarse de Camu sin conseguirlo y rugía enfurecida agitando los brazos.

Lasgol colocó a Egil sobre Trotador. Estaba inconsciente. Fue a llamar a Camu cuando sintió algo raro. Aquella sensación que solía experimentar cuando le observaban. De pronto comenzó a tener un sueño terrible. Invocó Detectar Presencia Animal. En el linde del bosque, a unos cien pasos, descubrió una presencia. Se concentró y la vio con claridad.

¡El Hechicero Noceano! Apuntaba con su espada curva enjorjada hacia Lasgol mientras conjuraba un hechizo. «¡Maldición, me va a dormir como a los guardias!» Intentó resistirse pero la magia era poderosa. Se le cerraban los ojos. Con un último esfuerzo, llamó a Camu para huir. «¡Camu, a mí!». Y se quedó dormido sobre Trotador.

El Hechicero sonrió. Ya eran suyos.

Camu saltó de la espalda del troll y corrió como una exhalación a dónde Lasgol. El troll salió tras la criatura, estaba tan enfurecido que su rostro bestial parecía poseído por un demonio, pero el Hechicero lo reclamó.

—¡Quieto! Ven aquí.

El troll se detuvo y lo miró. No quería obedecerle.

—Si te acercas al caballo huirá. Ven aquí. Yo me encargo. Lo haré dormir.

La bestia no parecía muy convencida, estaba rabiosa.

—¿O prefieres que te haga dormir a ti?

Eso convenció al troll que a regañadientes se acercó al Hechicero.

Camu trepó hasta el hombro de Lasgol y le lamió la mejilla pero Lasgol y Egil estaban inconscientes sobre Trotador.

El Hechicero comenzó a conjurar sobre Trotador.

Camu lo captó. Se puso rígido y apuntó con su cola al Hechicero.

Y algo singular ocurrió. Trotador no cayó dormido. Y Lasgol despertó.

—¿Qué...? ¿Qué ocurre?

Camu chillaba.

Lasgol vio al mago conjurando y se percató de lo que sucedía. Reaccionó. Agarró con fuerza a Egil para que no cayera y espoleó a Trotador.

—¡Vámonos, Trotador!

El poni obedeció y salieron de allí a galope tendido. El Hechicero los vio salir de su área de alcance y maldijo en Noceano.

—Interesante criatura... —comentó al troll que rugió en desacuerdo. Vieron huir a sus presas un instante más y luego desaparecieron en el bosque.

Capítulo 10

Cabalaron siguiendo el río escapando del peligro. El pony trotaba tan rápido como su fuerte cuerpo le permitía. Llevaba sobre su grupa a Egil, Lasgol y Camu, lo que le suponía un esfuerzo importante. Lasgol miraba hacia atrás por encima del hombro, temeroso de que los siguieran. Finalmente, con el punto de encuentro a la vista y sin rastro del enemigo, se detuvo para que Trotador pudiera descansar. Estaba a punto de reventar y lo último que Lasgol querría era matarlo por un sobreesfuerzo.

Desmontaron del buen poni y Lasgol lo acarició.

—Gracias, amigo. Lo has hecho muy bien. Descansa —le dijo al agotado animal.

De pronto Egil despertó.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo nos hemos salvado? —preguntó con cara de susto y desconcierto.

—Ha sido Camu.

—¿Camu? ¿Cómo?

—Nuestro pequeño amigo tiene otra habilidad aparte de la de detectar magia en personas y objetos.

Egil lo miró sin comprender.

—Creo que puede impedirla. Ha evitado que Trotador cayera bajo los efectos del conjuro del hechicero.

—¡Fascinante! —dijo Egil acariciando la cabeza de Camu que le lamió la mano con su lengua azulada.

—Ya lo creo —dijo Lasgol que también acarició a Camu felicitándolo.

La criatura estaba encantada con todo el cariño que estaba recibiendo.

—Lo más curioso es que el hechicero me había dormido a mí también.

Egil lo miró con ojos de estar analizando lo sucedido.

—Pero, ¿cómo has conseguido despertar tú?

—Umm... no lo sé... no ha sido por nada que yo haya hecho... Ha debido de ser también cosa de Camu.

—¡Qué interesante! Debemos estudiar estas habilidades tan singulares que manifiesta.

—Creo que me ha despertado disipando de alguna forma el hechizo que me mantenía dormido.

—Detecta e inhabilita magia... fascinante... espectacular y fascinante — dijo Egil cavilando acerca de lo que sabían de la criatura—. Fascinante. Más que eso, estamos ante un ser único, incomparable. Precioso. Debemos protegerlo y estudiarlo.

Lasgol sonrió. —Para mí es Camu, “el travieso”.

Al escuchar su nombre, Camu soltó un chillido alegre y saltó a corretear por la hierba.

—¿Era ese el Hechicero que viste con mi padre?

—Sí, el mismo.

—Tenía un Troll de las Nieves con él, eso es altamente inusual.

—Un Noceano del Sur con una bestia del helado Norte, ¿quieres decir?

—Sí, pero no es sólo la disparidad geográfica. Un Hechicero capaz de controlar a una bestia salvaje no es nada común.

—No te sigo...

—El control mental sobre hombres y bestias es cosa de Dominadores. Magos o Hechiceros especializados en esa rama de la magia... son escasos, pues es una de las formas más difíciles de magia. Y controlar un troll es algo remarcable. Son extremadamente agresivos y con muy poca mente, con lo que dominarlos resulta muy complicado. No puedo creer que hayamos visto a uno en acción. Es algo muy singular.

—¿Quieres decir que ese Hechicero es una rareza?

—Una rareza muy poderosa, lo que le convierte en muy peligroso.

—Nos hemos salvado por los pelos. Eso lo sé. ¿Pero por qué nos ha atacado? ¿Coincidencia?

Egil miró al cielo, meditó un instante y sonrió.

—No, no puede ser una coincidencia pues en realidad son dos.

—¿Dos?

—Te has topado con una persona singular en dos ocasiones distintas. Eso implica que hay un motivo más allá de lo implícitamente observable. La primera podría considerarse una coincidencia, la segunda ya no, y menos aún en un periodo de tiempo tan corto.

—No sé si te entiendo...

—¿Te vio el Hechicero? Quizás por eso ha querido matarte, para salvaguardar el secreto de sus tratos con mi padre.

—Yo creo que no me vio...

Egil se llevó la mano a la barbilla. Eso no era buena señal, algo le preocupaba.

—Si no es por esa razón, queda la posibilidad de que actuara por otro motivo.

—¿Cuál?

—Órdenes de su señor.

—¿De Darthor?

Egil asintió pesadamente.

—Quieres decir que... que... ¿Que Darthor quiere matarme?

—Puede ser, sí. Es una opción posible viendo lo que ha sucedido.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

Egil se encogió de hombros.

—Eso tendremos que investigarlo —dijo y sus ojos se encendieron con emoción.

—No puede ser, ha sido una casualidad. Nos hemos cruzado en su camino, sin más.

Egil negó con la cabeza. —Han salido del bosque a nuestras espaldas sin necesidad o causa alguna y han venido a por nosotros. No nos hemos cruzado. ¿Para qué lo han hecho? No los habíamos visto. ¿Por qué han salido al descubierto si no es para atacarnos?

—No me gustan estas teorías tuyas...

—Porque sabes que tengo razón, nos guste o no lo que implican.

—Tú puedes pensar lo que quieras. Yo me quedo con que ha sido una

casualidad desgraciada. Simple mala suerte de toda la vida. Te recuerdo que yo de eso tengo mucho.

—Muy bien, pero yo no voy a cambiar mi opinión, es una deducción lógica y pensada.

—Lo sé.

—Además este encuentro nos arroja otras incógnitas muy significativas.

—¿Más?

—Sí, por supuesto. ¿Qué hace un Noceano trabajando como un agente de Darthor? ¿Está el Imperio Noceano, conquistador del Sur de Tremia, confabulado con Darthor? ¿Están creando inestabilidad en el Norte para luego invadirlo desde el Sur?

—No creerás eso...

—¿Por qué no? Es una posibilidad. El Imperio Noceano es codicioso, si ve la posibilidad de tomar el Norte de Tremia no la va a dejar pasar. El Este y el Oeste se le resisten, pero en el Norte... sólo estamos nosotros, los Norghanos.

Lasgol resopló y su rostro mostró toda la inquietud que sentía.

—Tranquilo, es una posibilidad remota. No podemos asumir la implicación de un imperio por las acciones de un solo hombre. Pero da que pensar...

—A ti todo te da que pensar.

Egil rio. —Muy cierto. Y ahora que lo pienso...

—¿Más? ¿Qué?

—Si están aquí ellos dos, habrá más agentes de Darthor que hayan cruzado las montañas.

—Eso sí me parece más posible.

—Por fin estamos de acuerdo en algo. Y si hay más agentes y uno quería matarte, probablemente los otros también.

—¡Por el Don! ¡Nadie quiere matarme! ¡Ha sido causalidad!

Egil levantó las manos. —Está bien. Lo dejaré estar... pero deberías pensarlo.

Lasgol negó con la cabeza y se fue a buscar a Camu, que había descubierto un sapo y lo perseguía muy emocionado.

Llegaron al punto de encuentro junto al río y Lasgol se sintió más tranquilo. Una decena de Guardabosques vigilaban los tres navíos que los llevarían remontando el Río sin Retorno hasta el Valle Secreto donde estaba situado el Campamento de los Guardabosques. Sentados frente a las embarcaciones, formando círculos por equipos, estaban los trece equipos que habían competido el primer año y se preparaban para ir a afrontar el segundo.

Saludaron a los Guardabosques y entregaron a Trotador, que fue llevado a la segunda embarcación, la de carga. Egil explicó que había perdido a su montura sin dar demasiadas explicaciones de cómo y se llevó una buena reprimenda de uno de los Guardabosques.

—¿Has perdido tu montura? —le dijo otro de los Guardabosques con cara de profunda decepción y negando con la cabeza—. Un Guardabosques nunca pierde su montura. El Instructor Mayor Oden se encargará de ti.

—Ya lo creo, le va a encantar, y a Esben también—dijo el otro Guardabosques—. Venga, situaros con el resto. Partiremos pronto, sois los últimos.

Egil suspiró con resignación. Contar lo que había pasado en realidad les metería en un lío más grande así que se calló y se resignó a recibir el castigo que le impusieran al llegar. —Gran forma de comenzar el segundo año... —le dijo a Lasgol en un susurro mientras se alejaban.

—Tranquilo, el año pasado empezamos bastante peor.

—Es cierto, casi me muero antes de llegar.

Lasgol le dio una palmada de ánimo en la espalda a su inteligente amigo y buscaron con la mirada al resto del equipo.

A medida que avanzaban todas las miradas se clavaban en Lasgol pero a diferencia del primer año, ahora no eran de odio. No sabía de qué eran, pero no parecían ser de odio. Todas excepto una. Una seguía siendo de puro odio: la de Isgord. Los Águilas estaban sentados en el centro. Lasgol los observó de reojo. Isgord le lanzó una mirada envenenada y sus ojos brillaron con un destello de malicia. No había cambiado mucho aunque le daba la impresión de que había crecido algo: mismo cabello rubio corto y unos ojos azules en un rostro atractivo y decidido, atlético, alto. Le rodeaban los gemelos Jared y Aston, dos guerreros Norghanos natos. Junto a ellos dos chicos más bajos y rocosos: Alaric y Bergen. Por último, Marta, una chica rubia de pelo largo y rizado y cara de pocos amigos.

—¡Egil! ¡Lasgol! —les saludó Nilsa. La pecosa pelirroja se puso en pie tan de súbito que, llevada por la emoción, volvió a caerse sobre sus posaderas.

Egil y Lasgol sonrieron al ver a su inquieta compañera y la saludaron. Fueron a reunirse con ella y el resto de las Panteras de la Nieves.

—¡Egil, chiquitín! —le dijo el grandullón de Gerd y lo levantó del suelo con uno de sus abrazos de oso.

—Lasgol, me alegro de verte —le dijo Ingrid sujetándolo por los hombros con fuerza y observándolo con detenimiento—. Pareces algo más fuerte, ¿has estado entrenando?

—¿Yo? No. Al menos no de forma intencionada —sonrió Lasgol.

—¡Lasgol! —tronó la voz de Gerd y antes de que pudiera evitarlo ya estaba en el aire atrapado en un abrazo de oso.

—Yo también me alegro de verte, gigantón —rió Lasgol sin que sus pies tocaran el suelo.

Nilsa le dio un beso a Egil en la mejilla que le hizo ponerse colorado. Luego la pelirroja dio un cariñoso abrazo a Lasgol.

—¿Ya habéis terminado con los abrazos, carantoñas y repelentes muestras de cariño? Estoy a punto de vomitar —dijo Viggo con expresión de disgusto.

—Tranquilo, Viggo, no es algo contagioso. Estás a salvo —le dijo Egil sonriendo.

—Eso espero —dijo Viggo con un exagerado estremecimiento.

Lasgol le ofreció la mano con una sonrisa. Viggo la miró, hizo como que se lo pensaba y la estrechó.

—Sólo porque ya no eres un traidor, sino un héroe.

—¿Y yo? —dijo Egil ofreciendo su mano.

Viggo retiró la suya frunciendo el ceño.

—Ni hablar, vuelve a ofrecérmela cuando seas algo más que un empollón.

—Tan agradable y simpático como siempre —dijo Ingrid.

—Y tú tan bien arreglada y guapa como siempre —dijo Viggo señalando el rostro y cabello de Ingrid poniendo cara de espanto.

Ingrid le mostró el puño.

Gerd se interpuso.

—Demasiado pronto para peleas.

—Da gusto estar de vuelta en el equipo —dijo Egil mirando a sus compañeros.

—¿Verdad que sí? —convino Nilsa y se puso a brincar alrededor de todos con una gran sonrisa en su rostro.

Mientras terminaban de saludarse Lasgol buscó con la mirada al equipo de los Búhos. Los encontró junto al primer navío y recorrió sus rostros. Reconoció a Leana, rubia, algo exótica y delgada. Junto a ella estaban Asgar, de pelo cobrizo y delgado, y Borj, fuerte y decidido. También estaban Oscar, de melena rubia, ojos profundos grises y alto y grande, y Kotar, el chico moreno y más callado. Charlaban mientras gesticulaban. Y por fin vio a quién en realidad estaba buscando: Astrid. Su rostro bello y fiero y su cabello negro y ondulado eran inconfundibles. Sus grandes ojos verdes lo miraban. Al darse cuenta, Lasgol no supo qué hacer y se puso colorado como un tomate maduro. Astrid le sonrió y se quedó prendado.

—Lasgol, ¿y Camu? —preguntó de pronto Ingrid.

Lasgol reaccionó volviendo a la realidad. Señaló el morral de viaje en el suelo.

—¡No habrás traído al bicho! —protestó Viggo.

—No puedo dejarlo en ningún lugar. Tiene que ir a donde yo vaya —dijo Lasgol y abrió el morral. En su interior hecho un ovillo dormía Camu.

—¡Oh, no! —exclamó Viggo.

—Se ha vuelto muy juguetón y es más cariñoso. Sin duda la exposición continuada a los humanos está haciendo que se vaya acostumbrando a ellos —dijo Egil.

Nilsa y Gerd miraron dentro del morral. Nilsa puso mala cara. No estaba del todo convencida.

—¿Y su magia? —preguntó con frente fruncida.

—Hemos experimentado ciertos acontecimientos... —dijo Egil de forma vaga.

—¿Eso qué significa? —demandó Nilsa cruzando los brazos sobre el pecho.

—Todavía es muy pronto para determinar su significado pero estamos ante nuevas habilidades o poderes innatos de la criatura.

—Es decir, sucia y traicionera magia.

—A mí tampoco me gusta nada que tenga más magia —dijo Gerd y en sus ojos se apreciaba la sombra del miedo.

—Esa magia nos ha salvado la vida —dijo Egil.

—¿Cómo ha sido eso? —quiso saber Ingrid.

—Sentémonos y os lo contaré —dijo Egil y narró lo sucedido a sus amigos en un susurro para que nadie los oyera. Al terminar todos se quedaron en silencio, evaluando lo que acababan de escuchar y sus implicaciones.

—Desde luego sois unos campeones metiéndoos en líos. Ni queriendo... —dijo Viggo.

—Un Hechicero Noceano... —dijo Nilsa muy disgustada mientras sacudía la cabeza.

—Un Troll de las Nieves... —dijo Gerd con la cara blanca por el susto.

—Tengo que llevar a Camu conmigo, lo siento —dijo Lasgol.

—La criatura no ha hecho ningún daño, al contrario, los ha ayudado en una situación de mucho peligro, le permitiremos seguir con nosotros —dijo Ingrid sentenciando la discusión.

—De momento... —dijo Viggo.

—Si algo sucede ya decidiremos qué hacer —dijo Ingrid.

—Gracias —dijo Lasgol.

—¡Embarcamos! ¡Coged los morrales y subid a bordo! —llegó la voz de un Guardabosques.

—¡Por equipos! Las Águilas, Panteras, Búhos, Lobos, Osos, y Jabalíes al primer navío, el resto de los equipos al segundo navío. Aseguraos de que todas las monturas estén en el tercer navío o se quedan aquí y seréis responsables de ello —ordenó otro de los Guardabosques.

—Hora de volver al Campamento —dijo Ingrid con ánimo.

—Este año será genial —dijo Nilsa ilusionada.

—Sí, tan genial como el año pasado, que fue maravilloso... —le respondió Viggo con tal ironía y acidez que todos lo miraron. Tuvieron que darle la razón entre risas.

—Al menos yo tengo menos miedo este año —dijo Gerd.

—Y yo estoy más fuerte, igual hasta llego sin matarme —dijo Egil

sonriendo.

—¡Vamos, somos las Panteras y este año va a ser excelente! —los animó Ingrid.

Embarcaron y se situaron en las bancadas de remo en el orden en que los habían llamado.

—Por parejas, veinte a cada lado —les dijo un Guardabosques junto al mástil.

Ingrid se sentó la primera.

—Egil y Gerd juntos. No quiero que se repita lo del año pasado...

—Pero he mejorado mucho... —dijo Egil.

—Aun así, mejor prevenir. Gerd es el más fuerte de todos, lo mejor es que te emparejes con él.

—Yo me encargo, ni sentirás que tienes que remar —dijo Gerd y le dio una palmada en la espalda a Egil.

—Yo me pido baranda —dijo Nilsa y antes de terminar la frase ya se había lanzado hacia la bancada. Con tal precipitación, se tropezó y cayó de bruces sobre el banco de remo.

—Esta chica es un desastre absoluto —dijo Viggo sacudiendo la cabeza.

—Es que quiero ir junto al agua... —dijo mientras intentaba ponerse en pie luchando con el gran remo.

—Nadie te lo va a impedir...

—No hace falta que te tires de cabeza cada vez que quieres algo —le dijo Ingrid.

—Lo siento...

—Yo iré con Nilsa —dijo Ingrid ayudándola. Se sentaron tras Gerd y Egil.

Lasgol miró a Viggo. Éste le hizo un gesto cediéndole la baranda. Lasgol pasó y se sentó. Viggo se sentó y le sopló en la nuca a Ingrid. La capitana se volvió. Fue a decir un improperio cuando una voz conocida tronó en la popa.

—¡Todos preparados! —era el Capitán Astol, el mismo capitán que les había llevado el año anterior.

—Para los que no me conocáis o lo hayáis olvidado, soy el Capitán Astol —bramó con una voz potente y clara—. Estáis en mi navío de asalto, una belleza que quiero más que a mis propios hijos, y os aseguro que no estoy

exagerando. No hay embarcación más fiable y rápida en todo Norghana. La honraréis como si fuera vuestra querida madre y a mí como si fuera vuestro odiado padre. Cumpliréis todo lo que os ordene mientras estéis a bordo. Si os digo que saltéis al agua saltaréis con toda vuestra alma. Aquel que no respete esta sencilla norma terminará desnudo en el gélido río. Es así de sencillo. ¿Lo habéis entendido?

Se escuchó un estallido de “síes” casi a una voz. La mayoría ya sabían que al capitán no le gustaban las respuestas tímidas.

—Este da el mismo discurso todos los años —le dijo Viggo a Lasgol al oído.

Lasgol reprimió una carcajada y asintió.

—A ver si el año que viene lo mejora. Igual le dejo una nota con algunas sugerencias.

Lasgol soltó una carcajada y se tapó la boca con la mano.

Nilsa, que también había oído el comentario de Viggo, disimuló una risita.

—¡Bien, espero que hayáis aprendido algo desde el año pasado! —continuó el capitán Astol—. Es hora de partir. ¡A los remos!

Todos tomaron los remos. Sabían que tenían varios días de duro trayecto por delante pero conocían lo que les esperaba y tenían la confianza de haberlo logrado el año anterior. La mayoría estaban tranquilos, confiados, pues sus cuerpos eran mucho más fuertes que hacía un año.

—¡Al que no pueda seguir el ritmo lo cuelgo de la vela mayor!

Egil miró a Gerd con cara de apuro. El gigantón le guiñó el ojo y le sonrió.

—No te preocupes. Yo remo por los dos.

—Gracias, amigo.

—¡Soltamos amarras! ¡A una todos! ¡Remad!

Los remos entraron en el agua.

—¡Seguid el ritmo!

Lasgol notó que no lo hacían tan mal. No iban todos a una, pero lo hacían mucho mejor de lo que él recordaba.

—¡Por todas las serpientes marinas! —gritó Astol—. ¡Todos a una! ¡A una!

Lasgol sonrió. Astol terminaría afónico antes de llegar el anochecer. Las tres embarcaciones siguieron el cauce del río remontando la corriente. El

Campamento base estaba a diez días río arriba. Un año intenso y lleno de emociones los esperaba. Lasgol inspiró profundamente. «Que este año sea mejor» deseó. Pero tuvo una extraña sensación que le provocó un escalofrío. No, muy probablemente no sería así. Guerra, peligros, pruebas y misterios les esperaban.

Capítulo 11

El navío remontaba el río de forma grácil y veloz. Los días eran arduos a los remos y los cuerpos sufrían. Sin embargo el castigo era menor ahora que estaban mucho más en forma. La temperatura diurna ya no era gélida y se podía sobrellevar, aunque la nocturna les obligaba a abrigarse, algo natural en el reino de Norghana. Los gritos del capitán Altos torturaban los oídos durante todo el día pero las noches eran, en cambio, muy agradables: acampaban en tierra firme, junto a los navíos, y al calor de las hogueras compartían la cena, bromas y risas. La camaradería entre los componentes de los equipos se reforzaba bajo los destellos de la luna en aquel primaveral firmamento nocturno.

En la octava noche de viaje por el río, Lasgol se puso en pie y estiró los músculos. El calor de la hoguera y de sus compañeros le reconfortaba. Observó al resto de equipos y sus ojos se quedaron fijos en los Búhos. Quería ir a saludar a Astrid. Lo había intentado cada noche pero, por alguna razón, no se atrevía. Decidió que sería mejor esperar a la llegada al campamento, a un encuentro más casual, sin forzar un saludo.

—¿Qué tal por la granja? —preguntó Nilsa a Gerd mientras cenaban la ración.

—Muy bien —dijo el gigantón mientras devoraba la comida como si llevara tres días sin comer—. Mis padres están bien. Han pasado el invierno y eso ya es mucho.

—Me alegro —dijo Nilsa con una sonrisa llena de empatía.

—Además, por primera vez he podido contribuir. Este será un buen año para ellos. La paga que nos dio Dolbarar al finalizar el primer año, tras graduarnos, se la he regalado a mis padres.

—¡Eres estupendo! —le dijo Nilsa y se le echó encima para darle un fuerte abrazo y besarle en la mejilla.

—¿Y tú, Lasgol? ¿Qué tal el regreso a tu aldea? Me imagino que

“interesante” —le preguntó Ingrid mientras clavaba su cuchillo en un trozo de carne seca y se lo llevaba a la boca.

Lasgol resopló. —Sí, fue de lo más “interesante”. Les narró todo lo sucedido.

—Yo les habría restregado a todos en sus caras lo que te hicieron —dijo Viggo escupiendo a un lado.

—Sí, así eres tú, todo perdón y amabilidad —dijo Ingrid.

—¿Perdón? ¿Amabilidad? Eso es de débiles, yo no soy un blandengue.

—No me hagas decir lo que tú eres...

Egil interrumpió la discusión. —Yo disfruté inmensamente jugando con mis hermanos y gozando de las inconmensurables atenciones de mi padre el Duque.

Todos callaron y lo miraron con ojos bien abiertos por la sorpresa.

Egil aguantó cuanto pudo y estalló a reír en carcajadas. —Qué inocentes sois, de verdad. Mira que tragaros eso... —y continuó riendo.

Los demás se unieron a las risas. Hasta Viggo no pudo evitar una sonrisa.

—Tienes un sentido del humor muy peculiar —le dijo Ingrid.

—Mejor eso que decir que he pasado todo el tiempo recluido en la biblioteca porque mis hermanos están demasiado ocupados para hacerme caso y a mi padre no le importo lo más mínimo.

—Visto así...

—Siento que sea así —le dijo Gerd.

—Seguro que tus padres son muy cariñosos.

—Lo son —asintió el grandullón.

—Pues me podríais adoptar...

Gerd se quedó mirándolo con la boca abierta sin saber qué decir. —Pero si tú eres... de la nobleza...

Egil se echó a reír otra vez. —Estoy de broma, grandullón. Tranquilo.

Lasgol negó con la cabeza. Nilsa le dio una palmada en el hombro a Gerd entre risas.

—¿Qué has hecho tú, Nilsa? —preguntó Lasgol.

—He estado con mi madre... y mis hermanas.

Todos la miraron.

—¿Hermanas? No recuerdo que las mencionaras —dijo Egil.

—Hay cosas que es mejor no contar a los chicos —dijo ella con gesto divertido—. Tengo dos hermanas.

—¿Acaso son guapas? —preguntó Viggo muy interesado.

—Pues sí, lo son y mucho. Pero ninguna de las dos se dignaría siquiera a mirarte, así que olvídale.

—Eso habría que verlo...

—Está visto —dijo Nilsa e ignoró a Viggo—. He disfrutado mucho del tiempo que he pasado con ellas. Cuidan mucho de madre. Está preocupada por mí.

—¿Tu madre se preocupa? —preguntó Lasgol.

—Sí. No quiere que esté aquí. No después de lo que le pasó a mi padre...

—Es normal que se preocupe...

—A ti no te pasará nada —le aseguró Ingrid.

—Nada de nada —recalcó Gerd flexionando los brazos y sacando músculo.

—Lo sé, no con mi equipo —dijo Nilsa con sonrisa y mirada agradecidas.

—¿Qué tal tú, Ingrid? —preguntó Lasgol a la capitana.

La rubia de ojos de hielo se puso seria. —Bien... he estado con mi tía practicando la espada. La práctica hace la perfección, eso dice ella.

—Tu tía la que no estuvo en los Invencibles de Hielo —dijo Viggo con tono de buscar pelea.

—¡Te he dicho cien veces que sí estuvo!

—¡Y yo a ti cien veces más una que eso es imposible porque los Invencibles de Hielo no aceptan mujeres!

Gerd se llevó la palma de la mano a la frente y sacudió la cabeza.

—No empecéis con lo mismo otra vez...

—Ha empezado él.

—Porque mientes.

El puño de Ingrid se cerró y armó el brazo.

—¡Quietos! —dijo Nilsa que intentó parar a Ingrid. Se desequilibró, con

tal mala fortuna que cayó de culo a la hoguera. Chispas y centellas salieron despedidas en todas direcciones. Nilsa intentó ponerse en pie en medio de gritos de sorpresa y de dolor. Gerd e Ingrid tiraron de ella y la sacaron del fuego. Nilsa se sacudía las posaderas en llamas mientras corría como una loca. La mitad del campamento se moría de risa. Finalmente, decidió meterse en el río y se quedó sentada en el agua. Los demás se apresuraron a ayudarla.

—¡A eso llamo yo un Guardabosques con cabeza! —dijo el Capitán Altos desde el navío que no abandonaba ni para dormir.

Volvieron junto al fuego y Nilsa se secó. No parecía haberse quemado mucho. Uno de los Guardabosques veteranos se acercó y le ofreció un ungüento contra las quemaduras que olía a rayos. Nilsa lo aceptó agradecida.

Viggo la miró y sonrió.

—Y tú, ¿por qué sonríes? Como te estés riendo de mí te la ganas —le dijo Nilsa enfadada.

Viggo negó con la cabeza.

—Porque gracias al tumulto que has montado no he tenido que contar qué he hecho estos días de descanso.

Lasgol y Egil intercambiaron una mirada. ¿Qué habría estado haciendo Viggo? Lasgol tenía la sospecha de que nada bueno... o quizás era sólo la imagen que Viggo buscaba proyectar y en realidad había estado haciendo el bien, ayudando incluso... Lasgol sacudió la cabeza. No, no Viggo. Él había estado haciendo algo oscuro, seguro.

—A nadie le importa —le dijo Ingrid.

Viggo se encogió de hombros y la miró con aquella mirada peligrosa, con un punto de maldad que a veces tenía. Lasgol se temió que fuera lo que fuera que había estado haciendo fuese inconfesable.

La mañana siguiente el navío entraba en el estrecho desfiladero con altísimas paredes de pura roca vertical.

—¡La Garganta sin Retorno! —anunció Altos.

Lasgol se extrañó. Habían hecho el trayecto en dos días menos que el año anterior. Eso sólo podía significar que eran mucho más fuertes y resistentes ya que el capitán no había usado la vela en ningún momento. Desde las dos torres vigías, los Guardabosques los saludaron nada más cruzar el desfiladero. Ya estaban dentro de los dominios de los Guardabosques. Lasgol los vio, atentos,

de guardia, con los arcos preparados. Continuaron remando, todos sabían que ya no quedaba nada. La cara de Egil, decorada con una gran sonrisa por haberlo conseguido, lo decía todo. Efectivamente, un pequeño puerto de madera apareció a su derecha.

—¡Fin del viaje! ¡El pie del Campamento!

Mientras atracaban, Lasgol se puso en pie y observó aquel insólito paraje. Estaban en el interior de un valle gigantesco rodeado por una enorme cordillera montañosa. Cruzar el desfiladero siguiendo el río como habían hecho ellos parecía ser la única forma de entrar. El valle era insondable, con grandes bosques y lagos a ambos lados del río que seguía su curso para morir en la cordillera montañosa. ¿O era más apropiado decir nacer? Egil lo sabría. Y cubriéndolo todo, la extraña neblina que nunca abandonaba el lugar. Comenzaba a cien pasos del río para extenderse hasta las montañas al fondo. Lasgol no estaba del todo seguro que fuese un fenómeno natural. Pero no habían podido investigarlo. Quizás este año tendrían la oportunidad. O quizás no era una buena idea y era mejor no ahondar en esas cosas.

Desembarcaron y a una orden de Altos comenzaron a descargar los víveres y suministros que transportaban principalmente en el tercer navío. Los guardaron en los grandes almacenes que formaban el campamento base. Lasgol agradeció poder estirar los músculos, sobre todo las piernas que sufrían mucho en el banco de remo. No fue el único, Gerd transportaba suministros mientras silbaba alegremente. Los tres capitanes reportaron en el puesto de mando del campamento base y entregaron las sacas con los mensajes. Lasgol se preguntó qué noticias transportarían hasta el campamento. Muy probablemente estarían relacionadas con la guerra que se avecinaba.

Terminaron de descargar y les ordenaron hacerse cargo de sus monturas.

Altos se despidió de ellos con una de sus frases lapidarias:

—Espero que los que no seáis expulsados este año y reméis el doble de bien el año que viene. ¡Sois una vergüenza de aprendices!

—Todo un motivador —comentó Viggo.

Gerd soltó una carcajada.

Lasgol pensó que a Viggo no le faltaba algo de razón.

Trotador recibió a Lasgol con un alegre rebufo y sacudiendo la cabeza como le gustaba hacer. Lasgol le sonrió y le acarició lleno de cariño.

—Buen poni —le dijo y le dio un beso en el hocico.

Por tres días remontaron el río siguiendo su vera adentrándose en el inmenso valle. Lasgol recordó que fue Daven quién los había guiado el año anterior. Se preguntó que habría sido de él. Había atentado contra el Rey, pero estaba poseído por Darthor. ¿Cuál habría sido su castigo? ¿Lo tendrían preso? ¿Lo habrían ahorcado? Era una cuestión complicada pues si bien Daven había intentado matar al monarca, él no tenía ninguna constancia de ello. No recordaba nada pues había actuado bajo el influjo y control de Darthor. Lasgol decidió que lo mejor sería preguntar a Dolbarar al llegar al campamento. Quizá habrían descubierto algo nuevo sobre los planes de Darthor o sus poderes...

Llegó el momento de seguir a pie internándose en los bosques bajo la niebla cerrada. Con cuidado de no tropezar con raíces y maleza, continuaron bosque adentro hasta bien entrado el atardecer. El trayecto fue arduo por la niebla que cada vez era más cerrada y apenas podían ver nada.

Y por fin llegaron al Campamento.

Lasgol miró al frente y todo lo que vio fue el linde de un gran bosque muy cerrado y espeso que formaba un muro infranqueable, como una barrera que rodeaba el Campamento y lo mantenía oculto y a salvo. Se escucharon tres largos silbidos. Por un momento nada sucedió y luego tres de los árboles se apartaron dejando un paso abierto. Entraron. Lasgol sintió una mezcla de nerviosismo y bienestar por regresar a aquel lugar en el que había vivido tantas cosas en tan solo un año.

El Campamento estaba tal y como él lo recordaba: una inmensa área abierta con grandes bosques, ríos y lagos interconectados por descampados hasta donde el ojo alcanzaba a ver. Al este los bosques de robles se alzaban rodeando varios lagos de aguas tranquilas. Al oeste eran abetos los que poblaban las tierras y la espesura de los bosques era mayor. Al norte grandes descampados verdes decorados con algunas arboledas entre lagos y ríos. Lasgol se quedó prendado del lugar, igual que la primera vez que lo había visto.

Continuaron avanzando y las primeras edificaciones aparecieron. Lasgol reconoció los diferentes talleres y artesanos: el forjador, el peletero, el carpintero y el carnicero. También reconoció los almacenes y los establos. Dejaron las monturas y los condujeron hasta las cabañas, la de los Aprendices, la de los de segundo año. Eran similares a las que habían ocupado el año anterior, aunque algo más grandes.

Los recibió el Instructor Mayor Oden. No había cambiado un ápice aunque a Lasgol le pareció algo más pequeño de lo que recordaba. Era un hombre fuerte, aunque no tan grande. Seguía con el mismo rostro de pocos amigos en una cara marcada por los cuarenta años que tendría. Seguía llevando el pelo cobrizo y largo atado en una coleta que dejaba al descubierto una mirada hosca de unos intensos ojos ámbar. Lasgol la conocía bien: dura, sin alma. Oden no se anduvo con rodeos y los hizo formar frente a las cabañas.

—El año pasado, cuando comenzasteis el primer año de instrucción, erais trece equipos. Este año comenzaréis el segundo año de instrucción pero debido a los abandonos y las expulsiones finales, el número de equipos se ha reducido a 9. Los equipos que habéis perdido personas id a comprobar las listas. Hemos redistribuido los componentes y combinado varios equipos.

Lasgol vio cómo media docena de equipos se arremolinaban en las puertas de las cabañas que tenían las listas con las nuevas composiciones de los equipos. Los Águilas, las Panteras, los Búhos, los Osos, y los Lobos seguían intactos. Las protestas y lamentaciones por los nuevos equipos no se hicieron esperar. Pero Oden no las permitió.

—¡A callar todos! ¡Estos son los nuevos equipos y no hay nada más que hablar al respecto! ¿Está claro?

Las protestas fueron muriendo, aunque varios estaban muy en desacuerdo.

—Y os aviso: este año será más duro que el anterior. El primer año somos más permisivos pero no así el segundo. La instrucción será más exigente en todos los sentidos, no sólo el físico, también en lo que tendréis que aprender. Si realmente deseáis ser Guardabosques, este es el año en el que hay que demostrarlo de verdad. Los que tengan dudas, los que hayan pasado milagrosamente el primer año, los que no crean que puedan con más esfuerzo y formación mucho más intensa, es momento de pensárselo y muy bien. Si queréis renunciar ahora mismo, por mí no hay ningún inconveniente.

Gerd se giró hacia Egil y le susurró con ojos llenos de pavor.

—¿Más duro? ¿Formación mucho más intensa?

—Eso me temo —respondió Egil con gesto de grave resignación.

—Esto va a ser de lo más divertido —dijo Viggo con marcado tono irónico.

—Yo estoy que me muero de nervios —dijo Nilsa mordiéndose las uñas de las manos.

Lasgol no dijo nada pero sintió un escalofrío.

—No dejéis que os intimide —dijo Ingrid—. Da igual lo que diga Oden, saldremos adelante.

Pero esta vez, el mensaje de ánimo de Ingrid no caló. Todos sabían que Oden no exageraba y que lo iban a pasar muy mal.

—Nosotros somos los Guardabosques del Reino —continuó Oden con su arenga—. Aquí no hay sitio para los débiles, ni de cuerpo ni de espíritu. Sólo los mejores caminan el Sendero del Guardabosques y sirven al Rey. Y ahora dejad vuestros morrales en las cabañas, id al comedor a cenar y después a descansar. A primera hora pasaré para comenzar la instrucción. ¡Bienvenidos al Segundo Año del Sendero del Guardabosques!

Capítulo 12

Lasgol apenas durmió aquella primera noche. Estaba demasiado nervioso para conciliar el sueño así que se dedicó a jugar con Camu. La criatura estaba encantada con la nueva cabaña. Era más grande y por tanto tenía más rincones que explorar y más espacio que recorrer con sus brincos alocados que era lo que ahora le gustaba hacer. Lasgol ocupaba la litera de arriba y Egil la de abajo. En el otro lado de la cabaña, Gerd ocupaba la de abajo y Viggo la de arriba.

Con el alba llegó la insufrible flautilla de Oden. Despertaron y comenzaron a prepararse para salir a formar. Camu se despertó también y saltó de la cama de Lasgol a jugar.

Viggo lo vio acercarse a él dando saltitos. —¡Fuera, bicho! —le dijo sacudiendo su camisa de lana para espantar a Camu. Pero la criatura interpretó que Viggo quería jugar con él y mordió su camisa con un chillidito alegre.

—¡Déjame, musaraña horrible!

—¡Camu! Deja a Viggo tranquilo —le dijo Lasgol.

Camu miró a Lasgol con sus grandes ojos y su sonrisa eterna. Soltó un chillidito de pregunta.

—No, Viggo no —le dijo Lasgol que intentaba que le entendiera sin tener que usar su Don. Tenía la sensación de que Camu interpretaba sus comunicaciones mentales como órdenes y no se sentía cómodo dándole órdenes constantemente.

La criatura miró entonces a Gerd. El gigantón se acababa de poner los pantalones. Antes de que Lasgol pudiera prohibírselo, Camu fue tras Gerd con un chillidito de alegría.

A Gerd le cambió la cara. Un miedo horroroso apareció en ella.

—¡No, no! —fue todo lo que dijo y se puso a correr por la cabaña.

Camu, emocionado, comenzó a perseguirlo botando y soltando alegres chillidos.

—No te va a hacer nada —le dijo Egil que aguantaba la risa. Era algo cómico ver a alguien del enorme tamaño y fuerza de Gerd correr despavorido porque la pequeña criatura quería jugar con él y lo perseguía.

—¿Cómo que nada? ¿Y lo que le hizo al troll? —dijo Gerd que corría en círculos alrededor de Egil, Lasgol y Viggo con Camu pisándole los talones.

—Eso fue absolutamente diferente, tú no eres hostil —le dijo Egil que sonreía de oreja a oreja.

—¿Cómo sé que él sabe que soy amigo? —dijo Gerd que ya jadeaba por el esfuerzo.

—Si sigues corriendo en círculos te vas a marear... —le dijo Viggo.

—¡Lasgol, dile que no me persiga!

—¡Camu, quieto, ven aquí! —le dijo Lasgol.

La criatura se detuvo, miró a Gerd, luego a Lasgol y fue hasta él.

—Muy bien, quieto aquí, conmigo —dijo Lasgol que se lo puso al hombro.

Gerd dejó de correr y al hacerlo le entró un mareo terrible.

—La cabaña... da vueltas... yo... —no pudo decir más, se inclinó hacia un lado, perdió el equilibrio y se fue al suelo como si se hubiera tomado un barril de cerveza.

Viggo estalló en carcajadas. Egil no pudo aguantar una risotada. Lasgol se sintió fatal por el grandullón.

Volvió a sonar la flautilla de Oden.

—Hay que darse prisa —dijo Lasgol.

En el fondo de sus baúles, bajo el resto de la ropa, encontraron sus capas perfectamente dobladas. Al abrirlas para ponérselas, descubrieron que eran de color amarillo.

—Bueno, vamos mejorando —comentó Viggo.

—A mí me gustaba más la capa roja —dijo Gerd—. Se te ve desde lejos. Mucho mejor para evitar que alguien te alcance con una flecha pensando que eres un animal.

—Tú sí que eres un animal —le dijo Viggo negando con la cabeza.

—Los colores de las capas de los Guardabosques son distintivos de su grado de avance. Así lo establece el Sendero del Guardabosques —dijo Egil mientras se ponía la suya—. El primer año, rojo; el segundo, amarillo; el

tercero verde, y el cuarto, marrón —dijo Egil.

La puerta se abrió y entraron Ingrid y Nilsa ya preparadas.

—Vamos, salid rápido, parecéis osos perezosos —les dijo Ingrid.

Las Panteras salieron a formar frente a su cabaña. Clavaron rodilla y miraron al frente.

—Veo que las cosas no cambian de un año a otro. Las Panteras, como siempre, los últimos —dijo Oden y les echó una de sus miradas de “os la estáis jugando”—. ¡Seguidme todos!

Oden los condujo ante Dolbarar que los esperaba en la Casa de Mando en medio del lago. Al verlos llegar Dolbarar se quitó la capucha que cubría su cabeza y se bajó el pañuelo de Guardabosques que cubría su rostro.

—¡Bienvenidos todos! —les dijo con una sonrisa amable.

Todos clavaron rodilla y formaron ante el Guardabosques Maestro Mayor. Lasgol seguía sorprendiéndose de la agilidad y poder que proyectaba para su avanzada edad. Según se decía había sobrepasado las setenta primaveras y estaba más cerca de las setenta y cinco. Su largo cabello blanco le caía liso hasta los hombros. Tenía la piel clara y en su rostro se apreciaban pocas arrugas. Lasgol conocía bien aquellos ojos color esmeralda después de todo lo sucedido el año anterior. La cuidada barba recortada parecía una cascada de nieve dibujada sobre la barbilla.

Como era costumbre en él, en una mano llevaba su larga vara de madera con adornos de plata y en la otra un tomo de tapas verdes y grabados en oro: “El Sendero del Guardabosques”. Egil creía que aquel tomo tenía cualidades arcanas aunque Lasgol no estaba tan convencido. Dolbarar era un Guardabosques, no un Mago o un Hechicero, no podía manejar un libro arcano. Para ello uno debía haber sido bendecido con el Don y Dolbarar no lo había sido, o al menos que Lasgol supiera. Aunque por otro lado, los Guardabosques tenían tantos secretos que no sabía qué pensar.

—Me alegra el alma ver que estáis aquí para continuar el Sendero del Guardabosques. Os prometo que, con gran esfuerzo y tenacidad, conseguiréis llegar al final del sendero. Conseguiréis convertirlos en Guardabosques y cuanto está escrito en este tomo que nos guía, lo llevareis grabado en el corazón —dijo levantando el brazo y mostrando el dogma de los Guardabosques.

—Yo creo que nos van a grabar ese libro en las carnes —susurró Viggo.

—Hay un dicho... la letra con sangre entra... —dijo Egil.

—No habléis de sufrimiento y sangre, que me entran los sudores fríos — protestó Gerd.

—La mieditis, quieres decir —le provocó Viggo.

—Deja a Gerd tranquilo —les regañó Nilsa.

Dolbarar abrió los brazos.

—Estáis todos aquí porque os guía un mismo deseo: el de convertirnos en Guardabosques. Nosotros somos los protectores de las tierras del reino, de sus bosques, montañas, valles y ríos. Lo protegemos de enemigos internos y externos. Somos los ojos del Rey, los protectores del reino, el corazón de Norghana. Somos los Guardabosques.

Lasgol recordó el lema que su padre tantas veces le había repetido de niño. Suspiró profundamente y se le humedecieron los ojos.

—¿Todo bien? —le susurró Egil.

—Sí, tranquilo, me recuerda a mi padre...

Egil entendió e hizo un gesto afirmativo.

—Nosotros somos los cinco sentidos del reino: los ojos que ven el peligro acercarse, los oídos que detectan el rumor del enemigo en su avance, el olfato que detecta el hedor de la traición y la muerte, el tacto que siente la sangre sobre nuestro suelo níveo, el gusto que detecta el sabor a guerra y ruina. Nada escapa a nuestros entrenados sentidos.

Lasgol le hizo un gesto a Egil mostrando la dificultad que aquello conllevaba.

—Mis sentidos carecen de tales encomiables atributos —confesó Egil.

—La vista sobre todo. Te vas a quedar cegato perdido de tanto leer —le dijo Viggo.

—Tú vas a perder el del gusto —le dijo Ingrid a Viggo.

—¿Ah, sí?

—Sí, te voy a cortar esa lengua venenosa tuya.

Viggo se quedó sin saber qué decir. Arrugó la frente.

—Sí, así te vas a quedar —le aseguró Ingrid.

Viggo reaccionó y le sacó la lengua.

Ingrid fue a decir algo pero Dolbarar continuó con su mensaje de bienvenida y ella se calló para escucharlo.

—Los Guardabosques somos el cuerpo especial al que el Rey confía la custodia del reino. Por eso entrenamos sin descanso, pues el enemigo no descansa, nunca. Debemos proteger a aquellos que no pueden protegerse por sí mismos: a los aldeanos, a los pescadores, a los leñadores y ganaderos, a los mineros, a los artesanos y comerciantes. A las buenas gentes de Norghana. ¿Y cómo lo hacemos?

Un silencio largo siguió a la pregunta del líder del Campamento. Nadie se atrevía a aventurar una respuesta.

—Nos adelantamos al enemigo. Lo localizamos, le seguimos, recogemos inteligencia, lo interceptamos y le hacemos caer en una trampa. Evitamos que la muerte y el sufrimiento llegue a los nuestros. Ese es nuestro gran cometido: proteger a los inocentes del reino. No esperéis gloria y honores, ese no es nuestro camino. Nosotros detenemos las guerras antes de que se produzcan, en secreto, y nadie, excepto aquellos a los que servimos, sabrán de nuestros éxitos y gloria. Y ese es el mayor orgullo de todos, pues lo hacemos sin esperar recompensa ni reconocimiento alguno.

Gerd se estremeció.

—¿Qué te preocupa, amigo? —le susurró Lasgol que podía leer el miedo en el rostro del grandullón.

—Que también moriremos en secreto... nadie sabrá de nuestra suerte. Moriremos solos, sin que nadie sepa por qué razón, ni si conseguimos nuestro objetivo o no... Seremos héroes anónimos enterrados en una triste tumba sin nombre.

—No te preocupes, no vamos a morir.

Gerd miró a Lasgol a los ojos. Tenía miedo. —Sabes que eso no es verdad. Muchos no viviremos para contar nuestras andanzas a nuestros nietos.

—Te aseguré que tú sí, grandullón. No te preocupes tanto de lo que no puedes controlar, sólo te crea más inseguridad y miedo. Céntrate en lo que puedes controlar, aquí y ahora.

Gerd bajó la cabeza. No parecía muy convencido. Tampoco lo estaba Lasgol, aunque intentaba aparentar que sí.

—Vivimos tiempos difíciles —continuó Dolbarar—, la guerra se aproxima. La mayoría de los Guardabosques han partido a servir al Rey.

Intentaremos evitar el avance de Darthor y derrotarlo antes de que traiga muerte y destrucción a los nuestros. Sin embargo, esto no debe afectar vuestra formación. Tenemos en el Campamento una mínima parte de nuestros instructores pero son los suficientes como para sacar adelante este año, y así lo haremos. Tanto a vosotros como a los de primer, tercer, y cuarto año. El Sendero del Guardabosques siempre ha de estar transitado. Es la única forma de asegurar nuestra continuidad. Y para asegurar que no os desviáis del sendero, los cuatro Guardabosques Mayores seguirán ejerciendo sus puestos.

Dolbarar se volvió hacia la Casa de Mando.

—Y ahora daré paso a los Guardabosques Mayores, la máxima representación de las Cuatro Maestrías. Desean dedicaros unas palabras.

La puerta se abrió y de ella salieron Ivana, Esben, Eyra y Haakon. Todos vestían como Guardabosques y se acercaron hasta su líder.

La primera en dirigirse a ellos fue Ivana, la Guardabosques Mayor de la Maestría de Tiradores. A sus treinta años, era apodada “la infalible”. A Lasgol siempre le producía una sensación extraña. Era muy bella, de una belleza fría, nórdica. Sus ojos eran grises y destellaban peligro. Acostumbraba a llevar la melena rubia, casi blanca, atada en una coleta. «Sí, bella pero fría como el hielo».

Hizo un pequeño saludo y se dirigió al grupo.

—Mi misión es convertirlos en arqueros expertos, luchadores letales con cuchillo y hacha corta, agentes preparados para la guerrilla y las escaramuzas. Así lo establece el Sendero y así ha de ser. Este año, el segundo de vuestra formación, comenzareis a convertirlos en todas esas cosas. Pero no os será fácil. Requiere entrenamiento duro, esfuerzo al límite y dolor. Seguid mis instrucciones en todo momento, realizad el trabajo que exijo y os prometo que lo conseguiréis. Pero aquellos que no quieran poner el esfuerzo necesario, los débiles de espíritu, pueden abandonar ahora mismo, pues no conseguirán más que ser expulsados al final.

—Nos convertiremos en luchadores expertos. Es magnífico —susurró Ingrid y su rostro se iluminó.

—Por una vez no voy a discutir contigo, la verdad es que suena bastante bien —dijo Viggo.

—Yo me convertiré en una arquera experta —dijo Nilsa entrecerrando los ojos.

—Eso no te servirá de mucho en las distancias cortas —le dijo Viggo.

—No pienso dejar que se acerquen a menos de doscientos pasos.

—Ah, ya veo... sólo quieres matar Magos y Hechiceros a larga distancia.

Ella asintió.

—Pues como se te escabulla uno...

—Calla, bobo.

Esben dio un paso al frente e Ivana se retiró. Seguía tal como Lasgol lo recordaba, grande como un oso, con mucho pelo castaño y una espesa barba del mismo color hasta la cintura. Unos grandes ojos pardos y nariz achatada le hacían parecer un animal salvaje, un cruce entre oso y león. A Lasgol le gustaba Esben aunque a veces le daba miedo por su carácter y aspecto, ambos algo bestial. Saludó y los observó un instante, luego se dirigió a ellos.

—Como bien sabéis, o deberías saber ya, la Maestría de Fauna es mi disciplina. Conmigo os convertiréis en exploradores, expertos en reconocimiento, vigilancia, rastreo, fauna. No habrá presa que pueda evadirnos, animal o humana. No habrá rincón del reino que no conozcáis como la palma de vuestra mano. Así lo establece el Sendero y así ha de ser. Este año comenzareis a desarrollar estas habilidades. Para final de año espero que todos hayáis logrado la competencia necesaria. No me falléis. No quiero expulsaros pero lo haré sin vacilar si no estáis al nivel que exijo —rugió como un oso y todos echaron la cabeza atrás, alguno dio un brinco asustado. Nilsa pisó a Gerd que tuvo que sujetarla para que no se fuera al suelo—. Estad preparados —dijo y se retiró.

—Yo prefiero ser un explorador —dijo Gerd convencido dejando que Nilsa se recompusiera.

—Pues con lo descomunal que eres veo complicado que el enemigo no te descubra a leguas de distancia —le dijo Vigo con una mueca cómica.

Gerd arrugó la nariz.

La anciana Eyra “la Erudita” fue la siguiente en dirigirse a ellos. A sus sesenta primaveras tenía el pelo canoso y rizado, con una nariz larga y torcida. Su rostro era amable pero su mirada tenía un punto de acidez. A Lasgol siempre le había parecido una bruja buena.

—Para sobrevivir en este duro mundo y llegar a mi edad hace falta conocer muy bien la naturaleza y sus enseñanzas. Por eso mi Maestría es la de

la Naturaleza, es la disciplina que forma a los Guardabosques para convertirlos en expertos en conseguir información y solucionar problemas por medio del conocimiento y la inteligencia. Así lo establece el Sendero y así ha de ser. Nosotros utilizamos la cabeza. Siempre. Aquellos que no utilicen su mente no tienen cabida entre los Guardabosques. Los brutos sin cerebro están en los ejércitos del Rey y sus nobles. Los Guardabosques aprendemos y usamos ese conocimiento para informarnos y solucionar problemas. Yo os enseñaré a hacerlo usando la cabeza. No me defraudéis.

—Muy interesante... —murmuró Viggo.

—¿Por qué? —preguntó Ingrid—. A mí esta Maestría no termina de convencerme.

—Hay que leer entre líneas —le dijo Viggo—. Conseguir información y solucionar problemas... piensa en sus venenos y preparados...

—Oh, ya veo...

Egil sonrió. —La forma óptima de solucionar una situación dada es siempre utilizando la cabeza.

—En tu caso, siempre, empollón —le dijo Viggo y sonrió.

—Sabes que tengo razón.

—Sí, pero no te lo voy a reconocer —le dijo Viggo con una mueca divertida.

—No me gustan los venenos —dijo Gerd—, pero sí el resto de las materias que aprendemos sobre la naturaleza en esta Maestría.

—A mí me gustan mucho las trampas que hacemos —dijo Lasgol.

—Pues yo estoy con Ingrid, esta Maestría no me gusta demasiado —opinó Nilsa.

Eyra se retiró y Haakon ocupó su lugar. La presencia misteriosa y siniestra que irradiaba hizo que todos los comentarios cesaran.

—Alguno de vosotros deseáis conocer las artes más oscuras y más letales de los Guardabosques. Esas se enseñan en la Maestría de Pericia, mi Maestría —lo dijo como si realmente le perteneciese sólo a él—. No es sólo una disciplina, es un arte, os lo aseguro. Forma a los Guardabosques para convertirlos en sombras que se mueven sin ser vistas, sin ser detectadas. Engañamos a los sentidos, nadie puede detectarnos para llegar allí donde se nos necesita, sin que nadie se percate. Así lo establece el Sendero y así ha de

ser. Para lograrlo tendréis que entrenar mucho cuerpo y mente, pues un dominio sobre ambos es necesario para lograrlo. Es un arte complejo que pocos consiguen dominar pero se espera de vosotros una competencia mínima.

—Esto me interesa mucho —susurró Viggo mirando fijamente a Haakon.

—Sí, te va como anillo al dedo... —le dijo Ingrid.

—A mí también me gustaría dominar esta materia... —dijo Nilsa pero lo dijo como si fuera un imposible para ella.

—No te desanimes, conseguirás hacerlo bien —le dijo Egil.

—Lo dudo, soy la más torpe del Campamento con diferencia.

—Y de gran parte de Norghana —puntualizó Viggo con cara de inocente.

Ingrid le dio un codazo en las costillas.

Haakon hizo una pequeña reverencia y se retiró.

Dolbarar se adelantó y con una sonrisa continuó.

—Los cuatro Guardabosques Mayores han hablado. Sus palabras han sido precisas, sabias, siguiendo el Sendero. Espero que os ayuden a entender la finalidad de cada Maestría y, lo que es más importante, lo que llegaréis a ser cuando las dominéis. Vinisteis el primer año, muchos sin entender o tener una idea clara de lo que significa ser un Guardabosques y el porqué de las Maestrías. Espero que ahora tengáis una mejor comprensión del fin que perseguimos. Mi puerta está siempre abierta para aquellos que tengan preguntas —dijo señalando la puerta de la Casa de Mando—. Y ahora un anuncio importante.

Todos guardaron silencio, atentos.

—El segundo año el número de pruebas serán dos: la Prueba de Verano y la Prueba de Invierno.

—¡Bien! —exclamó Viggo algo más alto de lo que le hubiera gustado.

Dolbarar le miró. —El hecho de que sean dos también significa que serán el doble de difíciles.

—Oh, no... —dijo Viggo bajando la cabeza.

—El sistema de puntuación y recompensas se mantiene igual. Pero este año, para no ser expulsados, deberéis obtener 4 hojas de roble en cada Maestría.

Los componentes de las Panteras se miraron unos a otros haciendo cálculos

en sus cabezas.

—Cuatro en lugar de ocho del año pasado, parece más fácil, ¿verdad? — dijo Gerd.

Egil negó con la cabeza. —Va a ser más difícil para nosotros.

—¿Para nosotros? —preguntó Ingrid contrariada.

—Sí, el sistema favorece a los que son buenos, para ellos será más sencillo pasar. Pero para los que no andamos tan bien será más difícil. Pensad que si en la primera prueba obtenemos una hoja de roble en una de las Maestrías, para poder pasar tendremos que conseguir tres en la otra prueba.

—Oh...

—Además, como ha dicho Dolbarar, si las pruebas son el doble de difíciles, conseguir dos hojas de roble va a ser muy difícil, extremadamente difícil... —dijo Egil.

—No pensemos en eso ahora —dijo Lasgol que veía que la moral del equipo se hundía.

Dolbarar se aclaró la garganta para detener el mar de murmullos que había producido su comentario.

—En la Ceremonia de Aceptación se decidirá quién continúa y quién es expulsado. ¡Buena suerte a todos!

Y con aquel buen deseo se retiraron. Lasgol supo en aquel instante que iban a necesitar mucha de aquella suerte. Temió por él y por sus compañeros. ¿Conseguirían pasar? ¿Todos? ¿Quién sería expulsado? Ser expulsado... sería terrible, al igual que ver partir a un compañero... Se le hizo un nudo en el estómago.

Capítulo 13

Y comenzó el segundo año con el entrenamiento matinal, como era de rigor. El Instructor Mayor Oden los llevó hasta el lago y los dejó con un nuevo Instructor al que no conocían: Markoon. Se veía a una legua que era un atleta nato: tenía un cuerpo delgado y fibroso, su cabello era rubio como el sol y lo llevaba muy corto. Su mirada parda mostraba decisión. Se dirigió a ellos.

—Este año seré yo quien esté a cargo de vuestra instrucción física —dijo y observó el lago de tranquilas aguas azuladas un instante—. Este año no daremos vueltas al lago del que tanto disfrutasteis el año pasado y que tan bien conocéis.

Por un momento todos se miraron, incrédulos, no tendrían que dar más vueltas al odiado lago que tanto sufrimiento les había traído.

Gerd miró a Egil con ojos emocionados.

Egil le sonrió abriendo mucho sus ojos, también esperanzado.

Viggo frunció el ceño. —No me lo creo... —susurró.

—Este año —continuó Markoon—, partiremos cada amanecer desde aquí, desde el lago, para subir corriendo hasta la cima del Ahorcado.

Las caras de Gerd y Egil mostraron espanto.

—Ya me olía yo algo así... —dijo Viggo.

—La cima del Ahorcado... pero... la pendiente es terrible —dijo Gerd que no se lo creía.

Egil resopló. —Está a media mañana de distancia desde aquí y con un desnivel desorbitante.

Nilsa arrugó la nariz. —Va a ser duro...

—Este año —continuó Markoon—, entrenaremos la fuerza física en cuestas. Forzaremos el cuerpo a subir pendientes de forma que se fortalezca todavía más. Para cuando terminemos el año seréis capaces de subir prácticamente a cualquiera de las cimas que rodean el Campamento de una

sola tirada, sin deteneros, sin que vuestros cuerpos agotados os fallen. Esa es mi labor y mi responsabilidad. Os aseguro que lo conseguiremos pues el Guardabosques debe ser capaz de recorrer los bosques y montañas del reino como si hubiera nacido y se hubiera criado en ellos. Seréis como un lobo salvaje y libre.

—No hay nada que temer, somos más que lobos, somos las Panteras de las Nieves —dijo Ingrid intentando animar al grupo.

—Entrenaremos y lo conseguiremos —dijo Lasgol reforzando los ánimos de Ingrid aunque sabía que el sufrimiento que sus cuerpos tendrían que aguantar sería monumental.

Markoon los situó a lo largo de la orilla este del lago.

—Calentaremos piernas, brazos y cuello. Después partiremos.

No se equivocaron. El recorrido era mucho más duro. Hasta llegar a las primeras rampas avanzaron a buen ritmo. Cada equipo formaba una piña con Markoon marcando el paso a la cabeza. No iba demasiado rápido pero sí con un trote ligero. Continuó con el mismo trote al comenzar a subir y los equipos comenzaron a romperse. No todos podían seguir el ritmo. Los que eran más fuertes consiguieron seguir al instructor, entre ellos Isgord y los gemelos Jared y Aston; Astrid, Leana y Asgard de los Búhos; Luca, capitán de los Lobos y Jobas, el capitán de los Jabalíes. Los Osos comenzaron a quedar atrás. Las Panteras fueron cayendo al último lugar.

Las pendientes dieron paso a un bosque de abetos. Markoon subía sin disminuir el ritmo, siguiendo un pequeño sendero entre los árboles. Los grupos se fueron partiendo y sus componentes quedando atrás. Subieron cruzando el bosque en dirección a la montaña. Cuanto más avanzaban, mayor era la pendiente. Lasgol comenzó a sentir que sus piernas le fallarían antes de alcanzar la cima, bastante antes. Pero vio a Ingrid delante de ellos, mirando atrás y animando con los puños, intentando que le siguieran todas las Panteras. Les daba ánimos. Nilsa pisaba los talones a Ingrid, era tan ligera y liviana que siempre que no tropezara, no tendría problemas. Pero Viggo, que corría junto a Lasgol, comenzaba a desfallecer. Mostraba aquella expresión siniestra que tan poco le gustaba a Lasgol, señal de que algo iba mal. En este caso, su cuerpo, que no aguantaba la subida. Viggo sacudió la cabeza, como intentado deshacerse de malos pensamientos, y siguió avanzando.

Lasgol respiraba por la nariz. Ahora eran los pulmones los que le

quemaban y comenzaba a sentir que cada paso le costaba más esfuerzo que el anterior. Con las piernas doloridas, pinchazos y los pulmones ardiendo, la energía se consumía, la fuerza se agotaba. Miró atrás sin detenerse y vio que Gerd y Egil comenzaban a descolgarse definitivamente. No podían seguir el ritmo.

Con crueldad inmerecida, el bosque terminó de separar a los fuertes de los débiles. Lasgol le hizo señas a Ingrid para que ella y Nilsa siguieran adelante. Él se descolgaría para ayudar a Gerd y a Egil, tampoco podía más. Ingrid miró a Viggo, que negó con la cabeza. No podía seguirla. Ingrid asintió y llevándose a Nilsa salieron del bosque.

Lasgol y Viggo esperaron a Egil y Gerd a la salida del bosque.

—No... puedo... más... —dijo Gerd doblado, con los brazos en jarras respirando como si fuera un fuelle gigante.

—Yo tampoco... —dijo Egil intentando respirar, rojo como un tomate maduro.

Lasgol observó lo que venía a continuación. Varias rampas de terreno liso y algo más adelante un bosque de hayas. Pudo ver a Markoon que ya se adentraba en el bosque seguido del grupo en cabeza.

—Vamos, no podemos rendirnos —dijo Lasgol.

—No puedo... —dijo Egil.

—Subamos andando. Vamos.

Egil asintió. Los cuatro comenzaron a subir el descampado. Llegaron al bosque.

—Somos los últimos —dijo Gerd mirando atrás con cara desconsolada.

—No es la primera vez —le dijo Viggo.

—Ni será la última —dijo Egil con una sonrisa.

—Pero somos las Panteras y no nos rendimos —dijo Lasgol.

—Pareces Ingrid —le reprochó Viggo.

—¿Quieres escuchar lo que te va a decir luego en la cabaña?

—No. Oh, no. Por nada en este mundo.

—Pues mejor seguimos.

—¡Vamos, hasta la cima! —dijo Viggo y se adentró en el bosque.

Con esfuerzo y agallas llegaron hasta la mitad del bosque y comenzaron a

pasar a otros descolgados. Siguieron subiendo pasando cada vez a más compañeros que estaban desfondados. Lo habían dado todo en la primera parte del recorrido y ahora no podían con su alma. No podían ni andar. Ellos cuatro subían a ritmo. No corrían, pero casi. Avanzaban rápido, al límite de sus posibilidades.

De pronto vieron a Markoon descender corriendo bosque abajo. Saltaba por encima de raíces, rocas y algún árbol caído como si nada. Su rostro, algo enrojecido no mostraba la palidez o el morado del cansancio. Llegó hasta ellos.

—Que nadie se detenga. Seguid, todos. Al ritmo que podáis, pero seguid subiendo. Los primeros ya han alcanzado la cima.

—Seguiremos —le aseguró Egil que estaba pálido como un fantasma apoyado en un árbol respirando por la nariz cuanto aire podía tragar.

—No se preocupe, Instructor —le dijo Gerd que al contrario de Egil estaba rojo como el chili. Pero ambos estaban igual de extenuados.

Markoon asintió y siguió descendiendo por el bosque a recuperar los que habían quedado atrás. Lasgol se puso en cabeza y manteniendo un paso firme los condujo hasta el linde del bosque. Allí encontraron a una docena de compañeros intentando recomponerse. Miraban hacia arriba con cara de desmayo.

—¿Qué pasa? —preguntó Viggo.

—Eso pasa —dijo uno de ellos señalando la cima.

La cima...

—¡Por todos los hielos! ¡La pendiente final es asesina! —exclamó Viggo enfurecido.

—No... voy... a poder llegar —dijo Gerd y se dejó caer al suelo.

—Yo tampoco, no me quedan fuerzas... —dijo Egil y le imitó.

Lasgol estudió la pendiente y la cima. Arriba podía distinguir las siluetas de los que ya lo habían conseguido.

—¡No os detengáis, avanzad! —les llegó la orden de Markoon a sus espaldas.

Lasgol le ofreció la mano a Egil. —Vamos, yo te ayudaré. Lo conseguiremos.

Egil inhaló profundamente. —Está bien. Vamos.

Lasgol dio un tirón y levantó a su amigo. Luego miró a Viggo y le hizo un gesto con la cabeza para que imitara lo que él había hecho.

Viggo sacudió la cabeza. —¿Tú sabes lo que pesa ese mastodonte? —dijo señalando a Gerd.

Lasgol le lanzó una mirada de “no seas así”.

Viggo resopló. Soltó un improperio y le dio la mano a Gerd. Lo ayudó a levantarse con un fuerte tirón. Los cuatro iniciaron la última parte del ascenso. Rotos, con cuerpos doloridos que los torturaban a cada paso, sin fuerzas, pero con la determinación de los que nunca se dan por vencidos.

A cincuenta pasos de la cima, donde la pendiente prácticamente les obligaba a subir a cuatro patas, Gerd se desplomó. Lasgol fue a detenerse para ayudarlo pero de hacerlo Egil no lo conseguiría.

—¡Vamos, Panteras! —rugió Ingrid desde la cima—. ¡Vamos!

—Yo me encargo de él, sigue —le dijo Viggo a Lasgol.

Lasgol cogió el brazo de Egil, se lo puso al cuello y siguió hasta la cumbre, medio arrastrando a su amigo. Nilsa los agarró y los empujó sobre la cima para que no cayeran colina abajo.

—¡Vamos, Gerd! ¡Tú puedes! —gritaba Ingrid.

Viendo los gritos de Ingrid el resto de los capitanes comenzaron a animar a los suyos que luchaban contra la pendiente final.

Gerd, prácticamente colgado de la espalda de Viggo, dejándose arrastrar por su compañero, con una mano y una rodilla contra el suelo, consiguió impulsar la otra pierna y avanzar dos pasos. Miró hacia la cumbre.

—¡Aquí, Gerd! —le dijo Ingrid y le dio su mano.

—Vamos, grandullón —le dijo Viggo que ya no podía dar un paso más.

Gerd levantó una rodilla y empujó con la última fuerza que le quedaba. Arrastró a Viggo con él los últimos pasos como si fuera un buey. Ingrid los recibió con un tremendo empujón que acabó con los tres en el suelo de la cima.

Lo habían conseguido.

Gerd, Egil, Viggo y Lasgol yacían en suelo incapaces de mover un músculo. Rotos, exhaustos, felices.

¡Lo habían conseguido!

Les llevó una eternidad bajar de la cima y regresar al Campamento para la comida. Todos los equipos mostraban el castigo de la subida. Eso había propiciado que llegaran tarde y Oden estaba furioso.

—¡Los de Segundo Año, tenéis que servir a los de Primer Año! —les había dicho.

Los capitanes de los nueve equipos se disculparon e intentaron aplacar la furia del Instructor Mayor.

—¡Dos de cada equipo a servir! —les ordenó Oden.

Lasgol se presentó voluntario. Ingrid no lo aceptó.

—Los que estamos más enteros somos Nilsa y yo. Lo haremos nosotras. Vosotros descansad.

—Como debe ser. Servir es trabajo de... —comenzó a decir Viggo.

El puño de Ingrid se cerró y armó el brazo para golpearle como un ciclón.

—Termina la frase y te quedas sin dientes —le dijo Ingrid.

—...de todos por igual... —dijo Viggo con una sonrisa enorme.

—Tú júégatela y verás cómo terminas.

Viggo sonrió de oreja a oreja. No dijo nada más. Ayudó a sentarse a Gerd que estaba tan cansado que no podía ni tenerse en pie. La comida parecía un entierro. Estaban todos tan destrozados que ni hablaban. Cuando Ingrid y Nilsa regresaron Gerd roncaba sobre la mesa y Egil se había quedado dormido sobre la bancada. No eran los únicos. El aspecto de los otros equipos no era mucho mejor.

—¿Qué pinta tienen los de primer año? —preguntó Lasgol a las chicas.

—Parecen unos corderos de camino al carnicero —dijo Ingrid mientras devoraba una pata de pavo guisada con verdura y especias.

—Tienen cara de estar aterrados, los pobres —dijo Nilsa.

—Supongo que las mismas que teníamos nosotros cuando llegamos.

—Es su primer día. Están muertos de miedo —dijo Ingrid.

Terminaron de comer en silencio. Lasgol se preguntaba si en aquella nueva remesa de iniciados habría alguien como él. Probablemente no. Aunque seguro que había personas interesantes, con historias personales que merecía la pena conocer. Por desgracia, la actividad del Campamento los engulliría y no habría mucha opción para conocerlos. Tendrían un año muy intenso. Mucho.

Les deseó suerte, la necesitarían. Luego pensó en su equipo y supo que ellos también necesitarían toda la suerte del mundo.

—No todos —dijo Nilsa señalando una de las mesas con un gesto de la cabeza.

Una chica rubia de melena larga y ondulada se había puesto en pie y barría el comedor con la mirada. Daba la impresión de estar buscando algo o a alguien y no parecía importarle que su conducta resultara extraña. Era de una belleza irrefutable, nórdica, su piel tan blanca como la nieve y una nariz pequeña y puntiaguda; sus labios carnosos y rojos. Su rostro bello mostraba determinación y no parecía para nada asustada, más bien todo lo contrario. Tenía unos ojos azules enormes que de repente se clavaron en Lasgol.

—Esa iniciada no parece precisamente tímida... —dijo Viggo al ver que atravesaba a Lasgol con la mirada.

De pronto la muchacha se dirigió hacia Lasgol cruzando el comedor, ignorando a todos, como si estuviera en su casa y todos los allí presentes fueran muebles.

—Creo que viene a por ti... —le advirtió Ingrid a Lasgol.

—¿A por mí? No creo...

La muchacha llegó a la mesa de las Panteras, la rodeó y con sus ojos clavados en Lasgol se situó junto a él.

—¿Eres Lasgol Eklund? —preguntó con una voz suave, casi melódica.

Lasgol se tensó. La observó inquieto. La muchacha era muy guapa pero aquello no lo tranquilizaba, estaba acostumbrado a tener sorpresas desagradables con las personas que se le acercaban.

—No molestes, novata —intervino Ingrid antes de que Lasgol respondiera.

La muchacha lanzó una rápida mirada a Ingrid y sonrió. No estaba intimidada. Eso era muy raro. Ingrid intimidaba al guerrero más condecorado.

—Sólo quiero conocer al héroe que ha salvado al Rey y del que todos hablan —dijo volviendo a mirar a Lasgol y le dedicó una enorme sonrisa encandiladora.

—¡Lo que nos faltaba, ahora tiene seguidores! —protestó Viggo con gesto de desesperación.

—Eh... yo... bueno, tampoco fue tanto... —balbuceó Lasgol descolocado.

—Fue un acto de valor y valentía increíbles —aseguró ella sin dejar de

sonreírle.

Lasgol se puso rojísimo.

—Míralo cómo se sonroja —dijo Nilsa aplaudiendo, disfrutando de la incómoda situación para Lasgol.

—Yo... no...

—Sólo quería acercarme y presentarme. Me llamo Val Blom —dijo y le hizo a Lasgol una reverencia formal.

—Encantado —dijo Lasgol recuperando un poco la compostura.

—Es todo un honor conocerte —dijo ella—. Vuelvo con mi equipo, no quiero molestar, pero si tienes tiempo algún día... me encantaría conocerte...

—Lasgol tiene muchos quehaceres, no tiene tiempo para tonterías —dijo Ingrid arrugando la frente, intentando disuadir a la joven.

—Si no es problema, preferiría que Lasgol me contestara —dijo con voz neutra, calmada, sin mirar a Ingrid.

—Yo... eh... sí, por supuesto —farfulló Lasgol.

—Genial —dijo ella y se despidió con otra sonrisa que hubiera dejado sin respiración al conquistador más galante del reino.

Todos la observaron marchar.

—...*me encantaría conocerte*... —repitió Viggo con sorna imitando la suave voz de Val.

—No parece tímida —dijo Nilsa.

—Ni fácil de intimidar —dijo Ingrid contrariada por no haber podido disuadirla.

—Es... guapa... —dijo Lasgol sin darse cuenta de que hablaba en alto.

Sus compañeros lo miraron y se echaron a reír.

—Termina la comida, galán —le dijo Ingrid negando con la cabeza sin poder evitar sonreír.

—Nuestro Lasgol es toda una celebridad entre las chicas —dijo Nilsa con una risita.

Lasgol continuó comiendo mientras le daba vueltas en la cabeza a lo sucedido. Desde una mesa cercana otra persona había observado la escena y miraba a Lasgol con semblante disgustado.

Era el capitán de los Búhos: Astrid.

La tarde les deparó instrucción en la Maestría de Tiradores. Por fortuna, o quizás porque los instructores los habían visto tan descompuestos, en lugar de instrucción práctica optaron por instrucción teórica. Los condujeron a todos a los campos de tiro y los separaron en tres grupos de tres equipos.

—Panteras, Osos y Jabalíes, conmigo. Sentaos a mi alrededor formando un gran círculo, así será más sencillo explicaros esto —les indicó la Instructora.

—Mi nombre es Marga y soy instructora de segundo año de la Maestría de Tiradores.

Lasgol la observó con detenimiento, no la conocían. Llevaba el cabello castaño en una cola de caballo y sus ojos pardos los miraban como analizándolos. Le llamó la atención que tenía infinidad de pecas por todo el rostro. Parecía que el sol hubiera estornudado sobre ella. De su hombro colgaban dos arcos. Cogió el primero y lo mostró para que todos pudieran verlo.

—¿Lo reconocéis, verdad?

Todos asintieron, era el arco con el que habían aprendido a tirar el año anterior.

—Este arco que conocéis es lo que llamamos un arco simple. Si estáis hoy aquí, quiere decir que sabéis fabricar sus partes, montarlo y tirar con él.

Volvieron a asentir, orgullosos de haberlo logrado y de estar en el segundo año habiendo superado la instrucción de la Maestría de Tiro del año anterior.

—Este no es el arco de un Guardabosques —dijo Marga, lo cogió y lo partió en dos sobre su pierna. Luego lo tiró al suelo con desprecio.

De la sorpresa, Lasgol abrió los ojos como platos y se quedó con la boca abierta.

—Ese es el arco de un cazador furtivo, de un malhechor, de un ladrón. Un arco sencillo y funcional. Práctico y resistente. Pero no es el arco de un Guardabosques. El Sendero enseña que los Guardabosques vivimos y morimos por nuestro arco. No lo olvidéis nunca. El cuchillo y el hacha corta son armas de apoyo, herramientas, pero el Guardabosques siempre se guía por su arco. ¿Entendido?

Se escucharon “síes” aunque las caras de algunos, incluidas la de Gerd y Nilsa, mostraban que todavía no se habían recuperado de la ruptura del arco.

Ingrid negaba con la cabeza con cara contrariada.

—Este —continuó Marga mostrando el otro arco que llevaba—, este sí es el arco de un Guardabosques. Tomad. Examinadlo.

El arco fue pasando de mano en mano. Cuando le llegó a Lasgol lo estudió con detenimiento. Era muy diferente al arco que habían estado manejando.

—Este arco es un arco compuesto. Se llama así pues no está construido de una única pieza principal, como lo está el arco simple. Eso hace que su fabricación, montaje y uso resulte más complejo. Pero gracias a sus diferentes componentes se consigue un alcance muy mejorado y mayor estabilidad. Es decir, llega más lejos y se desvía menos, lo aclaro para los que me miráis con cara de no comprender.

—¿Cuál es el alcance del arco simple? —preguntó Marga.

—Unos 150-175 pasos —dijo Ahart, el capitán de los Osos.

—Correcto. Sin embargo, el alcance del arco compuesto es de 250-300 pasos.

Ingrid asintió varias veces. Aquello le gustaba.

—¿Cuál es el alcance de un Mago o un Hechicero con sus conjuros?

—Sobre 200-250 pasos —dijo Jobas, el capitán de los Jabalíes.

—Decidme entonces, ¿cuál de los dos arcos preferís usar?

—¡El compuesto! —dijo Nilsa. Lo dijo con tanto ímpetu que sonó como un grito.

La instructora se acercó a Nilsa.

—Contra la magia el mejor amigo de un Guardabosques es su arco compuesto.

Nilsa asentía emocionada.

—Adicionalmente, es mucho más potente: a misma distancia puede atravesar madera e incluso metal y es más ligero. El amigo del perfecto del Guardabosques —dijo Marga con una sonrisa.

—¿Puede atravesar una armadura de malla? —preguntó un chico moreno del equipo de los Osos.

—Desde luego. A menos de 200 pasos, sin problema. Entre 200 y 300 en función de la calidad de la armadura.

—¿Incluso armadura pesada, como la de los Rogdanos? —preguntó Egil

muy interesado.

—Buena pregunta. La armadura pesada, de placas o láminas de acero, es más complicada de perforar. Se requiere algo de práctica para ello pero se puede hacer. A menos de 50 pasos es factible. Os enseñaré a hacerlo a lo largo de este año.

—Fascinante —dijo Egil.

—Pero el arco compuesto tiene una contrapartida importante que nunca debéis olvidar. ¿Alguien se anima a aventurar cuál es?

—¿El cordaje? —dijo Mark, un chico rubio del equipo de los Jabalíes.

La instructora Marga negó con la cabeza.

—¿Requiere de flechas especiales? ¿Más pesadas? —dijo Niko, otro chico de los Jabalíes.

—No —dijo Marga negando con la cabeza.

—Es más potente y ligero... —dijo Egil pensando en voz alta— por lo tanto uno puede deducir que a mayor potencia y menor peso... ¿mayor fragilidad?

La instructora lo miró sorprendida.

—Exacto... veo que tienes cabeza.

Egil sonrió. Gerd le dio una palmada de reconocimiento en la espalda.

—En efecto, el problema con estos arcos es que son frágiles y se debe extremar su cuidado, especialmente con humedad. No deben mojarse bajo ninguna circunstancia. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—Ahora os explicaré las diferentes partes de este arco, los materiales que se utilizan para su elaboración, su composición y cuidado. Prestad atención. Toda vuestra atención.

Marga les habló del cuerpo de madera revestida con asta de cabra montesa. El exterior revestido con tendón. Las tres partes se encolaban con cola animal. Una vez unido se reforzaba con tiras de cuero. Continuó con sus explicaciones hasta que llegó el anochecer.

Cuando se retiraron a descansar una cosa estaba en la cabeza de todos: tenían que probar aquella nueva arma que se convertiría en su inseparable compañero cuando se convirtieran en Guardabosques. Al llegar la noche,

Ingrid soñó que atravesaba escudos y armaduras con el arco; Nilsa que alcanzaba en el corazón a Magos y Hechiceros a 300 pasos sin que nada pudieran hacer para impedirlo. Lasgol soñó que tiraba seis veces con gran rapidez y todas acertaban en medio del blanco.

Por desgracia, en aquel momento, eran sueños inalcanzables.

Capítulo 14

Los días pasaban en un abrir y cerrar de ojos. Entrenaban muy duro todas las mañanas y, sin embargo, el resultado del entrenamiento físico no parecía mejorar. Al contrario, empeoraba. Los primeros días los equipos lo habían dado todo para conseguir llegar hasta la cima del Ahorcado y quedar bien ante el instructor Markoon. Por desgracia, no habían previsto que el sobreesfuerzo requerido llevaría un precio muy alto que tendrían que pagar.

Lasgol ya no llegaba hasta la cumbre, el cuerpo no le aguantaba. La ayuda que había estado prestando a sus compañeros había terminado por dejarlo seco, sin un ápice de fuerza de la que tirar. Lo mismo le sucedía Viggo, que ya no conseguían coronar. Incluso Ingrid comenzaba a flaquear pues tenía que ayudar a Nilsa que comenzaba a mostrar signos de debilidad. El resto de los equipos también estaban sufriendo una experiencia muy parecida. Sólo unos pocos, entre ellos Isgord, los gemelos de su equipo y los Capitanes de los Osos, Lobos, y Jabalíes, habían logrado mejorar. El resto sufría horrores para terminar la prueba cada mañana.

Todos los mediodías las Panteras llegaban al comedor exhaustos. Sentarse en las mesas correderas se había convertido en una bendición y no por la comida que iban a disfrutar, que también ayudaba, sino por poder descansar. El mero hecho de poder sentarse y reposar era la mayor de las bendiciones.

—Está siendo duro pero nos acostumbraremos con el tiempo —los animaba Ingrid.

—¿Tú crees? —dudaba Nilsa.

Gerd y Egil ni hablaban. Comían para reponer energías pero sus cuerpos y mentes estaban tan agotados que no eran capaces de articular palabra.

—Cuanto más nos esforcemos, más fuertes se volverán nuestros cuerpos —le aseguró Ingrid.

—Eso o reventamos definitivamente —dijo Viggo.

—No creo que nos empujen hasta ese extremo —dijo Lasgol.

—¿Seguro? Míranos. Otra semana de esto y no lo contamos —le aseguró Viggo.

—Markoon sabe lo que se hace —dijo Ingrid.

—Esperemos...

La instrucción de Maestría de Fauna, la favorita de Gerd, al menos estaba resultando muy entretenida. El nuevo instructor al mando era algo brusco. Se llamaba Guntar y su aspecto era similar al de Sven, con la diferencia de que Guntar era rubio, de un rubio platino, tanto en cabello como en espesa barba. Parecía el hermano albino del Guardabosques Mayor. Si el cielo estaba despejado se le veía venir a una legua de distancia, su pelo y barba refulgían al contacto con los rayos del sol. Era realmente pintoresco. Los había estado llevando a los bosques del sur para refrescar los conocimientos adquiridos el año anterior.

Además de tener aspecto singular, Guntar tenía costumbres personales algo insólitas como la de soltar una patada en el trasero a quien se equivocara. Y eran puntapiés dolorosos. Gerd había estado disfrutando de los errores ajenos hasta que le tocó su turno.

—A ver grandullón, ¿este rastro de qué animal es?

Gerd se había puesto a cuatro patas y examinaba con cuidado las huellas. Tenía dudas. Miró de reojo a Lasgol.

—Ni una palabra —amenazó Guntar a Lasgol señalándole con el dedo índice.

Gerd suspiró y se concentró. Un momento después daba su respuesta.

—Son de zorro —dijo y miró a Lasgol con cara de duda. Antes de que Lasgol pudiera decir algo, Gerd recibió un tremendo puntapié en las posaderas.

—Son de lobo hembra joven —le corrigió Guntar.

—Pero son demasiado pequeñas —se quejó Gerd.

Recibió otra patada en el culo.

—Porque son de un animal joven, una cría —le dijo Guntar.

—Oh...

—Ya veo que muchos de vosotros sois incapaces de distinguir la boñiga de vaca de la de la cabra montesa. No os preocupéis, mi bota y yo os enseñaremos. Será un placer y un honor.

Gerd se puso en pie y se llevó las manos a su dolorido trasero. Ya no se estaba divirtiendo tanto.

—Hoy vamos a hacer un ejercicio nuevo —les dijo Guntar—. Vamos a hacer una prueba de fuerza y equilibrio. Hoy os enseñaré la lucha del oso. Coged esos arneses y ponéoslos.

Se acercaron hasta una cesta donde había unos extraños cinturones de cuerda trenzada. Lasgol cogió uno y vio que del cinturón colgaban dos medias lunas también de cuerda trenzada sujetas al cinturón por los extremos.

—Poned el cinturón en el suelo. Meted primero las piernas por las dos partes colgantes, luego atad bien el cinturón a la cintura —el instructor demostró cómo hacerlo.

Gerd tuvo alguna dificultad por el tamaño de su cintura pero consiguió meter las dos piernas y atarlo.

—Muy bien, ahora poneos de dos en dos, que sea con alguien de un equipo diferente, no del vuestro.

La búsqueda de compañero fue un poco caótica, nadie estaba muy seguro de con qué otra persona quería emparejarse.

—¡Vamos! ¡No tenemos todo el día! —rugió Guntar.

Se fueron emparejando empujados por los gritos de los instructores ayudantes de Guntar que los azuzaban para que se dieran prisa.

De pronto, Lasgol vio como Isgord apartaba a un compañero y se le acercaba. Avanzaba con paso decidido y una mirada de odio intenso. Venía a emparejarse con él.

«Oh no... viene a buscar pelea» pensó Lasgol y el estómago se le atenazó. No deseaba una confrontación. Alguien se adelantó a Isgord y se situó frente a Lasgol con un raudo paso lateral.

—Yo seré tu pareja —le dijo una voz femenina.

Lasgol apartó la mirada de Isgord y descubrió el rostro de Astrid frente a él. Se quedó pasmado.

—No te importa, ¿verdad?

—Yo... no... claro que no.

—Estupendo. Tengo ganas de descubrir de qué están hechos los héroes.

—Bueno... héroe... tampoco...

—Tonterías. Eres un héroe. Todos lo saben. Salvaste al Rey.

—Por puro reflejo...

Astrid sonrió y su rostro se iluminó. Lasgol no supo qué decir o hacer. Se quedó mirándola, encandilado.

—Ya te pillaré, no podrás escabullirte siempre —le dijo Isgord amenazante y le hizo un gesto de odio con el puño.

Lasgol fue a contestarle pero Astrid le susurró:

—Ignóralo. La envidia le corroe.

—No entiendo por qué, él es el mejor en todo...

—Pero no es un héroe —le dijo Astrid con una sonrisa.

Lasgol sonrió ante el comentario y de inmediato se sintió mejor.

Guntar levantó la mano.

—Observad cómo lo hacemos nosotros.

Uno de los instructores con el arnés al cinto se situó frente a Guntar. Se inclinaron el uno hacia el otro con las piernas flexionadas y separadas. Se agarraron por los cinturones, una mano a cada lado de la cadera.

Guntar comenzó a contar:

—Tres, dos, uno... ¡ya!

En ese momento los dos luchadores intentaron derribarse el uno al otro sin soltar las manos de los cinturones, a base de fuerza bruta.

—¡El primero que derribe a su rival gana! ¡Las manos no pueden soltarse nunca de los cinturones, hay que usar las piernas!

Los dos luchadores usaban los brazos para levantar al oponente del suelo e intentaban desestabilizarlo con las piernas. Lasgol entendió por qué lo llamaban pelea de osos. Parecían dos osos abrazados peleando por derribarse. Finalmente, Guntar consiguió con un tirón enorme levantar del suelo a su contrario lo suficiente para meterle la cadera y hacerlo caer al suelo.

—Ahora es vuestro turno —dijo Guntar—. Sujetaos bien por los cinturones.

Los combates comenzaron. Lasgol miró a Astrid y sintió una mezcla de vergüenza y nerviosismo por la situación que lo dejó paralizado.

—¿Qué, me tienes miedo? —le dijo ella y le guiñó el ojo.

Lasgol se sonrojó. Resopló e inclinándose agarró del cinturón a Astrid. Ella hizo lo mismo. La cabeza de Lasgol estaba sobre el hombro de Astrid y la de ella sobre el suyo. Podía oírla respirar, sentir su aliento cálido en el cuello. Su cabello olía a flores y algo dulce que no podía identificar. Por un instante se olvidó de dónde estaba y lo que estaba haciendo. Sentía una sensación tan agradable trepando por su pecho, tan excitante, que no podía ni pensar. Astrid le devolvió a la realidad de un fuerte tirón que lo levantó del suelo tres dedos y casi lo derriba.

Los más fuertes parecían tener una ventaja manifiesta pero pronto descubrieron que no era necesariamente así.

—Utilizad la fuerza desmedida del contrario para hacerle perder el equilibrio —dijo Guntar.

Gerd fue de los primeros que lo experimentó. Estaba dominando con facilidad a su contrario, Axel, un chico del equipo de los Lobos mucho menos fuerte. Pero en un momento de la contienda, cuando Gerd tiró con fuerza del chico, éste, en lugar de hacer fuerza en dirección opuesta, se dejó llevar sin oponer resistencia alguna lo que provocó que Gerd cayera de espaldas.

Rompió a reír. —¡Muy bueno! —felicitó a su rival que le ayudó a levantarse.

—Esta prueba hará que fortalezcáis todo el cuerpo y os ayudará a mejorar el equilibrio, que es fundamental para un Guardabosques.

Lasgol luchó con Astrid disfrutando de cada instante y deseando que aquella clase no terminara nunca. Astrid le dio una paliza que Lasgol aceptó encantado. Cada vez que lo derribaba los dos reían y Lasgol se sentía tan contento de estar con ella, junto a ella, que las derrotas le parecían insignificantes.

Por desgracia llegó el momento de regresar para la cena y Guntar dio por finalizada la sesión.

—No ha estado mal, héroe —le dijo Astrid.

—Siete a dos —dijo Lasgol recontando el resultado de su confrontación.

—He vencido. Me siento contenta pero un poco defraudada, esperaba más de un héroe —le dijo ella con una mirada llena de picardía.

—Los héroes ya no son como en las leyendas.

Astrid se puso seria de súbito. —¿No me habrás dejado ganar? Dime que

no...

—¡No! Claro que no. Me has vencido, te aseguro que no me he dejado ganar. Tengo mi orgullo... el amor propio y eso...

—Más te vale —dijo Astrid y sonrió—. Nos vemos, héroe —dijo y se marchó con los suyos.

Lasgol la vio marchar y su estómago revoloteó.

—¡Ha estado genial! —le dijo Gerd y le dio una palmada en la espalda que casi lo desmonta.

—Sí, ha estado genial —dijo Lasgol con sus ojos siguiendo a Astrid.

—Vamos a cenar.

—Vamos, grandullón, me muero de hambre.

Después de cenar, en la cabaña, Viggo lanzaba su daga. Lo hacía contra una pequeña diana que había dibujado sobre la contraventana en su lado. Lanzaba desde su litera, bajaba, recogía su daga y volvía a subir para volver a lanzar. No fallaba nunca. La daga se clavaba siempre en el centro.

—¿Tienes que hacer eso todo el rato? Me pone nervioso —protestó Gerd.

—Lo que te da es miedo.

—¡Estoy debajo de ti, si me pongo en pie me vas a clavar la daga en la cocorota!

Viggo soltó una carcajada.

—Eso sería muy divertido.

—Yo no le veo la gracia.

—Tengo que practicar —dijo Viggo e ignorando las protestas de Gerd. Volvió a lanzar. Diana una vez más.

—No es cierto, estás lanzando con tu propia daga, no con el cuchillo reglamentario de Guardabosques. Lo tienes en el baúl.

—Esta es una daga de lanzar Noceana, un arma exquisita —dijo mostrándosela. Un haz de luz de la lámpara de aceite bañó el filo y el arma destelló con un peligroso brillo plateado.

—Si ya tienes el cuchillo de Guardabosques y nos van a evaluar con él, no sé para qué quieres aprender a usar esa arma.

—Esta arma —dijo mostrándole ambos filos— es mucho más precisa que el cuchillo de Guardabosques. Está equilibrada, ha sido creada para ser

lanzada. La forma y el peso siguen el diseño de un armero experto.

—¿Cómo la has conseguido? —se interesó Lasgol que alimentaba a Camu con lechuga y fruta.

—Os gustaría saberlo, ¿verdad? Pues no voy a decíroslo, es suficiente con que sepáis que yo tengo mis formas de conseguir cosas.

—No te hagas el misterioso —le dijo Gerd—, me da que lo que consigues son dagas, ganzúas y otros “utensilios” que no se utilizan para nada bueno.

Viggo sonrió y sus ojos brillaron con un destello siniestro.

—No te lo voy a negar. También puedo conseguirte venenos, trampas, alcohol...

—No gracias. No quiero nada de eso. Y tampoco entiendo para qué quieres esa daga.

—Para ajustar cuentas.

Lo dijo con un tono tan serio y frío que Lasgol sintió un escalofrío.

—Ten cuidado... no vayas por el camino que no es... —le dijo Gerd.

—No te preocupes, gigantón, iré por el camino que tenga que ir. Tengo cuentas que ajustar y un día las ajustaré.

Lasgol se quedó intrigado pero ya conocía a Viggo lo suficiente para saber que no contaría nada. Camu dio un chillidito pidiendo más comida y Lasgol le dio más verdura. Tanto en la comida como en la cena en el comedor, todos se guardaban algo de verdura y fruta para Camu de forma que no resultase sospechoso que Lasgol anduviera pidiendo comida en las cocinas. Incluso Nilsa, que si bien no quería saber nada de la criatura por tener magia, tampoco quería dejarla morir de hambre. En el fondo tenía un gran corazón pero la magia, debido a lo sucedido a su padre, la volvía otra persona. “El odio ciega a los hombres” le había dicho a Lasgol su padre. Y tenía razón.

—¿Qué haces con ese libro, empollón? —le dijo Viggo a Egil que estaba absorto leyendo un tomo de tapas marrones.

Egil levantó la cabeza.

—Estoy repasando mis notas.

—¿Notas? ¿Qué notas?

—Voy apuntando lo que encuentro interesante, descubrimientos y hallazgos que considero de valía.

—Espero que no estés escribiendo nada sobre mí...

—Todavía no he encontrado nada de valor que escribir sobre tu persona. Lo siento. Seguiré buscando.

Se produjo un momento de silencio mientras Viggo, Gerd y Lasgol digerían las palabras de Egil.

—Serás... —dijo Viggo entre dientes al darse cuenta de que Egil lo había insultado con toda finura.

Gerd explotó a reír a grandes carcajadas y cayó de la cama al suelo donde continuó riendo. Lasgol no pudo aguantarse y comenzó también a reír. Al ver a todos riendo, Camu comenzó a flexionar sus patas y mover la cola todo animado.

—Mis estudios se centran primordialmente en Camu y Lasgol —dijo Egil para que Viggo no se enfadara más.

—¿En esos dos bichos raros? ¿Por qué?

—El hecho de que Lasgol sea poseedor del Don es algo fascinante que debemos estudiar y comprender. Hallar sus secretos, sus limitaciones, la forma en que se desarrollan las habilidades... Hay tantas cosas por entender y descifrar... Es tan complejo, desconocido y al tiempo increíble...

—¿No lo han estudiado ya? El Don quiero decir —preguntó Gerd.

—Sí y no. Hay compendios de conocimiento escritos principalmente por Magos y Hechiceros que han estudiado la materia pero son visiones sesgadas, parciales, condicionadas por sus propios Dones y los estudios que han realizado sobre ellos mismos, sobre sus personas. Todavía queda mucho por estudiar, descubrir y entender. No hay ningún tomo que yo conozca que hable, por ejemplo, del tipo de Don que tiene Lasgol, que no es un Mago y cuyas habilidades parecen estar ligadas a su entorno, a la naturaleza. Es verdaderamente intrigante. Y por supuesto no existe nada escrito sobre una criatura tan excepcional como Camu. He preguntado a los bibliotecarios y me aseguran que no. Ni tan siquiera en la Biblioteca Real. Si bien los Norghanos no somos precisamente los más dados al estudio y las artes quizás haya algo en la prominente Biblioteca de Bintantium, ubicada en Erenalia, la capital del reino de Erenal. Lo que daría por poder viajar al reino del medio este y visitar su biblioteca de conocimiento. Dicen que es la mayor de todo Tremia.

—Cómo te gustan los libros y las bibliotecas, no tienes remedio, empollón —le dijo Viggo.

—¿No será peligroso que estudies a Lasgol y a Camu? ¿Y si ocurre un accidente? —dijo Gerd con su cara reflejando el miedo que sentía ante aquella posibilidad—. Lasgol ya tuvo varios incidentes con el huevo de Camu...

—Tranquilo. Tendré mucho cuidado. Piensa que el hecho de que Lasgol sea poseedor del Don es algo que debe ser estudiado y anotado para futuras generaciones de estudiosos. O para ayudar a personas que como Lasgol tienen el Don pero no saben apenas nada sobre él. Evitará accidentes y protegerá a otros elegidos.

—No estoy muy convencido... —dijo Gerd.

—Yo nada convencido —apuntilló Viggo—. ¿Y tú te vas a dejar estudiar así como así? —le dijo a Lasgol.

Lasgol se encogió de hombros. —Me ha convencido. No me hace mucha ilusión pero creo que puede ser bueno para mí, para entender qué me pasa y cómo controlar mi Don... y desde luego para otros como yo.

—¿No sabes controlar tu Don? —dijo Gerd cada vez más asustado.

—Bueno, puedo controlar las cosas que conozco, las pocas habilidades que he sido capaz de desarrollar. Pero hay muchas cosas que desconozco, por no decir casi todas.

Gerd sacudió la cabeza. —Esto no me gusta nada.

—Hagas lo que hagas hazlo en ese lado de la cabaña, no en el nuestro —dijo Viggo trazando un alineamiento invisible con su daga que dividía la cabaña en dos.

—Sin problema. Los estudios los realizaremos en esta sección.

—Como nos pase algo lo vais a pagar —dijo Viggo señalándolos con su daga.

—No va a pasar nada, el estudio será completamente inofensivo. La mayor parte será teórica.

—Más te vale...

Viggo volvió a sus lanzamientos y Gerd se tumbó en la litera a descansar.

Lasgol le susurró a Egil al oído.

—¿Teóricos? ¿Inofensivos? ¿Seguro?

Egil sonrió y sus ojos brillaron de emoción.

—Para nada. Serán prácticos. ¡Va a ser sumamente excitante!

Lasgol suspiró hondo y negó con la cabeza. Aquella idea iba terminar mal... muy mal...

Capítulo 15

De pronto no eran sólo los días los que pasaban volando, eran las semanas. Los Aprendices estaban tan metidos en la instrucción, tratando de asimilar cuanto conocimiento les impartían y no sucumbir al entrenamiento físico, que cada pestañeo parecía consumir un día.

Aquella tarde Lasgol y Egil llegaron a la instrucción de la Maestría de Naturaleza con algo de retraso. Camu había decidido salir a explorar mientras estaban comiendo tras el ejercicio matinal y a Lasgol le había costado una eternidad encontrarlo y hacerlo volver a la cabaña. Cada vez estaba más inquieto, pronto no podría controlarlo. Egil le había ayudado y ahora se enfrentaban al enfado de Eyra.

—La puntualidad es una virtud para trabajar —les regañó la anciana Guardabosques Mayor.

—Lo siento, señora —se disculpó Lasgol y se sentaron rápidamente en la mesa corrida junto al resto de sus compañeros.

—Que no se repita, jóvenes Panteras, o haré que Iria experimente sus nuevas pociones en vosotros dos.

La instructora Iria sonrió y en sus ojos brilló una advertencia.

—No os gustará el efecto —les aseguró la Instructora.

Estaban en una de las cabañas grandes en la zona del gran bosque reservada para la Maestría de Naturaleza. En el interior había una quincena de mesas largas y estrechas con media docena de sillas en cada una. Cada equipo ocupaba una de aquellas mesas de trabajo y experimentación.

Contra las cuatro paredes de la enorme cabaña se apoyaban enormes estanterías que las recorrían de un lado a otro con cientos de componentes, plantas y materia prima de todo tipo almacenadas y preservadas en diferentes contenedores adecuados a cada tipo de substancia. Al frente, en la única pared que era de piedra, se encontraban tres hornos de abobe reforzado y junto a ellos otras tres grandes chimeneas en las que ardía un fuego bajo. Había

utensilios para preparar cocciones, brebajes y pócimas que requerían ser calentadas o llevadas hasta la ebullición. Junto a cada chimenea había una mesa con utillajes, potes, cazuelas y un sinfín de herramientas.

—Quiero recordaros —continuó Eyra— que en Maestría de la Naturaleza lo primero y fundamental es conocer el mundo que nos rodea: el bosque, las montañas, cada planta, cada árbol, cada elemento de la naturaleza. El Sendero del Guardabosques nos dice que un buen Guardabosques debe conocer a la perfección el entorno que debe proteger y no sólo conocerlo, debe ser capaz de integrarse en él. Yo me encargaré de que no lo olvidéis y de que cada día os hagáis más un uno con la naturaleza que nos rodea.

—Hoy, con la ayuda de Iria y Megan —dijo Eyra saludando a sus dos Instructoras—, aprenderemos una pócima muy útil que todo Guardabosques debe saber preparar. Hoy os enseñaremos a preparar el “Sueño de Verano”.

Lasgol y Egil intercambiaron una mirada. ¿Qué sería? Y más importante, ¿para qué serviría?

—Y no, no es un veneno. Ya sé que a todos os encantan los venenos, pero esos los vamos a dejar para más adelante. Todavía no os veo preparados para empezar a prepararlos y no quiero que ocurran *accidentes irreparables*. El “Sueño de Verano” es una pócima muy especial, difícil de preparar, no os voy a engañar, pero cuando la dominéis os será de mucha utilidad.

Todos estaban interesadísimos. Nilsa daba botecitos sobre la silla pero Gerd no parecía muy contento, tenía aprehensión a los venenos y las pócimas con efectos perniciosos o extraños.

—Esta poción —dijo Eyra mostrándoles una vasija de cristal tapada con un tapón de corcho— permite poner a alguien a dormir como un niño. Disfrutará de un cálido sueño de verano del que no podrá despertar en al menos un día.

—¡Fascinante! —exclamó Egil.

—Sí... muy interesante... —dijo Viggo con mirada siniestra.

—¡Bah! Yo para eso ya tengo mi puño —dijo Ingrid con cara de sentirse defraudada.

—Algunas situaciones requieren de mayor sutileza —le comentó Egil.

—Y silencio —apuntilló Viggo.

—A mí no me gusta... —se quejó Gerd.

—Será divertido —dijo Nilsa aplaudiendo sin dejar que las palmas chocaran para no hacer ruido.

—Mejor tenemos cuidado —dijo Lasgol.

Eyra carraspeó para acabar con las conversaciones que se habían iniciado en todas las mesas.

—Iria y Megan os ayudarán con los componentes que están repartidos en las estanterías. Os expondrán las propiedades de cada uno de ellos y luego os revelarán los tiempos de cocción y el modo de preparación. Os recomiendo que prestéis mucha atención. Y cuando digo mucha quiero decir toda.

Iria se acercó hasta la mesa de las Panteras y se los llevó a las estanterías. Fue explicándoles cada componente que necesitaban para la poción, qué era, donde se podía encontrar y cuál era su función en la pócima. Las Panteras atendían a cada explicación y comentario. Volvieron a la mesa y prepararon los componentes como Iria les había explicado. Luego esperaron su turno para hacer uso de uno de los tres fuegos. Cuando los Jabalíes libraron uno, Iria les indicó que lo usaran. Egil ejercería de preparador. Se enfundó unos gruesos guantes de cuero reforzado y Gerd le tapó la nariz y la boca con un pañuelo especial muy grueso. Puso el preparado en una cazuela y esperó a que hirviera.

—Después de la ebullición, esperad que cambie de color y mezcladlo con el resto de los componentes —les indicó Iria.

Egil se arreglaba como si fuera un alquimista experto, lo cual no les sorprendió. Egil era Egil. Realizó la mezcla con mucho cuidado, dejando salir un humo amarronado tras la reacción. Todos menos él, dieron un paso atrás asustados.

—Tranquilos, es una reacción normal —les dijo Iria—. Ahora hay que dejar que llegue a la ebullición una segunda vez y lo retiráis.

Egil siguió todas las instrucciones. Cuando finalizó se retiraron a la mesa portando el recipiente con el preparado: un líquido verde. Lo manejaba con unas tenazas para no quemarse. Lo situaron en medio de la mesa.

—Tapadlo y esperad a que el color cambie —les dijo Iria.

Esperaron llenos de intriga. Todos miraban el contenedor de vidrio aguardando el cambio.

Iria fue a atender las preguntas de los Lobos.

—¿Creéis que lo hemos hecho bien? —preguntó Gerd con cara de que aquello no le gustaba lo más mínimo.

—Seguro que sí —dijo Ingrid—. Hemos seguido todas las instrucciones al detalle.

—Ya, pero eso no quiere decir que las hayamos seguido bien —dijo Viggo.

—¿Qué opinas, Egil? —le preguntó Lasgol.

—Sólo queda esperar y descubrir el resultado de nuestra brillante interacción.

—No te entiendo...

—Que pronto lo sabremos.

Pasaron unos momentos y el líquido se volvió azulado ante los ojos de las Panteras.

—¡Qué emocionante! —dijo Nilsa aplaudiendo y esta vez con sonido.

—Umm... el nuestro es azul pero el de los Lobos es verde —dijo Viggo señalando la mesa de al lado con una ceja arqueada.

—Y el de los Búhos es rojizo... —dijo Lasgol que observaba a Astrid y los suyos.

—Curioso... y fascinante... diferentes resultados a mismos parámetros e instrucciones —dijo Egil—. Tendremos que esperar a la resolución de Eyra.

La Guardabosques Mayor se dirigió a ellos.

—Como podemos apreciar, hay disparidad de colores en el preparado final. Sólo un color es el correcto. Que cada equipo me acerque su pócima y daré mi veredicto.

Ingrid fue a coger el recipiente pero Nilsa se le adelantó.

—Ya lo llevó yo, seguro que hemos ganado nosotros —dijo emocionada.

Ingrid le sonrió. —Adelante.

—Y no hagas ninguna torpeza —le dijo Viggo.

—Claro que no —le respondió Nilsa y le sacó la lengua. Llevó el recipiente ante Eyra. La Guardabosques Mayor hizo formar a los nueve representantes en fila y les hizo presentar el recipiente. Se acercó al primer representante: poción rojiza. Negó con la cabeza. El segundo: verde. Volvió a negar con la cabeza. El tercero: marón.

—Ni ha reaccionado... —se quejó Eyra.

Continuó hasta llegar a Nilsa. Observó el color y asintió.

—Azulado, correcto.

Las Panteras gritaron llenas de júbilo, lo habían hecho bien. La emoción se apoderó de ellos. La inquieta pelirroja levantó los brazos en señal de triunfo mostrando a todos el recipiente con el líquido azul. De la excitación el recipiente se le resbaló de entre las manos. Nilsa intentó atraparlo al vuelo cerrando las manos sobre él pero no consiguió aferrarlo. Cayó contra el suelo y se rompió en mil pedazos cristalinos contra la madera. El líquido se esparció frente a Nilsa y un olor dulzón comenzó a expandirse por la estancia.

—¡No lo respiréis! ¡Fuera todos! ¡Rápido! —gritó Eyra y se llevó las manos a la boca y la nariz.

Salieron en estampida por la puerta. Todos menos los nueve representantes que ya habían inspirado el preparado y habían caído al suelo sin sentido llevados por el “Sueño de Verano”.

Tardaron un buen rato en rescatarlos. Eyra no permitía que nadie entrara. Rompieron las ventanas para dejar escapar la sustancia y airear la estancia. Finalmente llegaron hasta ellos. Estaban bien pero no despertarían hasta el amanecer, aunque por si acaso los trasladaron a la enfermería con la Sanadora. Edwina se encargó de velar por ellos, aunque nada pudo hacer para despertarlos.

Viggo se pasó riendo toda la cena. No podía parar de hacer comentarios sobre Nilsa y su insuperable torpeza innata. Hasta Ingrid tuvo que reconocer que, en aquella ocasión, su amiga había creado un caos terrible. Los otros equipos también les lanzaban comentarios que tuvieron que soportar.

—Nuestra Nilsa es así —fue la frase con la que Gerd la disculpó encogiéndose de hombros. Uno por uno, todos tuvieron que darle la razón y sonreír.

Una semana más tarde Oden condujo a todos los de segundo año hasta la Casa de Mando, donde Dolbarar los esperaba. No dijo por qué razón, sólo su habitual “haced lo que os digo y callad”.

—Bienvenidos, Aprendices —les dijo el líder del Campamento con una sonrisa, abriendo los brazos para recibirlos. En una mano llevaba su vara de mando y en el otro el tomo con el dogma de los Guardabosques.

Lasgol sonrió. Siempre era reconfortante recibir el salido del líder Campamento. Era cálido, cargado de una mezcla de cariño y confort.

—He pensado que un pequeño descanso os vendría bien esta preciosa mañana. Hemos dejado atrás la primavera y el verano anuncia su llegada — inspiró con fuerza —. Su aroma es inconfundible aquí en el Campamento. Hoy no tendréis entrenamiento físico. Creo que necesitáis un respiro después de haber pasado una primavera intensa.

—Ya lo creo —susurró Viggo.

—A mí me duele todo —comentó Gerd mientras estiraba los músculos con cara de dolor.

—Dejad de protestar. Así no se forjan líderes —les gruñó Ingrid.

—Es que estamos muy cansados... —dijo Nilsa inclinando la cabeza con ojos de agotamiento.

—No te unas a ellos. Tú siempre conmigo o te llevarán por el camino de los mediocres —dijo lanzando una mirada acusadora a Viggo.

La mayoría de los Aprendices recibieron la noticia de buen grado, excepto Isgord y los suyos. También el equipo de los Osos y algunos de los componentes del equipo de los Lobos ponían mala cara. Querían seguir entrenando y mejorando.

—Esta mañana me acompañaréis a un lugar muy especial —dijo Dolbarar—. Seguidme.

El líder del Campamento los guio por una zona adyacente al Campamento que nadie solía frecuentar pues el acceso era complicado. Subieron por una pequeña colina, cruzaron un río y subieron por una pared de rocas. Lasgol observaba a Dolbarar subir, apoyándose en su gran vara de madera y plata. Se sorprendió y maravilló de la agilidad y destreza que demostraba a su edad.

Al librar las rocas se encontraron con un bosque enorme y entraron en él. Era un robledal inmenso de una belleza sobrecogedora. Dolbarar los condujo hasta el corazón del lugar. Según avanzaban entre los árboles centenarios, Lasgol sintió un cosquilleo en la nuca. Allí ocurría algo. No era un robledal normal.

—Este lugar es especial... —le susurró a Egil que caminaba a su lado.

—La luz que penetra entre los árboles y la calidez del aire son algo más fuerte de lo que pudiera esperarse de un robledal del norte de Norghana — analizó Egil.

—Creo que hay algo que lo causa...

—¿Magia? —preguntó Egil excitado.

—Shhh... Que no te oigan Nilsa o Gerd o tendremos problemas.

—Perdóname, es la emoción, a veces me dejo llevar —dijo Egil con una sonrisa de disculpa.

—Voy a usar mi Don.

—Fantástico. Dime qué captas.

Lasgol se concentró e invocó su habilidad Detectar Presencia Animal. Intentó captar la presencia de animales o seres extraños en el lugar. Se produjo un destello sólo visible para aquellos con la capacidad de captar el uso del Don y Lasgol buscó a su alrededor. No consiguió detectar nada extraño pero claro, con tantos Aprendices era muy difícil que pudiera captar nada.

Le hizo un gesto negativo a Egil.

—Oh... qué lástima.

Llegaron al centro del robledal y Dolbarar se detuvo frente a un majestuoso roble. Era inmenso, regio y la luz que lo bañaba parecía salir reflectada, intensificada.

—Este es un lugar muy especial —anunció Dolbarar.

Los Aprendices formaron una media luna frente al líder que acariciaba con cariño el tronco rugoso del árbol como si se tratara de un viejo y querido amigo.

—Nos encontramos en medio del Robledal Sagrado. Este lugar tiene un significado e importancia absolutos para nosotros. Aquí es donde nacieron los Guardabosques, en este mismo lugar, hace trescientos años frente a este grandioso árbol: el Guardian Sagrado del Bosque. Así está narrado en El Sendero del Guardabosques —dijo mostrando el libro en su mano—. Es un lugar sagrado para nosotros pues aquí nacimos y aquí moriremos un día. Pero mientras el robledal perviva, también perviviremos nosotros. Debéis amar, respetar y proteger este lugar con todo vuestro ser.

Los Aprendices escuchaban absortos las palabras de Dolbarar.

—Está escrito que Magnus Lindberg Rey de Norghana se refugió en este robledal con sus últimos fieles. Huía de los Zangrianos que habían invadido el reino y lo habían derrotado en la última gran batalla al sur, donde ahora se alza nuestra amada capital Norghania. Era el tiempo de las sangrientas Guerras del Medio-Este. En este mismo lugar, a los pies de este roble —

señaló Dolbarar—, luchó y se defendió con sus últimos hombres hasta el final. En una defensa desesperada consiguieron rechazar a los Zangrianos que buscaban dar muerte al Rey y apoderarse de Norghana. Pero el Rey Magnus resultó malherido. El Comandante de su ejército yacía muerto unos pasos más adelante. Su último Mago de Hielo moría atravesado por una lanza a su lado. No quedaba esperanza. Les dijo a los suyos que huyeran antes de que el enemigo regresara con refuerzos para rematarlos y pidió que lo dejaran morir luchando por su patria. Los últimos soldados del Rey lo dieron todo por perdido y huyeron dejando que el Rey cumpliera su deseo final. Sin embargo, un grupo de montaraces de la zona, cazadores en su mayoría, se quedaron a su lado. Lo defenderían hasta la muerte. El Rey le preguntó a su líder, Harald Dahl, un hombre aguerrido y de mirada determinada, por qué se quedaban cuando ya no había esperanza. Harald le respondió que habían jurado con sangre proteger sus tierras del enemigo hasta el final y aquel robledal formaba parte de sus dominios. No se rendirían ante el invasor, sus familias dependían de ello. El Rey preguntó al resto de montaraces. Le respondieron que defenderían el reino hasta la muerte. El Rey cogió su espada, se puso en pie y agradeciendo a todos su lealtad, coraje y valor, los nombró protectores de las tierras del reino, de este bosque. Los nombró sus Guardabosques. Y así es como nacieron los Guardabosques —Dolbarar inspiró profundamente e hizo una pausa, como perdido en recuerdos.

—¿Qué fue de ellos, señor? —preguntó Egil, cautivado por la historia.

Dolbarar volvió a la realidad. —Tal y como el Rey Magnus temía, los Zangrianos regresaron con refuerzos. Una bruma espesa cubría el robledal cuando vinieron a darles muerte. Los montaraces defendieron al Rey. Lucharon, con honor, con valentía —suspiró.

Hubo un silencio. Todos observaban a Dolbarar hipnotizados.

—Y murieron. Todos.

Un murmullo de sorpresa y disgusto corrió entre los Aprendices.

—La tierra que pisamos es sagrada, está bañada con la sangre de valientes Norghanos que dieron su vida por el Rey, por el reino nevado. Con la sangre de los primeros Guardabosques.

—¿Cómo se supo lo ocurrido? —preguntó Astrid intrigada.

Dolbarar asintió. —Al día siguiente, Visgard, el hijo del Rey Magnus, acompañado de uno de los generales, los encontró. Venían en ayuda del Rey

pero no llegaron a tiempo. El montaraz Harald, dado por muerto, aún respiraba y relató al príncipe lo sucedido. El valiente no llegó a ver el siguiente amanecer. El Príncipe Visgard, impresionado por lo sucedido y siguiendo el ejemplo de su padre, creó el cuerpo de Guardabosques. Lo formó con montaraces del norte. Fue con ellos con los que comenzó a reconquistar el reino a los Zangrianos. Y al cabo de cinco años de escaramuzas, emboscadas y lucha de guerrillas con un ejército compuesto en su mayoría de montaraces, soldados supervivientes y desbandados que habían vuelto al ejército del nuevo Rey, consiguió echar a los Zangrianos.

—Así está escrito en los libros de historia —dijo Egil—, exceptuando la parte de los Guardabosques.

—Los libros de historia recuerdan a los vencedores, a los grandes líderes como lo fue el Rey Visgard que reconquistó el reino. El nacimiento de los Guardabosques aquel día en este lugar ha quedado olvidado con el paso del tiempo. Pero nosotros lo recordamos, lo honramos y lo celebramos. Es por eso por lo que os he traído hasta este lugar.

—Lo honraremos y respetaremos —dijo Ingrid.

—Fascinante —dijo Egil sin poder contener su entusiasmo.

—Será aquí, frente el Guardian Sagrado del Bosque, nuestro roble sagrado, donde seréis nombrados Guardabosques al finalizar el cuarto año de adiestramiento. Si lo superáis, eso es.

Un murmullo mitad nerviosismo, mitad confianza se movió entre los aprendices. Unos no muy seguros de conseguirlo, otros convencidos de que lo lograrían.

—Es en este lugar donde reciben su medallón los Guardabosques —dijo Dolbarar mostrando el suyo que colgaba de su cuello—. Estos medallones representan quienes somos y a qué Maestría pertenecemos —lo mostró un largo momento y lo volvió a guardar bajo su túnica.

—El medallón con la representación de un arco, de la Maestría de Tiradores. El medallón con la representación de un oso de la Maestría de Fauna. El medallón con la representación de una hoja de roble de la Maestría de Naturaleza. El medallón con la representación de una serpiente de la Maestría de Pericia. Están tallados de estos robles que nos rodean —dijo señalándolos con su gran vara—. El mío y el de los Guardabosques Mayores está tallado del propio Guardia Sagrado del Bosque. Todos llevamos con

nosotros el espíritu de este lugar a nuestro cuello, cerca del corazón. Nunca olvidéis este lugar y su significado pues de aquí procedemos y aquí seremos enterrados.

—¿Enterrados? —preguntó Isgord.

Dolbarar asintió. —Aquellos que caen con honor serán enterrados en el Robledal Sagrado. Así está escrito en el Sendero del Guardabosques y así lo honramos —dijo mostrando el tomo.

Se hizo un silencio. Las implicaciones de todo aquello eran muchas y profundas.

—Y ahora es momento de honrar a los nuestros.

Dolbarar clavó la rodilla ante el Roble Sagrado. Los Aprendices lo imitaron. Entonó una balada melódica, una oda a los caídos, con una voz profunda pero con un deje de dulzura. La oda, como era tradición en el norte, ensalzaba a los caídos y les deseaba una vida próspera en el helado reino eterno junto a sus antepasados y seres queridos. Al finalizar se puso en pie y saludó al Roble Sagrado con respeto, luego se volvió.

—Regresemos.

Los Aprendices abandonaron el lugar en silencio, respetuosos. Lasgol se preguntó si conseguiría graduarse en aquel lugar y si obtendría su medallón. ¿De qué Maestría sería? Sacudió la cabeza. Faltaba mucho para ese día. Mejor afrontar los retos uno a uno cada día, pues sabía que le esperaban muchos y muy duros.

Capítulo 16

La instrucción en la Maestría de Pericia se volvió extremadamente intensa desde el primer día y no hacía más que empeorar. Haakon “El Intocable” se encargaba de que así fuera. Si el primer año como Iniciados habían sufrido el duro entrenamiento en aquella maestría, el segundo, como Aprendices, estaba resultando todavía más arduo.

Lasgol no se sentía nada a gusto en presencia de Haakon. Después de lo sucedido con Isgord y Nilsa, y la intervención oportuna del Guardabosques Mayor, Lasgol debería sentirse más tranquilo en su presencia pero no era sí. No sabía por qué, pero Haakon seguía poniéndole nervioso. No era por su aspecto, eso lo sabía, lo achacaba más al aire sombrío y de amenaza que siempre desprendía. Era delgado y fibroso y tenía una expresión realmente siniestra. Su cabeza afeitada tampoco ayudaba, pero sobre todo eran sus pequeños ojos negros sobre una nariz aguileña lo que a Lasgol le generaba aprehensión.

—Esta Maestría trata de extender lo que podemos llegar a hacer con nuestro cuerpo y los cinco sentidos que poseemos —dijo acariciando el medallón de madera con una serpiente tallada en el centro que llevaba sobre su pecho en honor a su maestría—. Veo por vuestras expresiones que no lo comprendéis. Os enseñaremos a caminar con el sigilo de un depredador, a desaparecer en las sombras como un cazador nocturno, a camuflaros como un camaleón, a caminar sin ser vistos ni oídos. Aprenderéis a caer sobre vuestras víctimas sin que éstas sepan qué ha ocurrido. Y si el enfrentamiento es inevitable, os enseñaremos a llevar a vuestro cuerpo al límite de sus posibilidades para salir victoriosos. Pero todo ello requiere estar en plena forma física... y no veo que lo estéis. Así que tendremos que remediarlo.

Y comenzó la tortura. Haakon los obligó a entrenar duro, sin tregua. Utilizaba a tres de sus instructores, cada cual más sombrío que el anterior, para asegurarse que todos los aprendices se esforzaban al máximo. Los tuvieron realizando ejercicios para trabajar el equilibrio, la coordinación y la

agilidad del cuerpo.

—El descanso os ha debilitado en cuerpo y en mente —les había dicho.

Los instructores les obligaban a superar la prueba del poste resbaladizo sobre la cañada, a trepar y bajar de árboles en un suspiro y a permanecer por horas ocultos sin moverse para evitar ser detectados. Repetían las pruebas una y otra vez. Llegaban a la cabaña completamente exhaustos. Si la instrucción física matinal era demoledora, las tardes que tocaba instrucción de Pericia eran igual de duras. Los instructores no tenían piedad con ellos.

Tras ocho semanas de duro acondicionamiento, Haakon se pronunció favorablemente al fin.

—Aprecio una ligerísima mejora en vuestros estados físicos y mentales. Eso me complace. Podemos dar el período de acondicionamiento por finalizado.

Lasgol resopló aliviado y no fue el único. Egil lo estaba pasando fatal y Gerd no mucho mejor. Hasta Ingrid soltó un “*por fin*” aliviada.

—Es hora de comenzar a entrenar la capacidad de caminar entre las sombras sin ser detectado —anunció Haakon.

Aquella frase dejó a Lasgol y sus compañeros desconcertados. Todos miraron a Egil, pero éste se encogió de hombros.

—Esto me huele mal —dijo Viggo al cabo de un momento.

Y Viggo tenía un instinto innato para estas cosas. Rara vez se equivocaba.

Dos días más tarde, Haakon los convocó a instrucción tras la cena en plena noche, en medio del bosque del noreste junto a la Roca de la Luna. Los equipos acudieron desconcertados a aquel llamamiento tan inusual. Aquello era nuevo y lo nuevo, todos sabían, solía ser malo.

—¿Por qué nos habrá convocado de noche? ¿Y aquí, en medio de la nada? —preguntó Ingrid contrariada.

—Será para algo excitante, seguro —dijo Nilsa muy animada.

—Sí, de lo más excitante... —respondió Viggo con su habitual tono con marcado sarcasmo negativo.

—A mí no me gusta nada esto, está todo muy oscuro... —protestó Gerd que miraba alrededor como esperando que alguien surgiera de las penumbras para echársele encima.

—Debe haber una razón lógica y estudiada para traernos aquí de noche.

Haakon planea algo. Es la explicación más plausible —razonó Egil.

—Sí, ¿pero qué? —quiso saber Lasgol que observaba a los otros equipos.

Los Jabalíes, Osos y Águilas intentaban hacer ver que no les impresionaba estar allí de noche. Fanfarroneaban y hacían bromas. Isgord andaba como un pavo real, exhibiéndose, dejando claro a todos que él no estaba intimidado. Lasgol lo observaba consciente de que no era fanfarronería. Isgord, realmente, no estaba intimidado. Hacía falta mucho para meterle el miedo en el cuerpo.

Haakon apareció seguido por tres de sus instructores. En su muñeca llevaba una lechuga blanca de tamaño grande. Su cara nívea era redonda y tenía unos enormes ojos oscuros.

—Esta noche vamos a comprobar lo que habéis aprendido —anunció Haakon—. Esta vez no seré yo ni los instructores quien juzgue vuestro desempeño. Será mi amiga Alma —dijo mostrando la lechuga a los equipos.

—¿Qué pretende hacer con esa lechuga? —susurró Ingrid.

—Ni idea, pero bueno seguro que no es —dijo Viggo.

—Esto es muy raro... —dijo Gerd.

—Pues es preciosa —dijo Nilsa que no quitaba ojo al ave.

—Es el cazador nocturno con la mejor visión de noche que existe en la naturaleza —dijo Egil.

Haakon miró la luna entre las nubes. —Capitanes. A mí —llamó.

Ingrid hizo un gesto con la cabeza a los suyos y fue. Se unió a Astrid, Isgord, y los otros capitanes.

—Es hora de practicar y será mejor que lo hagáis bien o pasaréis aquí toda la noche.

—¿Qué debemos hacer, Guardabosques Mayor? —preguntó Ingrid.

—¿Veis el bosque de hayas? —dijo Haakon señalando al este—. Debéis cruzarlo en completo sigilo de un extremo al otro sin ser detectados. Uno de los instructores se situará en este extremo y os dará la salida, el otro estará esperando en el extremo contrario. Debéis llegar hasta él.

—¿Cómo seremos detectados? —pregunto Astrid.

—Ella lo hará —dijo Haakon acariciando a Alma que observaba con sus enormes ojos lo que ocurría a su alrededor, girando la cabeza de lado a lado—. Ha sido adiestrada para cazar Aprendices como vosotros. Os vigilará

desde las alturas. Si os detecta, descenderá sobre vosotros y os marcará con sus garras. Si lo hace, habréis fracasado. Con que detecte a un miembro del equipo, todo el equipo habrá fracasado.

—Oh... —dijo Astrid al darse cuenta de la dificultad de la prueba.

El rostro de Haakon, habitualmente sombrío, esgrimió una sonrisa.

—Las Águilas lo conseguiremos —le aseguró Isgord.

—No estés tan seguro. Cada equipo dispondrá de tres intentos. Si no lo lográis, practicaréis hasta el amanecer.

Ingrid y Astrid intercambiaron una mirada de consternación. Volvieron con sus equipos y explicaron la prueba.

—Nada escapa a la agudeza visual de una lechuza... —sentenció Egil.

—Ese hombre no está bien de la cabeza —protestó Viggo.

—Hay que intentarlo —dijo Ingrid—. Por muy difícil que parezca.

Lasgol no dijo nada pero tuvo la clara sensación de que iba a ser una prueba que recordarían. Les tocó en tercera posición. Los dos primeros equipos habían fracasado casi al mismo inicio de la prueba. No habían avanzado más de veinte pasos cuando Alma los había detectado descendiendo entre los árboles como si fuera a cazar un grupo de ratones.

—Recordad. Nos movemos a la vez y en silencio —dijo Ingrid.

Todos asintieron.

El instructor les dio la salida. Se internaron en el bosque y se agacharon para quedar ocultos por la maleza.

Haakon hizo volar a Alma que de inmediato ganó altura y planeó sobre el bosque.

Las Panteras esperaron con calma, sin ponerse nerviosos. Ingrid dio la señal y los seis avanzaron a una, sin apenas un sonido, como habían estado entrenando por semanas. La oscuridad era su aliada pero al mismo tiempo su enemigo, pues si pisaban donde no debían el ave rapaz los detectaría. Siguiendo su entrenamiento, esperaron camuflados entre la maleza, reduciendo su respiración, integrándose en la vegetación... imperceptibles al ojo. Al ojo humano, que no así al de una lechuza.

De súbito, Alma pasó sobre ellos. Lasgol dejó de respirar. Planeó entre los árboles. No los detectó. Esperaron con paciencia. Ingrid hizo el gesto y todos se movieron a una como una enorme sombra avanzando cuatro pasos para

volver a desaparecer entre la maleza. Alma no los había visto. Repitieron la acción tres veces más. Lasgol se animó, la cosa iba bien. Ingrid dio la orden y avanzaron cuatro pasos más y al ir a agacharse, Alma descendió como un rayo sobre la espalda de Gerd. Cogido por sorpresa Gerd dio un grito enorme, mitad alarido, mitad llanto. Y allí acabo la prueba para ellos.

—No puedo creer que nos haya cazado una lechuza... —dijo Ingrid cuando salían del bosque para regresar al claro.

—Yo lo que no puedo creer es que Haakon use malditas aves rapaces para cazarnos de noche en medio de un bosque —protestó Viggo.

—Nos lo pone realmente difícil —dijo Nilsa.

—Lo siguiente será cazarnos con lobos —refunfuñó Viggo.

—Esperemos que no... —dijo Lasgol que no estaba nada convencido de que no fuera a ser así.

—Ahora somos Aprendices, este año será más difícil que el de Iniciado, eso debemos tenerlo siempre presente —dijo Egil.

—Ya, como el año pasado resultó de lo más fácil... —dijo Viggo.

Se sumieron en un desaliento que aumentaba a medida que todos los equipos iban fracasando en la prueba. Alma no tenía piedad. Cazaba a los equipos antes de que consiguieran atravesar medio bosque. Incluidos las Águilas. Por tres veces lo intentaron todos y por tres veces fracasaron. La única alegría que tuvieron aquella noche fue ver la cara de rabia y frustración de Isgord y los suyos por no haber conseguido superar la prueba.

—Qué decepción tan grande... —dijo Haakon cuando terminaron—. Esperaba que algún equipo lo consiguiera pero ya veo que todavía estáis muy lejos de cumplir mis expectativas. Adentraos en el bosque y entrenad hasta el amanecer. Cuando los primeros rayos despunten podréis regresar a las cabañas.

Se escucharon unas quejas ahogadas que una mirada siniestra de Haakon apagó de inmediato. Los equipos entrenaron toda la noche mientras Alma los observaba desde las alturas sin intervenir. Al llegar el amanecer se retiraron muertos de sueño y cansancio. Pero antes de que pudieran acostarse el Instructor Mayor Oden se presentó con su infernal flautilla y los sacó para el entrenamiento físico matinal.

Aquella fue una experiencia que ninguno olvidaría. Estaban extenuados. Llevaban todo el día y toda la noche de ejercicios y debían seguir con otra

jornada de instrucción sin haber dormido.

Al anochecer cayeron muertos sobre los catres de sus cabañas. Camu salió a jugar y se encontró con que sus cuatro compañeros dormían y era imposible despertarlos. La criatura brincó y chilló por toda la cabaña buscando atención, pero aquella noche no conseguiría ninguna. Se acercó a Lasgol y le lamió las mejillas. Como no despertaba, se acurrucó a su lado y se durmió con él.

Unos días más tarde, después de cenar, Lasgol esperaba junto a la biblioteca a que Egil terminara de examinar unos tomos “muy interesantes”, como él los había descrito. De repente alguien se le acercó.

—Hola Lasgol —dijo una voz femenina suave y dulce.

Lasgol se giró y descubrió a Val, que salía de la biblioteca con un libro en la mano.

—Hola, Val —saludó él.

—Oh, veo que te acuerdas de mi nombre.

—¿Por qué no habría de acordarme?

—Los héroes estaréis muy ocupados para fijaros en cosas tan poco importantes como una Iniciada nueva...

—Eh... no, bueno yo no... que no soy un héroe... quiero decir que recuerdo tu nombre.

—Eso me hace muy feliz —sonrió ella.

—Bueno... recuerdo la mayoría de los nombres, tengo bastante buena memoria.

—Oh... qué desilusión, yo que por un momento me había sentido especial —dijo ella con una sonrisa encandiladora.

Lasgol se sonrojó y no supo qué decir.

—Por ser tú —continuó ella—, te contaré un secreto.

—¿Secreto?

—Mi nombre es en realidad Valeria. Pero prefiero que me llamen Val. Creo que es más agradable. Valeria suena muy frío. ¿No crees?

—Sí, Val es más bonito.

—Así que mi nombre no te gusta.

—No, no es eso, Valeria es un nombre muy bonito.

—Es broma, tranquilo —dijo ella con una mueca cómica.

—Ah —sonrió Lasgol tragando saliva. Se sentía torpe y con el cerebro algo abotargado cuando ella le hablaba.

—¿Siempre estás tan tenso? ¿Acaso es algo de héroes? ¿Siempre listos para actuar?

—No, para nada. Yo suelo estar muy relajado... casi siempre.

—Oh, ¿entonces soy yo que te pongo nervioso?

—No, claro que no —se apresuró a decir Lasgol.

—No pasa nada. A alguna gente no le caigo bien. Es algo que ocurre. Dicen que soy muy directa. “Suave pero incisiva” es como me describen.

—A mí no me caes mal, de verdad. Bueno a penas te conozco...

—Menos mal —dijo ella con un resoplido pasando la mano por la frente.

—A mí me gustaría mucho que seamos amigos —dijo ella enfatizando la palabra ‘mucho’ con su suave voz.

—Claro, a mí también.

—¡Estupendo! —exclamó ella y esbozó tal sonrisa que derretiría un iceberg.

Lasgol sonrió desconcertado. Aquella conversación lo estaba confundiendo.

—¿Vienes a la Biblioteca? —le preguntó Val de pronto.

—No, espero a Egil.

—Ah, sí, lo he visto en el piso superior. Pasa mucho tiempo ahí dentro.

—Cierto. Le gusta aprender.

—Gran cualidad. ¿Y a ti?

—Bueno, a mí, no tanto...

—Claro, tú eres más un hombre de acción.

—¿Yo? No, tampoco.

—No disimules, se te nota.

Una figura se les acercó saliendo de la Biblioteca.

—Hola, ya he terminado la consulta —dijo Egil situándose junto a los dos.

—Oh, en ese caso os dejo, no deseo molestar —dijo Val y se despidió de

ambos con un par de ligeras reverencias. Cuando se iba le lanzó a Lasgol una mirada llena de intención.

—¿Qué quería la Iniciada Val?

Lasgol encogió los hombros.

—No tengo ni la menor idea —dijo confuso.

—Chicas... son difíciles de descifrar, un verdadero misterio —dijo Egil.

—Ya lo creo...

Capítulo 17

La Prueba de Verano se acercaba de forma inexorable con el paso de los días. Días calurosos, al menos para los Norghanos. En realidad hacía algo de frío comparado con las temperaturas habituales de los reinos más al sur, sobre todo considerando las altas temperaturas de los desiertos del Imperio Noceano.

Cada jornada bajo el cálido sol era más intensa en esfuerzo que la anterior. Estaban todos tan metidos en la instrucción que parecía que se les fuera la vida en ello. Nadie quería fracasar y sabían que la prueba sería muy dura. Pesaba en la cabeza y el ánimo de todos. Eso y otro tema del que poco se sabía si bien algunos rumores habían conseguido llegar río arriba hasta el Campamento.

—¿Habéis oído lo último? —preguntó Nilsa a sus compañeros mientras le servían una sopa caliente especiada. El comedor estaba a rebosar y el ambiente andaba intranquilo.

—¿Sobre la Prueba de Verano? —preguntó Lasgol.

—Dicen que va a ser difícil, mucho más que las pruebas de primer año —dijo Gerd con ánimo decaído.

—No te preocupes, hemos entrenado mucho y somos buenos, la superaremos —le aseguró Ingrid.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Viggo y mordió una pata de pollo asado.

—No, no sobre la prueba —dijo Nilsa negando con la cabeza—. ¡Sobre la guerra!

—¿Qué has oído? —quiso saber Ingrid.

Todos dejaron de comer y prestaron atención.

—Dicen que el ejército del Rey Uthar ha cruzado las Montañas Heladas y se ha precipitado sobre las fuerzas de Darthor.

—¡Bien! —exclamó Ingrid.

—Bueno, no tan bien...

—¿No?

—Han sido rechazados y han tenido que retirarse.

—¿Las fuerzas del Rey? —dijo Ingrid sobresaltada. La incredulidad era patente en su rostro.

—Dicen... que después de tres grandes batallas se han visto obligados a retirarse. Debe de haber muchas bajas.

—¿Qué malas noticias! —se horrorizó Gerd.

—¿De dónde has sacado la noticia? —preguntó Ingrid.

—Me lo ha dicho Etor de tercer año que se lo ha dicho Olaf que su mujer es la prima del molinero de Atos y su hijo está en el ejército de Uthar.

—Suena muy fiable —se quejó Viggo y se desentendió con un gesto de su mano.

—Puede ser verdad. Las fuerzas de Darthor son temibles y el poder del Mago Corrupto del Hielo es enorme —dijo Gerd con tono de pesar.

Las palabras del grandullón dejaron a todos muy preocupados.

—Yo tengo alguna noticia más... —dijo Egil con voz muy baja para que nadie aparte de sus compañeros lo oyera.

Todos estiraron los cuellos y acercaron sus cabezas sobre la mesa para escuchar al estudioso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lasgol.

—He recibido una carta de mi padre.

—¿Tu padre el Duque? —dijo Viggo extrañado—. Si nunca te ha escrito...

Egil asintió pesadamente.

—Por eso son malas noticias...

—Explicate, no entiendo nada —pidió Ingrid.

—Que mi padre me haya escrito... es algo fuera de lo común. Y el contenido de la misiva todavía más...

Todos callaron esperando que Egil siguiera.

En un tono apenas audible continuó. —Me ordena quedarme con los Guardabosques y afrontar mi lugar en los días que vienen.

—No entiendo —dijo Nilsa arrugando la nariz.

—Yo tampoco —dijo Gerd.

—Son malas nuevas —dijo Viggo.

Ingrid miró a Viggo sorprendida de su perspicacia.

Egil asintió. —Sí, son malas noticias... para mí... y mucho me temo que para todos.

—¿Nos explicas? —pidió Ingrid intrigada.

Lasgol ya se imaginaba lo que iba a decir y tenía un nudo en el estómago.

—Mi padre me ordena que no huya y actúe como lo que soy: un rehén del Rey Uthar para obligar a mi padre a obedecerle. Y si me lo ordena es porque algo va a suceder. Algo que me pondrá en esa situación. Algo que mi padre hará.

—¿Va tu padre a traicionar al Rey? —preguntó Ingrid con ojos como platos.

Egil se encogió de hombros. —No tiene por qué ser una traición explícita en todo el sentido, puede ser que simplemente no apoye al Rey en esta campaña contra Darthor.

—Eso es más o menos lo mismo que traición —dijo Gerd.

—No exactamente —dijo Viggo—, no es lo mismo no apoyar una causa que aliarte con el enemigo.

—Exacto —dijo Egil—. Tengo la sospecha de que algunos duques y condes no han apoyado al Rey y de ahí sus dificultades para derrotar a Darthor.

—Y eso refuerza su posición si el Rey sale debilitado del encuentro —explicó Viggo con una sonrisa maliciosa.

—¡No se atreverán a ir contra el Rey! —exclamó Ingrid indignada. Lo dijo algo más alto de lo debido y varios chicos de la mesa de al lado se giraron.

Gerd les sonrió y disimuló. —Le apasiona el rey Uthar —dijo señalando a Ingrid con el dedo pulgar y les hizo un gesto cómico.

—No abiertamente o mientras el Rey sea más poderoso, pero si Darthor lo debilita...

—Y no a tu padre y los suyos... —apuntó Viggo.

Egil asintió.

—¿Quieres decir que tu padre y sus aliados traicioneros no están ayudando al Rey y por eso está perdiendo?

—Eso me temo. Es sólo una deducción pero podría muy bien ser el caso.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Ingrid ultrajada.

—Está muy bien jugado —dijo Viggo reflexionando.

—Debes tener cuidado, Egil —le dijo Lasgol preocupado—. El Rey y los suyos pueden tomar represalias contigo.

—No sólo conmigo... —dijo Egil haciendo un gesto hacia las otras mesas—. Hay más de media docena como yo o, más bien, en situación idéntica a la mía en este comedor...

Todos miraron alrededor.

—Quizás estemos precipitándonos —dijo Nilsa nerviosa—, quizás no sea para tanto.

—Yo tengo un rumor más que refuerza la teoría de Egil —dijo Viggo.

—¿Cuál? —quiso saber Ingrid.

—Los Guardabosques envían sus últimas reservas. Partirán del Campamento mañana. Me he enterado en los establos.

—¿Nos quedamos sin instructores? —preguntó Gerd.

—No. Creo que marchan todos menos los Instructores mínimos necesarios para continuar con la instrucción.

—Si es así, mi deducción parece correcta. El Rey llama a todos sus hombres. Le falta apoyo —concluyó Egil.

Aquella noche, tras la cena, en preparación de lo vendría en la Prueba de Verano, Lasgol entrenaba el tiro con arco con la ayuda de Ingrid, algo que de paso les ayudaba a pensar en la guerra y las consecuencias para Egil. Estaban en los campos de tiro y habían situado una lámpara de aceite junto a la diana y otra donde se encontraban para poder tirar en aquella oscura noche.

—Recuerda, suelta suave, muy suave —le dijo Ingrid.

Lasgol tensó el arco y apuntó. La distancia eran 200 pasos y siendo de noche, pese a las lámparas, el tiro resultaba difícil. Se concentró, entrecerró el ojo derecho como solía hacer para apuntar mejor y soltó. La flecha trazó una trayectoria parabólica y se dirigió directa al centro de la diana pero en el último tramo se desvió hacia la derecha. Aunque alcanzó la diana el tiro

resultó ser mediocre.

—No has tenido en cuenta el viento —le dijo Ingrid.

—Sí que lo he tenido, te lo juro.

—¿Sí? Qué extraño. El agarre es bueno, la postura correcta, la forma en la que sueltas también correcta... no sé qué puede ser...

Lasgol resopló. —Será que fui maldecido con poca puntería al nacer por una bruja caprichosa.

Ingrid soltó una carcajada. —No creo que sea eso, tiene que haber otra explicación. Has entrenado día y noche, ya deberías ser un buen arquero. Algo ocurre contigo que no consigo descifrar.

—Quizás yo pueda ayudar —dijo una voz.

Ingrid y Lasgol se volvieron. Ante ellos estaba uno de los capitanes de tercer año. Era casi tan alto como Gerd y bastante fuerte, aunque no tanto como el gigantón. Tenía el pelo rubio largo sujeto en trenzas y unos ojos azules muy intensos en un rostro apuesto de mentón fuerte. Se veía que era un guerrero nato. Lasgol lo reconoció. Por lo que habían oído, era uno de los mejores capitanes de tercer año. Inteligente, fuerte, decidido. Hablaban muy bien de él, incluso se decía que era uno de los principales candidatos a una especialización de élite. Sólo tenía un año más que ellos, pero parecía mayor, más hecho, más hombre.

—¿Quién eres? —preguntó Ingrid aunque tanto ella como Lasgol sabían perfectamente quién era.

—Me llamo Molak Frisk, Capitán de tercer año —se presentó y saludó con un breve gesto.

—Yo soy Ingrid y este es mi compañero de equipo Lasgol. Somos de segundo año, del equipo de las Panteras de la Nieves.

Molak asintió. —Veo que tenéis dificultades con el arco. Es una de las maestrías en las que mejor me defiendo. Quizás pueda echaros una mano, si queréis claro está —dijo con tono amable.

—Sí, por supuesto —dijo Lasgol que estaba desesperado.

Ingrid torció el gesto. —Ya lo he intentado todo con él... no creo que tú puedas aportar mucho más.

—Déjame intentarlo. No podemos permitirnos tener un héroe entre los nuestros y que sea un tirador mediocre —dijo con una sonrisa amistosa.

Lasgol hizo un gesto de desesperación y luego sonrió.

—Adelante —le dijo Ingrid a Molak sin quitarle ojo—. Tira tres veces y te observaré para ver dónde está el problema.

Lasgol realizó el ejercicio poniendo mucha atención, intentando no cometer ningún error. A pesar de que puso toda su intención en cada tiro, los lanzamientos no fueron muy buenos. Acertaba la diana pero nunca el centro.

Resopló. —Esto no es lo mío. Qué mal... —dijo algo desesperado y tocado por hacer el ridículo ante un Capitán de tercero.

Molak sonrió y le dio una palmada en la espalda. —Tranquilo, no está todo perdido.

—¿No?

—No. Lo curioso es que lo haces bien todo pero creo que el problema está en que no lo haces lo suficientemente bien.

—¿Cómo? —dijo Ingrid sin entender.

—No hay un área específica en la que lo haces mal, que suele ser lo más habitual. Cada persona falla en un aspecto o generalmente en dos o tres que se distinguen rápidamente y el error se puede corregir. En tu caso ocurre algo diferente, no hay un área de error clara, sino que todos los aspectos requieren de un pequeño ajuste. Muy curioso. Difícil de ver, y de solucionar.

—Oh... —dijo Lasgol hundiendo los hombros.

—Ya decía yo que no veía nada que estuviera mal —dijo Ingrid algo más calmada ahora que sabía que ella no lo estaba haciendo mal en su asesoramiento a Lasgol.

Molak la miró un instante y sus ojos brillaron.

—Es difícil de ver. El arco es lo que mejor se me da, llevo muchos años entrenando y tengo buen ojo para este arte. Probablemente el año que viene vosotros también seáis capaces de identificar estos detalles —les dijo para no hacerles sentir mal, en especial a Ingrid.

—Lo dudo mucho —dijo Lasgol que estaba con el ánimo bastante decaído.

—El año que viene seré capaz de identificar cualquier error, aunque me cueste día y noche lograrlo —aseguró Ingrid.

—¿Eres siempre tan decidida?

—Sí. ¿Te parece mal?

—No, no. En absoluto. Buena cualidad.

—Ah, vale.

Molak hizo un gesto a Lasgol con los ojos, uno que decía: “vaya temperamento que tiene la chica”. Lasgol lo entendió y sonrió.

—¿Por qué sonreís así?

—Por nada, Ingrid —dijo Lasgol rápidamente para evitar un arrebató de su capitana.

—Déjame el arco y te explicaré los cinco puntos en los que tienes que mejorar.

—Bueno si sólo son cinco... —dijo Lasgol con tono sarcástico.

El Capitán de tercer año soltó una pequeña carcajada. —No lo haces mal, necesitas pulir un poco el estilo. Primer punto: el agarre. “El arquero agarra pero no ahoga su arma”. Un error común en los arqueros es sujetar la empuñadura con demasiada fuerza cuando se tensa la cuerda para el tiro. Esto resulta en una ligera desviación hacia uno de los cuatro cardinales —le dijo Molak asiendo el arma por la empuñadura.

—Entiendo, no pondré tanta fuerza.

—Tienes que medir la fuerza, apretar lo suficiente para mantenerlo firme pero no demasiado porque desviará el tiro.

—¿Y cómo sabré cuál es la medida exacta?

—Para eso está el entrenamiento. Con el tiempo serás capaz de notarlo.

—Lo que yo digo siempre: entrenar y entrenar para triunfar —dijo Ingrid.

Molak la miró sorprendido. Por su expresión le agradó el comentario.

—Segundo punto: “El tirador nunca baja el brazo al soltar”. No debe hacerse, ni lo más mínimo. Debes entrenarte para mantener el brazo de arco firme hasta que la flecha alcanza el blanco, sólo entonces puedes bajar el brazo.

—Ya lo intento, pero el peso...

—Correcto, debes entrenar el brazo para que no te venza el peso.

—Tercer punto: “Si quieres asegurar un mal tiro en arquería, míralo” —dijo e hizo el gesto de apartar el arco para seguir la trayectoria de la flecha con la vista.

Lasgol e Ingrid observaron a Molak sin comprender.

—Nada debe distraer el tiro. No mires si se dirige al blanco ni anticipes el tiro. Termina el movimiento y entonces mira si ha dado en el blanco, no antes, porque desestabilizas el tiro.

Ingrid y Lasgol asintieron.

—Recordaré el dicho, me ha gustado —dijo Ingrid.

—Cuarto punto: “El arquero tira siempre relajado y con el brazo firme” —imitó un tiro y puso cara muy relajada mientras su brazo derecho estaba rígido como un poste—. Debes relajarte al tirar, sobre todo en el momento de soltar. Tu cuerpo no puede estar rígido ni tus músculos contraídos.

—Muy bien, sí que es verdad que a veces me pongo un poco tenso, sobre todo cuando es una situación complicada como las pruebas...

—Es comprensible. Aprende a tirar relajado, la mente en blanco, concentrado en el tiro y sólo en el tiro.

—Eso me cuesta a mí también —reconoció Ingrid.

—Y por último: “El buen arquero suelta limpio y retira suave” —Molak hizo el gesto abriendo la mano, con sus dedos abriéndose y luego retiró el brazo con suavidad—. Al soltar y abrir la mano se busca que se deslice hacia atrás limpiamente.

—Muchas gracias por tu ayuda —le dijo Lasgol muy agradecido—. Estoy seguro de que los consejos me van a venir muy bien.

—Recordaré las cinco lecciones y se las enseñaré al resto del equipo —dijo Ingrid muy contenta—. Nos ayudará muchísimo en las pruebas.

Molak sonrió. —Sigue practicando hasta que los cinco puntos que te he comentado queden corregidos. No puedo decirte cuánto tiempo te llevará, puede ser este año o el que viene, pero al final lo conseguirás —le dijo a Lasgol.

—Mil gracias, lo haré.

—Yo me encargo de que entrene día y noche —dijo Ingrid con el entrecejo fruncido.

—No tengo la menor duda —dijo Molak y clavó sus ojos en Ingrid dedicándole una sonrisa—. Un placer conocerte, Ingrid... y a ti Lasgol.

Ingrid se puso colorada como un tomate maduro. Lasgol la miró sorprendido. Ella nunca se sonrojaba.

El Capitán marchó y los dos se quedaron en silencio por un instante.

—¡Vamos, a practicar! —exclamó de pronto Ingrid.
Lasgol sonrió y tiró.

Capítulo 18

Llegó la noche previa a la tan importante y temida Prueba de Verano. A sugerencia de Ingrid, todos se acostaron temprano. Debían descansar cuanto pudieran pues necesitarían de todas sus fuerzas el día siguiente. Lasgol estaba nervioso y, por la forma en la que se movían sus compañeros en las literas, ellos también. Le costó un buen rato quedarse dormido. Finalmente lo logró con Camu recostado sobre su pecho. La criatura dormitaba con su eterna sonrisa.

Las pesadillas se apoderaron de los sueños de Lasgol. Se revolvió incómodo en el catre y casi tira a Camu de la litera. La criatura se pegó al cabezal con sus cuatro palmas y de inmediato se quedó dormido donde estaba. Lasgol corría por un bosque nevado perseguido por un monstruo con cuerpo de oso polar y cabeza de águila blanca de un tamaño descomunal. Él corría tan rápido como podía pero la criatura le iba ganando terreno. Lo tenía casi encima. ¡Le iba a dar caza!

La puerta de la cabaña se abrió un palmo con un ligero chirrido. Apareció una mano e hizo rodar una bola de tela por el suelo. La criatura en los sueños de Lasgol lo alcanzó y comenzó a devorarle la espalda con su enorme pico amarillo. La bola comenzó a desprender un humo azulado, como si hubiera prendido y estuviera quemando su interior. Lasgol luchaba con la criatura que estaba a punto de arrancarle la cabeza. Dos nuevas bolas rodaron por la cabaña hasta terminar bajo las literas y comenzaron a emitir el extraño humo.

Lasgol despertó de su pesadilla espantado, con la frente bañada en sudor. Se medio incorporó en la litera intentando respirar y calmarse. Un olor dulzón le llegó y subió por su nariz. Extrañado miró hacia el área común y descubrió el singular humo azulado.

Entonces los vio.

Dos figuras envueltas en capas con capucha avanzaban hacia las literas en completo sigilo con movimientos aletargados.

—¿Qué...?

Fue cuanto pudo articular. Una enorme somnolencia apresó su mente. Lasgol intentó resistirla pero no lo consiguió. Sentía un cansancio terrible, se le cerraban los ojos. Intentó moverse pero los brazos le pesaban como troncos. «¿Qué... me sucede...?». Ni siquiera podía pensar...

—Narcótico... —oyó balbucear a Egil.

Vio a Viggo por el rabillo del ojo. Se había puesto de pie y se llevó la mano a su daga oculta en el cinturón y se giró hacia los intrusos. Fue a lanzar, pero su movimiento fue lentísimo. Uno de los intrusos lo golpeó en la cabeza. Cayó al suelo inconsciente.

—Nos... atacan... —balbuceo Lasgol. En medio del humo azul, vio que Camu se despegaba y caía entre el cabezal de la cama y el colchón. La criatura quedó inconsciente. Lasgol intentó bajar y cayó al suelo. Una bota le pisó la cabeza con fuerza y lo forzó contra el suelo. Un momento después perdía el sentido.

La flautilla y los gritos de Oden los despertaron.

—¡A formar! ¡Es la Prueba de Verano!

Lasgol despertó sobre el suelo de madera con un terrible dolor de cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó incorporándose.

—Que alguien nos ha atacado —dijo Viggo con la mano en la cabeza donde le habían golpeado.

—¿Todos bien? —preguntó Lasgol preocupado, intentando razonar lo que les había sucedido.

—Yo estoy bien —dijo Gerd.

Egil no contestó.

Los tres se volvieron hacia su litera.

¡No estaba!

—¡Egil! —exclamó Lasgol con el corazón en la boca.

—Se lo han llevado —dijo Viggo.

—¿Llevar? ¿Pero quién? ¿Por qué? —dijo Gerd con cara de no entender lo que sucedía.

—¡A formar! —llegó la potente voz del Instructor Mayor.

—No sé qué ha pasado pero hay que avisar a Oden —dijo Lasgol y se precipitó hacia la puerta.

Salió frente a la cabaña y de la urgencia casi se llevó por delante a Ingrid y Nilsa que ya formaban.

—¡Instructor Mayor! —llamó Lasgol. Viggo y Gerd salieron tras él.

—¡Silencio y formad!

—Pero... ¡Instructor!

—¡Nada de peros! ¡A formar y en silencio!

—¡Ha ocurrido algo! —le oyó decir a Astrid unas cabañas más abajo.

—Lo sé, ahora callad ¡y formad!

Lasgol se quedó con la boca abierta. ¿Qué estaba sucediendo?

—¡Protesto! ¡Nos falta uno! —se quejó Isgord.

—¡Callad todos y formad! ¡Clavad la rodilla y vista la frente!

Lasgol no entendía qué sucedía pero empezaba a darse cuenta de que no eran los únicos que habían sufrido el ataque.

Viggo narró en un susurro lo sucedido a Ingrid y Nilsa. Sus rostros expresaron el asombro y preocupación que todos sentían.

Otros capitanes intentaron hablar con Oden pero éste se negó en redondo. Finalmente, resignados y turbados, todos formaron.

—Muy bien. Ahora seguidme hasta la Casa de Mando para la Prueba de Verano. Y ni una palabra.

Dolbarar los esperaba como era costumbre en los actos oficiales, los cuatro Guardabosques Mayores lo acompañaban. Todos vestían para la ocasión, con sus capas y medallones que los identificaban.

Los Aprendices estaban nerviosos, muy nerviosos. A Lasgol le sudaban las manos y las restregaba contra los pantalones. No entendía qué sucedía y la inquietud por lo sucedido a Egil lo martirizaba.

Dolbarar dio un paso al frente para dirigirse a los Aprendices. Como era habitual en él, en una mano llevaba su gran vara y en la otra el preciado tomo: “El Sendero del Guardabosques”. Sonrió, apacible, intentando calmarlos.

—Hoy es un día especial. Hoy es la Prueba de Verano. Percibo rostros ansiosos, cuerpos en tensión, nervios e intranquilidad. Es natural. Lo primero que quiero comunicaros es que lo sucedido esta pasada noche es parte de la prueba. Podéis estar tranquilos, vuestros compañeros están bien. No les ha sucedido nada. Si bien he de deciros que estoy algo decepcionado por la poca

resistencia ofrecida. Un Guardabosques debe permanecer siempre alerta, incluso en el lugar más sagrado, como es su propio hogar. Así lo indica el Sendero —dijo mostrando el tomo—, y así debemos prepararnos y actuar. Cada equipo ha perdido un componente. Uno elegido al azar por mi mano.

Lasgol intercambió miradas de asombro con sus compañeros. ¿Qué tramaba Dolbarar para la prueba? En cualquier caso, Egil estaba bien, que era lo importante. Lasgol se había llevado un susto de muerte.

—Estamos ante una prueba muy importante —continuó Dolbarar—. Sin embargo, debéis respirar profundo y relajaros. Confíad en todo lo que habéis aprendido, no sólo este medio año, sino el año previo. Os servirá bien. Los nervios, los miedos, son malos compañeros. Confíad en vuestras posibilidades y en vuestro equipo.

Ingrid les hizo un gesto de confianza con la cabeza y con las manos sujetó a Nilsa que estaba tan nerviosa que no paraba quieta.

—Esto va a ser estupendo —dijo Viggo en un murmullo de puro sarcasmo.

Gerd asintió cariacontecido.

Dolbarar continuó con un gesto cordial. —Esta es una de mis pruebas favoritas, la disfruto inmensamente todos los años. Estoy seguro de que éste no será una excepción. La denominamos “Captura y Rescate”. Es un clásico entre los Guardabosques. Competiréis contra los otros equipos en una única prueba a modo de gran eliminatoria. Sólo puede haber un equipo vencedor. El equipo que logre la victoria será recompensado con una Hoja de Prestigio. Este año sólo se darán dos, en las Pruebas de Verano e Invierno, así que son más valiosas que nunca.

—¡Seguro que las conseguimos! —los animó Ingrid.

—Esta chica está fatal —comentó Viggo poniendo los ojos en blanco.

—La prueba consistirá en “rescatar” al integrante del equipo que ha sido “capturado” —explicó Dolbarar—. Siendo el enemigo el resto de los equipos —dijo con una sonrisa un tanto maliciosa—. Vestiréis capas grises. Llevaréis arco compuesto con un carcaj con 12 flechas con punta de marca; cuchillo y hacha también con filos romos de marca. No necesito explicaros cómo funcionan, los conocéis bien. Cuando seáis alcanzados, vuestro nombre será pronunciado por un instructor. En ese momento quedaréis eliminados. Bajaréis las armas y os sentaréis en el suelo, en el lugar donde habéis quedado eliminados. No haréis nada más.

—Dejan una bonita mancha roja cuando te alcanzan. No me gusta nada — comentó Nilsa.

—Y de lo más descorazonadora, pues significa que te eliminan —dijo Gerd recordando la final del año anterior.

—Ya, lo que no menciona nuestro querido líder es que duele un montón cuando te alcanzan —protestó Viggo—. Todavía tengo moratones.

—No exageres y sé un hombre —le dijo Ingrid.

—Yo soy un hombre desde que nací.

—Un dolor de muelas es lo que eres —le respondió ella.

Viggo le dedicó una sonrisa encantadora.

Ingrid soltó varios improperios entre dientes.

Lasgol no pudo más que sonreír ante la ocurrencia de Viggo. La verdad era que no le faltaba razón. Las armas, si bien no podían herir, sí que dolían al contacto y el sentimiento de ver que a uno lo alcanzaban y aparecía la mancha roja era devastador.

—Cada equipo deberá encontrar, liberar y regresar con su miembro capturado. Pero, y aquí está la parte mejor de la prueba, deberéis hacerlo mientras lucháis contra los otros equipos —explicó Dolbarar—. Las normas son sencillas. Todos entrareis en el Bosque Insondable. Lo haréis por diferentes direcciones que han sido determinadas. Deberéis encontrar a vuestro compañero capturado en el corazón del bosque y regresar con él hasta mí, que estaré esperando a la salida de la cañada sur. El interior del bosque se considerará guerra abierta. Si encontráis a otro equipo deberéis tratarlo como al enemigo y eliminarlo. Si un integrante del equipo es alcanzado y marcado quedará eliminado. El combate cuerpo a cuerpo está permitido. Recordad siempre: marcar, no herir. Un Guardabosques Instructor acompañará a cada equipo a cierta distancia para asegurar que se actúa con limpieza y al mismo tiempo irá evaluando vuestras habilidades y destreza. Sólo el primero en salir con su rehén ganará. Competid con toda vuestra alma, pero hacedlo con honor o seréis descalificados.

Hubo un murmullo entre los equipos. Los capitanes pusieron orden.

—Un último punto para hacer la prueba más interesante. Si os roban al miembro capturado durante el transcurso de la prueba y lo sacan del bosque, el equipo que pierda a su miembro capturado será eliminado y el otro equipo conseguirá una Hoja de Roble extra para todos sus componentes. Tenéis un

momento para preparar la prueba. Luego daremos comienzo.

Los equipos comenzaron a conferenciar. Era una prueba complicada y muy importante. Debían analizar cómo les afectaba la falta de la persona capturada, las posibilidades del equipo y la estrategia a seguir.

—No han capturado capitanes —dijo Ingrid observando los otros equipos.

—Tiene sentido. Los capitanes son la pieza más importante de los equipos —dijo Nilsa—. Sería demasiada desventaja para el equipo que perdiera uno.

—No sé yo... por mí que se hubieran llevado a todos los capitanes —dijo Viggo—. Pero bueno, nos favorece que se hayan llevado a Egil.

—¿Estás seguro de eso? —comentó Lasgol—. Yo no...

—Es el peor luchador del equipo y como no va a poder luchar en toda la contienda eso nos beneficia —razonó—. No es nada personal, pero es la verdad.

—Ya, pero por otro lado es el más inteligente y el que tiene más conocimientos para poder aportar ideas.

Ingrid hizo un gesto afirmativo. —Los dos estáis en lo cierto.

—Creo que si nos hubieran dado a elegir quién debía ser el “capturado”, Egil se habría presentado voluntario —comentó Gerd.

—Sí, probablemente —razonó Nilsa.

—Sigo pensando que nos favorece que hayan capturado al sabiondo. Nosotros también podemos pensar —dijo Viggo.

—Calla. Sabes perfectamente que Egil te da mil vueltas, cabeza de serrín —le dijo Ingrid.

—Mi mente es brillante, solo que funciona de otra forma —dijo Viggo con fingida altivez.

—Funciona al revés, así es como funciona.

—En cualquier caso es lo que nos ha tocado. No hay nada que podamos hacer, para bien o para mal, nos hemos quedado sin Egil —concluyó Nilsa con un resoplido para calmar su inquietud.

—Pues tendremos que pensar muy bien cómo actuamos en cada situación —dijo Lasgol.

—No me precipitaré con las decisiones —les aseguró Ingrid.

—Esta prueba me está poniendo muy nerviosa. ¿Dónde tendrán a Egil?

¿Qué nos espera ahí adentro? —dijo Nilsa que se mordía las uñas.

—Yo tengo algo de miedo... por la prueba y por lo espeso de ese bosque... —reconoció Gerd.

—Tranquilos todos. Encontraremos a Egil. Lo rescataremos y volveremos triunfales —les aseguró Ingrid.

—Todos juntos, a una —les dijo Lasgol.

Dolbarar pidió a los Capitanes que se acercaran.

—Es la hora de comenzar la prueba. Buena suerte a todos y que gane el mejor. Recordad que se evaluará el comportamiento de cada componente del equipo durante la prueba. Actuad con cabeza y honor. Recordad todo lo que habéis aprendido.

Los capitanes volvieron con sus equipos y se dirigieron al Bosque Insondable. A las Panteras de las Nieves les tocó Marga, la instructora de Tiradores. Los acompañaría durante toda la prueba. Les condujo hasta la posición por la que debían entrar. Se escuchó un cuerno dando la señal para que comenzara la prueba. Todos los equipos entraron en el bosque.

Las Panteras comenzaron la incursión. Marta se quedó algo rezagada para seguirlos y observar.

—Todos alerta y en silencio —ordenó Ingrid.

Los demás asintieron y siguieron la orden. Avanzaron en dirección al centro del gran bosque con los arcos preparados. Los Guardabosques lo denominaban el Bosque Insondable pues era tan grande y espeso que parecía no tener fin. Era la primera vez que lo pisaban. No estaba aconsejado entrar en él al ser muy trabado y profundo. Más de uno se había perdido sin remedio.

Avanzaban con cuidado, pues no sabían con qué se encontrarían allí adentro y debían estar muy atentos para no verse sorprendidos por otros equipos. Llegaron a un riachuelo y se detuvieron a beber. Ingrid y Nilsa se situaron en guardia mientras los otros bebían. Luego cambiaron roles.

—No veo rastro de Egil —dijo Ingrid contrariada.

—Voy a inspeccionar. Han tenido que cruzar el río en algún punto —le dijo Lasgol.

—Muy bien. Voy contigo. Los demás asegurad esta posición. Volveremos pronto.

Lasgol fue rastreando la vera del río hacia el este pero no encontró rastro

alguno. Volvieron al punto inicial y rastrearon hacia el oeste. A cien pasos encontró el rastro.

—Aquí —dijo señalando el río—. Han cruzado aquí. las huellas son de hace unas horas. Tres hombres y Egil.

Ingrid se agachó y las estudió.

—Veo que son cuatro, por las huellas. Pero ¿cómo sabes que uno de ellos es Egil?

—Sus huellas son más pequeñas y menos profundas.

—Podría ser otro capturado de otro equipo.

Lasgol negó con la cabeza. Señaló al otro lado del río. Lo cruzaron y le mostró a Ingrid lo que había visto.

—Aquí, se tropezó y cayó al suelo.

—¿Y?

—Mira sus rodillas y manos al parar el golpe.

—Parecen... algo forzadas...

—Correcto. Es una señal para nosotros. Si te fijas bien forman una letra.

—La... la ¡E!

Lasgol sonrió y asintió.

—La E de Egil. Nos está indicando por dónde han cruzado.

—¡Pero qué listo! ¡Y qué ojo el tuyo!

Se volvieron y una sombra apareció a sus espaldas. Levantaron los arcos con el corazón latiendo desbocado.

¡Era Marga!

Bajaron los arcos y resoplaron.

—Deberías anunciarte —se quejó Ingrid.

La Guardabosques se encogió de hombros y les hizo una seña para que continuaran.

Reunieron al equipo y se adentraron en el corazón del inmenso bosque siguiendo el rastro de Egil y sus captores. Se turnaron para rastrear de forma que todos pudieran descansar un poco. Iban tan rápido como podían, conscientes de que necesitaban finalizar la prueba en el menor tiempo posible. Según pasaban las horas el bosque se volvía más abrupto y arisco, como si

hubiera identificado que eran intrusos y los rechazara con su follaje. Llegó el anochecer y ahora debían abrirse paso con cuchillo y hacha en mano. La vegetación era demasiado espesa y salvaje. Estaban llenos de arañazos y cansados pero debían seguir adelante. Ingrid estaba marcando un ritmo infernal. Quería llegar a Egil y rescatarlo antes que lo hicieran los otros equipos para contar con ventaja al salir.

El bosque impedía que avanzaran tan rápido como Ingrid quería. La noche dificultó todavía más la labor. Saltaron por encima de un tronco caído y descendieron por una cañada. Al salir por el otro extremo, Ingrid se detuvo de golpe. Nilsa intentó parar pero no le dio tiempo y se pegó contra la espalda de su amiga.

—¿Qué...? —protestó.

La cara de Ingrid le indicó que callara.

Lasgol llegó hasta ellas y también se detuvo de inmediato. A veinte pasos, observándolos con ojos feroces, había una manada de lobos grises.

—Lobos... mal asunto... —susurró Viggo con precaución.

El macho alfa dio un paso al frente y rugió.

—Quietos... —dijo Lasgol.

—Retrocedamos lentamente —dijo Ingrid.

Con extremo cuidado se retiraron mientras los lobos los observaban, amenazantes.

—Tendremos que dar un rodeo —dijo Ingrid disgustada.

—Ya, pero enfrentarnos a una manada de lobos no es una buena idea —dijo Gerd.

—Nos retrasará mucho.

—No tienen pinta de que se vayan a apartar. Este es su territorio y nosotros somos intrusos —apuntó Viggo.

—Tenemos que hacer frente a los otros equipos y los elementos. Esa manada de lobos son parte de este hábitat. Lo mejor será rodearlos y seguir adelante, de otra forma podríamos tener un serio disgusto —dijo Lasgol.

Ingrid aceptó a regañadientes.

Siguieron avanzando y, tras rodear a los lobos, encontraron el rastro. Les retrasó algo peor no tanto como parecía. El rastro era más fácil de encontrar y

seguir en aquella cerrazón. No había duda de por dónde habían pasado Egil y sus captores pues se habían abierto camino como lo hacían ellos. Al llegar la media noche se detuvieron. Estaban exhaustos y necesitaban descansar con urgencia. La luna estaba alta sobre sus cabezas pero a través de las ramas de los árboles apenas podían distinguirla.

Para recuperar el tiempo perdido por el rodeo forzoso, Ingrid imprimió un ritmo más intenso todavía. Parecía poseída por el espíritu de una diosa incansable. Lo mantuvo hasta que Nilsa, agotada, tropezó y cayó. Viggo y Gerd se dejaron caer junto a ella. Estaban exhaustos.

—Está bien, descansemos —les dijo Ingrid cediendo.

—Este bosque es interminable —dijo Nilsa con los hombros caídos.

—Me da muy malas sensaciones —dijo Gerd mirando alrededor, aunque no podían ver nada entre la espesa vegetación y la penumbra de la noche.

—Un paseo campestre —comentó Viggo con gesto cómico.

—Ya no puede estar muy lejos —dijo Lasgol.

—¿Cómo lo sabes? Este bosque es inmenso y no creo que estemos ni remotamente cerca del centro —le dijo Ingrid.

—Es un presentimiento... y una suposición...

—Yo también creo que nos falta poco para encontrarlo —dijo Nilsa.

—Ilústranos con tu sabiduría —le respondió Viggo.

—La prueba consiste en rescatar al capturado y salir del bosque para llegar con Dolbarar en el menor tiempo posible. Si tenemos en cuenta que las pruebas por equipos suelen durar un día y una noche completas, y ya hemos consumido el día, o lo encontramos ya o no podremos completar la prueba antes del amanecer que es lo que Dolbarar habrá previsto que hará el equipo ganador.

Todos se quedaron mirando a la pecosa pelirroja con rostros de sorpresa.

—Me has dejado sin habla —dijo Viggo.

—Creo que tienes toda la razón —dijo Gerd.

Ingrid miró a Lasgol esperando que se pronunciara.

—Esa era mi suposición. No podría haberlo expresado mejor.

—En ese caso extremamos precauciones —dijo Ingrid.

Descansaron. El cansancio y el hambre los castigaban. La tensión que

sentían les pesaba como una losa. Nadie dijo nada más. Se mantuvieron en silencio y alerta. Ingrid no tardó demasiado en dar la orden de reanudar la marcha. A todos les pareció que habían descansado muy poco pero no protestaron.

El rastro les condujo hasta otro río, este más caudaloso y con bastante corriente. Se detuvieron a estudiar el rastro y ver por dónde lo cruzaban. Lasgol estaba estudiando las huellas cuando se percató de que algo no iba bien. En el punto en el que habían cruzado confluían varias huellas más. Huellas diferentes. Allí había cruzado alguien más que Egil y sus captores. Fue a comunicárselo al equipo cuando Nilsa dio la alarma.

—Movimiento al este —susurró con urgencia.

—¡Cubrios! —ordenó Ingrid.

Se ocultaron tras árboles y vegetación y se quedaron quietos como estatuas. Controlaron la respiración y relajaron los cuerpos. No debían ser descubiertos.

—Movimiento al oeste —susurró Gerd.

Lasgol se acercó a Ingrid y le susurró al oído. —Siguen sus rastros, como nosotros. Confluyen en ese punto —dijo señalando frente a ellos el lugar que había estado examinado.

—Maldición. Nos vamos a encontrar todos. Repleguémonos, rápido, sin hacer ruido.

Las Panteras se retiraron diez pasos con total sigilo.

—Colocaos. Mantened los ojos en el río. Aparecerán ahí.

Ingrid no se equivocó. Unos momentos más tarde unas siluetas llegaron por el este siguiendo el río. Había muy poca visibilidad, sin embargo, las capas grises parecían atraer los rayos de la luna y reflejarlos como si fueran un espejo. Lasgol los reconoció, eran los Jabalíes, un equipo muy duro, aunque no se habían percatado de su posición encubierta.

Ingrid se dispuso a dar la orden de atacar. Lasgol le sujetó el brazo, le indicó que no y le hizo una seña hacia el oeste. Sus compañeros esperaban la orden con los arcos listos y los nervios a flor de piel. Ingrid entendió lo que Lasgol le indicaba. Cerró el puño y lo mostró a los suyos. Todos aguardaron.

Por el oeste llegaban los Zorros siguiendo el río. Los dos equipos se divisaron a pocos pasos del punto de cruce. El combate estalló en un abrir y

cerrar de ojos. Las flechas y los gritos se intercalaban mientras los cuerpos saltaban y rodaban por los suelos. Ambos equipos buscaron cubrirse, pero para cuando lo lograron habían perdido un par de componentes. Los instructores llamaron los nombres de los que habían sido alcanzados y quedaron eliminados.

Las Panteras esperaron la señal de Ingrid en silencio, ocultos, como animales de presa. Los Zorros se retiraron hacia la posición de las Panteras, no se habían percatado de que ellos estaban allí.

Ingrid dio la orden.

—¡Ahora!

Las Panteras se irguieron y soltaron contra los Zorros. Cogidos por sorpresa, no pudieron escapar. Los dos más cercanos fueron alcanzados de lleno en el pecho. El tercero, Azer, el Capitán, logró esquivar el primer ataque pero lo alcanzó Nilsa en la espalda con un excelente segundo tiro. Los tres miembros del equipo habían sido eliminados.

El ataque fue un éxito, los Zorros quedaron eliminados. Pero al atacar habían quedado al descubierto y ahora eran los Jabalíes quienes les atacaban.

—¡Cubríos! —llamó Ingrid.

Jobas, el Capitán de los Jabalíes, alcanzó a Nilsa en el costado con un gran tiro.

Marga cantó el nombre de Nilsa. La pelirroja dejó caer el arco y se sentó en el suelo con cara de enorme decepción.

—¡Maldición! —se quejó Ingrid.

—Hay que atacarlos por los costados —le susurró Lasgol a Ingrid. Dos flechas pasaron cerca de su cabeza.

—Muy bien. Gerd ve con Lasgol, Viggo, tú conmigo. Los flanquearemos.

Se lanzaron al suelo y como serpientes se arrastraron en un movimiento envolvente, buscando atrapar al enemigo.

Los Jabalíes se reagruparon. Quedaban Jobas, y dos de sus mejores tiradores: Mark y Niko. Lasgol y Gerd se acercaron por el este dando un rodeo importante para despistarlos. Oteaban resguardados tras dos enormes abetos. Ingrid y Viggo aparecieron al oeste de la posición de los Jabalíes y tiraron. Alcanzaron a Mark, pero fueron repelidos por la defensa furiosa de Jobas y Niko. Lasgol aprovechó que estaban distraídos y tiró contra Niko

alcanzándolo en la espalda. Los nombres de los dos alcanzados fueron nombrados. Gerd tiró contra Jobas pero su flecha se estrelló contra las ramas y no lo alcanzó de pleno. Cogido en un ataque cruzado, el Capitán salió corriendo y se perdió en el boque.

—¡Huye! —gritó Ingrid victoriosa.

—Casi me alcanza en la cara —se quejó Viggo.

—Ha estado cerca de ser un desastre —dijo Gerd.

—Y hemos perdido a Nilsa —dijo Lasgol apenado.

Regresaron con ella, que esperaba con expresión de resignación.

—Continuad. Encontrad a Egil y ganad.

—Lo haremos —le aseguró Ingrid y le dio un abrazo.

Se despidieron de ella y continuaron. Cruzaron el río siguiendo los rastros que ahora eran tres. En medio de una explanada los tres rastros se separaron tomando diferentes direcciones.

—¿Cual seguimos?

—Este —dijo Lasgol y marcó una huella de mano en el suelo—. Es la mano de Egil. Lleva el anillo de su casa en el dedo índice.

—Y es una mano muy pequeña, casi como la de un niño —apuntó Viggo.

Lasgol asintió.

Llegaron a unas grandes rocas cubiertas de musgo. El rastro acababa en ellas. Ingrid hizo la señal de dispersarse. Buscaron alrededor pero no encontraron nada raro. Lasgol se tumbó sobre el suelo y analizó el lugar en el que moría el rastro. Los demás tomaron posiciones para cubrirlo. Observó las grandes rocas y un tronco que había caído entre ambas. Lasgol hizo una seña a Gerd para que lo ayudara. El gigantón le siguió.

—Hay que mover este tronco.

—Yo me encargo.

Haciendo uso de su descomunal fuerza, Gerd movió el tronco de lugar y una gruta apareció entre las dos rocas. Lasgol entró con cuidado, lo último que deseaba era encontrarse con un oso en su madriguera.

—Gerd, ayúdame —pidió a su amigo.

Al cabo de un momento Gerd salía de la gruta con Egil en sus brazos.

—¡Lo encontramos! —exclamó Ingrid.

—Sí, pero está inconsciente —dijo Lasgol.

Ingrid y Viggo se acercaron a comprobar qué le sucedía.

—Está incapacitado —dijo Lasgol que lo examinaba sobre el suelo.

—¿Incapacitado? —preguntó Ingrid contrariada.

—Le han envenenado —sentenció Viggo.

Capítulo 19

—¿Cómo lo van a envenenar? —dijo Ingrid y echó una ojeada sobre su espalda. A unos pasos estaba Marga observando en silencio. Ingrid le lanzó una mirada inquisitiva. La instructora guardó silencio.

—Viggo tiene razón. Le han dado algo que le ha dejado incapacitado —dijo Lasgol convencido.

—Yo casi siempre tengo razón.

—Más bien casi nunca —le dijo Ingrid.

—Examinemos el cuerpo y determinemos qué tiene —dijo Lasgol—. Esto debe ser parte de la prueba.

—¿Tú crees? —dijo Gerd poco convencido.

—Sí. O se lo hubieran llevado a la Sanadora.

—Tiene sentido —dijo Ingrid.

Los cuatro lo examinaron con cuidado. Encontraron una marca como una picadura en su antebrazo. Alrededor de la misma tenía un moratón de un intenso azul-violeta. Eso les dio la pista. Continuaron el examen del cuerpo y los síntomas.

—Es el Sueño Violeta —concluyó Lasgol.

—Pues es un veneno de los fuertes —dijo Gerd.

—Uno de mis favoritos —dijo Viggo—. Deja a la víctima inconsciente por al menos un día y una noche y no hay forma de que despierte una vez se mezcle con la sangre.

—Debe de haber alguna forma —dijo Ingrid—. ¡Pensad!

Los cuatro quedaron en silencio rebuscando en sus conocimientos de Maestría de la Naturaleza.

—Podríamos intentar El Resucitador —dijo Lasgol.

—Pero no es para este tipo de envenenamiento. Es para fiebres muy altas y

paros de corazón —dijo Gerd.

—No se me ocurre otro...

—A mí tampoco.

—Pues está decidido. Hay que intentarlo —dijo Ingrid.

—Busquemos los ingredientes. No será fácil —dijo Lasgol mirando alrededor.

—No perdamos tiempo. ¡Vamos!

Los cuatro partieron a la carrera. Encontrar lo que necesitaban no sería nada sencillo en aquel bosque y de noche, contando sólo con la luz de la luna. Pero claro, aquello era parte de la prueba. No se lo iban a poner nada fácil.

Lasgol buscaba junto a unas raíces húmedas el hongo que necesitaban. Gerd lo hacía algo más adelantado a unos cien pasos. Lasgol pasó a otro árbol y buscó entre sus raíces. Por fin lo encontró.

Triunfal, fue a avisar a Gerd que ya estaba a más de ciento cincuenta pasos.

—¡Lo ten...! —comenzó a decirle pero no terminó la frase.

Gerd comenzó a correr entre los árboles alejándose de Lasgol.

«¿Qué hace?».

De pronto vio a varias figuras persiguiendo a Gerd. Se agachó en un movimiento fugaz. Entrecerró los ojos y los observó. Eran los Lobos. O al menos cuatro de ellos. Fue a tirar pero dudó. Lo pensó mejor. Gerd los alejaba de su posición. Si tiraba los atraería y a su espalda yacía Egil indefenso. Los eliminarían a todos. Suspiró. No podía ayudarlo.

«Suerte, amigo» deseó a Gerd que se sacrificaba para que no los descubrieran.

Lasgol volvió a la entrada de la gruta y explicó al resto lo sucedido. Ingrid estaba muy descontenta. Les costó bastante tiempo encontrar los ingredientes necesarios para la pócima. Luego prepararla fue todavía más complejo. Tuvieron que prender un fuego en el interior de la gruta y hacer lo posible por no ser descubiertos por los otros equipos. Lasgol sospechaba que varios de los capturados se hallaban en aquel área y, por lo tanto, sus equipos también. Finalmente consiguieron preparar el antídoto. Se lo dieron a Egil y esperaron con los dedos cruzados.

—No le hará mal, ¿verdad? —preguntó Ingrid preocupada.

—No creo. Es posible que no le haga nada, pero mal no creo —dijo Lasgol.

—Los antídotos luchan contra el veneno, si no hay veneno no deberían de hacer nada —dijo Viggo.

De súbito Egil abrió los ojos como platos y se incorporó de medio cuerpo.

—¿Dónde estoy?

—¡Egil! —exclamó Lasgol.

—¿Estás bien? —le preguntó Ingrid.

—Sí... creo que sí...

—¡Menos mal! —dijo Ingrid soltando un resoplido.

Lo ayudaron a ponerse en pie. Egil comenzó a recordar.

—Ya me acuerdo... me secuestraron...

—Será mejor que te contemos lo que está sucediendo —le dijo Ingrid.

Rápidamente le contaron todo lo sucedido y la situación en la que se encontraban.

—Oh... ya veo. No debemos perder más tiempo. Me encuentro bien.

—¿Estás seguro? —le preguntó Lasgol preocupado.

—Sí, estoy bien. Me siento como si hubiera estado realizando una profunda cura de sueño. De hecho me encuentro revitalizado.

—En ese caso sigamos —dijo Ingrid.

—¿No hay armas para mí? —preguntó Egil.

—No. La misión consiste en rescatarte. Tú no luchas.

—Oh...

—Y lo que es peor, los otros equipos pueden secuestrarte, con lo que perderíamos.

—Pues vaya una situación comprometida en la que me hallo. Gracias a los dioses helados tengo a mi equipo conmigo, que es el más hábil de todos. Nada me sucederá. Saldremos victoriosos.

—Yo creo que este todavía delira del veneno —dijo Viggo y le puso la mano en la frente como tomando su temperatura.

Lasgol sonrió.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! ¡A por la victoria! —dijo Ingrid con

su inquebrantable ánimo.

Salieron de la gruta y se dirigieron al sur, hacia la cañada por la que debían salir. Ingrid iba en cabeza seguida de Viggo, Egil en medio y Lasgol cerraba la retaguardia. La instructora Marga no los perdía de vista siguiéndolos a cierta distancia. Ingrid marcaba un alto ritmo, como era habitual en ella. Pero cuanto más al sur se dirigían, más cuidado debían tener pues los otros equipos estarían en ese momento siguiendo el mismo trayecto.

Ingrid llegó a la cima de una pequeña colina poblada de abetos. Se detuvo y se arrodilló. Levantó el puño. Todos se detuvieron y la imitaron mirando alrededor con ojos bien abiertos. Hizo una seña para que se acercaran en sigilo. Lasgol llegó junto a ella y descubrió por qué se había detenido. Frente a ellos, abajo, en medio de una amplia hondonada en el bosque, tres equipos estaban luchando por no ser eliminados.

—¿Qué equipos son? —preguntó Viggo en un susurro.

—Distingo a los Osos... los Zorros... y las Serpientes... —dijo Ingrid.

—Mejor rodearlos por el este —susurró Egil.

—Tenemos la posición elevada, podríamos esperar a que queden unos pocos y atacarlos. La ventaja es nuestra, acabaríamos con ellos —dijo Ingrid.

—Esa afirmación es correcta. Pero debemos tener en cuenta qué es lo más importante y el riesgo que correríamos. Si los rodeamos ganaremos tiempo y corremos menos riesgos. Podríamos llegar al final de la prueba y puntuar, que es lo realmente importante. El confrontamiento siempre acarrea riesgos y es impredecible.

—Yo estoy con Ingrid —dijo Viggo—. Acabemos con ellos ahora que tenemos la ocasión. Ellos no nos perdonarían de ser el caso contrario.

—Yo opino como Egil —dijo Lasgol.

Todos miraron a Ingrid. Ella observaba la situación y mascullaba qué hacer.

De pronto, al oeste, aparecieron los Halcones.

Ingrid se echó al suelo al instante. Los demás la siguieron. Se quedaron quietos observando al nuevo equipo enemigo. No los habían visto. Su atención estaba centrada en el confrontamiento en la hondonada.

Ingrid recapacitó.

—Haremos lo que dice Egil —susurró—. Si atacamos nos pueden

sorprender por la espalda mientras estamos enzarzados.

Los Halcones comenzaron a atacar a los otros tres equipos. Aprovechando la confusión las Panteras se escabulleron hacia el este.

Ingrid avanzaba ahora con máximo cuidado, atenta al más mínimo sonido, olor o movimiento que pudiera delatar a otro equipo. No iban muy rápidos, pero estaban cerca de salir de aquel bosque sin ser eliminados y no quería arriesgar.

—No seremos los primeros, pero lo conseguiremos —les había dicho su líder.

Alcanzaron un río bastante bravo y con caudal. Se animaron. Detrás del río descubrieron una zona menos densa bañada por la luz de la luna. Era el comienzo del gran cañón que desembocaba en la salida del bosque. Dolbarar estaría allí, esperando a los equipos. Estaban ya muy cerca. Un tronco caído cruzaba el río. Era recio y muy largo, de más de veinte pasos.

—Crucemos por el tronco, ganaremos tiempo —dijo Ingrid.

—Egil, ten cuidado y no caigas, el agua está muy brava —le dijo Viggo.

Egil tragó saliva y asintió. Lasgol le guiñó un ojo para darle ánimos.

Comenzaron a cruzar en fila de a uno. Ingrid primero, Viggo detrás, Egil en el centro y Lasgol tras él. Ingrid llegó sin problemas. Viggo estaba a punto de terminar de cruzar cuando una flecha le alcanzó de pleno en el pecho.

—¿Qué? —exclamó y antes de que pudiera reaccionar una segunda le dio en el costado.

Una tiradora rubia le había alcanzado desde unos arbustos a su derecha en la orilla contraria.

—¡Nos atacan! —gritó Ingrid, y clavó la rodilla armando su arco en un movimiento fulgurante.

Una flecha pasó rozando la cabeza de Lasgol. Procedían del lado del río que intentaban alcanzar. Era una emboscada. Ingrid tiró contra los matorrales desde los que les atacaban. Alcanzó a uno de los tiradores.

Era uno de los gemelos, Jared o Aston.

—¡Emboscada! ¡Son las Águilas!

Isgord apareció tras un árbol como un asesino de los bosques y con un tiro certero alcanzó a Ingrid en el pecho. Dos flechas más remataron a Ingrid, eran Alaric y Bergen desde los matorrales.

Los nombres de Viggo e Ingrid fueron pronunciados. Quedaban eliminados. Con un grito de rabia Ingrid bajó su arco y se sentó en el suelo. Viggo bajó del tronco y la imitó.

Egil se agachó en el momento que dos flechas buscaban su cabeza. Con ojos desbocados miró a Lasgol.

—¡Retrocedamos! —le dijo Lasgol y se puso a cuatro patas sobre el tronco para evitar ser un blanco fácil.

Comenzaron a gatear sobre el tronco mientras las flechas les pasaban rozando.

Lasgol levantó la cabeza. Estaban a cinco pasos de regresar al punto donde habían empezado a cruzar. Tenían una oportunidad. Si lograban llegar podrían echar a correr y ocultarse. Entonces fue cuando vio una cara a pocos pasos. Una cara amiga. Una cara que le encandilaba y le producía mariposas en el estómago.

¡Era Astrid!

Llegaba con Leana, Asgard y Borj.

—¡Búhos! —oyó gritar a Isgord en la otra orilla—. ¡Eliminadlos!

De pronto las flechas ya no buscaban los cuerpos de Egil y Lasgol sobre el tronco sino los de los Búhos. Estos tomaron posición a los lados del tronco y devolvieron el ataque. Las flechas volaban de un lado al otro.

Lasgol miró atrás y luego a Astrid. Él y Egil no podían retroceder, sólo avanzar, pero quedarían a merced de los Búhos. Avanzó un paso. Egil tras él. Miró a Astrid a los ojos. La mirada de ella le confirmó que podían acercarse. Lasgol dudó. Era una competición después de todo, por muy amigos que fueran. ¿Astrid les dejaría ir teniéndolos acorralados?

Astrid le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Su rostro mostraba calma, sus ojos amistad. Lasgol decidió confiar en ella. Se acercaron. Cuando estaban a un paso escuchó:

—¿Qué hacemos? —preguntó Leana a su Capitán.

Lasgol se detuvo y miró a los ojos de Astrid. Y vio el brillo de la traición. Lo leyó y supo que los iban a eliminar. Lasgol reaccionó como un rayo. Agarró a Egil y se tiraron al río. Lo último que oyó antes de que se lo llevara la corriente fue a Astrid decir a su equipo:

—Eliminadlos.

Lasgol luchó contra la corriente con todo su ser. Consiguió salir a flote e intentó ayudar a Egil que lo estaba pasando fatal.

—Aguanta —le dijo expulsando agua.

—No dejes... que me ahogue... —le rogó Egil con cara de enorme temor. Luchaba con todo su pequeño cuerpo por mantenerse a flote en medio de una fuerte corriente que los arrastraba río abajo.

Lucharon como jabatos por no perecer en las aguas. Lasgol consiguió dominar la situación. Egil se fue al fondo dos veces. Lasgol, vigilante, lo sacó por los pelos. Finalmente la corriente los arrastró hasta un recodo pronunciado y allí pudieron sujetarse a unas ramas y salir del río.

Quedaron tendidos sobre la orilla. Incapaces de moverse por el terrible esfuerzo y la horrible experiencia.

—Gracias... amigo... —le dijo Egil—. He... tragado un océano.

—De nada. Tenía que sacarte. He sido yo quien te ha echado, después de todo.

Egil rio y comenzó a toser.

Les llevó un buen rato recuperarse.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lasgol.

—Creo que deberíamos terminar la prueba. Tienes al capturado, osease a mi persona, y tú no has sido eliminado. Todavía podemos conseguirlo.

—Eso es cierto. Aunque estamos en muy malas condiciones...

—Al menos estamos en la orilla correcta. Hemos cruzado —dijo Egil con una gran sonrisa.

Lasgol rio. —Casi nos ahogamos pero hemos cruzado.

—Sigamos hacia la salida. Si no me equivoco debe estar muy cerca en dirección sureste.

—Vamos.

Los dos amigos avanzaron con cuidado. Lasgol había perdido el arco, sólo contaba con sus hacha y cuchillo. Estaban mojados, helados, muy cansados, pero seguían adelante. Llegaron hasta una colina muy pronunciada, casi como una pared de montaña.

—Tendremos que escalarla —dijo Egil.

—¿Seguro que es la dirección correcta?

—¿De verdad crees que me pondría a escalar ahora si no lo estuviera?

Lasgol soltó una carcajada. —De acuerdo, escalemos.

Les costó un buen esfuerzo. Terminó por agotarlos. Exhaustos, lograron coronar. En la cima descubrieron que era una de las paredes del cañón de salida.

—Estaba en lo cierto —dijo Egil de rodillas, jadeando.

—Tú siempre lo estás —le respondió Lasgol y se dejó caer a su lado. Estaba molido.

—Hay raras veces en las que me equivoco —sonrió Egil que intentaba disimular lo cansado que estaba. Apenas se tenía en pie.

—Hay que descender. Esta parte al menos será fácil.

—Vamos.

Se dejaron caer al interior, deslizándose por la ladera húmeda. Los dos llegaron al fondo y se quedaron tendidos en el suelo de espaldas. Se pusieron en pie haciendo un esfuerzo descomunal y encararon la salida del bosque. Miraron atrás, todo despejado. Miraron al frente. Unos pocos árboles y lo que parecía ser la salida del cañón.

—¿Qué crees que habrá pasado con los Búhos y las Águilas? —le preguntó Lasgol.

—Me imagino que ambos se habrán quedado sin saetas y habrán pasado al cuerpo a cuerpo. Es la deducción más lógica. No creo que las Águilas les hayan permitido cruzar. Son más fuertes. Mejores.

—Ya...

—Mira. Detrás de los árboles veo luz, creo que son antorchas —dijo Egil señalando al fondo del cañón.

Lasgol entrecerró los ojos.

—Creo que distingo un gentío... esperando detrás de los últimos árboles.

—Debe ser la salida —dijo Egil.

—Cierto. Ya estamos.

—¡Lo vamos a conseguir! —dijo Egil con una gran sonrisa entrando en los árboles.

De súbito, unos pies cayeron sobre Lasgol y lo golpearon con fuerza en el pecho. Salió despedido de espaldas. Rodó sobre sí mismo dos veces y se

quedó tendido en el suelo boca abajo.

Isgord estaba a cuatro pasos con una enorme sonrisa de triunfo en su cara. Los debía haber estado esperando encaramado al árbol.

Egil se volvió hacia Lasgol. De otro árbol le cayó encima el gemelo Jared. Egil quedó sepultado bajo el peso del enorme chico.

Lasgol se puso sobre una rodilla y desenvainó hacha y cuchillo. Isgord y Jared no llevaban arcos, tendrían que luchar cuerpo a cuerpo. No tenía mucha opción contra aquellos dos, pero lucharía. Lo intentaría hasta el final.

Isgord sonrió de oreja a oreja. —Me encantaría quedarme a luchar contigo y darte una lección. Pero tengo una opción mucho mejor. Me llevo a tu capturado. Gano la prueba y me recompensarán no sólo con la Hoja de Prestigio sino con una Hoja de Roble para cada uno de mi equipo por capturarlo. Ah, y tu equipo queda eliminado.

—¡Nooo! —gritó Lasgol al ver la jugada magistral de Isgord.

—Adiós, perdedor.

Lasgol se puso en pie. Isgord salió corriendo hacia la meta como una centella. Jared cargó a Egil al hombro y corrió tras Isgord.

Lasgol los siguió pero los pocos pasos que le llevaban eran ya demasiada ventaja. Alcanzaba la salida de los árboles cuando los dos rivales cruzaban la meta.

—¡Águilas vencedores de la Prueba de Verano! —oyó decir a Dolbarar.

Los aplausos y vítores llegaron hasta Lasgol.

—¡Panteras de las Nieves pierden su capturado, quedan eliminados! —proclamó Dolbarar.

Lasgol cayó de rodillas frente a la meta.

Habían perdido.

Capítulo 20

Los días que siguieron a la Prueba de Verano fueron largos y tortuosos. La moral de las Panteras de las Nieves estaba por los suelos. En especial la de Lasgol por haber fallado a su equipo cuando estaban tan cerca de conseguirlo.

Gerd puso su enorme brazo sobre los hombros hundidos de Lasgol.

—No ha sido culpa tuya —le reconfortó mientras comían.

—No, ha sido culpa de ese cretino —dijo Viggo lanzando una mirada de odio a Isgord que se pavoneaba por todo el comedor entre las mesas de los de segundo año, como el gran campeón de la Prueba de Verano.

—La verdad es que lo hizo muy bien... —reconoció Nilsa.

—A ti se te cae la baba cada vez que ese respira. ¿Pero no te das cuenta de que es un ególatra y está lleno de odio? Si lo aprietas lo suficientemente fuerte seguro que estalla y te baña en pus de pies a cabeza —le dijo Viggo.

Nilsa puso cara de asco. —Sé que no se ha portado bien. No creas que no lo veo. Pero ganó limpiamente.

—Fueron los mejores —sentenció Ingrid que era a la que más había afectado la derrota.

—Una jugada muy bien pensada la de esperar ocultos al final de la prueba —dijo Egil—. Y ejecutada a la perfección, he de reconocer. Digna de una mente inteligente.

—Y podrida —dijo Viggo mordiendo una manzana.

—Les han concedido una Hoja de Roble extra a todos y la Hoja de Prestigio —dijo Gerd negando con la cabeza— y este año sólo dan dos.

—Ha sido culpa mía. Me confié al final —dijo Lasgol cabizbajo mientras ahogaba sus penas en la sopa de ajo.

—No te culpes, yo estaba allí contigo y tampoco lo vi venir —le dijo Egil.

—Bueno, tampoco nos han penalizado tanto... —dijo Nilsa.

—¿No tanto? —protesto Ingrid molesta—. Nos han concedido una Hoja de

Roble en Tiro y Pericia.

—Pero dos en Fauna y Naturaleza —apuntó Nilsa con tono positivo.

—Yo llamo a eso mediocre tirando a perdedor —dijo Ingrid—. Tendremos que sacar tres en Tiro y Pericia en la Prueba de Invierno para pasar el año. Eso es casi un imposible.

—No para ti —dijo Viggo—, aunque sí para nosotros.

—Ya me entiendes, ¿cómo vamos a sacar todos la puntuación máxima en esas dos Maestrías si son las más difíciles?

—Ingrid tiene razón, nos hallamos en una situación sumamente complicada —dijo Egil—. Por fortuna tenemos corazón de león y mente de zorro, no nos vamos a rendir. Yo al menos no, y sé que vosotros, mis queridos compañeros de equipo, tampoco.

Las palabras de Egil animaron al resto.

—Si Egil no se rinde yo tampoco —dijo Gerd y cerró su gran puño con fuerza.

—Yo menos, antes mato a alguien —dijo Viggo con cara de pocos amigos.

Lasgol asintió y una tenue sonrisa apareció en su deprimido semblante.

Nilsa asentía balanceándose en el asiento, incapaz de estarse quieta.

—Está bien. No nos rendimos. Lucharemos —dijo Ingrid.

—Recordad que hay otros equipos en peor situación que la nuestra —dijo Nilsa.

—Cierto. Sólo unos pocos equipos completaron la prueba —dijo Gerd.

—Los que terminarán pasando el año —dijo Ingrid.

—La competencia será feroz en la Prueba de Invierno. Debemos prepararnos —dijo Egil.

—Ya veo que este va a ser otro año magnífico —se quejó Viggo con un enorme resoplido.

—Yo diría que fascinante —dijo Egil.

Viggo puso los ojos en blanco y se golpeó la frente con la mano.

Gerd comenzó a reír y el resto se unieron a sus carcajadas. Una vez más, la camaradería y el buen humor les ayudó a seguir adelante.

Por las noches, cuando estaban en la cabaña, varias cuestiones asaltaban la

mente de Lasgol y le impedían echarse a dormir como lo hacían sus compañeros. Camu, su jovial y travieso compañero, al que ya quería con locura, era una de esas cuestiones. No entendía su presencia a su lado. ¿Qué era aquella criatura tan sorprendente como enigmática? ¿Qué habilidades tenía o podía llegar a desarrollar? ¿Por qué lo tenía él? ¿Estaba relacionada con la muerte de su padre? ¿Con que hubieran intentado matarle a él? Probablemente no. Sin embargo, todas estas cuestiones rondaban la mente de Lasgol y le impedían dormir.

Cada vez tenía más claro que debía descubrir qué clase de criatura era Camu. Aquello le proporcionaría al menos una pista que seguir. Sabiendo qué era, podría intuir su función, origen o algo que le ayudara con el misterio que lo rodeaba. Egil y él ya habían revisado toda la biblioteca y no había mención alguna a un animal remotamente similar a la criatura en ningún tomo o pergamino de las plantas superiores.

Una noche, Egil y Lasgol se escabulleron hasta el sótano de la biblioteca, donde se rumoreaba había una sección reservada que contenía tomos sobre magia y hechicería, o al menos eso decía Gurton, un grandullón de tercer año que era del mismo condado que Egil. Siendo Egil hijo de quien era, se lo había confiado. Lasgol empezaba a entender las ventajas de ser de la nobleza, incluso allí, en medio de un valle recóndito rodeado por altas montañas y bajo el dominio de los Guardabosques. Según les había confiado Gurton, allí guardaban tomos antiguos sobre materias arcanas. Pero la sección estaba guardada tras una sólida puerta de hierro cerrada con llave.

Habían pedido a los bibliotecarios que les dejaran examinar los tomos en el interior, pero estos se habían negado en redondo. Aquella sección estaba reservada a Dolbarar y los Cuatro Guardabosques Mayores. Contenían tomos muy valiosos de sabiduría sólo al alcance de los dirigentes de los Guardabosques y las Maestrías y, por supuesto, negaron que hubiera nada sobre magia o hechicería guardado allí abajo. Según los bibliotecarios esos tomos estaban prohibidos en todo el Campamento.

Lasgol y Egil habían regresado y comentado con el resto del grupo.

—¿Para qué queréis entrar ahí? Si la tienen cerrada con llave será por algo—dijo Ingrid.

Lasgol, que estaba jugando con Camu, le señaló.

—Por él. Para averiguar qué es.

—O ella —dijo Egil con una sonrisa y se acercó a acariciarlo.

Estaba creciendo muy deprisa, sólo el cuerpo ya medía más de un palmo y la cola otro palmo más. Le encantaba corretear por todo el cuerpo de Lasgol. Los pies de la criatura parecían pegarse a cualquier superficie y nunca se caía. Se había acostumbrado a Egil, que siempre quería acariciarlo. Y, aunque no se dejaba coger, sí permitía que el estudioso lo acariciara. Jugaban al “escondite”, como Egil lo denominaba. Él le acariciaba la cabeza y Camu se escondía haciéndose invisible para aparecer al cabo de un momento en cualquier parte de la cabaña y Egil debía encontrarlo. Se pasaban largos ratos jugando. A la criatura parecía gustarle el juego y habían descubierto que podía moverse en su estado de camuflaje-invisibilidad, moverse muy rápido.

—Os vais a meter en un lío... —dijo Ingrid nada convencida.

—Hay que descubrir qué es y por qué razón llegó hasta Lasgol —dijo Egil.

—¿Alguien sabe forzar cerraduras? —preguntó Lasgol.

Todos miraron a Viggo casi de forma simultánea.

—¡Por los matones de los barrios bajos! ¿Por qué me miráis todos a mí?

—Porque te conocemos hace ya tiempo y sabemos que de entre todos nosotros, tú eres el que tiene más posibilidades de poseer esa “habilidad” —dijo Ingrid enarcando una ceja.

Egil soltó una carcajada. —Bien expuesto.

Viggo arrugó la nariz y la frente y su habitual rostro enigmático y bien parecido, se volvió uno de disgusto.

—Vamos, confiesa —le dijo Nilsa que se le acercó hasta pegar su nariz a la de él, como si lo interrogara.

—Está bien... Sí, sé cómo forzar cerraduras —dijo Viggo dándoles la espalda y cruzando los brazos sobre su pecho, fingiendo que estaba muy ofendido por las implicaciones.

—¿Veis? —exclamó Ingrid levantando los brazos al cielo en gesto de victoria.

—¡Cazado! —dijo Nilsa con una risita triunfal.

—¿Nos ayudarás? —pidió Lasgol.

—Está bien. Pero si nos pillan será culpa vuestra, no mía.

—Necesitaremos herramientas —dijo Egil.

—Nah... necesitaremos esto —dijo Viggo y de la parte posterior de su cinturón sacó unas ganzúas.

—No quiero saber de dónde las has sacado ni por qué las tienes. Es más, no quiero saber nada más de tu “pasado”. Eres todo menos trigo limpio —dijo Ingrid señalándole con su dedo índice, acusadora.

Viggo sonrió con malicia. —Yo nunca he dicho que lo fuera.

Ingrid resopló y marchó. —No quiero saber nada de todo este asunto. Conseguiréis que os expulsen, ya veréis.

Pero Lasgol y Egil estaban ya convencidos y Viggo no pudo resistirse a romper las reglas. Era superior a él, así que se unió a ellos.

Después de sopesar cuál sería el mejor momento decidieron arriesgarse. La primera noche que intentaron forzar la cerradura casi los descubre uno de los tres bibliotecarios que había oído ruidos y había bajado a ver qué sucedía en el sótano. Le dijeron que se habían perdido y que no conocían bien toda la biblioteca. Por fortuna les creyó, después de todo Viggo nunca la pisaba, pero tuvieron que retirarse.

Maldijeron su mala suerte. Los tres bibliotecarios a cargo de la Biblioteca estaban siempre muy ocupados, ya que eran pocos para atender a todos los alumnos de los cuatro cursos. De avanzada edad, eran lentos y pacientes, y dedicaban gran parte de su tiempo a ayudar a muchos de los iniciados que no sabían leer o escribir. Cuando estos acudían a estudiar, los dos Guardabosques Bibliotecarios les leían y explicaban las materias que debían aprender. Generalmente de la Maestría de Naturaleza o de la de Fauna y aprovechaban para comenzar a enseñarles a leer. Era obligación de los iniciados aprender a leer y escribir para poder pasar al segundo año. Afortunadamente para las Panteras aquello no había sido un problema pues todos sabían leer y escribir, aunque a diferentes niveles. Gerd y Viggo tenían dificultades, mientras Egil sobresalía con Ingrid, Nilsa y Lasgol en un nivel intermedio.

Volvieron a intentarlo tres noches más tarde. Se aseguraron de que los bibliotecarios estaban ocupados y que el sótano estaba desierto. Viggo intentó forzar la cerradura, lo intentó un buen rato, pero no lo consiguió.

—Esto es muy raro —susurró Viggo—. No puedo abrirla y os aseguro que soy bueno en esto, muy bueno.

—Te creo —dijo Egil rascándose la barbilla.

Lasgol se acercó a la cerradura y puso su mano sobre ella. Sintió algo

extraño y un escalofrío le recorrió la espalda.

—No creo que podamos forzarla... —dijo y de súbito Camu apareció en su hombro. Emitió un chillido y su cola se tensó, señalando la cerradura.

Viggo y Egil le miraron con ojos como platos de la sorpresa.

—¿Qué hace ese bicho aquí! —protestó Viggo entre dientes con cara de disgusto.

—¿No sabía que estaba conmigo! Ha estado invisible todo este tiempo.

—Que no chille o nos descubrirán —dijo Egil.

—Y ¿cómo hago para que no chille?

Camu estaba ahora rígido, señalando la cerradura con su cola.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Viggo.

—Puede ser por... —comenzó a decir Lasgol pero antes de decir “magia” se calló.

—Tengo una idea —dijo Egil—. Acércale a la cerradura.

—¿Estás seguro?

Egil asintió.

Lasgol acercó el hombro a la cerradura.

De súbito Camu se volvió de color dorado. Todos lo miraron sin comprender qué sucedía. Emitió un gruñido y sacudió la cola. La punta tocó la cerradura y al hacerlo se produjo un destello dorado.

—¿Controla ese bicho! ¡Nos van a descubrir! —protestó Viggo.

—¿Fascinante! —exclamó Egil.

La criatura miró a Lasgol y flexionó las piernas varias veces, como si estuviera contenta y volvió a hacerse invisible.

—¿A dónde ha ido?

Lasgol se palpó el hombro pero Camu ya no estaba allí. Se encogió de hombros.

—Prueba ahora, Viggo —dijo Egil.

—¿Para qué? Ya lo hemos intentado antes.

—Hazme caso...

—Está bien. Pero tú vigila a tu bicho.

Viggo utilizó las ganzúas y, para su enorme sorpresa, la puerta se abrió después de un *clic*. La terminaron de abrir con cuidado. Descubrieron una enorme habitación con grandes y robustos estantes contra tres de las paredes. La cuarta tenía una chimenea con un fuego bajo encendido. En el centro de la habitación había una enorme mesa redonda con seis sillas.

—Rápido, aprovechemos la ocasión, no hay nadie —dijo Egil.

Entraron, pero a Viggo no le gustó la idea. Sacudió la cabeza.

—Si no hay nadie, ¿por qué está la chimenea encendida?

Egil y Lasgol que ya buscaban entre los tomos de los estantes no le prestaron atención. Viggo protestó y se quedó de guardia en la puerta. Buscaron en los tomos, los había de todo tipo: “El Don y sus manifestaciones”, “Magos de Hielo”, “Magia de Sangre”, “El desarrollo del Talento”, “Análisis de la Magia de Maldiciones”, “Magia de los Cuatro Elementos”, “Encantamiento de Objetos”, “Teorías sobre la magia Ilenia y su procedencia”, “Magia Oscura”, “Magia de Guardabosques”, y muchos más.

Egil estaba tan excitado que apenas podía respirar.

—¡Todos estos tomos, todo este conocimiento! ¡Esto es maravilloso!

—Y los bibliotecarios nos habían asegurado que no había ni un tomo de magia en el Campamento... —dijo Lasgol negando con la cabeza.

—Tengo la sensación de que hay mucho que todavía desconocemos del Campamento y los Guardabosques —dijo Egil.

—Y que nos ocultan —añadió Viggo.

—Eso también —convino Egil.

—Encontrad lo que buscamos y salgamos de aquí —les dijo Viggo—. Ahora que sabemos qué tienen aquí, ¡si nos pillan nos van a expulsar!

Lasgol tenía esa misma sensación. Se pusieron a buscar por todas partes.

—¡Aquí! “Tratado sobre criaturas mágicas” —dijo Egil y puso un gran tomo sobre la mesa.

Lasgol se acercó y al pasar junto a la chimenea, Camu volvió a aparecer en su hombro izquierdo. Se puso rígido, apuntó con su cola al fuego y chilló.

—¡Shhh! —protestó Viggo—. ¡Haz que el bicho se calle!

Lasgol acarició a Camu, pero este no cambió su pose.

—Vamos, pequeño, no chilles por favor.

Egil devoraba las páginas del tomo.

—Dragones... no, Gryphos... tampoco, Hydras... no. Esto no sé qué es, pero tampoco...

—¡Daos prisa!

—No lo encuentro, hay una interminable variedad de criaturas mágicas en este tomo, pero nada parecido a nuestro amigo —dijo señalando a Camu que seguía rígido apuntando con la cola hacia el fuego.

—¡Alguien viene! —alertó Viggo.

—¡Escondéos! —dijo Lasgol y se echó bajo la mesa por el lado contrario a la puerta. Viggo le siguió y se escondió junto a él. Egil corrió a dejar el tomo en su sitio en el estante y según volvía, la puerta comenzó a abrirse. Lasgol se mordió el labio. Viggo le hizo una seña a Egil para que se echara al suelo. Egil, a media carrera, se tiró con los pies por delante y se deslizó por el suelo hasta llegar bajo la mesa junto a sus dos amigos.

Uno de los dos bibliotecarios apareció en la puerta e inspeccionó la sala con mirada de sospecha. Lasgol buscó a Camu pero había vuelto a desaparecer por la conmoción. El bibliotecario barrió la estancia con la mirada. Los tres compañeros se quedaron bajo la mesa, quietos como estatuas, envueltos por las sombras, reduciendo su respiración para no ser detectados, como habían aprendido en la instrucción de la Maestría de Pericia. Pasaron unos momentos de tensión. El bibliotecario no parecía convencido, como si algo no le encajara. Finalmente se dio la vuelta y cerró la puerta tras de sí. La cerró con llave.

—Fiuuuuu... —resopló Viggo.

—Por qué poco... —dijo Lasgol hinchando los pulmones.

—Muy buen deslizamiento, sabiendo —le dijo Viggo a Egil.

—Gracias, parece que año y medio de intenso entrenamiento físico le ha sentado de maravilla a mí ya no tan escuálido cuerpo —dijo con una sonrisa de satisfacción y flexionó los brazos.

—Será mejor que salgamos de aquí antes de que vuelvan o ese bicho empiece a chillar otra vez.

—Sí, marchemos —dijo Egil—, no he encontrado lo que buscaba.

Los tres compañeros se acercaron hasta la puerta. Viggo usó la ganzúa y funcionó. Disimulando, subieron al piso superior y salieron de la biblioteca

como si nada hubiera ocurrido.

—Ha estado bien, no lo repitamos —dijo Viggo con una mueca cómica.

—¿Por qué no? —le siguió el juego Egil—. Yo mañana por la noche no tengo nada que hacer. Estoy a vuestra entera disposición.

Lasgol sacudió la cabeza y sonrió. Viggo puso los ojos en blanco. Regresaron a la cabaña, ya habían arriesgado suficiente por aquella noche.

Capítulo 21

La Maestría de Tiradores estaba resultando muy entretenida aquella tarde y, por primera vez en mucho tiempo, las Panteras disfrutaron de la instrucción, lo que les ayudó a levantar algo la moral. Estaban en el interior de un bosque tupido y la Instructora Marga había dividido los equipos por parejas que debían enfrentarse en una prueba el uno contra el otro. Les había dado los arcos compuestos con los que llevaban entrenando desde hacía tiempo. Sin embargo, las flechas eran un tanto especiales. La punta terminaba en una pequeña bola metálica recubierta de trapo. Dolía, pero no hacía herida.

—Primera pareja —pidió Marga.

Eran Astrid y Leana, su compañera de equipo en los Búhos, una chica rubia y delgada de una belleza exótica, aunque a ojos de Lasgol la belleza de Astrid no se podía comparar, era algo especial... Sintió una punzada de dolor en el pecho al pensar en lo que había sucedido en la Prueba de Verano. No podía creer que ella no le hubiese ayudado. Sacudió la cabeza, molesto, enfadado.

—Muy bien —continuó Marga—. Hay dos senderos que corren paralelos cruzando el bosque con unos cien pasos de separación entre ellos. No son naturales, han sido creados para esta prueba. Situaos al comienzo de cada sendero.

Astrid y Leana obedecieron. Podían verse entre ellas, si bien en medio había árboles y maleza abundante.

—Cada una tenéis doce flechas. Debéis usarlas para alcanzar al rival mientras corréis hasta llegar al final del recorrido. Gana quien llega antes y con menos impactos recibidos. La única regla es que no podéis abandonar el sendero bajo ninguna circunstancia. ¿Lo habéis entendido?

Leana miró a Astrid y esta asintió. Luego la rubia belleza asintió también.

—Muy bien. Colocaos. ¿Listas? ¡Ya!

Astrid salió corriendo por el sendero. Leana también. De pronto Astrid

armó el arco mientras corría y apuntó. Leana hizo lo propio. La dificultad de la prueba era evidente. Debían apuntar mientras corrían por un estrecho sendero irregular, saltando por encima de raíces, tocones y maleza. Un descuido, un tropiezo y sería el final de la prueba para quien lo cometiera.

Astrid soltó. La flecha recorrió los cien pasos que las separaban librando de forma magistral los árboles entre ellas pero no alcanzó a Leana que aceleró el paso y dejó la flecha pasar a su espalda. Ahora era el turno de la rubia. Su flecha rozó el cuerpo de Astrid pero tampoco lo alcanzó, aunque por muy poco.

El espectáculo tenía a todos cautivos. Nadie apartaba la vista ni un instante. Las dos compañeras intercambiaron varias saetas mientras se mantenían dentro del sendero y corrían con todo su ser. Leana fue la primera en acertar: alcanzó a Astrid en el hombro y la descolocó. Por un momento pareció que perdería el equilibrio y se saldría del sendero, con lo que hubiera perdido. Pero se rehízo. Leana le llevaba ahora ventaja. Astrid corrió con todo su ser. Otra flecha de Leana fue directa al rostro de Astrid, pero un momento antes de alcanzarla golpeó un árbol entre ellas.

Lasgol resopló.

—El enfrentamiento es espectacular —dijo Nilsa en voz baja. No podía estarse quieta de la emoción.

Astrid se puso a la altura de Leana. Intercambiaron más tiros que golpearon árboles o se perdieron a derecha e izquierda de las corredoras. Parecía que ya no apuntaban con tanta claridad.

—Es el cansancio —le susurró Egil—. Les impide tirar bien.

Ingrid asintió. —Están llegando al final. Esto se pone emocionante.

Llegaron los últimos cincuenta pasos. Las dos compañeras iban igualadas. Se apuntaron, esperaron un momento a alcanzar un claro entre ellas. Soltaron. Sin los árboles en medio las dos saetas cruzaron la distancia que las separaba y ambas hicieron blanco. Astrid aguantó el golpe en el pecho. Leana fue alcanzada en la pierna con fuerza, se desestabilizó y se fue al suelo. Astrid salió del bosque victoriosa.

Los demás Aprendices aplaudieron a rabiar.

—Ha sido genial —dijo Gerd.

—Son muy buenas esas dos —dijo Viggo con un claro tono de envidia.

Astrid fue a ver cómo estaba su compañera y la ayudó a levantarse. Las dos intercambiaron unas palabras y volvieron con el grupo sonriendo.

—Siempre digo que una demostración vale más que mil explicaciones —dijo Marga—. Ha quedado bien claro. Lo habéis hecho muy bien, mucho mejor de lo que esperaba. Se ve que el entrenamiento va cuajando en vosotras. Veamos qué tal el resto. ¡Siguientes!

Todos fueron pasando por la prueba y, tal y como la instructora Marga sospechaba, no todos lo hicieron tan bien. Entre ellos Nilsa, que compitió contra Ingrid. A medio camino, esquivando una saeta de su amiga, tropezó con una raíz y salió despedida del sendero para golpearse contra un árbol y quedar sin sentido. Por fortuna no le pasó nada más que un chichón en la frente.

Gerd compitió contra Viggo. Los dos lo hicieron bastante bien aunque se veía claro que no eran ni tan ágiles ni tan buen tiradores como otros competidores. Ganó Viggo que alcanzó al grandullón seis veces.

—Eres un blanco fácil, demasiado grande —le chinchó al acabar la prueba.

Gerd se rio. —Ya lo creo. Lento y grande como una montaña.

Lasgol compitió contra Egil. La verdad fue que se contuvo, quiso dejar que la prueba llegara hasta el final y allí derrotó a su amigo limpiamente.

—Sé que no has ido con todo, gracias —le dijo Egil.

—La próxima lo haré, esta era de calentamiento —le dijo Lasgol.

Los que sobresalieron fueron las Águilas y los Lobos. Sobre todo Isgord, que parecía un asesino de los bosques. Luca, el capitán de los Lobos, también era temible. Corrían a una velocidad pasmosa y cada uno de sus tiros alcanzaba al rival, por complicada que fuera la visibilidad o el ángulo del tiro.

—Dan miedo —comentó Gerd.

—Sí, son muy buenos —convino Lasgol.

—Pues mantente apartado de Isgord. Ya sabes que te la tiene jurada y en cuanto pueda te la jugará —le advirtió Viggo.

—Lo sé... —dijo Lasgol que sabía que la amenaza era muy real, aunque no entendía la motivación de Isgord.

Tras la prueba, de vuelta a las cabañas, Lasgol se cruzó con Astrid que iba acompañada de Leana. Lasgol bajó la cabeza y no le dijo nada.

—¿Ni un saludo? —le reprochó ella con una medio sonrisa.

Lasgol se detuvo y la miró. —Hola, Astrid —dijo en un tono tan neutro como pudo.

—¿Nos dejas un momento? —le pidió Astrid a Leana.

—Claro, nos vemos en la cena —dijo ella y marchó.

Astrid se acercó a Lasgol. —¿Enfadado?

—¿Yo? No. Claro que no.

—Yo diría que sí.

—¿Por qué habría de estarlo? —disimuló él sin mirarle a los ojos.

—Eso me pregunto yo.

—Pues eso, no hay motivo, no estoy enfadado.

—Lo has dicho con un tono de estar molesto.

—Para nada. Te estás imaginando cosas —dijo Lasgol disimulando y mirando hacia las montañas.

—No me imagino cosas. Ni siquiera me miras a los ojos.

Lasgol se vio forzado a hacerlo. —Ya te miro, ¿ves?

—Es por lo de la Prueba de Verano.

—Hiciste lo que debías —respondió Lasgol y comenzó a sentir una punzada en el estómago mezcla de rabia y dolor.

—Lo sé.

—Pues si lo sabes no tenemos por qué hablar más del tema —respondió él un poco más fuerte de lo que hubiera querido.

—¿Ves? Estás molesto.

—Podías haberme ayudado. Creía que éramos amigos.

—Y lo somos.

—Pues no pareció así. Tiraste contra mí.

—No podía hacer otra cosa... no en aquella situación...

—Siempre hay una salida. Sólo hay que buscarla.

—Es mi deber como Capitán hacer lo mejor para mi equipo.

—¿Y cómo mi amiga, que según me dices también eres?

—No podía dejarte ir, es una competición de equipos...

—Sí, y tu equipo la terminó. Cumpliste. No como el mío que no lo consiguió. En parte por tu culpa.

—¿Mi culpa?

—Me obligaste a tirarme al río y por poco nos ahogamos.

—Te di una oportunidad y deberías agradecermelo.

—¿Cómo que agradecértelo?

—Podía haber tirado. Y te hubiera alcanzado.

—Quizás, quizá no —dijo Lasgol cada vez más molesto.

—Me parece que se te están subiendo a la cabeza los aires de héroe.

—Y a mí me parece que se te están subiendo a ti los de Capitana sabionda.

—¿Sabi... sabionda? —dijo Astrid sin poder creer lo que escuchaba.

—Eso he dicho.

—¿No será que las nuevas amistades que tienes te confunden?

—¿Qué nuevas amistades?

—Cierta rubita de primer año.

—¿Val?

—¿Ya la llamas por su apodo?

—Yo... es sólo una amiga... —dijo Lasgol confundido.

—A la que ves a menudo.

—Nos encontramos... de vez en cuando... es casualidad... el Campamento no es tan grande.

—Ya, ya, por casualidad.

—No sé qué tiene esto que ver con lo que estábamos hablando.

—Tiene que ver porque te comportas como un tonto.

—¿Tonto? ¿Yo?

Astrid asintió con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Al menos yo sé quiénes son mis amigos.

—Y yo también.

—Eso está claro. No hay nada más que hablar —dijo Lasgol muy enfadado y se dio la vuelta para marchar.

—Engreído —le dijo Astrid.

—Sabionda —le respondió Lasgol y marchó con paso rápido. Estaba tan furioso que iba a estallar.

—¡La próxima vez tiraré a tu frente!

Lasgol le hizo un gesto de rabia con la mano y siguió andando, si se daba la vuelta iba a decir algo de lo que se arrepentiría.

Unos días más tarde, para quitarse a Astrid de la cabeza, Lasgol decidió investigar por su cuenta sobre su querido amigo Camu. No quería meter en líos a sus compañeros. Había una pista que quería perseguir así que se dirigió al gran almacén a la entrada del Campamento. Era un edificio enorme, el más grande del lugar. Era muy curioso. Para disimular la fealdad de edificar un descomunal rectángulo alargado, lo habían rodeado de fresnos y las paredes y techos estaban recubiertas de sendas enredaderas y musgo que lo cubrían todo. Lo habían hecho tan bien que uno pasaba por delante sin darse cuenta siquiera de que estuviera allí.

El edificio era un lugar clave en el Campamento pues toda la comida, víveres, ropa, armas y demás pertrechos que llegaban se almacenaban allí antes de ser distribuidos. Había un flujo constante de personas y cajas entrando y saliendo por la gran puerta principal. Y la persona que lo manejaba todo era un viejo Guardabosques llamado Guntar, aunque en el campamento era conocido como el viejo “Grunt”.

—¿Qué quieres? —gruñó a Lasgol desde detrás del mostrador, sin un ‘buenos días’.

Lasgol no había tenido tiempo ni de llegar hasta el mostrador. Se quedó con la palabra en la boca.

—Vamos, no tengo todo el día —dijo. Tenía el rostro lleno de arrugas y estaba calvo. Pero lo que más llamaba la atención era que tenía cara de bulldog. El parecido era sorprendente.

—Hola, soy...

—Ya sé quién eres. ¿Qué quieres? —le ladró.

—Veras... vengo por un asunto personal...

—Aquí sólo tratamos con intendencia. Yo soy el Guardabosque Intendente Mayor. Si no es eso lo que buscas, ya puedes ir saliendo.

—Es que...

—¿No ves la de trabajo que tenemos? —dijo señalando a sus ayudantes

que no paraban de transportar cajas y contenedores de un lugar a otro.

—Es sobre mi padre...

Guntar se estiró. Le miró fijamente.

—¿Qué sobre tu padre?

—Recibí las pertenencias de mi padre a su muerte. Me preguntaba si se enviaron desde aquí.

—Sí. Las enviamos nosotros. Todos los Guardabosques tienen un depósito en este lugar con sus pertenencias, una especie de “banco”, pero mejor custodiado. Cuando están fuera del Campamento sirviendo al Rey, guardamos sus haberes. Cuando alguno fallece, se envían a su familia más cercana. Así ha sido siempre.

—Entiendo. Me preguntaba si podría hablar con quién recogió las cosas de mi padre.

—Ese sería mi primo Murch, él está a cargo de los depósitos.

—¿Puedo hablar con él?

—Está al fondo del almacén. Nadie puede entrar al depósito excepto él y yo. Es por seguridad y confidencialidad.

—Hay ciertos asuntos que es mejor dejar estar —dijo una voz a la espalda de Lasgol. Se giró y vio a Haakon. Se sobresaltó. Lo estaba observando con aquella mirada siniestra tan suya. No parecía nada complacido.

—Yo sólo...

—Lo que ocurrió con tu padre es agua pasada. Agua que no ha de ser removida y enturbiada. ¿Me he explicado?

—Desde luego, señor —dijo Guntar asintiendo.

—Pero... —quiso protestar Lasgol.

—Ya se aclaró todo. Limpiaste su nombre. No se hable más del asunto.

—Es sólo que...

—Un Aprendiz no rechista a un Instructor, mucho menos a un Guardabosques Mayor —le dijo Haakon con una frialdad letal. A Lasgol se le erizó el pelo de la nuca.

—Sí, señor.

—Ahora vuelve a tus quehaceres y olvida este asunto. No volveré a repetirlo.

Lasgol bajó la cabeza y salió de allí. Según se iba oyó a Guntar preguntar a Haakon en qué podía ayudarle. «En nada» respondió él.

Lo sucedido dejó a Lasgol un muy mal sabor de boca. ¿Por qué no quería Haakon que investigara el asunto? ¿Cómo había aparecido allí? ¿Lo estaba siguiendo? Y si no quería nada de Guntar, ¿para qué había ido al almacén?

Lo rumió por varios días. Finalmente decidió tomar acción. Si Haakon le vigilaba tendría que pensar algo. No iba dejar de investigar. Debía descubrir qué más había pasado con su padre, y lo haría. La oportunidad se presentó una noche en el comedor. Haakon estaba a la mesa con Eyra, Ivana, Esben y Dolbarar. Lasgol vio a Guntar y Murch terminar la cena, salieron y se alejaron en direcciones opuestas. Echó una rápida mirada a Haakon y vio que conversaba con Dolbarar. No se lo pensó dos veces y salió tras Murch.

Lo alcanzó cuando llegaba a su cabaña.

—Perdón... —dijo Lasgol a su espalda.

Murch se volvió al instante con una rapidez sorprendente para su edad.

—Oh, eres tú.

—¿Me conoces?

—Todos te conocemos.

Lasgol asintió. —Tengo una pregunta —dijo observando al Guardabosques de intendencia. Tenía cierto parecido a su primo, pero parecía menos gruñón y tenía más pelo.

—¿Sobre tu padre?

—Sí, señor.

—Pensaba que ya estaba todo aclarado. Me caía bien Dakon, uno de los mejores Primer Guardabosques que hemos tenido. Siempre me pareció muy raro lo que pasó...

—¿Quién me envió las cosas de mi padre?

Murch se rascó la barba. —Ha pasado mucho tiempo de eso... Sí, lo recuerdo, fui yo. Es mi responsabilidad. ¿Acaso no te llegó?

—Sí... sí, me llegó.

—¿Faltaba algo entonces? Yo siempre envío cuanto está en depósito.

—No, no es eso... había una caja de madera roja como la sangre con extraños ornamentos de oro, muy llamativa, inconfundible...

Murch negó con la cabeza. —No, no había nada de eso entre las pertenencias de tu padre.

—¿Seguro?

—Lo estoy. Yo mismo hice el paquete que se te envió. No había una caja roja y ornamentada —dijo negando con la cabeza—, eso lo recordaría. Me gustan los detalles. Además, una caja la hubiera tenido que envolver con cuidado. Tu padre apenas guardaba nada en el depósito. Unas mudas y un par de libros raros de la biblioteca que devolví.

—¿Entonces cómo llegó la caja hasta mí?

—¿Estaba en el paquete que se te envió?

—Sí. Lo abrí y estaba dentro.

—Pues alguien manipuló el paquete en el trayecto porque de aquí no salió con la caja.

Lasgol quedó pensativo.

—¿Cómo se envió?

—Río abajo en uno de los barcos de mercancías. El Capitán Astol es quién más viajes hace.

—¿A quién lo entregó?

—No lo sé, lo siento.

De pronto, Lasgol sintió aquella sensación como si lo estuvieran observando. Volvió levemente la cabeza y junto a un árbol, a tres pasos, descubrió una sombra. La sombra de Haakon. Le entró un escalofrío.

—Gracias, señor.

—De nada. Y si quieres mi consejo, no le des más vueltas a este asunto.

Lasgol marchó con paso rápido. Tenía los ojos de Haakon clavados en la nuca. Sintió miedo pero había merecido la pena. Había descubierto dos cosas. La primera: que su padre no le había enviado el huevo, lo cual le desconcertaba completamente. Y la segunda: Haakon le espiaba y no quería que investigara.

Se acostó con dos preguntas en su mente. ¿Quién? ¿Quién le había enviado el huevo? ¿Y por qué? ¿Por qué Haakon quería que dejara de investigar?

Y tuvo un muy mal presentimiento. Muy malo.

Capítulo 22

—¡Vamos, daos prisa, que llegamos tarde a la instrucción de Fauna! —les gritó Ingrid que como de costumbre ya les sacaba media legua de distancia.

—¿Es que esta chica nunca flaquea? —preguntó Viggo con el entrecejo arrugado.

—Que no te oiga que te la ganas —le aviso Nilsa adelantándolo en la pendiente mientras se abrían camino hacia los bosques del oeste.

—Eso es precisamente lo que me encanta de ella —dijo Viggo con una sonrisa y un tono no tan sarcástico como acostumbraba a ser en él.

Nilsa se detuvo y lo observó un momento, extrañada.

—Quiero decir que la mandona es insoportable —corrigió Viggo de inmediato.

La pelirroja sonrió y corrió tras Ingrid.

Lasgol y Gerd intercambiaron una mirada divertida.

El instructor Guntar de la Maestría de Fauna los esperaba. Lasgol no terminaba de acostumbrarse al pintoresco aspecto de Guntar. Tanto el cabello como su espesa barba eran de un rubio clarísimo. Ambos completamente desaliñados. Su piel era tan blanca que parecía medio descolorida. Los rayos del sol que se colaban entre las ramas de los árboles refulgían sobre su pelo y barba. Parecía una criatura mágica de los bosques, un ogro albino. Y su personalidad era también muy similar a la de una bestia.

—¡Prestad atención, panda de patosos! —saludó con su habitual buen humor.

Los equipos se situaron a su alrededor y escucharon al instructor con toda atención.

—Como ya me habéis demostrado que sois incapaces de distinguir el rastro de un oso gris del de un ciervo asustado, he decidido traer ayuda.

A Lasgol el comentario le había dolido un poco en el orgullo. Él era buen

rastreador y podía distinguir a la perfección el rastro de un oso o de un ciervo. Pero no dijo nada y continuó escuchando para ver qué pretendía el instructor.

Guntar desapareció tras las cabañas de la maestría de Fauna y regresó al cabo de un momento.

—¿Sabéis lo que es esto? Y al que diga que no lo despellejo.

Todos observaron al instructor que traía consigo un perro de tamaño medio. Caminaba con mirar tranquilo en unos ojos oscuros. Tenía las orejas anchas, el morro de tamaño medio y el cuello largo y claro. Su pelaje era un manto grueso y brillante de pelo recto de color rojizo con manchas negras.

—A ver, tú, gigantón, ¿qué es esto? —le preguntó a Gerd.

—Es un sabueso Norghano, capaz de oler a grandes distancias y cruzar grandes terrenos árticos sin desfallecer. Dicen que cuando capta un rastro puede seguirlo por semanas hasta encontrar la presa, por muy difícil que sea el terreno.

—Muy bien. Veo que no eres un gigantón simplón y has prestado atención a la instrucción que se te ha dado. Sorpresas que da la vida.

El comentario hizo que Gerd frunciera el entrecejo, cosa rara en él. No le había gustado nada.

—Vamos a realizar un ejercicio que os va a encantar. Es un juego de lo más divertido, veréis.

Lasgol tuvo el presentimiento de que la experiencia no les iba a resultar nada agradable. El resoplido y la mueca de incredulidad en el rostro de Viggo se lo confirmó.

—Necesito un equipo voluntario —pidió Guntar.

Se hizo un silencio. Los capitanes miraban a sus equipos pero nadie decía nada.

—¡Vamos! ¿Queréis ser Guardabosques o princesas de un cuento de hadas?

—Los Águilas se presentan voluntarios —dijo Isgord sacando pecho y dando un paso hacia el instructor. No había consultado a los suyos que lo miraban no del todo convencidos, sobre todo los gemelos Jared y Aston. Marta torcía el gesto aunque calló.

—Esa no dirá nada —comentó Nilsa a Lasgol—. Hace todo lo que él diga, como una tonta niña enamorada.

Lasgol notó cierto resentimiento en el tono de Nilsa pero conociendo lo

que había pasado entre ella e Isgord, no le extrañaba. No dijo nada pero le hizo un gesto afirmativo.

—Si no se anda con mucho cuidado se va a quemar, como las polillas que se acercan demasiado a la llama —sentenció Nilsa.

—¿Hablando por experiencia propia? —dijo Viggo con una sonrisa. Como siempre estaba a la escucha de cualquier comentario o conversación.

—¿Es que tus orejas no descansan nunca? —se quejó Nilsa.

—Oídos —corrigió Egil—. Tendemos a decir orejas cuando en realidad es el oído por el cual...

—¡Oídos, orejas, cotillas e idiotas! —soltó Nilsa enfurruñada y se situó junto a Ingrid.

—Yo... sólo... —intentó disculparse Egil.

—Déjalo, sabiendo, no va contigo. Va con ese presuntuoso —dijo Viggo señalando a Isgord con el dedo.

Guntar se volvió hacia Isgord.

—Veo que tenemos un equipo con agallas. ¡Así me gusta! Vosotros llegareis lejos.

Isgord se hinchó todavía más con el comentario. Miraba a los otros capitanes con una sonrisa victoriosa y autocomplaciente.

—Seréis el equipo al que cazar —anunció Guntar.

La sonrisa desapareció del rostro de Isgord que se quedó tieso, al igual que sus compañeros. Alaric y Bergen parecían más feos que nunca con las caras de desagrado que ahora tenían.

Las sonrisas aparecieron en los rostros de los otros equipos. Nilsa soltó una risita de satisfacción.

—Necesito otro equipo, el de los rastreadores —pidió Guntar.

Todos los capitanes se presentaron voluntarios. El rostro de Isgord era un poema de vergüenza y humillación. Lo iban a rastrear y cazar.

—El equipo del gigantón con mollera, ¿quiénes sois? —preguntó Guntar.

—Las Panteras de las Nieves —dijo Ingrid.

—Muy bien, las Panteras serán los rastreadores. Llevarán al bueno de Rufus —dijo acariciando al sabueso que devolvió el cariño lamiendo la mano de Guntar.

—¿Cuál es el objetivo? —preguntó Ingrid.

—Es muy sencillo. El equipo de las Águilas se internará en los bosques del norte. Les daréis algo de tiempo, luego saldréis a rastrear e intentareis encontrarlos.

—¿Y llevaremos al sabueso?

—Sí.

—No entiendo... ya sin el sabueso podríamos encontrarlos, tenemos buenos rastreadores en el equipo —dijo Ingrid mirando a Lasgol—. Con la ayuda del sabueso, aunque no sabemos cómo usarlo, debería ser muy fácil.

—¿Eso parece, verdad? Pero no será así. Las Águilas me tendrán a mí.

La cara de Ingrid pasó a ser de confusión.

Isgord y las Águilas, por otro lado, se animaron mucho.

—Vamos a jugar al gato y al ratón. Mi juego favorito. Vosotros seréis el gato y nosotros el ratón, solo que este ratón es un ratón muy astuto y esconderá muy bien su rastro.

—Ya veo...

—El gato aprende a rastrear. El ratón a ocultar el rastro. Creedme, aprender a ocultar bien vuestro rastro os salvará la vida. Lo mismo va por saber rastrear. Debéis dominar ambas habilidades. Encontrar y perder rastros.

—Entendido —dijo Ingrid asintiendo.

Guntar silbó hacia las cabañas de la maestría y dos instructores se acercaron. Mientras nosotros jugamos al gato y el ratón, ellos dos os enseñarán al resto cómo debe hacerse. Prestad mucha atención, aprended cómo hacerlo bien. Es muy importante para un Guardabosques. Un Rastreador experto puede seguir cualquier rastro, pero no sólo eso, puede a su vez hacer desaparecer el suyo y burlar a los sabuesos, algo extremadamente difícil. Eso es lo que aprenderemos en estos ejercicios. Cuando terminemos el ejercicio, será el turno de otros dos equipos. Os turnareis como gato y como ratón, así que prestad mucha atención tanto a rastrear como a hacer desaparecer vuestro rastro. Como algún equipo me decepcione se va a acordar de toda mi familia. ¿Está claro?

Los “síes” fueron totalmente convincentes.

—Pues en marcha. El ratón se pone en movimiento —dijo Guntar. Les dio a Rufus a las Panteras. Gerd fue de inmediato a acariciar al sabueso y le

dedicó palabras cariñosas. El animal parecía acostumbrado a los humanos. Nilsa se agachó junto a él y también comenzó a acariciarle la cabeza y las orejas caídas mientras le decía lo guapo y buen chico que era.

Guntar se llevó a las Águilas con él y se internaron en los bosques.

—Necesitaremos ayuda con él —dijo Ingrid a los instructores señalando al sabueso.

—La primera cacería es sin ayuda. Tendréis que arreglaros.

—Me encanta como siempre nos facilitan la vida —murmuró Viggo al oído de Lasgol.

La verdad era que no le faltaba razón.

—Es tiempo de cazar al ratón. Gatos, adelante, cazadlos —les dijo uno de los dos instructores señalando hacia los bosques.

Se pusieron en marcha. Les costó un poco que Rufus entendiera que debía ir con ellos. Por fortuna parecía que obedecía algo a Gerd y éste se lo llevó con él. Se adentraron en los bosques dejando atrás a los instructores y los otros equipos y de inmediato se encontraron con el primer problema.

—No encuentro el rastro —anunció Ingrid que iba en cabeza.

—Deja a Lasgol, él es el mejor en esto —le dijo Nilsa.

Lasgol se situó en cabeza y comenzó a explorar en busca del rastro del grupo.

—No lo vais a creer, pero no lo encuentro.

—Yo te creo, Lasgol —dijo Egil—. Todo este ejercicio está muy bien pensado y elaborado. Guntar es un excelente instructor.

—Pues a mí me parece un patán —dijo Viggo.

—Esa es la imagen que quiere que tengas de él, pero en realidad es extremadamente listo y hábil. Créeme —le aseguró Egil asintiendo.

Lasgol se agachó junto a unos helechos.

—Ha borrado los rastros —dijo examinando alrededor—. Creo que han pasado por aquí pero no puedo asegurarlo y lo que es peor, no encuentro por dónde sigue el rastro. No hay huellas...

—¿Cómo ha hecho desaparecer los rastros de 6 personas? —preguntó Ingrid cruzando los brazos sobre el pecho.

—Es muy hábil —dijo Egil con una sonrisita.

—O nosotros unos cegatos —dijo Viggo tapándose los ojos con la mano.

—No somos tan cegatos —protestó Nilsa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ingrid.

—Intentémoslo con nuestro amigo de cuatro patas —sugirió Egil.

Se volvieron hacia Gerd que jugaba con el sabueso a unos pasos, sin prestar atención a lo que sucedía.

—¿Quién es el más guapo del grupo... quién? Tú, tú eres el más guapo —le decía y le acariciaba las orejas.

Viggo se llevó la mano a la frente y soltó un improperio.

—Deja de jugar con él y tráelo —le dijo Ingrid.

Gerd los miró y asintió. —Está bien. Vamos, Rufus, ven —le dijo y le condujo hasta donde Lasgol estaba agachado.

—Busca, Rufus, busca —le dijo señalando los helechos.

Pero Rufus le ignoró y levantando una pata trasera orinó en un árbol cercano.

—Estamos apañados —dijo Viggo con una mueca de desesperación.

—Vamos, Rufus, aquí, mira —insistió Gerd.

Rufus se volvió y miró hacia el Campamento. Quedó con la mirada perdida.

—Esto va cada vez mejor —se quejó Viggo.

Gerd fue hasta Rufus y se puso a cuatro patas junto a él.

—Vamos, chico, ven conmigo —le dijo cabeza con cabeza y comenzó a avanzar a cuatro patas hacia los helechos. Rufus no le siguió.

—Lo estás bordando —le dijo Viggo a Gerd—. Y no es nada ridículo, tranquilo.

—Déjale estar, al menos lo intenta —le reprochó Nilsa a Viggo.

—Pero no conseguimos nada —dijo Ingrid frustrada.

—¡Chucho, aquí! —le ordenó Viggo.

Rufus le ignoró por completo.

—Vamos, perrito, por aquí —le dijo Nilsa.

Tampoco hubo suerte.

—Lo llevaré —dijo Gerd y comenzó a tirar del collar de cuero del animal aunque éste decidió no moverse de donde estaba.

—Pesa mucho. Puedo arrastrarlo pero no creo que sea conveniente —dijo Gerd—. Son muy testarudos. Si no quiere...

—Estás en lo cierto —intervino Egil que observaba al animal—. No debemos obligarle. De hecho, creo que debemos hacer lo contrario. Dejarle tranquilo. Es un animal que por instinto y por entrenamiento, y hemos de deducir que ha sido muy bien entrenado por los Guardabosques, sabe perfectamente qué debe hacer. Por lo tanto, deduzco que si no lo hace es porque no estamos haciendo algo bien.

—¿Entonces qué hacemos, ignorarle? —preguntó Ingrid.

—Nosotros sí. Gerd, no. El perro siempre tiene que saber su sitio y quien manda, en este caso su humano: Gerd.

Y así lo hicieron.

Todos se apartaron y dejaron a Rufus tranquilo. Al cabo de un rato Gerd se acercó a los helechos y con voz seria de mando comandó:

—Rufus, aquí —y señaló el punto a su lado con el dedo índice.

Por un momento nada sucedió. Rufus no se inmutó. Seguía ignorándolos.

—Rufus, aquí —repitió Gerd volviendo a señalar, con mayor carga en su voz.

El sabueso no reaccionó, ni le miró. Gerd se mantuvo firme y no se movió. De pronto Rufus bostezó y comenzó a moverse despacio, con desgana. Dio una vuelta frente a Gerd, que se mantenía señalando firme. Rufus comenzó a olfatear a unos pasos de Gerd y tras hacerlo en varios puntos cercanos, se acercó a hacerlo donde Gerd señalaba.

Rufus se quedó tieso mirando al frente.

—Ha encontrado el rastro —dijo Gerd.

—Esperemos un momento —aconsejó Egil.

De pronto Rufus comenzó a avanzar mientras olisqueaba a izquierda y derecha. Todos comenzaron a seguirle. No le interrumpieron más y le dejaron tranquilo. Él marcaba el camino y ellos le seguían sin molestarle. Cruzaron el bosque y Rufus los guio al este. Lo siguieron mientras se internaba en un bosque de hayas.

Ingrid, en cabeza, se volvió. —Guntar ha girado de forma brusca aquí

pensando que nos perdería, pero con el sabueso no lo perderemos.

Lasgol se agachó e inspeccionó el terreno. Efectivamente encontró el rastro. Allí no lo habían escondido. Era normal. No podrían ocultar todo el rastro constantemente, les llevaría demasiado tiempo y los cazarían.

—Ya son nuestros, nada se le escapa a un sabueso Norghano una vez encuentra el rastro —dijo Gerd animado.

—Estemos atentos —dijo Nilsa—, hay que cazarlos.

—Quiero ver la cara que pone ese presumido de Isgord cuando le cacemos —dijo Viggo sonriente.

—Yo no estoy tan seguro... —dijo Egil.

Todos le miraron.

—¿Por? —le dijo Ingrid.

—Porque la prueba consiste en seguir y ocultar el rastro. En ser el gato y el ratón. Que el gato lo esté haciendo bien no quiere decir que el ratón no lo esté haciendo tan bien o mejor.

—No entiendo nada —dijo Nilsa.

Lasgol lo entendió. —Quiere decir que no vendamos la piel del oso antes de cazarlo. Guntar puede darnos una sorpresa.

—Eso mismo —dijo Egil.

—Sabiondo, aguafiestas —se quejó Viggo.

—Bueno, cacemos al ratón y listo —dijo Ingrid.

Siguieron a Rufus a través del bosque. El animal parecía saber en todo momento a dónde debía dirigirse. Su olfato era increíble, de otro mundo. De tanto en cuanto Lasgol descubría algún rastro con lo que sabían que Rufus no se equivocaba.

—Este rastro es muy reciente, mucho —dijo Lasgol mirando alrededor.

—Ya casi los tenemos —dijo Ingrid.

—Vamos a por la victoria —animó Nilsa.

Avanzaron con rapidez y llegaron a una cañada. La cruzaron y se encontraron con un río bastante caudaloso. Rufus se acercó a la orilla y se detuvo. Esperaron a ver qué hacía. El sabueso olisqueó al este siguiendo la orilla y luego volvió e hizo lo propio por el oeste. Se detuvo en un punto intermedio y se quedó quieto mirando al río.

Lasgol se acercó y buscó huellas. No las encontró pero el barro de la orilla había sido removido recientemente.

—Creo que han cruzado aquí. Guntar ha borrado las huellas.

—Entonces aquí es donde nuestra suerte acaba —dijo Egil.

—¿Por? —quiso saber Viggo.

Gerd suspiró. —Se han metido en el río. Rufus ha perdido el rastro. No puede seguirlo en el agua.

—No, ¿de verdad? —dijo Nilsa contrariada.

—Eso me temo —dijo Egil.

—Pues crucemos y busquemos el rastro —dijo Ingrid.

—Será inútil —dijo Egil.

Lasgol asintió con tristeza. —No sabemos en qué punto habrán salido del río. Y lo más probable es que ya hayan salido y estén no en el otro lado sino en este de vuelta hacia el Campamento.

—Yo no me rindo —dijo Ingrid con cabezonería—. Cruzaremos y buscaremos el rastro.

—Eso, yo tampoco —dijo Nilsa.

—Como queráis... —concedió Lasgol aunque sabía que sería inútil.

Cruzaron el río. Les costó convencer a Rufus para que lo hiciera pero al final lo hizo, a su tiempo, cuando él quiso. Buscaron el rastro hasta que llegó el anochecer. No hubo suerte. Rufus no volvió a captar el rastro y ellos tampoco encontraron huella alguna que poder seguir. Finalmente tuvieron que rendirse a la evidencia. Guntar les había ganado. Algo reseñable teniendo en cuenta que ellos llevaban un sabueso. Lasgol se dio cuenta de la importancia de la lección de Guntar. Un Guardabosques experto podía burlar incluso a un sabueso Norghano. Impresionante.

Según regresaban al Campamento Viggo se puso junto a Egil.

—Eres un sabiondo y un gafe aguafiestas. Si ya los teníamos.

—¿Porque tenía razón?

—Sí, por eso mismo.

Egil soltó una carcajada y Lasgol sonrió.

—Quizás la siguiente vez me equivoque.

—Ya, y las vacas volarán un día.

Llegaron al Campamento y Guntar y las Águilas los recibieron entre aplausos de mofa. Isgord sonreía de oreja a oreja al igual que Marta y los gemelos. El resto de los equipos no se expresaron pero los observaban con rostros de lástima. Y no había nada peor que la vergüenza de dar lástima.

—¿Lección aprendida, gatitos? —preguntó Guntar.

—Aprendida —dijo Ingrid a regañadientes.

Sufrieron la humillación de la derrota pero aprendieron la lección.

Capítulo 23

La Maestría de Pericia se había convertido en la más odiada por Lasgol, aunque debía reconocer que estaban aprendiendo cosas casi inimaginables... y le gustaban. El precio que debían pagar era alto. Tenía el corazón dividido en cuanto a esta especialidad.

Según Haakon sin verdadero esfuerzo, sin sangre, no se podían obtener las recompensas de la vida. Lasgol sabía que no le faltaba razón y que muy probablemente lo que habían aprendido les salvaría la vida en un futuro, pero era un entrenamiento demasiado duro para el cuerpo y para la mente. Era curioso que Haakon rara vez usaba otros instructores, siempre daba él la instrucción, como si fuera su obligación enseñarles. O quizás no quería perderse el más mínimo detalle.

Aquella tarde les tenía preparada la prueba del lazo. Había situado tres lazos en las copas de tres abetos altísimos. Tenían que escalar los tres árboles, conseguir los lazos y entregárselos antes de que contara hasta sesenta.

—Está loco —susurró Gerd que miraba los árboles con ojos llenos de terror.

—Puedes hacerlo, no mires abajo —le dijo Nilsa.

—Y tú no pierdas agarre, te resbales o lo que sea que siempre haces para terminar en el suelo —le dijo Viggo.

La pelirroja le sacó la lengua.

—¡Tonto!

—Va a ser duro —dijo Egil dejando escapar un gran soplo.

Lasgol e Ingrid lo lograron a tiempo. El esfuerzo de trepar los tres árboles y bajar sin caer y romperse los huesos fue terrible. Para Lasgol, que llevaba toda la vida subiendo árboles, era algo casi natural. No sufrió tanto. Ingrid, por su parte, era pura fuerza física y determinación, nada podía con ella y lo hizo casi en el mismo tiempo que Lasgol.

Viggo entregó los lazos cuando Haakon contaba sesenta. Nilsa tardó un poco más, con el agravante de que estuvo a punto de caer y abrirse la cabeza dos veces. Por suerte consiguió agarrarse y no terminar en manos de la sanadora.

Gerd y Egil lo pasaron fatal para terminar. Los tres árboles eran como gigantes inalcanzables para ellos y tras conseguir coronar el primer árbol, superar los dos siguientes les resultó casi un imposible, pero sacaron fuerza de orgullo propio y no se rindieron. Lucharon y después de mucho esfuerzo y dolor, lo consiguieron. No a tiempo, pero lo consiguieron. El primero fue Gerd que se dejó caer exhausto tras tener que cargar todo el peso de su enorme cuerpo que lo lastraba como un ancla. Egil apenas pesaba, pero no tenía la fuerza de Gerd. En realidad tenía muy poca fuerza y sus manos y pies no estaban acostumbrados a una actividad tan agreste. Le costó horrores.

Al terminar el ejercicio Haakon se dirigió a todos.

—Ha sido un espectáculo lamentable. Un Guardabosques debe ser capaz de subir a la copa de cualquier árbol con la agilidad de un mono y ser casi tan rápido. Entrenad hasta que seáis capaces de coronar esos tres árboles en un suspiro.

Y con aquellas palabras se marchó, caminado como siempre hacía: en total sigilo y con una gracia fuera de lo común.

Los días pasaban y Lasgol entrenaba cada vez más duró. Mientras lo hacía no paraba de pensar. Seguía con la idea de descubrir qué más había detrás del misterio de Camu. Continuó investigando por su cuenta. Una frase de Murch le daba vueltas en la cabeza, “Tu padre apenas guardaba nada en el depósito. Unas mudas y un par de libros raros de la biblioteca que devolví”. Al principio no le había dado importancia, a su padre le gustaban los libros y siempre que podía, leía. Pero después de darle muchas vueltas un detalle captó su atención: “libros raros”. ¿A qué se refería Murch con “libros raros”? Sólo había una forma de saberlo.

Lasgol entró en la biblioteca después de cenar y se dirigió al Guardabosques Bibliotecario, Bolmason. Por su aspecto uno diría que tenía más de cien años. Detrás de sus anteojos había unos ojos muy cansados pero despiertos.

—Buenas noches, señor —saludó Lasgol.

—Buenas son —dijo él sin apenas levantar la mirada de unos pergaminos

que estaba analizando detrás de su gran pupitre de trabajo al fondo de la primera planta de la biblioteca.

—Me preguntaba... si no es una molestia...

—Vamos, pregunta, no tengo toda la noche y por si no te has dado cuenta, no me queda demasiado tiempo y no me gusta desperdiciarlo.

Lasgol pensó que era una broma, pero el rostro del bibliotecario estaba tan serio como un funeral.

—Soy...

—Ya sé quién eres, todos saben quién eres —dijo con una mueca de hastío.

Lasgol asintió y tragó saliva. —Entre las pertenencias de mi padre había unos libros, me gustaría saber cuáles eran.

El bibliotecario le miró por detrás de los anteojos. —Eso fue hace tiempo.

—Sí, pero todos los libros cedidos se apuntan, es la norma, y un Guardabosques no rompe las normas —dijo Lasgol señalando el gran tomo marrón a un lado del escritorio.

—Veo que eres un chico listo —dijo el Bibliotecario con una mueca sarcástica—. Si los libros estaban en el depósito de tu padre, eso quiere decir que rompió las normas de la biblioteca al no devolverlos. Muy mal.

Lasgol respiró profundamente. No iba caer en la trampa, no se iba a enfurecer o acobardar, dijera lo que dijera aquel vejestorio de Guardabosques.

—Eso deberíamos comprobarlo —dijo y señaló el gran tomo.

Bolmason refunfuñó. —Muy bien, lo comprobaremos.

Abrió el tomo y rebuscó entre sus hojas apergaminadas y amarillas por un largo rato. Finalmente, exclamó:

—Sí, aquí está. Dakon, Guardabosques Primero —sonrió regocijándose, satisfecho—. Todo queda registrado aquí. Veamos, sí, dos libros: “Compendio de la Historia Norghana” y “Tratado sobre herbología”.

—¿Podría verlos?

—No, son libros de la sección prohibida, tú no puedes entrar ahí ni hacerte con los libros que allí guardamos. Sólo los altos rangos entre los Guardabosques pueden.

—¿Y mi padre podía?

—Dakon, como Guardabosques Primero, tenía ese derecho, sí.

—Entiendo.

—¿Tomos sobre historia y herbología pertenecen a la sección prohibida?
—preguntó extrañado.

—Eso no es de tu incumbencia.

Ahora entendía Lasgol por qué había dicho Murch que eran “libros raros”.

—Y ahora déjame estar que me has consumido un tiempo precioso que ya no recuperaré.

Lasgol lo miró perplejo. ¿En verdad estaba contando el tiempo que le quedaba de vida?

—¡Vamos, fuera! —dijo Bolmason y lo echó sacudiendo un pergamino.

Dos días más tarde con Camu sobre su hombro, en estado camuflado-invisible, Lasgol entraba a la biblioteca a última hora. Con disimulo y asegurándose de que no era visto, bajó hasta el sótano, hasta la puerta de la sección prohibida donde tenían los volúmenes sobre magia.

Observó la cerradura un instante, la tocó con su mano y un escalofrío le bajó por la espalda. «Está protegida por Magia. Yo no puedo hacer nada contra esa protección. Mi Don no tiene esa capacidad. El mío no, pero el de alguien que yo conozco parece que sí». Se concentró. Uso su Don y llamó a Camu. La criatura apareció en su hombro derecho y le miró con sus grandes ojos saltones y su sonrisa eterna. De pronto se giró hacia la cerradura y chilló. Su cola se puso rígida señalándola.

«Shhh... no hagas ruido, Camu. Ya sé que hay Magia, no es necesario que me avises. Quiero que la deshagas».

Camu giró la cabeza hacia Lasgol y pestañeó dos veces. Se volvió de color dorado. Acercó la punta de su cola hasta tocar la cerradura y al hacerlo se produjo un destello dorado. Camu flexionó las piernas varias veces como si bailara.

«Muy bien», le dijo Lasgol y le acarició la cabeza. Camu le miró y le chupó la mano. Lasgol sonrió a su compañero. Sacó una de las ganzúas de Viggo y se puso a abrir la puerta. Le llevó un rato pero finalmente consiguió forzar la cerradura. Viggo le había dado un par de clases prácticas.

Entró en la estancia y le sorprendió encontrar el fuego de la chimenea encendido. Alguien debía usar aquella habitación a diario, ¿por qué si no

estaría encendido el fuego? ¿Dolbarar quizás? Él o la erudita Eyra, muy probablemente. Se dirigió al estante y comenzó a buscar los dos libros que su padre había sacado de la biblioteca. Camu saltó de su hombro y se puso a corretear por la estancia.

Le llevó un tiempo, pero los encontró.

—Aquí están “Compendio de la Historia Norghana” y “Tratado sobre herbología” —le dijo a Camu que estaba más interesado en el fuego de la chimenea. Los abrió sobre la enorme mesa redonda en mitad de la estancia y los estudió. ¿Por qué tenía su padre aquellos dos libros? ¿Qué estaba buscando?

De pronto, Camu comenzó a chillar. Estaba rígido, con su cola apuntando al fuego de la chimenea.

—Shhh... ¿Qué te pasa, pequeñín? —le dijo Lasgol y se acercó. Observó el fuego. Acercó la mano y al instante sintió el calor de las llamas. Nada parecía fuera de lo ordinario.

Camu volvió a chillar.

—No chilles que nos descubrirán. ¿Qué percibes? —y al preguntarlo en alto, Lasgol se dio cuenta, la criatura tenía la habilidad de detectar magia—. ¿Hay Magia en el fuego? —le preguntó Lasgol.

No se movía, Camu permanecía quieto señalando el fuego con su cola.

Lasgol se concentró. Usó su Don y se comunicó con Camu. «Si hay magia en el fuego, deshazla».

La criatura miró a Lasgol. Se volvió de color dorado y tocó el fuego con la punta de su cola produciendo un gran destello dorado. El fuego desapareció. Camu flexionó las piernas, feliz.

Lasgol se quedó perplejo.

—Pero... si el fuego era real... —acercó la mano y allí no había nada — O quizás no...

De un salto, Camu se metió en la chimenea.

—¡Quieto, fierecilla! ¿A dónde vas?

Y antes de que Lasgol pudiera hacer nada Camu se puso dorado y con la cola tocó la pared de piedra del fondo de la chimenea. Se produjo otro destello y una falsa pared se abrió.

—¡Por los vientos gélidos del norte!

Camu comenzó con su baile mientras sacudía la cola contento.

Lasgol metió las manos en la abertura y encontró una caja. Era roja como la sangre con grabados en oro, muy parecida a la que supuestamente pertenecía a su padre y que tenía el huevo dentro. Supuestamente, porque ya no tenía claro que estuviera entre las cosas de su padre. Lasgol la contempló por un momento. ¿Qué habría dentro? Con manos temblorosas la abrió.

—Es una joya... una muy extraña...

Lasgol la examinó. Era redonda y aplanada, parecía un diamante translucido y plano, del tamaño de una ciruela. Estaba encajada en un aro dorado.

La criatura le miró con la cabeza torcida. Soltó un chillido de interrogación.

«Es preciosa, parece un gran diamante redondo y plano. Tengo que enseñárselo a Egil, quizás él tenga alguna idea de qué puedes ser».

Lasgol depositó la caja vacía de nuevo en su sitio y cerró la pared. Al hacerlo el fuego volvió a encenderse. Del susto pegó un brinco hacia atrás y se llevó con él a Camu. Terminó sentado en el suelo. Se puso en pie y cogió los dos libros y la joya.

«Vamos, Camu, salgamos de aquí ».

Capítulo 24

Egil sonreía de oreja a oreja. Había conseguido preparar el Tranquilizador, un veneno paralizador muy potente. Era el único de las Panteras que lo había conseguido y el primero de entre todos los otros equipos. Llevaban una semana seguida trabajando en ello en la cabaña grande de la Maestría de la Naturaleza, donde tenían los fuegos bajos y chimeneas con los utensilios, potes, cazuelas y demás enseres para preparar cocciones. Viggo lo llamaba “el taller de la condenación”.

—Lo tengo —dijo Egil levantando el tarro con la sustancia. Sus ojos brillaban de júbilo.

La anciana Eyra hizo un gesto a Iria para que fuera a comprobar el preparado.

La instructora se acercó. —Dámelo con cuidado. Si me cae sobre la piel podría dejarme fuera de combate. Y hoy no me apetece acostarme con un terrible dolor de cabeza —dijo Iria como si aquello ya le hubiera sucedido antes.

Los otros equipos, sentados a las largas mesas de trabajo, observaban la escena. Iria se llevó el compuesto junto a una enorme estantería que recorría la pared de lado a lado. Buscó un contenedor de cristal y vertió un líquido sobre el compuesto con mucho cuidado. Se produjo una pequeña humareda verdosa.

—Ha reaccionado. Es correcto.

—Muy bien, felicidades, Egil de las Panteras de las Nieves —dijo Eyra con un pequeño gesto de reconocimiento—. Ya tenemos el primero.

Isgord lanzó una mirada de odio a Egil que Lasgol captó. Aquella Maestría se le atragantaba al capitán de las Águilas y Lasgol no podía evitar disfrutar viéndolo en dificultades incapaz de ser el número uno en todo, como él tanto deseaba. En la mesa de los Búhos Astrid sonreía. Ella no tenía problemas en aquella Maestría y estaría a punto de solventar el ejercicio si no lo había hecho ya.

Lasgol sonrió. Egil era muy inteligente, probablemente el que más. Una atmosfera de alegría se contagió en el equipo, llevaban muchos días de fracasos y comenzaban a pensar que no era posible conseguirlo.

—No estéis tan contentos —dijo Eyra—. No saldréis de aquí hasta que la mitad de los integrantes de cada equipo lo hayan conseguido.

Un murmullo de protesta llenó el taller-laboratorio.

—Nada de reproches. Si tenemos que estar otra semana, gustosa seguiré observando lo desastres que sois.

Y la anciana no se equivocó. Les llevó otra semana tener tres venenos correctos por equipo. Cuando lo lograron las Instructoras Iria y Mega les enseñaron cómo guardarlos en recipientes de madera que debían llevar atados al cinturón.

—Os preguntareis, jóvenes aprendices, el motivo de esto —les dijo Eyra con gesto malévolos.

Lasgol la observó con detenimiento. A veces la anciana le parecía una verdadera bruja de un cuento de miedo.

—Os lo diré. La Maestría de Naturaleza es la más difícil pues requiere de cerebro, no de músculo, cosa que algunos de vosotros no tenéis en demasía. Me refiero a cerebro, para los que ya os habéis perdido —sacudió la cabeza ante algunas miradas de total desconcierto—. En fin... Mañana por la mañana partiréis a realizar un ejercicio que os pondrá a prueba. Usareis el Tranquilizador en una prueba real. Buena suerte a todos y tened mucho cuidado.

Con aquellas palabras se despidió y les dejó a todos intrigadísimos.

La mañana siguiente fue una bien fresca. Guntar y Marga los condujeron a los bosques del norte. Lo que Eyra había olvidado mencionar convenientemente era que la prueba consistía en rastrear y cazar jabalíes con el veneno que acaban de aprender a preparar. Viggo resumió el pensamiento de todos con gran precisión.

—Están como cabras de monte. Alguien va a salir mal parado de esto.

Sin embargo, ese no era el sentir de los Instructores. Al parecer cazar jabalíes reforzaba el espíritu de los hombres. O eso decía Guntar. Marga opinaba que era un peligro que todo Guardabosques debía afrontar, pues creaba fortaleza mental. Era una iniciativa conjunta entre las Maestrías de Fauna y de Tiradores como preparación para la Prueba de Invierno que

marcaría el final del año y las posibilidades de muchos de continuar o ser expulsados.

Se habían separado en tres grupos. A las Panteras les había tocado el tosco instructor medio albino. Con ellos estaban las Águilas y los Lobos. Lasgol hubiera preferido ir con Marga, pero la fortuna no les había sonreído en ese sentido, como tampoco en tener que aguantar a las Águilas.

Gerd estaba pasando un miedo terrible. Los jabalíes lo aterrizaraban. Algunos de los miedos del bueno de Gerd eran exagerados o sin demasiada causa de ser, pero en este caso estaba bien fundado. Todos sabían ya reconocer las huellas de aquellos animales salvajes y podían rastrearlos si las condiciones no eran muy malas. La dificultad, y el peligro, consistían en preparar correctamente el momento de la confrontación con el animal.

—Los jabalíes salvajes del norte son extremadamente peligrosos. Su piel y pelaje son tan duros que las flechas apenas los atraviesan —les advirtió Guntar.

—¿Ni siquiera un buen tirador? —preguntó Isgord señalando su arco.

—Intentar matarlos con arco y flecha es una temeridad que nueve de cada diez veces termina mal. Pueden abrir en canal a sabuesos y hombres de una embestida con sus terribles colmillos encorvados y su fuerza y potencia son sólo igualadas por la de los osos.

—Yo no les tengo miedo —dijo Isgord.

—Pues deberías —le dijo Guntar—. No confundas la confianza con la estupidez.

—Las Águilas podemos matarlo —dijo Isgord mirando a los suyos, que asintieron confiados.

—Puede ser. Pero al menos uno de vosotros moriría y otro resultaría gravemente herido. ¿Quién quiere ser cuál?

Isgord torció el gesto.

—Bien, veo que se me entiende. Ahora seguidme y callad. Y nada de heroísmos. No quiero un accidente y permitidme que os asegure que hemos tenido muchos en el pasado.

Los tres equipos asintieron mientras asimilaban las palabras del instructor.

—¿Cómo quiere este instructor loco que cacemos un jabalí? —preguntó Viggo en un susurró, muy contrariado.

—Tenemos que confiar en Guntar, sabe lo que se hace, es un Instructor —le dijo Ingrid.

—Sí, tú confía en las jerarquías y terminarás en una tumba sin nombre.

—En esta situación en particular —dijo Egil— debo ponerme del lado de Viggo. Esta no es la forma de cazar un jabalí. Mi padre, mis hermanos y sus hombres los cazan y siempre lo hacen con sabuesos, y van armados con picas y lanzas reforzadas que usan para empalar al animal cuando embiste. Las clavan en el suelo o ponen los pies como tope para que el animal en su carga salvaje se empale sin remedio.

—Pues sólo tenemos nuestras armas de Guardabosques —dijo Nilsa palpando con nerviosismo sus caderas.

Lasgol sabía que hacían bien en tener miedo. Todos lo tenían. Todos excepto Guntar que parecía disfrutar de cada momento de la cacería. Llegaron a una parte del bosque con mucha vegetación. Guntar examinó el rastro y levantó el puño. Todos se detuvieron. Hizo una señal y se retrasaron tres pasos.

—La madriguera está cerca —susurró—. Guardad todos silencio si apreciáis vuestra vida.

Gerd comenzó a temblar. Ingrid le sujetó del brazo y le susurró al oído — Estoy contigo. Soy tu capitán. Te protegeré. Nada te va a pasar.

El gigantón asintió y dejó de temblar.

—Sacad los cuchillos y las hachas cortas. Quiero tres fosas formando un semicírculo. Aquí —señalo el lugar—. Una por equipo. Cavad en silencio.

Los equipos obedecieron. El terreno era duro y les costó ganar profundidad. Poco a poco, trabajando en equipo, lo fueron consiguiendo, no sin un gran esfuerzo.

—Profundidad hasta la cintura —les indicó Guntar en un susurro.

Continuaron cavando con cuchillo y hacha. Les llevó un buen rato lograr la profundidad requerida. Isgord y los suyos cavaban como posesos. Siempre lo hacían todo así, como si cada pequeña tarea fuera una competición.

—Esconded la tierra que habéis sacado y cubrid los agujeros con ramas y hojas de forma que no se vean.

Los primeros en terminar el trabajo fueron las Águilas, por supuesto. Cuando el resto de las trampas estuvieron listas Guntar los reunió a su

alrededor. Se agachó y todos le imitaron.

—Antes de nada, coged todos tres flechas y untad las puntas en el veneno, el Tranquilizador. Hacedlo como os han enseñado. Como alguno se infecte y caiga redondo lo dejo aquí para que se lo coman las alimañas.

Con mucho cuidado hicieron lo ordenado.

—Yo me adentraré en la espesura. Algo más adelante está la madriguera. Cuando me descubra volveré corriendo. El jabalí me perseguirá. Vosotros os esconderéis en esos matorrales. Tened listos los arcos pero no tiréis hasta mi señal. Si alguien se mueve, si el jabalí os ve, esto puede terminar muy mal. Dejará de perseguirme e irá por vosotros. Eso no debe ocurrir. ¿Entendido?

Todos asintieron.

—No es momento de cometer errores. Esto es peligroso —les advirtió Guntar.

—No fallaremos —le aseguró Isgord.

—Más os vale. Cuando libre las trampas daré la señal. Entonces tirad. El objetivo es alcanzarlo y que caiga en las trampas. El veneno hará el resto. Quedará inmobilizado. Prestad mucha atención porque vendrá muy rápido. Con tres aciertos debería ser suficiente. Los mejores tiradores de cada equipo que se pongan primero. Vamos. Preparaos.

Se ocultaron en los matorrales y tras los árboles y prepararon los arcos. Ingrid, Isgord y Luca, los capitanes, se situaron primero.

Guntar avanzó con cuidado. Saltó por encima de las tres trampas y se adentró en la espesura en silencio. Por un largo momento nada sucedió. Todos esperaban en tensión. Nilsa estaba tan nerviosa que tapeaba con el pie en el suelo. Ingrid le sujetó la pierna. Gerd estaba agachado y su rostro estaba blanco como la nieve. Viggo y Egil parecían más enteros. Lasgol, oculto tras un árbol, miró a su derecha. Isgord le miraba con ojos de odio desde detrás el árbol contiguo.

De pronto se escucharon ruidos entre la espesura y Guntar apareció a la carrera. Corría como una gacela. Lo perseguía un enorme jabalí enfurecido. Lasgol vio los colmillos y se le hizo un nudo en el estómago. Guntar llegó hasta las trampas y saltó sobre ellas. Dio la señal.

—¡Ahora!

Lasgol levantó el arco. De súbito, sintió que tiraban con fuerza de él.

Quedó al descubierto entre dos árboles. Miró a un lado y vio que había sido Isgord. Nadie parecía haberse percatado, nadie excepto el jabalí. La bestia miró a Lasgol con ojos enfurecidos. Viró a la derecha. La tierra bajo sus patas traseras se hundió y su cuerpo comenzó a caer en la trampa, pero de la enorme inercia que llevaba, la sorteó con un fuerte trompicon. El animal se enderezó y fue a por Lasgol.

—¡Cuidado! —gritó Guntar.

Lasgol vio al jabalí arremeter contra él. «¡Me va a despedazar!» pensó mientras levantaba el arco.

Cuatro flechas salieron de entre los árboles y alcanzaron al animal en su investida pero no consiguieron detenerlo. Enfiló a Lasgol y fue a por él. Lasgol soltó la saeta pero supo que aquello no le salvaría. Los colmillos asesinos se le echaron encima. Lo iba a despedazar. Pensó en usar su don, pero era demasiado tarde.

De repente, Gerd apareció a su derecha. Con un salto tremendo con el hombro por delante, golpeó al jabalí en el costado. El animal, del fuerte impacto, salió despedido hacia la izquierda de Lasgol y no consiguió alcanzarlo. Gerd quedó tendido en el suelo con un gruñido de dolor. Lasgol reaccionó y se apartó. Luego se apresuró a ayudar a Gerd a ponerse en pie.

El jabalí recuperó la verticalidad y se giró para atacar. Comenzó una nueva embestida. Lasgol y Gerd vieron cómo se acercaba a ellos a la carrera. Gritaron. A un paso de los dos compañeros, el animal cayó a un costado para no levantarse. El veneno había hecho su efecto.

—¡Ha caído! —dijo Guntar y corrió al lado de Gerd y Lasgol.

—¿Estás bien? —le preguntó Lasgol a Gerd.

—Sí... vaya porrazo —dijo el grandullón sujetándose la cabeza.

—Menuda intervención. Hacía mucho tiempo que no veía nada igual —dijo Guntar felicitando a Gerd—. Hace falta mucho valor para hacer lo que tú acabas de hacer, muchacho.

—Bueno... ha sido sin pensar...

—Gracias, grandullón, me has salvado —dijo Lasgol y le dio un fuerte abrazo.

—Y tú, ¿por qué demonios has salido al descubierto? ¡Os había avisado para que tuvieras cuidado! —dijo Guntar furioso con Lasgol.

—No he sido yo... —comenzó a decir Lasgol y vio a Isgord con cara de no haber hecho nada con su equipo a sus espaldas.

Si lo acusaba, él lo negaría y nadie había visto lo sucedido. Lasgol decidió que no tenía sentido crear más conflicto.

—Lo siento, tendré más cuidado la próxima vez —dijo con tono de disculpa.

—Como no espabiles no habrá siguiente vez —repuso Guntar y fue a examinar al animal—. Estará “tranquilizado” hasta el amanecer. La forma correcta de hacer esto hubiera terminado con el animal en la trampa y sin sentido. Espero que esto os sirva de lección y entendáis el peligro de ciertas situaciones y cómo prepararlas adecuadamente —arrancó las flechas del cuerpo del jabalí y le untó unguento medicinal para que no sufriera una infección—. Dejaremos que nuestro amigo se recupere y vuelva a su madriguera —dijo dando un par de palmadas al jabalí—. Y ahora volvamos. Lasgol, cuando regresemos, das cinco vueltas al lago como castigo por tu ineptitud.

—Sí, señor —dijo Lasgol abatido.

Marcharon e Isgord le dedicó una sonrisa triunfal.

Lasgol le lanzó una mirada como un puñal. «Algún día ajustaremos cuentas, esto no lo voy a olvidar»

Aquella noche en la cabaña, Lasgol intentaba tranquilizarse después del mal trago pasado. Jugeteaba con Camu que disfrutaba con cada juego y caricia.

—He estado estudiándolos —dijo Egil señalando los dos libros.

—Espero que hayas descubierto algo, aunque no parecen muy interesantes...

Egil soltó una risita. —Para eso estoy yo aquí. Hay que leer con detenimiento. Los he estado analizando con mucho mimo desde que me los diste. Como se enteren que nos los hemos llevado nos vamos a meter en un buen lío. Uno que puede significar nuestra expulsión...

—No te preocupes, los devolveré a la sala prohibida en el sótano de la biblioteca en cuanto descubramos algo. O si no descubrimos nada.

—Asegúrate de que no te pillan.

—No lo harán. Tengo a Camu para que me ayude.

La criatura oyó su nombre y soltó un chillido interrogativo. Estaba colgando boca abajo del techo sobre la cama de Egil.

—Baja de ahí y pórtate bien —le dijo Lasgol pero Camu prefirió seguir explorando y saltó sobre el perchero.

Egil rio mientras Lasgol negaba con la cabeza mostrando en su rostro su desesperación.

—Verás, estos dos libros parecen tomos corrientes de conocimiento general. Si uno los lee no encuentra nada significativo en ellos, más allá de la información que contienen que no es demasiado interesante. He constatado lo que se dice en ellos y es correcto. No hay datos extraños, lugares erróneos, fechas incorrectas, conocimientos equivocados, nada fuera de lo normal.

—¿Entonces? ¿Son simples tomos corrientes?

—Sí.

—Oh...

—Y no.

Lasgol le miró confundido.

Egil sonrió. —Lo que está escrito en ellos es corriente. Pero los libros en sí no lo son.

—¿En qué sentido?

—Pertenece a alguien con mucha moneda, un noble importante.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Lasgol con ojos abiertos como platos.

—Por el material con el que han sido confeccionados. Es muy bueno. Extremadamente bueno, y caro. Sólo un noble podría permitírselo.

—¿Sabes quién?

—No. No sé quién ha podido fabricarlos. Las cubiertas, las páginas, la tinta, los bordados son de una calidad exquisita. Es muy desconcertante.

—Oh...

—Pero quizás ahí resida parte del misterio.

—¿En el maestro artesano?

—Y en quién realizó el encargo. Un encargo extraño: conocimiento común en tomos valiosos.

—¿Un noble excéntrico?

—Podría ser. Pero sabiendo que tu padre los tenía...

—Sí, tienes razón, tiene que haber algo más.

—No tengo la respuesta que buscas, pero creo que no es por casualidad. Los estaba estudiando, como lo he hecho yo, por una razón concreta o por una sospecha.

—¿Una sospecha?

—Sí, podría muy bien ser. Cuanto más lo pienso más creo que hay algo que ahora mismo no vemos pero que no hemos resuelto.

—¿Un misterio?

—Sí. Creo que en la muerte de tu padre puede haber algo más que no hemos descubierto todavía.

Lasgol suspiró profundamente. —Yo también tengo esa sensación. No sé por qué. La he intentado sacudir de mi cuerpo pero no se va. Tengo la sensación de que hay algo más... Creo que no sabemos toda la verdad. Hay cosas que no me encajan de mi padre, de mi madre... no sé, no estoy del todo convencido que sepamos “toda” la verdad.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero descubrir qué más hay que rodea la muerte de mi padre, y la de mi madre. Quiero conocer toda la verdad de lo que sucedió y por qué. Y quiero saber cómo encaja Camu en todo este misterio.

—Muy bien. Yo te ayudaré.

—Gracias, Egil, eres un buen amigo.

—Sabes que no puedo resistirme a un misterio.

Los dos rieron en camaradería.

Lasgol deseó que el misterio no fuera a traerles problemas.

«Claro, seguro que no».

Capítulo 25

Amanecieron con sonidos fuera de lo ordinario que les despertaron. Se oían voces fuertes, presurosas, gritos incluso. Era cosa muy extraña en el Campamento donde siempre imperaba el silencio y la calma.

Lasgol saltó de la litera.

—¿Qué sucede? —preguntó Egil despertando.

—Se escuchan voces, no sé qué ocurre pero no parece normal.

—Suenan a problemas —dijo Viggo que miraba al exterior por la ventana derecha de la cabaña.

—¿Ves algo? —le preguntó Gerd.

—No, pero creo proviene de los establos.

—Vayamos a investigar —dijo Egil.

—Sí, claro... y si es Darthor nos acercamos a estrecharle la mano —dijo Viggo con gesto torcido.

Egil negó con la cabeza y sonrió. —Vamos, debemos entender qué acontece.

—Nada bueno, eso acontece —le aseguró Viggo nada convencido.

Egil miró a Lasgol y éste le hizo una seña afirmativa. Los dos salieron corriendo a medio vestir. Gerd no se decidió y se quedó con Viggo.

Corrieron a los establos. No eran los únicos que se acercaban a mirar. Lasgol distinguió a Astrid y Leana a unos pasos de ellos. Lasgol sintió que el estómago le daba una vuelta al encontrarse con Astrid. Decidió acercarse y tragarse su enfado con ella.

—¿Sabéis qué sucede? —preguntó Astrid que miró a Lasgol con ojos brillantes al verlo aproximarse.

—No... —dijo Lasgol—, pero pasa algo extraño —dijo y señaló los establos.

Una larga caravana estaba llegando desde la entrada sur del Campamento, solo que no era una caravana normal como las de los Iniciados o Aprendices al llegar para comenzar el año y tampoco era una de aprovisionamiento, esas eran mucho menores y completamente silenciosas. No, aquella era una caravana mucho más lúgubre. Era una caravana de heridos. Heridos de guerra. Más de una treintena de carretas tiradas por mulas entraban con paso cansino cargadas hasta arriba con soldados en muy malas condiciones.

—¡Por los Dioses de Hielo! ¡Qué horror! —exclamó Astrid al darse cuenta de lo que sucedía.

—Es el horror de la guerra —dijo Egil observando las carretas manchadas de sangre y los heridos y muertos entre ellos.

A la cabeza del grupo iba un oficial de rango del ejército del Rey. Llevaba el brazo vendado. Lo escoltaban una docena de soldados a pie con rostros de severo agotamiento. Iban cubiertos de pies a cabeza en mugre y sangre.

—En esa carreta hay varios muertos... —indicó Leana con espanto.

—¡Descargadlos! ¡Rápido! ¡Que no se desangren! —tronaba la voz de Oden que organizaba a una docena de Guardabosques para que los auxiliaran.

—Creo que lo mejor es que vayamos a ayudar —dijo Lasgol.

—¿Tú crees? —le preguntó Astrid mirando a Oden que lanzaba órdenes a diestro y siniestro.

—No tiene suficientes Guardabosques y va a necesitar improvisar un hospital de campaña —dijo Egil.

El oficial desmontó y saludó a Oden. —Instructor Mayor —dijo con voz cansada.

—General Ulsen, seáis bienvenido al Campamento.

—Dejemos de lado las formalidades —dijo el General con ademán de estar agotado—. Necesitamos ayuda urgente o muchos no sobrevivirán.

Oden asintió. —Nos haremos cargo de ellos, General. De inmediato.

—Gracias. Vosotros, ayudad a los Guardabosques —ordenó a sus hombres.

—No es necesario.

—Lo es. Somos el Ejército de las Nieves. No nos rendimos nunca. Mis hombres ayudarán hasta caer desfallecidos —se giró hacia ellos y les lanzó una mirada llena de orgullo.

—¡A la orden, General! —respondieron sus hombres a una.

Lasgol observaba la escena como si estuviera en medio de un pasaje irreal, un sueño, o más bien una pesadilla.

—¡Vosotros, conmigo! —dijo una voz femenina a su espalda.

Se giraron y se encontraron a la Sanadora Edwina que llegaba a la carrera.

—¡Vamos, cada instante cuenta!

No necesitaron una segunda indicación. La siguieron hasta las carretas. Se pusieron a trabajar al lado de la Sanadora, siguiendo sus instrucciones. Lasgol se maravillaba del conocimiento de Edwina y de su poder sanador. Los otros no podían ver la energía azulada de la Sanadora en acción, abandonando su cuerpo y actuando sobre los cuerpos de los heridos. Pero él sí la captaba.

Egil le miraba de reojo mientras la Sanadora trabajaba, intuyendo lo que Lasgol estaba viendo. Tendría que contárselo todo luego, en detalle. Se centraron en ayudar en cuanto pudieron a Edwina, lo que suponía presenciar terribles heridas y la muerte en su forma más cercana y cruel. Algunos heridos estaban fuera de toda posible salvación, ni siquiera la Sanadora podía salvarlos.

Dolbarar y los cuatro Guardabosques Mayores llegaron de inmediato y organizaron la situación. Llamaron a todos en el Campamento. Los de cuarto y tercer año levantaron un hospital de campaña frente a la Casa de Mando. Montaron camas con las mesas y bancos corridos del comedor. Los de primero y segundo se encargaron del agua, las medicinas, los alimentos, mantas y ropa.

Fue una experiencia terrible que les quedaría grabada para siempre. La sangre y el horror que presenciaron aquel día no se les borraría del alma. Nunca. Los más afortunados recibieron ayuda a tiempo, tanto de la Sanadora como de los Guardabosques que ayudaban a sanar sus heridas. Pero las heridas de muchos eran demasiado graves para que la Sanadora pudiera hacer nada por ellos.

El General Ulsen se acercó a Dolbarar.

—Sé que he quebrantado la ley de los Guardabosques por refugiarme aquí con mis hombres heridos, pero no tenía otra opción. El enemigo nos tenía cercados. Era esto o sucumbir. No podía dejarlos morir. No podía...

—Has hecho bien, Ulsen. Los Guardabosques no cerramos nuestras puertas a los amigos.

—Gracias, Dolbarar, os honra.

—¿Y el resto de las fuerzas del Rey?

—Se han retirado. Por eso quedamos cercados. Las órdenes del Uthar eran replegarse a la ciudad amurallada de Olstran y guardar refuerzos.

—¿Olstran? La gran ciudad está a medio camino entre las montañas y la capital, Norghania. ¿Tanto ha tenido que retroceder el Rey?

Ulsen suspiró y sus ojos mostraron honda preocupación.

—Hemos sido derrotados en tres ocasiones. La situación es crítica. Si no los detenemos en Olstran, llegarán a la capital...

—Son noticias terribles...

—El Rey necesita del apoyo de los nobles adversos, de la Liga del Oeste, sin ellos no podrá detener a Darthor.

Dolbarar suspiró profundamente.

Mientras Dolbarar y el General comentaban la complicada situación en la que se hallaban las fuerzas del Rey, los Guardabosques se encargaron de los muertos. En sigilo y con el máximo respeto y rapidez, los retiraron a una zona apartada.

Todos trabajaron sin descanso hasta bien entrada la noche intentando aportar su granito de arena para socorrer a aquellos valientes. Dolbarar estaba muy preocupado por Edwina. Había demasiados heridos para una sola Sanadora y ella se negaba a descansar. Temía que se excediera en su intento por sanarlos a todos y fuera ella la que pereciera. No sería la primera ni la última vez. Las Sanadoras, aunque lo tenían prohibido, una vez consumida toda su energía interna, podían usar su propia energía vital para seguir sanando. Era muy arriesgado y de no detenerse a tiempo, se consumían por completo, lo que les conducía a la muerte.

Finalmente, rendida, la Sanadora perdió el sentido. Eyra y sus ayudantes la llevaron a su casa para que descansara y cuidaron de ella. La situación pareció calmarse algo al adentrarse la noche. Muchos de los heridos cayeron dormidos de puro agotamiento, sin embargo, una parte sufría los dolores de las heridas y los quejidos, los sollozos se escuchaban como una fúnebre encantación.

—¿Sabéis qué ha ocurrido? —preguntó Nilsa temblando de frío y de la impresión.

—Una batalla al sureste. Por lo que me ha contado uno de los soldados heridos mientras le transportaba —dijo Gerd.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —preguntó Ingrid extrañada.

—Un soldado me ha contado que los han traído río arriba —dijo Lasgol—, era más rápido que transportarlos a Olstran, la ciudad amurallada más cercana. Los demás que estaban algo más cerca los han llevado a la ciudad. El General Ulsen conoce el Campamento y sabía dónde buscar ayuda. Los han transportado los Capitanes en las embarcaciones durante la noche, burlando al enemigo.

—Por lo que parece Darthor ha vuelto a derrotar a las fuerzas del Rey —dijo Egil.

—¿Uthar ha tenido que retirarse? —preguntó Ingrid sacudiendo la cabeza sin poder creerlo. Pero la evidencia era clara. Aquellos heridos eran del ejército perdedor.

—Me ha dicho un Sargento que ha sido una batalla épica —dijo Egil. Han luchado contra Salvajes de los Hielos, ogros, bestias terribles...

—¿Y le crees? —preguntó Nilsa—. Suena a exageración...

—He de decir que sí, en esta instancia, le creo.

—Son noticias terribles... —dijo Nilsa nerviosa.

Gerd le dio un abrazo para calmarla.

Se hizo el silencio y todos meditaron sobre aquellas terribles circunstancias.

Lasgol vio una Iniciada apoyada contra un árbol, alejada de la plaza, como escondida. Se cubría la cara con las manos. Parecía sollozar. La reconoció. Se acercó a ella.

—¿Estás bien, Val?

La joven asintió sin mirar cubriéndose los ojos con las manos.

—¿Seguro? —insistió Lasgol que podía ver que ella intentaba ocultar que lloraba.

—Sí... estoy bien, gracias... —dijo entrecortadamente.

—No hay nada malo en llorar. Ha sido algo terrible. No tienes por qué ocultarte.

Val levantó sus grandes ojos azules hacia Lasgol. Estaban rojos y sus

mejillas mojadas.

—No quiero que los otros iniciados piensen que soy débil...

—¿Débil tú? De eso nada.

—No creas... mucho es una fachada...

—Puede, pero yo sé que hay mucho carácter ahí dentro —le dijo señalando al corazón de ella.

Val dejó de sollozar.

—Gracias, Lasgol. Eres muy amable.

—No creas todo lo que oyes, el año pasado era un traidor infame, lo peor que caminaba sobre la tierra —dijo Lasgol con una mueca cómica intentando arrancar una sonrisa a la joven.

—Eso he oído. También que por arte de magia, o brujería más bien, terminaste convertido en héroe —dijo ella y su sonrisa regresó aunque levemente.

—Espero que para final de este año me convierta en príncipe.

—Si no andas con cuidado podrías terminar como princesa.

Lasgol soltó una carcajada.

—Eso sería digno de ver.

—Gracias por animarme. Ha sido horrible, toda esa sangre, las terribles heridas... los muertos... —dijo Val que intentaba no llorar.

Lasgol se agachó frente a ella.

—Lo ha sido para todos. Yo no creo que duerma esta noche y estoy seguro de que tendré pesadillas durante mucho tiempo.

—¿Un héroe cómo tú?

Lasgol asintió. —Héroe o no, si esto no me afectara no sería humano.

Val asintió.

—Así que no tienes nada que esconder o avergonzarte.

—Ya sabes cómo son... buscan una debilidad... hay tanta competencia entre los iniciados... incluso en mi propio equipo.

—No te preocupes, lo harás bien. Estoy seguro.

—Tengo que hacerlo —dijo ella y su semblante se volvió serio, sus ojos mostraron determinación—. No puedo fallar.

—Todos estamos aquí por una razón.

—Algunas razones son más poderosas que otras...

—Cierto.

Val se puso en pie. Lasgol la imitó.

—Ya me encuentro mejor. Gracias. Eres mi héroe.

Lasgol sonrió al juego de palabras.

—Gracias. De verdad.

—No ha sido nada.

Val le dio un sentido abrazo. Lasgol retornó el abrazó. Por un largo momento la reconfortó en sus brazos.

—Nos vemos —le dijo Val y marchó con una sonrisa agradecida.

Lasgol la observó marchar. ¿Qué poderosa razón tenía Val para estar allí? Por su expresión, una muy poderosa. Y mientras lo pensaba se percató que tenía unos ojos clavados en él. Unos ojos verdes, salvajes, en un rostro bello y fiero.

Era Astrid.

Lo miraba desde la fuente cercana. Su expresión era una de verdadero enfado. Lasgol fue a saludarla, pero estando las cosas como estaban entre ellos y la mirada que le estaba dedicando, lo pensó mejor y bajó la mano que había comenzado a alzar en saludo.

No le dijo nada.

Astrid se giró como ofendida y marchó a grandes pasos con la espalda tiesa.

—Lasgol, nos vamos —le llamó Ingrid, haciendo una seña con la mano para que fuese con ellos.

Agotados regresaron a la cabaña a descansar un poco. Con el amanecer tendrían que volver a ayudar con los heridos.

Capítulo 26

La siguiente semana fue una de esfuerzo por salvar a los heridos más graves y ayudar en la recuperación de los que ya no corrían peligro. La Sanadora no descansaba un momento y Dolbarar la observaba constantemente para que no cruzara el punto de no retorno en sus sanaciones.

Llegaron y partieron mensajeros tanto alados como a caballo. Las noticias que llegaban no eran nada halagüeñas. Las fuerzas de Darthor avanzaban y el Rey Uthar se había visto obligado a retirarse. Sus tropas habían quedado dispersas e intentaban reagruparse.

Todo en el Campamento giraba ahora en torno a la guerra y los heridos. Los Guardabosques de los cuatro cursos seguían realizando la instrucción a diario pero intercalaban tareas de ayuda y soporte. Los días estaban llenos de trabajo. El tiempo empeoró en un abrir y cerrar de ojos. El cruel invierno Norghano descendió sobre las montañas y el Campamento como un dios helado extendiendo sus alas níveas cubriéndolo todo de blanco. El paisaje era bellissimo, no así el cielo, que estaba cada vez más gris y amenazaba tormenta a diario. Pero lo peor de todo era el frío, que comenzaba a ser extremo.

—Me pregunto cuándo será la Prueba de Inverno —dijo Ingrid una mañana mientras realizaban el entrenamiento físico.

—¿Por qué siempre estás pensando en lo mismo? —le recriminó Viggo jadeando, con la nieve hasta las rodillas en medio de la colina que estaban subiendo.

—Porque nos jugamos la expulsión y si no pienso en ello no me puedo preparar para superarla —le contestó ella con el ceño fruncido.

—Por las fechas en las que nos encontramos debería ser muy pronto —dijo Egil con la cara roja por el esfuerzo y el intenso frío.

Gerd se detuvo junto a ellos y miró al cielo. —Será pronto. El tiempo está empeorando mucho.

Nilsa llegó a la altura de Lasgol y le echó nieve encima.

—¡Vamos, menos cháchara, hay que llegar a la cima! —dijo riendo.

Lasgol sonrió y continuó esforzándose, haciendo gestos para que se dieran prisa.

Viggo sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

Unos días más tarde, Oden se presentó en las cabañas algo más temprano de lo habitual, lo que siempre solía conllevar alguna novedad, buena o mala. Generalmente lo segundo. Hizo formar a los equipos.

—Dolbarar ha convocado una reunión en la Casa de Mando —anunció—. Seguidme. Ahora.

Lasgol se sorprendió. Aquello no era nada normal.

Dolbarar los esperaba frente a la puerta del edificio. Su rostro era grave. Lasgol leyó preocupación en sus ojos. Junto a él estaba el General Ulsen con una rígida expresión militar en su rostro.

—Bienvenidos —los saludó Dolbarar, esta vez sin su acostumbrada sonrisa tranquilizadora.

Lasgol y Egil intercambiaron una mirada de preocupación. Algo pasaba y no era bueno.

—Imagino que esta llamada os ha cogido por sorpresa. Lo veo en vuestros ojos, llenos de incertidumbre e intranquilidad. Probablemente estaréis pensando que tiene relación con la Prueba de Invierno que tanto os preocupa —. Hizo una pausa y luego asintió más para sí mismo que para los Aprendices —. No estáis del todo equivocados. Este año las pruebas de todos se verán afectadas por un hecho innegable y que debemos confrontar: la guerra con Darthor. Y esta guerra va a afectar a la Prueba de Invierno.

—Igual la suspenden y nos dejan pasar a todos —susurró Gerd esperanzado.

—Ya, seguro, y a mí me hacen príncipe de Norghana —dijo Viggo con una mueca.

Ingrid le dio un codazo. —Shhh. Oigamos a Dolbarar.

—El General Ulsen ha recibido noticias muy preocupantes que requieren de nuestra intervención —continuó Dolbarar—. Dejaré que sea él quien las trasmita —con un gesto dio paso a Ulsen.

El General pasó la vista sobre los Aprendices, como midiendo su coraje.

—La situación es grave. No voy a mentiros, el Rey ha sido rechazado y la

guerra está tomando un cariz adverso. Tras las últimas batallas, Uthar se ha retirado a la ciudad amurallada de Olstran. Se está reagrupando. Pero en su repliegue varios regimientos han quedado bloqueados tras las Montañas Eternas y no pueden regresar. Darthor ha aprovechado el repliegue de Uthar para sellar los pasos y los regimientos han quedado aislados al norte. Ahora se prepara para avanzar sobre Olstran con sus fuerzas. Este Campamento es el punto más al norte aún en manos de las fuerzas de Uthar. El enemigo controla el norte y está avanzando hacia el sur detrás de esas montañas según hablamos —dijo señalando la cordillera que rodeaba y protegía el Campamento y todo el enorme valle—. Es por ello por lo que el Rey ordena a los Guardabosques que rescaten a los regimientos atrapados.

Los murmullos tomaron vida entre los Aprendices.

Dolbarar intervino. —Este año la Prueba de Invierno será una de enorme coraje. Consistirá en rescatar a esos soldados atrapados en el helado norte tras las montañas. No podemos dejarlos morir a manos del enemigo o el letal invierno. En el Campamento sólo quedáis los alumnos de los cuatro cursos. Debéis ser vosotros.

Los murmullos se convirtieron en exclamaciones de sorpresa, en ahogadas muestras de asombro y miedo... Aquello era más que una prueba, era participar en la guerra y todos eran muy conscientes de que podían morir.

—Hay que abrir dos pasos cerrados y rescatar a nuestras tropas para que puedan unirse al rey en Olstran. A despejar el Paso del Gigante Helado irán los de Primer año, acompañados por los de Cuarto año, pues son los más jóvenes e inexpertos y necesitarán ayuda. Vosotros, los de segundo año, estáis ya preparados para afrontar esta situación. Habéis entrenado y os habéis formado por casi dos años. Podéis hacerlo, no me cabe duda. De todas formas, equipos de Tercer año os acompañaran. Vuestra misión consistirá en despejar el paso de la Boca del Dragón Blanco.

Gerd abrió los ojos como platos. Su rostro se volvió uno de terror.

—Ese es el paso más al norte...

—Sí, y detrás están las Montañas Inalcanzables tras las que están los territorios finales del norte, donde termina Norghana y comienza el Mar del Norte —explicó Egil—. A esa región la llaman la Tierra Helada.

—Y donde viven algunas tribus de Salvajes del Hielo... —dijo Viggo con gesto torcido.

—No está claro si siguen viviendo allí. Hace años que nadie se acerca por esas tierras inhóspitas —dijo Nilsa.

—Por una razón obvia, los Salvajes de Hielo los matan —insistió Viggo.

—No tenemos que ir tan al norte, no os preocupéis —intentó calmarlos Ingrid.

—Yo no quiero toparme con un brutal Salvaje de los Hielos —dijo Gerd mostrando en sus ojos todo el temor que sentía.

—No te preocupes. Será una misión sencilla. Llegar al paso, abrir camino y sacar de allí al regimiento. Pan comido —les aseguró Ingrid.

Lasgol intercambió una mirada con Egil y éste le hizo un gesto claro de que no estaba tan seguro de que fuera a ser así.

Dolbarar les explicó con detalle las misiones y los riesgos con los que se iban a encontrar.

—Tened mucho cuidado. Esto no será una prueba, esto es la guerra. Podéis morir, todos.

Lasgol sintió un escalofrío helado bajarle por la espalda. Los rostros de sus compañeros estaban marcados por el miedo y la preocupación.

Partieron con la primera luz del alba. Los guiaba Esben al que acompañaba la Instructora Marga. Lasgol se alegró de que les guiara el Guardabosques Mayor de la Maestría de Fauna. Al menos no era el siniestro Haakon ni la gélida Ivana. Eyra estaba demasiado mayor para aquel tipo de aventuras. Esben tenía carácter y era algo tosco pero no había malicia en él.

Lasgol pensó que abandonarían el Campamento por la entrada al sur para dirigirse luego hasta el pie del Campamento: el embarcadero. Allí tomarían los navíos, saldrían por la Garganta y navegarían por el Río sin Retorno. Eso es lo que habían hecho los de primer y cuarto año el día anterior. Pero para su enorme sorpresa, Esben los guió hacia los bosques del norte.

Según avanzaban se les unieron los equipos de tercer año. Lasgol reconoció a Molak. Se alegró de que fuera él. Tenerlo con ellos le tranquilizaba. Decían que era el mejor de los de tercero. Al menos en Tiro y en Pericia desde luego que lo era.

—Hola, Ingrid —saludó Molak situándose junto a ellos.

—Hola, Molak —respondió Ingrid con tono algo menos frío de lo que era habitual en ella. Por un instante los dos capitanes se observaron sin decir

nada.

Viggo captó el gesto y frunció el ceño.

—¿Qué tal ese tiro, Lasgol? ¿Va mejorando?

—Mucho, Molak. Mil gracias por tus consejos. Me han ayudado mucho.

Molak sonrió. —Me alegro.

Lo que Lasgol no le contó es que había estado practicando día y noche, y no sólo con los consejos y enseñanzas de Molak, sino que había estado experimentando con el Don y había logrado desarrollar una nueva habilidad. Egil le había puesto el nombre de “Tiro Certero”. Todavía no la dominaba pero había sido todo un descubrimiento y una gran sorpresa. Había ocurrido por accidente. Lasgol entrenaba con Ingrid y Egil cuando sucedió. Estaba apuntando con su arco y se sentía tan frustrado porque sus tiros no hacían diana por mucho que lo intentara que cerró los ojos con fuerza y maldijo. «Veo la diana, el punto exacto donde debo acertar. Tengo que acertar. ¡Tengo que acertar!». Y debido a los fuertes sentimientos que estaba experimentando, a su rabia y frustración, su Don despertó sin él llamarlo. Abrió los ojos y centró su mirada en el blanco. Sintió el hormigueo que el uso del Don le provocaba. Se produjo un destello verde que recorrió su brazo y su arco. Lasgol no sabía qué tipo de habilidad había invocado. Soltó y siguió la trayectoria de la flecha con la mirada. La flecha dio en el blanco. En el centro del blanco. El centro exacto. Sin desviación alguna. Lasgol no podía creerlo.

Ingrid y Egil menos todavía. Lo observaban boquiabiertos.

Lo volvió a intentar pero no pudo repetir la hazaña. No conseguía invocar esta nueva habilidad. No le extrañó, las habilidades espontáneas había que conseguir dominarlas y tardó semanas en conseguir algo.

Egil estaba entusiasmado. Decía que era algo fascinante. Había apuntado todo lo sucedido con detalle en su cuaderno de notas. El problema con desarrollar nuevas habilidades era que llevaba mucho tiempo y esfuerzo. “Como todo lo bueno en la vida”, le había dicho Egil. Pero Lasgol no tenía demasiado tiempo. Además, una vez terminara de controlarla, no podría usarla para pasar las pruebas de tiro pues sentía que sería como hacer trampa.

Egil le había explicado que desde un punto moral no lo era pues cada persona utilizaba su cuerpo y talentos naturales sin restricciones para llegar a ser Guardabosques. Gerd, por ejemplo, era el más fuerte del Campamento y esa fortaleza la podía usar en la lucha y en muchas otras pruebas. No veía

cómo ser poseedor del Don era diferente de ser poseedor de un cuerpo enorme y fuerte.

Lasgol entendía lo que Egil trataba de decirle pero aun así prefería no usar su Don en los entrenamientos y mucho menos en las Pruebas.

—Tened mucho cuidado. Esta misión será peligrosa —les advirtió Molak y miró a Ingrid.

Lasgol regresó de sus pensamientos y asintió pesadamente.

—Será mejor que quien se cruce en nuestro camino tenga cuidado —dijo Ingrid con energía.

Molak sonrió sorprendido por el comentario. —Aun así, tened cuidado.

—Lo tendremos —le dijo Ingrid ahora algo más cautelosa.

El Capitán de tercero volvió con su equipo tras Esben y Marga que iban marcando el ritmo.

—¿Qué quería el “Capitán Fantástico”? —les preguntó Viggo.

—¿Capitán Fantástico? —preguntó Ingrid contrariada.

—Sí, ese al que le ponías ojitos.

—Ese es Molak, y no es ningún capitán fantástico. ¡Y yo no le ponía ojitos a nadie!

—Ya... ya... por eso estás roja como un tomate.

—¡Estoy roja de ira de aguantarte! —le respondió Ingrid y le dio la espalda.

Lasgol tuvo que reprimir una risita. Siguió caminando. El trayecto sería duro y largo. Comenzó a nevar lo cual era buena señal en el norte, pues la temperatura no descendería mientras los copos cayeran. Todos llevaban ropa gruesa de invierno: capas de guardabosques blancas para confundirse con la nieve y el entorno helado. Hasta los morrales que llevaban eran blancos. Arrebujados en la capa, con la capucha puesta y el pañuelo de guardabosques blanco sobre nariz y boca, no se distinguían de la nieve en la distancia. En el morral todos llevaban una pequeña pala hecha de madera, la necesitarían para remover la nieve.

Esben les hizo marchar a buen ritmo siempre siguiendo dirección norte. Marga observaba a los equipos con atención. Vadearon varios lagos y cruzaron cinco bosques interminables. Finalmente llegaron al pie de la cadena montañosa que sellaba el valle. Ya la habían subido en varias partes aunque

Lasgol no entendía qué propósito tenía escalar la cordillera si no había forma de descender por el otro lado. Y eso lo sabían bien.

—Acercaos todos —pidió Esben. Marga se situó a su lado.

Todos los equipos se agruparon alrededor del Maestro Guardabosques.

—Lo que voy a mostraros es un secreto de los Guardabosques. Uno que mantenemos desde hace mucho tiempo. No os lo mostraría si tuviera otra opción. Por desgracia no tenemos tiempo para dar rodeos. Las vidas de bravos soldados de Norghana dependen de que actuemos con rapidez. Necesito vuestro juramento de que nunca revelareis este secreto a nadie. Ni bajo tortura. Os lo llevareis con vosotros a la tumba.

Las palabras de Esben, tan cortantes, dejaron a todos algo descompuestos.

—Por supuesto, Guardabosques Mayor —dijo Molak reaccionando el primero.

Isgord, que no quería ser menos habló a continuación.

—Desde luego, señor. A la tumba.

Poco a poco el resto fueron aceptando.

—Muy bien, seguidme.

Esben subió por las rocosas paredes cubiertas de nieve con una agilidad y seguridad asombrosas. Los demás le siguieron lo mejor que podían. Llegaron a media altura en la cordillera y Esben se detuvo frente a dos enormes rocas. Parecían haber caído desde la cima. De pronto dos Guardabosques aparecieron sobre ellas. Nadie supo de dónde habían salido. Parecían haberse volatilizado allí mismo por arte de magia, aunque probablemente tenía que ver más con su destreza en la maestría de Pericia.

—Guardabosques Mayor Esben —saludaron.

—Vigías del Paso Secreto —saludó a su vez Esben.

El resto esperó mientras los tres Guardabosques intercambiaban palabras en voz baja. Al cabo de un buen rato, que todos aprovecharon para descansar, Esben se dirigió a ellos.

—Seguidme, en fila de a uno.

Sin decir más subió sobre la roca ayudado por los dos Guardabosques y se dejó caer al otro lado, desapareciendo de la vista de todos. Molak lo siguió. Cuando le tocó el turno a Lasgol, los dos Guardabosques lo ayudaron a subir y una vez sobre las rocas descubrió el secreto. Un estrechísimo desfiladero con

cabida para sólo una persona se abría ante sus ojos. Una de las paredes del desfiladero se había desplazado y caído contra la otra lo que dejaba en su base un angosto pasaje. Desde la distancia parecía que ambas paredes estaban una contra la otra. La parte inferior no se veía.

—Increíble... —musitó Lasgol y se metió en el pasaje siguiendo a los demás. Dio gracias a los Dioses de Hielo por no tener miedo a los espacios estrechos. Les llevó un buen rato alcanzar la salida. Cubrieron más de dos mil pasos. Al otro lado del paso se encontraron con otras dos enormes rocas escondiéndolo de ojos indiscretos y a otros dos vigías.

Los vigías los ayudaron a subir y salieron de allí.

Esben y Marga llamaron a todos los capitanes.

El Guardabosques Mayor se dirigió a ellos con rostro severo.

—Estamos fuera. Ahora debemos extremar las precauciones. Recordad todo lo que habéis aprendido y tened mucho cuidado. No olvidéis que estamos en guerra. Llegaremos hasta el paso, lo libramos, encontraremos a los soldados atrapados al otro lado y volveremos con ellos. No habrá nada de tonterías. Nos mantendremos apartados de las fuerzas de Darthor en todo momento o no todos regresaremos con vida.

—Así lo haremos —le aseguró Molak.

—Muy bien. Vamos.

Se dirigieron al norte. Nevaba copiosamente y la travesía era dura. Avanzaban en silencio con cuidado de no ser descubiertos. Marga se adelantó a explorar en avanzadilla para evitar que se toparan con el enemigo. Esben envió a Molak y los otros capitanes de tercer año a cubrir los flancos y la retaguardia. Les dio órdenes de explorar a trecientos pasos del grupo y avisar ante cualquier anomalía.

Lasgol y el resto de los Aprendices avanzaban con los sentidos alerta, pero sobre todo muy rígidos. La tensión era tan patente que parecía impedirles mover sus músculos y articulaciones de forma normal. Ingrid les hacía gestos de ánimo en silencio pero la cara de Gerd delataba el miedo que todos sentían. Nilsa pisaba la nieve con tal cuidado que parecía otra persona. Estaba aterrorizada de que pudieran descubrirlos por cometer alguna de sus torpezas. Lasgol estaba inquieto, muy inquieto. Egil observaba cuanto pasaba a su alrededor y lo memorizaba y analizaba todo con su mente prodigiosa. El único que parecía mantener una calma total en aquella situación era Viggo. A él las

situaciones difíciles no lo ponían nervioso. Una cualidad que envidiar y que Lasgol hubiera deseado poseer, pero por desgracia, no era el caso.

Marcharon por una semana cruzando bosques y subiendo colinas bajo las inclemencias de un invierno que cada día que pasaba se estaba convirtiendo en más peligroso. La travesía comenzó a ponerse muy difícil, especialmente por las noches cuando la temperatura descendía hasta los abismos y no podían encender fuegos para calentarse por riesgo a ser descubiertos. Esben no les permitía dormir más que lo necesario para que la mente no sufriera y lo hacían apelotonados los unos sobre los otros para mantener algo de calor corporal. Las provisiones que llevaba cada uno eran para tres personas, para él y para los dos soldados que debía rescatar. El peso era importante y tener que comer la ración fría no sentaba demasiado bien al estómago.

Si la primera semana fue dura, la segunda se volvió infernal. El terreno era cada vez más abrupto y un desliz les podía costar la vida. El clima se volvió extremo. Las tormentas invernales comenzaron a castigarlos con vientos helados que cortaban la piel, lluvia glacial que helaba hasta los huesos y nieve y granizo que les impedía avanzar al ritmo que debían. Esben los guiaba y animaba. Los Aprendices estaban soportando el castigo como auténticos campeones. Por fortuna no había rastro del enemigo. Habían encontrado huellas en dirección sur pero eran de hacía más de una semana. Lasgol no sabía cómo Esben podía leer aquel rastro una semana después en medio de una tormenta invernal. Pero podía.

Al comenzar la tercera semana los ánimos comenzaron a agotarse y algunos Aprendices a desfallecer. Ayudados por sus compañeros de equipo siguieron avanzando. En medio de una ventisca que apenas les dejaba ver nada, alcanzaron la entrada al paso: la Boca del Dragón Blanco.

—¡Nos detenemos! —ordenó Esben.

—He registrado los alrededores y no hay rastro del enemigo —dijo Marga. Sólo sus ojos y las pecas de su frente eran visibles bajo el pañuelo de guardabosques que cubría su rostro.

—Muy bien. Quiero vigías a mil pasos en todas direcciones —dijo Esben.

—Muy bien —dijo Marga y eligió a los vigías.

—Los demás, escuchadme —les dijo Esben—. Sé que estáis cansados. Pero pensad esto: cuanto antes terminemos la misión, antes regresaremos a casa.

Los Aprendices asintieron.

Esben señaló el alud de nieve y rocas que taponaba la entrada del paso.

—Esto no ha ocurrido por causas naturales. Lo ha hecho Darthor. Pero hoy le demostraremos que nada puede con los Guardabosques, con los Norghanos. ¡Sacad las palas! ¡Despejad la entrada!

Y los Aprendices comenzaron a trabajar con las exiguas fuerzas que les quedaban, orgullosos de ser Norghanos, de ser Guardabosques.

Capítulo 27

Les llevó una semana de muy duro trabajo despejar la entrada del paso. Trabajaban a turnos, día y noche. Mientras unos equipos descansaban, los otros trabajaban. Luego se relevaban. Era increíble la de nieve y roca que eran capaces de remover con disciplina y siguiendo las expertas órdenes de Esben.

Trabajaban con mucho cuidado pues el riesgo era alto. La cantidad de roca y nieve caída era enorme pero también inestable. Los equipos removían nieve y roca de la base lo cual podía desestabilizar las capas superiores.

—¡Descargad de arriba! —les gritaba Esben.

Trabajaban con vigor siguiendo sus instrucciones.

De súbito se escuchó un ruido terrible, como un trueno recorriendo el paso.

Se produjo un desprendimiento.

Nieve y roca se precipitaron sobre los equipos que trabajaban en ese momento. Los Osos se llevaron la peor parte y se quedaron sepultados.

Todos se lanzaron a rescatarlos.

Los sacaron con vida pero malheridos. Tenían huesos rotos, feas contusiones y serias heridas.

Los sanaron con los ungüentos y medicinas que portaban y los entablillaron.

—¿Qué hacemos? —preguntó Marga a Esben. Ambos estaban muy preocupados y no podían disimularlo.

—De seguir aquí arriba, con este clima... morirán —aseguró Esben—. Dejadme pensarlo.

Lo meditó por una mañana y finalmente se decidió. Llamó a Marga y a los Lobos.

—Debéis regresar antes de que alguno pierda la vida. Los llevaréis de regreso al Campamento.

—Pero a mí me necesitas contigo —dijo Marga.

—Los sé, pero no quiero sus muertes sobre mi conciencia. Consigue que regresen sanos y salvos. Será difícil. No puedo encomendárselo a un equipo, todavía no están preparados para afrontar una situación así.

—Está bien. Lo haré —le aseguró Marga.

Marcharon antes del atardecer.

Esben se dirigió al resto de equipos que contemplaban la marcha de sus compañeros heridos.

—Esto es más que una Prueba. Esto es la vida real y aquí la gente cae herida y muere. No quiero regresar al Campamento con bajas así que prestad mucha atención a lo que hacéis y que esto no se repita.

Trabajaron sin descanso por días, internándose en el paso, despejando la avalancha que lo cubría de lado a lado.

—No me explico cómo Darthor ha conseguido cubrir todo el paso —comentó Lasgol a sus compañeros mientras comían de las provisiones en un descanso—. La entrada es una cosa pero... ¿todo el desfiladero?

—Habrá usado bestias de las nieves —aventuró Gerd.

—Lo más probable es que haya usado magia —dijo Egil.

—Ya estamos con la maldita magia —protestó Nilsa.

—Es lo que más sentido tiene analizando lo que nos hemos encontrado. Un alud de semejantes proporciones no puede haber sido causado por la mano del hombre —dedujo Egil.

—Quizás haya sido la madre naturaleza —dijo Ingrid.

—Sí, pero no hubiera sido a lo largo de todo el cañón. Lo más probable es que fuera en medio —rebatía Egil—. Cuanto más lo pienso, más creo que ha sido magia.

—¿Magos de Hielo corruptos? —preguntó Ingrid.

—Eso me temo...

—Dejad ya de hablar de magia y magos corruptos —saltó Nilsa—. Se me ponen los pelos de punta y ya tenemos bastantes problemas como estamos.

—La pelirroja tiene razón —convino Viggo.

—Debemos conocer el peligro al que nos enfrentamos —dijo Ingrid.

—Entonces por qué no vas a preguntarle a tu novio, al Capitán Fantástico —le dijo Viggo con una mueca.

—¡Yo no tengo ningún novio!

—Si te cae la baba cada vez que te habla con sus rubias trenzas, esos ojos azules que roban la respiración y ese apuesto rostro de guerrero de mentón fuerte —dijo Viggo imitando la voz de una chiquilla enamoradiza.

Ingrid estalló y se lanzó sobre Viggo. Tuvieron que separarlos. Por suerte estaban demasiado cansados y hacía demasiado frío para discutir.

Unos días más tarde, en medio de una tormenta de nieve, las Águilas consiguieron atravesar el tapón final y cruzar al otro lado del paso. Isgord lo celebró como si las Águilas lo hubieran hecho todo solos, cosa que no sentó nada bien a los otros equipos que se habían dejado el alma trabajando en aquel desfiladero abismal. Pero a Isgord eso le daba igual.

Esben envió a los de tercer año a reconocer la zona mientras el resto esperaba. Cuando regresaron reportaron sus hallazgos.

—Nada al Este —dijo Aspen uno de los capitanes.

—Nada al Oeste —dijo Olmar el otro capitán.

—Huellas, señor, al norte —anunció Molak.

—¿Nuestros hombres o el enemigo? —quiso saber el Guardabosques Mayor.

—De ambos, pero las más recientes son de nuestros soldados.

Esben lo meditó. Tenía el cabello y la barba llenas de nieve y parecía haber envejecido treinta años.

—Muy bien, avanzaremos despacio, formación de flecha. Yo iré en cabeza. Vosotros tres y vuestros equipos conmigo. Formaremos la cabeza de la flecha. El resto detrás formando el asta. Las Águilas de segundo año formarán las plumas.

Isgord casi explota de la rabia al recibir la orden. Serían los últimos, se perderían toda la acción vigilando la retaguardia.

Avanzaron en total sigilo. Copos de nieve descendían de las alturas, esparcidos, balanceándose lentamente mientras caían. Todos estaban tan tensos que se les había olvidado el tremendo cansancio y el frío que sufrían. Llegaron a unos pinos y Esben dio la orden de detenerse. Todos se llevaron las manos a los arcos y los prepararon. Algo sucedía. Al cabo de un largo momento Esben dio la orden de avanzar.

Al librar el pinar descubrieron un enorme valle. Contra una de las paredes

rocosas se refugiaban cientos de tiendas militares. Junto a ellas había soldados Norghanos de guardia. Tenían muy mal aspecto. Algunos estaban heridos.

¡Finalmente los habían encontrado!

Un oficial Norghano apareció con medio centenar de hombres armados en cuanto se aproximaron.

—Soy el Capitán Tolan —se presentó.

—Guardabosques Mayor Esben.

—¿Guardabosques? ¿Cómo? ¿Aquí? —dijo el Capitán completamente perplejo.

—Hemos despejado el paso.

—¿Es una broma?

—No, Capitán, no lo es. Estamos aquí para llevaros a todos de vuelta.

Tolan puso cara de no poder creérselo.

Esben asintió.

Algo más al oeste se veían varias carretas de suministros vacías y los cadáveres de los animales de tiro que los soldados habían utilizado para alimentarse. Lasgol descubrió los esqueletos de ponis y caballos. Se los habían comido. Bajo unos árboles había una pila de cadáveres.

Estos eran de soldados.

Se reunieron para hablar en la tienda de mando. Estaba en tal mal estado que el viento entraba por unos enormes orificios en un lado para salir por otros en el lado contrario. Aun así era mejor que estar a la intemperie pues al menos el techo de lona protegía de la nieve que no dejaba de caer.

El Capitán Tolan les dio la bienvenida.

—Debemos partir cuanto antes. Mis hombres, como habéis comprobado, están en un estado lamentable. Tengo muchos heridos y los que aún pueden luchar están muertos de hambre. Hemos tenido que sacrificar a las bestias... Salimos a cazar pero con este maldito tiempo no somos capaces de conseguir más que alguna pequeña pieza. No somos Guardabosques... lo nuestro es combatir, no cazar... ni sobrevivir en este entorno...

Esben asintió. —Hemos repartido las provisiones que traíamos entre los hombres.

—Gracias... si no aparecéis... no habiéramos sobrevivido otra semana.

—¿Cómo es que no habéis intentado librar el paso? —preguntó Esben.

—Lo hicimos. Pero sólo disponemos de espadas y lanzas, aun así lo intentamos... pero... se produjo un enorme desprendimiento. Perdí cerca de medio centenar de hombres. Después de eso no me atreví a volver a intentarlo. Buscamos rutas alternativas, al este y al oeste, pero no hay forma de cruzar estas malditas montañas.

—No, no la hay —confirmó Esben.

—Deberíamos partir cuanto antes. No hemos tenido contacto con el enemigo desde que nos derrotaron y cruzaron pero podrían volver.

—Sí, así lo haremos. Prepare a sus hombres. Mis guardabosques ayudarán con los heridos y los que estén demasiado débiles para realizar el trayecto de vuelta.

—Muy bien.

—¿Hay algún regimiento más a este lado que necesite socorro?

Tolan meditó la respuesta. —Los Garra de Hierro están al norte, pero no sé si necesitan ayuda o no...

—¿Las fuerzas de castigo del Rey? ¿Qué hacen tan al norte?

—Nos cruzamos con ellos después de la batalla. No me dijeron cuál era su misión en esta zona. Buscaban regresar por el paso, al encontrarlo inaccesible se dirigieron al norte, a la costa. Buscaban algún navío grande con el que regresar.

—Si están al norte tarde o temprano se van a encontrar con las tropas de Darthor. Deberíamos avisarles de que el paso está abierto.

—Marcharon hace tres días. No pueden estar muy lejos.

Esben miró a sus capitanes de equipo. —Molak, Ingrid, coged vuestros equipos y encontrad a las Garras de Hierro. Avisadles de que el paso está abierto y regresad con ellos.

—Muy bien, señor —dijeron los dos e intercambiaron una mirada de inquietud.

—Recordad que estamos en territorio de los Salvajes de los Hielos. Nada de tonterías.

—Sí, señor.

—Hacedlo bien y seréis recompensados. Hacedlo mal y moriréis.

Ingrid tragó saliva pero no dijo nada.

Mientras Esben y Tolan organizaban las tropas y el transporte de heridos, Ingrid y Molak explicaban la misión a sus equipos.

—¡Tenemos la suerte de los condenados! —se quejó Viggo con acritud.

—¡Es un honor que nos hayan elegido! —le dijo Ingrid.

—Si lo hacemos bien Esben podría darnos una Hoja de Prestigio —dijo Nilsa pensativa.

—Ya, pero será peligroso... —dijo Gerd con ojos llenos de preocupación y miedo.

—Si ponemos en una balanza lo difícil que es conseguir una buena puntuación en una prueba y más aún conseguir Prestigio, he de decir que es una oportunidad que no podemos ni debemos dejar pasar —dijo Egil—. Soy consciente del riesgo que entraña. Debemos ser extremadamente cuidadosos, cierto, pero la oportunidad como bien han dicho Ingrid y Nilsa es manifiesta y por lo tanto deberíamos tomarla.

—A mí tampoco me gusta el riesgo que vamos a correr —dijo Lasgol— pero es verdad que es una buena oportunidad y que la necesitamos. Además, ayudaremos a los hombres del Rey que pueden estar en apuros.

—¡Que se ayuden solos, para eso son fuerzas de élite! —se quejó Viggo.

—¡Calla, cabeza de patata! —le increpó Ingrid.

—En cualquier caso, nos lo ha ordenado Esben así que debemos ir —dijo Egil.

—Cojamos algunas raciones y preparémonos —dijo Ingrid que miraba a Molak. Él le hizo una seña para que se acercara.

Los dos capitanes hablaron un momento y regresaron con los equipos.

—Salimos en breve. Viene tormenta.

—¿Te lo ha dicho tu novio el Capitán Fantástico?

—¡Te voy a poner un ojo morado!

—Quietos... —dijo Gerd interponiendo su cuerpo entre ambos.

—Mejor nos preparamos —dijo Lasgol señalando al cielo que se estaba ennegreciendo por momentos.

Partieron con la tormenta casi encima. A sus espaldas Esben y Tolan se apresuraban para marchar en dirección al paso. Molak tomó la cabeza y los

guio hacia el norte cruzando un bosque cubierto de nieve. Hacía frío. Todos llevaban los pañuelos de guardabosques puestos para protegerse del viento cortante. Avanzaron en silencio prestando atención a donde pisaban.

El equipo de Molak era pintoresco, casi tanto como el de las Panteras. Lo primero que les llamó la atención era el nombre del equipo: las Águilas Blancas. Lasgol ya se había dado cuenta de que los nombres de los equipos que se seleccionaban en el primer año y con los que los equipos se quedaban para los siguientes años eran siempre los mismos. Supuso que era para facilitar a los Instructores el trabajo de organizarlos. Que el equipo de Molak tuviera el mismo nombre que de Isgord era chocante.

Lo formaban las mellizas Margot y Mirian que eran como dos gotas de agua. Era imposible diferenciarlas, mucho menos completamente cubiertas con el ropaje de invierno. Tenían unos ojos grandes y pardos, casi rojizos, como ascuas de una hoguera. Eran indiscutiblemente Norghanas: rubias, de piel muy blanca, fuertes y capaces de tumbar a un hombre adulto de un puñetazo. Junto a ellas avanzaban Josa y Tonk, dos guerreros natos, fuertes y altos. Eran del sur de Norghana y se apreciaba en sus rasgos físicos. Su piel no era tan clara y su cabello era castaño. Josa tenía ojos azules y Tonk verdes lo que evidenciaba la mezcla de razas en ellos. El quinto componente del equipo que nunca se separaba de Molak era Mark, delgado y no muy alto. Era la sombra de su capitán, no lo dejaba en ningún momento.

Llegaron a la segunda cadena montañosa. Molak dio el alto, se agachó y estudió el rastro. Mark le ayudó.

Ingrid llamó a Lasgol. —¿Qué opinas, Lasgol? Tú eres el mejor de las Panteras en leer los rastros.

Lasgol se agachó y los estudió.

—Son ellos. Soldados de infantería en armadura pesada. Más de un centenar. Avanzan rápido y se dirigen al paso —dijo señalando el desfiladero que se abría al este.

Molak negó con la cabeza. —Esperaba alcanzarlos antes de que cruzaran...

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó Ingrid.

—Es territorio de los Salvajes del Hielo.

—Pero seguimos en Norghana, ¿no?

—Eso depende de a quién preguntes... —dijo Molak.

Mark lo aclaró. —Según el Rey Uthar, Norghana alcanza hasta el mar del Norte, es decir, toda la tierra del norte. Según los Salvajes de los Hielos esta es su tierra y la defienden con sangre.

—Pensaba que los Salvajes de los Hielos vivían en el Continente Helado, más al noreste en medio del Mar del Norte —dijo Ingrid.

—Parte viven allí, parte en la costa del norte de Norghana —dijo Mark señalando al norte.

—Los Norghanos y los Salvajes del Hielo tienen una larga historia de confrontación —dijo Molak—. Los Norghanos no solemos cruzar esas montañas y los Salvajes no suelen bajar de ellas tampoco. Así se mantiene la paz.

—Se mantenía... —apuntó Ingrid.

—Correcto, se mantenía. Darthor se ha erigido en defensor de los Salvajes de los Hielos y los ha unido bajo su estandarte así como a otros pueblos del Continente Helado —dijo Molak.

—¿Defensor? Pero si es un asesino despiadado —dijo Nilsa.

Mark hizo un gesto. —No para los pueblos salvajes... para ellos es un salvador.

—¡Increíble!

—Siempre hay dos bandos en una guerra —dijo Mark—, y ambos piensan que tienen razón y su causa es la justa.

—¿Estás defendiendo la causa de Darthor? —dijo Ingrid con cara de incredulidad absoluta.

—No... sólo digo que desde el punto de vista de los Salvajes de los Hielos, ellos tienen razón y su líder es Darthor.

—¡Tonterías! ¡Eso son patrañas!

—Shhh —le amonestó Molak—, estamos en territorio enemigo. Bajad la voz.

—Está bien... —dijo Ingrid en un susurro.

—Hay que cruzar el paso. Iré yo primero. Exploraré y si es seguro volveré a avisar. Esperad a mi señal —dijo Molak.

—Déjame ir a mi —se prestó Mark.

—No. Yo soy el Capitán, es mi responsabilidad.

—Entonces voy yo contigo —dijo Ingrid.

—Ingrid...

—Soy Capitán como tú, también es mi responsabilidad.

Molak lanzó una mirada a Lasgol buscando apoyo pero Lasgol conocía demasiado bien a Ingrid, no se echaría atrás. Se encogió de hombros y puso cara de resignación.

Molak maldijo entre dientes. —Está bien, iremos nosotros dos. Que nadie se mueva hasta que volvamos. Si no regresamos, no vendréis a rescatarnos. Regresareis con Esben. ¿Entendido?

Lasgol y Mark asintieron.

—Estad alerta. No sabemos qué puede haber al otro lado ni lo que puede salir de este paso en cualquier momento.

—Lo estaremos —le aseguró Mark.

—Muy bien. En marcha.

Los dos capitanes entraron en la larguísima garganta. Lasgol observó aquellas níveas y majestuosas montañas. Impracticables, inclementes... seres milenarios de roca y nieve tan majestuosos como letales.

Esperaron en la entrada de la garganta con las Panteras a un lado y los Águilas al otro con los arcos listos. Esperaron y esperaron.

La noche cayó.

Los capitanes no regresaron.

Capítulo 28

Esperaron toda la noche. No podían hacer nada más en medio de la tormenta de nieve y la oscuridad que arreciaba. Se refugiaron contra una de las paredes de roca tras unos abetos. Entre la ladera y los árboles se arrebujaron y se apilaron los unos contra los otros. Se turnaron las guardias e intentaron descansar algo, aunque nadie logró dormir más allá de unas cabezadas.

Con el amanecer los equipos se reunieron para decidir qué hacer.

—No han regresado, algo malo les ha sucedido —dijo Lasgol.

—Es lo más probable, sí —dijo Mark.

—Tenemos que ir a ayudarles —dijo Nilsa muy nerviosa.

—Eso contradice sus órdenes... —dijo Mark.

—Me dan igual sus órdenes, hay que ir a buscarlos —reiteró Nilsa.

Las dos mellizas negaban con la cabeza. —Hay que seguir las órdenes —dijeron casi al unísono.

—Ya, y si la orden es tirarse por un precipicio a un abismo vosotras dos vais y las seguís —les dijo Nilsa enfadada.

A las mellizas no les gustó el comentario y estalló una discusión entre los dos equipos. Unos defendiendo que había que ir a buscar a los capitanes, otros defendiendo que había que seguir las órdenes dadas por éstos.

—Un momento... por favor... calma... —intentó hablar Egil.

—¡Silencio! ¡Dejad hablar a Egil! —gritó Gerd que sonó como el rugido de un oso.

Todos callaron. Lasgol no había visto nunca gritar a Gerd. En su rostro se distinguía la preocupación pero, extrañamente, no había miedo en sus ojos.

—Gracias... Gerd —dijo Egil también sorprendido de la contundencia del gigantón—. Cuando no hay forma de llegar a una solución y no se dispone de una jerarquía de mando, lo mejor es poner el tema en cuestión a votación.

—¿Quieres que votemos qué hacer? —preguntó Jaren confundido.

—Eso es.

—¿Pero una votación es algo válido? —preguntó Tonk con tono de duda.

—Por lo general, no. Se sigue la jerarquía de mando. Pero aquí no la tenemos, nos faltan los dos capitanes —dijo Egil.

—Yo creo que es buena idea —dijo Mark.

Lasgol, Gerd y Nilsa asintieron. Viggo cruzó los brazos y no dijo nada.

—Muy bien. Que levanten la mano los que deseen ir tras ellos —pidió Egil.

Nilsa, Lasgol, Gerd y el propio Egil levantaron la mano. Viggo tardó un poco, refunfuñando entre dientes, pero también levantó la mano. Para sorpresa de Lasgol, Jaren y Tonk levantaron la mano.

—Creo que esto lo deja claro —dijo Mark.

—Sí. Sale mayoría. Iremos a buscarlos —dijo Egil—. Pero no podemos obligar a los que desean seguir las órdenes. Si queréis seguir las estáis en vuestro derecho.

—Nosotras iremos a avisar a Esben como Molak quería —dijeron las mellizas.

Mark estaba dividido, su rostro lo mostraba. Quería ir a buscar a Molak pero él mismo le había ordenado lo contrario.

—Yo iré con vosotros... aunque debería ir con ellas.

—Muy bien. Queda decidido —dijo Egil.

Las mellizas se despidieron y tomaron el camino de regreso. El resto se internó en el paso con el miedo en el cuerpo.

Mark y Lasgol iban en cabeza, eran los mejores rastreadores. Jaren y Tonk iban tras ellos, eran los mejores luchadores. El resto los seguía en parejas. El desfiladero helaba la sangre. Las paredes de roca cubiertas de nieve eran altísimas, parecían llegar hasta los cielos. Avanzaban como diminutas hormigas cruzando las majestuosas y eternas montañas mientras la nieve caía y borraba su rastro cubriéndolo de un manto blanco.

Lasgol contó más de cinco mil pasos antes de llegar al final del tramo. Buscaron en la salida pero no había rastro de Ingrid y Molak. La nieve que caía dificultaba mucho la búsqueda.

Avanzaron hacia el norte. Cruzaron un bosque y al salir en el otro extremo

se encontraron con algo que no esperaban.

¡El mar!

Una superficie azul-blanquecina se abría ante sus ojos.

—¡El Mar del Norte! —exclamó Egil—. ¡Esto es fantástico!

—Y que lo digas —dijo Gerd señalando a la costa.

—¡Focas! —exclamó Nilsa.

—Y morsas —dijo Gerd con una enorme sonrisa en la boca.

—Hay cientos de ellas descansando como si tal cosa —dijo Nilsa.

—No parecen muy preocupadas, ¿no? —dijo Mark.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lasgol.

—Sigamos la costa —sugirió Mark.

Avanzaron con cuidado pues ahora estaban más expuestos. El paisaje era sobrecogedor, el mar helado a un lado y las montañas y bosques nevados al otro. Era difícil concentrarse.

De pronto vieron algo en la distancia.

Se detuvieron y se echaron al suelo.

Parecían edificios sobre la costa.

—¿Un pueblo? —aventuró Lasgol.

—De pescadores, veo botes sobre la orilla —dijo Mark.

—Un apunte —interrumpió Egil—. No hay aldeas Norghanas tan al norte.

—Entonces... eso quiere decir... —dijo Lasgol hilando lo que Egil estaba dando a entender.

—Es un pueblo de los Salvajes de los Hielos —dijo Mark.

Todos se tensaron. Se llevaron las manos a los arcos.

—Ocurre algo extraño —se dio cuenta Lasgol.

—¿El qué? —quiso saber Mark y estudió la aldea.

—No hay humo saliendo de las chimeneas de las casas. Y con este frío... debería...

—Umm... quizás los Salvajes de los Hielos no usen chimeneas como nosotros —dijo Mark.

—Lo dudo —intervino Egil—. Por lo que he podido leer acerca de esta

raza que puebla el extremo norte de Tremia, y cuando digo Norte me refiero a todo el norte no sólo al norte de Norghana, usan el fuego para sobrevivir a las gélidas temperaturas en las que viven. No hay muchos estudios sobre ellos pero según algunos realizados a especímenes que han sido capturados y estudiados, no son tan diferentes a nosotros. Por desgracia mueren al poco de estar en cautividad.

—Excepto que son más grandes y mucho más fuertes, viven en lugares helados donde sólo los osos polares sobreviven, y ¡que son de color azul! —dijo Viggo.

—¿De color azul? —preguntó Gerd con ojos como platos.

—Azul hielo —le dijo Egil.

—Y nos odian a muerte —añadió Jaren.

—¿Quizás porque nosotros los tememos a muerte? —apuntó Egil.

—Yo he oído que se beben nuestra sangre para hacerse más fuertes —dijo Nilsa.

—Aunque beber sangre de los enemigos para hacerse más fuerte es una creencia entre culturas poco desarrolladas, no puedo constatar que sea el caso entre los Salvajes de los Hielos —dijo Egil.

—Sea como sea, sabemos muy poco de ese pueblo, aparte de que debemos evitar cruzarnos con ellos si queremos seguir con vida —dijo Mark.

Lasgol, que observaba el pueblo en la distancia, descubrió algo más. No había movimiento alguno. No quería arriesgar la vida de sus compañeros así que invocó su habilidad Ojo de Halcón. Un destello verde recorrió su cabeza. Se concentró, cerró los ojos y dejó que la imagen fluyera a su mente: podía ver el poblado. Estaba en lo cierto, nada se movía. Una quietud fúnebre flotaba sobre la aldea.

—Acerquémonos a ver qué sucede —dijo Lasgol—. Parece estar desierto.

—Está bien, con cuidado, estad alerta —dijo Mark.

Alcanzaron el poblado y lo que descubrieron los dejó de piedra.

¡Estaban muertos!

Y no eran los soldados. Eran Salvajes de los Hielos.

Estaban tendidos en la playa, un centenar de ellos. Hombres viejos, mujeres y niños con sus cuerpos de piel azul volviéndose blanquecina.

Muertos.

Lasgol ya lo había visto al usar su habilidad. Se agachó a examinar los cadáveres. Llevaban muertos menos de tres días. Habían muerto por espada. Las lágrimas le inundaron los ojos.

—Es una masacre —dijo Egil.

—Quizás murieron luchando —dijo Tonk.

—¿Viejos, mujeres y niños? —dijo Gerd horrorizado contemplando a un pequeño de piel azul.

—Han sido ejecutados —dijo Lasgol.

—Los han pasado por la espada —concluyó Egil examinando a una mujer que había sido degollada.

—Esto... es... horrible... una pesadilla —dijo Nilsa y comenzó a llorar amargamente.

—Esto es la locura y sinsentido de la guerra —dijo Egil negando con la cabeza, muy entristecido.

Lasgol no podía contener las lágrimas. ¿Quién había matado a todas aquellas personas? ¿Y por qué razón?

—No hay hombres adultos —dijo Mark que venía de revisar las chozas de pescadores.

—Tampoco junto a los botes de pesca —dijo Jaren.

—Los hombres partieron a la guerra. Se unieron al ejército de Darthor. Estarán al sur en nuestras tierras —dedujo Egil.

—¿Y quién ha hecho esto, entonces? —preguntó Mark.

—Mucho me temo que han sido los nuestros... —dijo Egil.

—¿Nosotros? ¡Eso no es posible! —dijo Gerd con ojos encendidos de la rabia y la impotencia. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—Esto lo han hecho soldados Norghanos —corroboró Lasgol estudiando las pisadas sobre la arena de la playa.

—¡Pero es una atrocidad! —gritó Nilsa llena de rabia.

La rabia, la impotencia y la frustración los devoró. Quedaron en silencio observando la matanza, sus almas incapaces de aceptar lo que sus ojos les mostraban.

De súbito, Mark distinguió algo en la distancia.

—¡A cubierto! ¡Viene alguien!

Todos corrieron a esconderse. Mark, Tonk y Jaren corrieron a las cabañas de pescador. Lasgol y Egil los imitaron. Gerd, Nilsa y Egil se escondieron entre los botes de pesca.

Esperaron con los arcos listos. En la mente de todos estaban los enormes Salvajes de los Hielos. Los iban a hacer trizas si los encontraban allí. Los culparían de la muerte de sus seres queridos. Nada los salvaría.

Lasgol tragó saliva. Podía ver a Egil a su lado agachado bajo la ventana de la choza. Egil sudaba y no era del esfuerzo ni la temperatura. Ninguno de los dos se atrevía a mirar por la ventana.

Los pasos se escuchaban ahora más cerca. Eran muchos, más de un centenar de hombres, calculó Lasgol. Y al analizarlo en su mente se dio cuenta. Se levantó despacio y miró por la ventana.

—Son hombres, soldados —le susurró a Egil.

Su amigo se levantó y miró por la ventana.

Lasgol no se había equivocado. Más de un centenar de Garras de Hierro se acercaban en cerrada formación. Se detuvieron frente a las casas.

—¡Salid de ahí o le damos fuego a las chozas! —ladró una voz áspera.

—Saben que estamos aquí —le susurró Lasgol a Egil.

—Deben de haber dejado hombres vigilando la aldea... por si volvían los Salvajes de los Hielos...

—Quieres... decir que... ¿ellos?

—Egil asintió pesadamente.

—¡Salid ahora si queréis vivir! ¡Último aviso!

—¡Salimos! —gritó Lasgol y se dejó ver.

—¡Vamos todos fuera! ¡Ahora!

Lasgol salió al descubierto y con él Egil. Se acercó a los soldados. Los demás lo siguieron.

Los soldados los rodearon, llevaban lazos y pequeños escudos de metal y vestían de negro y rojo con mallas de escamas pesadas y botas de infantería. Un tercio de ellos llevaban arcos. Su aspecto era el de llevar mucho tiempo a la intemperie. Mucho. Eran hombres de aspecto rudo, con miradas peligrosas.

—Soy el capitán Urgoson —se adelantó el oficial al mando.

Era alto y fuerte, llevaba el pelo y la barba muy descuidadas y le faltaba una oreja. Pero lo que dejó a Lasgol muy preocupado eran los ojos: pequeños, negros, con un brillo peligroso.

— ¿Quién de vosotros está al mando?

Lasgol miró a los suyos y ninguno supo qué decir. Mark, que era el mayor, dio un paso al frente.

—Yo lo estoy. Mark, Guardabosques de tercer año.

Urgoson los contempló.

—¿Son malditos aprendices de Guardabosques! —dijo y se echó a reír. Sus hombres se rieron mostrando desdén. Los que los rodeaban no bajaron las lanzas con las que les apuntaban.

—¿Y vosotros sois...? —dijo Mark sin dejarse amilanar.

—Estás ante las Garras de Hierro, las tropas de élite de su Majestad Uthar. Así que muestra el respeto que debes.

Mark se puso tieso.

—Hemos sido enviados a buscaros.

—¿A nosotros? ¿Quién os envía?

—El capitán Tolan.

—¿Aún vive?

—Sí. Él y sus tropas están de regreso.

—¿Cómo es eso posible? El paso está cerrado.

—Lo hemos abierto.

—¿Hemos?

—Los Guardabosques.

—Que me aspen si no sois útiles. ¿Habéis oído? Nos han abierto el paso.

Los hombres prorrumpieron en gritos y vítores.

—Podemos regresar cuando deseéis.

—Eso son noticias estupendas. Llevamos un mes en este agujero helado. Hemos recorrido la costa buscando un navío de suficientes dimensiones para transportarnos de vuelta a casa. Y nada. Estos salvajes azules sólo tienen barcas de pescadores para dos personas, los muy cretinos.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó de pronto Lasgol sin poder contenerse

—. ¿Por qué los habéis matado a todos?

Urgoson miró a Lasgol a los ojos. Luego sonrió, una sonrisa peligrosa.

—Seguimos órdenes del rey Uthar. Él nos ha encomendado esta misión.

—Estoy seguro de que no os ha encomendado matar a viejos, mujeres y niños indefensos...

El capitán avanzó hasta ponerse frente a Lasgol, a dos dedos de su nariz. Le sacaba la cabeza y era mucho más fuerte que él.

—Lo primero que debes saber, niño, es que los Salvajes de los Hielos de indefensos no tienen nada. Pueden romperte el cuello con sus manos en cuanto te descuides. Lo segundo —dijo golpeando el pecho de Lasgol con el dedo índice—, el Rey nos ha encomendado castigar la costa donde puebla el enemigo y eso es lo que hemos hecho.

—El Rey no aprobará esto.

Urgoson soltó una carcajada. —El Rey es quien nos ha ordenado hacer esto.

—No te creo.

—Me da igual lo que creas o dejes de creer. Pero si vuelves a llamarme mentiroso a la cara te corto el cuello.

Lasgol se tensó. Sus compañeros buscaron las armas.

—Quietos todos si no queréis acabar como los de piel azul —les advirtió Urgoson con una frialdad en su voz que no dejaba duda sobre sus intenciones.

Los hombres de Urgoson los amenazaron con sus lanzas y se vieron obligados a desistir.

—Parece que nuestros jóvenes Guardabosques tienen una visión idealizada de nuestro querido Rey —continuó Urgoson con marcado sarcasmo en su voz—. No saben de lo que es capaz nuestro querido monarca. Más ahora, en tiempos de guerra —los hombres del capitán rieron—. La verdad es que interpreta muy bien su papel de gran Rey de Norghana. Todos creen que es un Rey benévolo, un hombre recto, bueno y digno, justo.... Qué desilusión se van a llevar cuando descubran la verdad —las risas continuaron, ahora más marcadas.

Lasgol puso rostro de no creer lo que escuchaba.

—Veo que no aceptas lo que te digo. Déjame asegurarte que es así. Nosotros, sus perros de la guerra, lo sabemos. ¿Verdad, hermanos?

Los soldados estallaron en gritos y vítores. —Nosotros hacemos el trabajo sucio que el Rey no quiere que se vea. Como por ejemplo “limpiar” esta región o castigar al enemigo. Y muchos otros “trabajos” que no deben salir a la luz.

Lasgol fue a contestar cuando escuchó un sonido que captó su atención. Era como un silbido... algo cortaba el viento. Y entonces lo reconoció.

«¡Una flecha!».

Uno de los soldados que rodeaba al grupo se arqueó y gritó de dolor. Una flecha enorme lo había atravesado.

—¡Salvajes! —gritó un vigía.

—¡Alarma! —gritó otro.

Lasgol se volvió hacia el bosque. En el linde vio algo que no esperaba ver en su vida. Algo que lo dejó de piedra.

Un centenar de Salvajes de los Hielos.

Tiraron contra ellos.

Le costó un momento comprender lo que veía. Eran hombres enormes, brutales, de piel azulada y cabello y barba blanquecinas como el hielo. Vestían pieles de oso blanco y en sus manos lanzas, arcos y hachas de enormes dimensiones. Rugían como osos y venían a hacer justicia. A vengar a sus muertos. A Lasgol se le heló la sangre. El mortal sonido de las flechas cortando el aire le hizo reaccionar.

—¡Al suelo! —gritó Lasgol.

Las flechas cayeron sobre ellos alcanzando a los soldados que maniobraban para crear una formación defensiva. Caían atravesados por flechas más grandes que las que Lasgol había visto nunca. Las debían lanzar con arcos enormes. Un soldado fue atravesado delante de sus ojos.

—¡Formad un muro defensivo! —gritó Urgoson.

Otra ola de flechas cayó sobre ellos. Los soldados morían atravesados. Lasgol escuchó un gemido y se giró a su derecha.

Mark se retorció en el suelo.

Una flecha le había alcanzado en el costado. Tonk y Jaren corrieron a su lado. Lasgol supo que no lo conseguiría. La herida era demasiado grave. Se le hizo un nudo en la garganta.

De súbito se escuchó un grito bestial.

—¡Tienen un Troll de las Nieves! —gritó Urgoson al reconocer a la enorme criatura junto a los Salvajes.

Y se desató el caos. Los Salvajes de los Hielos cargaron contra los soldados rugiendo de ira.

Lasgol miró a su alrededor. Los soldados se habían olvidado de ellos y se habían posicionado para afrontar la carga. Viendo lo grandes, fuertes y brutales que eran los Salvajes, dio la situación por condenada. Los soldados no conseguirían pararlos. Los iban a descuartizar. Lasgol echó una rápida ojeada a la costa.

—¡A los botes de pesca! —le urgió a Egil.

Su amigo asintió.

Tonk y Jaren se llevaron a Mark a cuestas.

El grupo comenzó a escapar hacia la playa. Corrían agazapados intentando que las flechas no los alcanzaran.

—¡Vamos, rápido! —urgió Nilsa.

Llegaron hasta los botes. Gerd cogió uno con sus poderosos brazos y lo puso sobre el agua.

—¡Vamos, subid! —gritó a sus compañeros.

Nilsa y Viggo, que llegaron los primeros, subieron. Gerd los empujó contra las olas. Entró en el agua hasta la cintura pero no pareció notar el gélido mar en la intensidad y peligro de la situación.

Los Salvajes arremetieron contra el muro defensivo de las Garras de Hierro. Los soldados salieron despedidos por los aires. Lo que siguió fue una carnicería. Los Salvajes de los Hielos, poseídos por una furia abismal, repartieron muerte a diestro y siniestro. Los soldados no pudieron con la fuerza y brutalidad de aquellas bestias de azul y hielo. La sangre tiñó de rojo la nieve.

—Vamos, rápido —urgió Gerd que ya había preparado otro bote.

Tonk y Jaren llegaron con Mark.

Lo metieron en el bote mientras Gerd lo sujetaba en el agua. Lasgol y Egil cogieron otro bote y comenzaron a arrastrarlo al mar.

De súbito Tonk se arqueó y soltó un gruñido. Jaren se giró hacia él. Una

lanza había atravesado a Tonk que murió antes de darse cuenta de lo que había sucedido. Jaren dio un paso a un lado, perdió el equilibrio y se derrumbó. Gerd descubrió la flecha que lo había matado clavada en su espalda. Atónito, levantó la mirada y vio a tres enormes Salvajes de los Hielos. Desenvainaron cuchillos largos. Gerd estaba petrificado, no por el miedo sino por la impresión de ver morir a sus compañeros frente a sus ojos.

—¡Huye, Gerd! ¡Huye en el bote! —le gritó Lasgol que empujaba el otro bote sobre el agua.

Los tres Salvajes de los Hielos comenzaron a correr hacia Gerd.

—¡Gerd! ¡Huye! —le gritó Lasgol desesperado.

Pero el gigantón no parecía reaccionar. Con ojos desorbitados observaba los cadáveres de Jaren y Tonk flotar junto a él.

—¡Gerd! —chilló Nilsa con un grito desgarrador desde el bote que se alejaba.

Gerd reaccionó al grito de su amiga. Saltó al bote y comenzó a remar con todo su ser.

Los Salvajes no pudieron darle alcance.

—Vamos, Lasgol —le dijo Egil desde el bote.

Lasgol fue a saltar al bote. De súbito sintió una extraña sensación. La reconoció de inmediato.

¡Magia!

Comenzó a tener un sueño terrible. Y supo lo que ocurría. Se volvió y reconoció a alguien sobre la playa. Un hombre de color de mediana edad, con el pelo rizado de color blanco y unos intensos ojos verdes. Volvió a sorprenderle el contraste del blanco del pelo, el color oscuro de su piel y los radiantes ojos verdes. Ciertamente exótico. Era el Hechicero Noceano. Le apuntaba con su espada curva enjorada mientras conjuraba un hechizo que lo dormiría sin remedio.

«¡Maldición!».

Intentó resistirse pero la magia era poderosa. Se le cerraban los ojos. Entonces vio llegar al Troll de las Nieves. Se situó junto al mago.

—¡Son el Hechicero y el Troll! ¡Sube! —le gritó Egil desde el bote.

Pero Lasgol sabía que estaba perdido. Su consciencia se desvanecía. Con un último esfuerzo empujó con todas sus fuerzas el bote, alejándolo.

—¡Lasgol! —gritó Egil extendiendo la mano a su amigo.
Y Lasgol perdió el sentido.

Capítulo 29

Unos gritos horribles despertaron a Lasgol. Estaba aturdido y adormilado, como si lo hubieran drogado. Le costó volver a ser él mismo. De repente sintió frío, mucho frío. A su lado encontró una piel de oso blanco, se la puso y se arrebujó en ella. Estaba solo y sin armas. Se preguntó qué habría sido de sus compañeros. Esperaba que hubieran logrado escapar en los botes. Recordó a Mark, Jaren y Tonk y las lágrimas le llenaron los ojos.

—Lo siento... lo siento tanto... —balbuceó entre dientes.

Los gritos retornaron. Gritos de horror y sufrimiento. Estaba todo oscuro. No veía nada. Su mano tocó un recipiente cerámico, lo cogió y lo abrió. Tenía agua en su interior. Bebió todo su contenido, estaba muerto de sed. Entre los gritos y los recuerdos de lo sucedido en la aldea, comenzó a sentirse muy mal. Estuvo a punto de vomitar pero logró rehacerse.

Palpó a su alrededor. Se percató que estaba en una pequeña celda de roca. Era una cárcel natural, parte de una cueva a la que habían puesto una enorme roca como puerta. Lasgol intentó moverla pero le fue imposible, pesaba demasiado. Las paredes estaban muy frías. Donde quiera que estuviese debía ser muy al norte.

De pronto se escuchó un sonido rasposo, roca contra roca, y la puerta de piedra se abrió.

Apareció un Salvaje de los Hielos.

Lasgol se quedó atónito.

Llevaba una antorcha en las manos. Sin mediar palabra agarró a Lasgol por el pescuezo y con una fuerza terrible lo levantó del suelo como si fuera un niño. Se lo llevó fuera en volandas.

Lasgol estaba muerto de miedo pero intentó mantener la calma. Estudió de reojo al Salvaje que lo apresaba. Era enorme, de más de dos varas de altura y tenía una musculatura y fuerza abrumadoras. Su piel, sin embargo, era muy tersa, sin arrugas. No podía establecer la edad de aquel hombre, parecía

joven... eternamente joven... Pero lo que más llamaba la atención en aquel ser era el color de esa piel, de un azul hielo sobrecogedor.

El Salvaje le echó una mirada de odio. Lasgol apartó la mirada de inmediato. Su cabello y barba eran de un rubio azulado y parecían gélidos, como si todo su cabello se hubiera congelado tiempo atrás. Sus ojos eran muy extraños. Eran de un gris tan claro y pálido que parecían casi blancos. A media distancia los ojos de aquel hombre daban la impresión de ser completamente blancos, sin iris. Realmente empequeñecía el alma observar a aquel Salvaje.

Y si el Salvaje helaba la sangre, lo que empezó a contemplar a su alrededor lo dejó aterrorizado. Estaban en una profunda gruta natural de enormes dimensiones. Podía ver Salvajes a varias alturas en cuevas y galerías de roca. La gruta parecía ser de forma ovalada y la luz entraba por un gran orificio en las alturas. A Lasgol le dio la impresión de que tenía forma de un ánfora, una de roca helada.

Los Salvajes vestían en pieles de color blanco y llevaban grandes hachas a la espalda. Unos portaban enormes lanzas, otros, arcos largos, pero todos iban armados con aquellas enormes hachas. Lasgol se percató de un detalle que le llamó mucho la atención: tanto las hachas como las lanzas estaban construidas de madera y una piedra de color azul para las partes cortantes. Lasgol no reconoció el material. Pasó junto a un grupo de ellos que portaban arcos a la espalda y vio que las puntas de las flechas eran del mismo material, de aquella piedra azulada.

Aquella raza no conocía el acero.

El Salvaje se detuvo a contemplar uno de los pozos que había en la zona más profunda. Lasgol vio como echaban a uno de los soldados prisioneros al pozo, armado con un gran garrote de madera. De pronto se oyó un rugido y un oso de las nieves entró en el pozo mientras los salvajes animaban desde las galerías superiores. Lasgol no podía creer lo que veía. El oso rugió enfurecido y se lanzó sobre el prisionero. Lucharon un breve momento. El soldado resultó destrozado por la ferocidad y fuerza del oso.

El Salvaje emitió una sucesión de sonidos profundos, graves y cortos. Lasgol lo interpretó como su risa. Continuaron avanzando y el Salvaje se detuvo ante otro pozo, este más grande. Cinco soldados con muy mal aspecto esperaban su suerte. Les habían armado con garrotes de madera. De pronto se abrió una puerta de roca y un enorme Troll de las Nieves salió a su encuentro.

Lasgol abrió los ojos desorbitados.

El troll se golpeó el pecho con los puños y rugió. Los cinco soldados se lanzaron contra él a una. El combate fue corto y descorazonador. El troll los descuartizó uno por uno. Los golpes de la bestia enviaban a los soldados por los aires. Los brazos, piernas y torso de la criatura eran tan poderosos que los soldados a su lado parecían niños. Lasgol tuvo que dejar de mirar, era demasiado fuerte para su estómago. El Salvaje volvió a reír. Parecía que aquel entretenimiento bárbaro y grotesco les divertía.

Llegaron a la zona norte de la cueva. El suelo y las paredes dejaron de ser de roca para pasar a ser de puro hielo. Lasgol se percató de que la cueva daba a un glaciar. Aquel mundo de hielo y roca era fascinante y lo que vio a continuación, increíble. Toda la zona norte era de hielo. Sobre esa cara habían tallado un mural con extraños símbolos a diferentes alturas. Frente al mural se encontraba situado un enorme trono de hielo. A un lado del trono descansaba un oso blanco y al otro una pantera de las nieves. Lasgol tragó saliva al verlos. Pero lo que realmente lo dejó helado fue el ser que se acercaba a sentarse en el trono.

Medía más de cuatro varas de altura. Lasgol se quedó boquiabierto. Tenía la altura de más de dos hombres, era realmente impresionante. Su piel era azul como la de los Salvajes pero a diferencia de estos, tenía vetas blancas diagonales que le surcaban el cuerpo. De anchura era como tres hombres. Era un gigante comparado con un Norghano. Por eso se decía que a Darthor lo acompañaba un ejército de gigantes. Vestía pieles de oso blanco.

Se sentó en el trono. Miró a Lasgol. Si ya antes le había parecido un ser increíble al verle el rostro Lasgol ya no supo qué pensar. Tenía el cabello y la barba largos, blancos como la nieve, y también de aspecto gélido. En lugar de dos ojos, sólo tenía uno, enorme, en mitad de la frente azulada. El iris era azul como su piel y cuando miró a Lasgol, pareció atravesarle el alma.

Lasgol se quedó sin habla.

Media docena de seres como aquel pero sin barba se situaron tras el trono. Llevaban enormes hachas y escudos de madera. Debían ser su guardia. Lasgol no sabía qué raza de semigigantes o semi-Dioses era aquella y por un momento pensó que estaba en una pesadilla de la que no podía despertar. ¿Eran hombres? ¿Eran mezcla de hombre y gigante de los hielos? ¿Qué eran?

El Salvaje del Hielo echó a Lasgol a los pies de aquella criatura. El oso

blanco y la pantera rugieron amenazantes. Lasgol se quedó quieto como una estatua y evitó el contacto visual con los dos animales.

El ser dijo algo en una extraña lengua que Lasgol no entendió con una voz fría, profunda, y acarició a las dos bestias como si fueran sus perritos. Los animales se calmaron y volvieron a tumbarse junto a su señor.

Preguntó algo a Lasgol en la extraña lengua pero Lasgol no le entendió.

—¿Sabes quién soy? —preguntó ahora en Norghano con un extraño y pronunciado acento.

—¿Eres Darthor...?

El ser sonrió y mostro unos dientes grandes con dos colmillos que sobresalían largos y amarillos, como los de un depredador felino.

—No. Yo no soy Darthor. Soy su aliado y le sirvo con honor.

Lasgol lo observaba de reojo sin comprender.

—Soy el líder del pueblo de los hielos. Se me conoce con el nombre de Sinjor.

—Mis respetos, majestad.

Sinjor sonrió. —Es listo el chico, muestra respeto y educación para no morir. No me trates de majestad, yo no soy uno de vuestros reyes.

—El chico no debe ser dañado —dijo una voz suave que Lasgol reconoció.

El Hechicero Noceano se acercó al trono.

—El chico me pertenece —dijo Sinjor.

—No, pertenece a mi señor.

—Si Darthor lo quiere que venga a reclamarlo.

—Lo reclamo yo en su nombre.

—No es suficiente. Estaba en la aldea. Derramó la sangre de los míos. Debe sufrir y morir, así lo marca la ley del hielo —dijo señalando una de las paredes heladas donde había tallado lo que parecía ser un escrito en un lenguaje que Lasgol no conocía.

—Aun así...

—Yo no derramé sangre —se apresuró a decir Lasgol.

El Salvaje que lo tenía sujetó le golpeó en la cabeza con el puño. Lasgol

sintió un dolor intenso.

—Deja que hable —pidió el Hechicero.

—Está bien —dijo el líder a su guerrero.

—Nosotros, los Guardabosques, no tuvimos nada que ver con lo sucedido. Fue algo atroz, jamás haríamos algo así... nunca...

—¿Por qué habría de creerte? Eres Norghano, como ellos —dijo señalando al techo.

Lasgol alzó la mirada y descubrió a tres oficiales que colgaban del techo, boca abajo, atados por las piernas. Uno de ellos era Urgoson. Estaba en muy malas condiciones pero aún vivía.

—Soy Norghano, sí, pero no todos somos iguales. Mis compañeros y yo no somos como ellos.

—Tu palabra no es prueba suficiente.

—Él puede confirmarlo —dijo Lasgol señalando a Urgoson.

El semigigante quedó pensativo. —Bajadlo —dijo Sinjor.

Dos enormes guerreros descolgaron al oficial y lo llevaron ante su líder. La pantera rugió. La cara de Urgoson era de terror absoluto.

—Tú eres el oficial al mando, el responsable de las masacres a mi pueblo en la costa norte —dijo Sinjor señalando con dedo acusador.

—No, yo no...

—Calla. No hables hasta que se te pregunte —dijo Sinjor y sus guerreros golpearon a Urgoson, que calló entre lloriqueos.

—¿Es cierto lo que dice el Guardabosques? Habla ahora.

—No, no es cierto, fueron ellos, los Guardabosques, quienes atacaron las aldeas, no mis hombres.

—¡Mentiroso! —exclamó Lasgol lleno de rabia. Recibió otro golpe en la cabeza.

—Estos Norghanos no conocen el honor, mienten más que hablan —dijo Sinjor.

—Yo puedo solucionar eso —dijo el Hechicero con una sonrisa.

—Ah, la magia del gran hechicero. Muy bien, adelante.

El hechicero sacó su espada curva y señaló a Urgoson que lloriqueaba de

nuevo. Musitó unas frases mientras movía la espada. Lasgol percibió el hechizo salir de la espada y vio cómo un hilo de niebla púrpura rodeaba la cabeza de Urgoson. El oficial gritó atemorizado al comenzar a sentir los efectos del conjuro sobre su mente.

—Ahora responderá con toda honestidad o morirá de dolor por mentir. La elección es suya.

—Me gusta ese hechizo. Es justo —dijo Sinjor asintiendo.

—¿Quién es el culpable de las masacres? —preguntó el Hechicero.

—Los Guardabosques... ¡Argghhh! —gritó de dolor.

—¿Estás seguro?

—Sí... ¡Argghhh! —Urgoson se fue al suelo retorciéndose de dolor.

—Parece que miente —dijo Sinjor con una enorme sonrisa.

—No miento... ¡Argghhh! —esta vez el dolor fue tan intenso que Urgoson rodó por el suelo gritando.

—Miente como un maldito Norghano.

—Fueron ellos... ¡Argghhh! —esta vez el dolor fue tan poderoso que casi acabó con él.

Sinjor sonrió.

—Se va a matar el muy mentiroso.

El Hechicero habla. —Última oportunidad. Contesta honestamente o muere. ¿Quién cometió las masacres?

Urgoson miró al hechicero con ojos llenos de lágrimas y el rostro constreñido de dolor.

—¡Fuimos nosotros, nosotros!

Sinjor asintió. —Ya sale la verdad. ¿Quién lo ordenó?

—¡Fue Uthar! ¡Uthar! ¡Parad! ¡Por los cielos!

—Si dices la verdad el dolor se detendrá —dijo el Hechicero.

La cara de Urgoson reflejó que el dolor abandonaba su cuerpo.

—¿Por qué lo ordenó? —quiso saber Sinjor.

—Dijo que quería enviar un mensaje a Darthor, darle una lección. Me ordenó matar a todos, mujeres, niños y ancianos incluidos. ¡Es cuanto sé, lo juro, no más dolor por favor! —quedó tendido en el suelo.

—Uthar pagará con su vida por esto —dijo Sinjor y su rostro mostró un odio irreconciliable.

—¿Cuántas aldeas? —preguntó el Hechicero a Sinjor.

—Cinco. Las costeras. Sólo se han salvado los poblados del interior —explicó Sinjor con gran pesar—. Negó con la cabeza y Lasgol vio un dolor inmenso en sus ojos.

—Lo siento en el alma... estábamos presionando a Uthar en el sur...

—Y el muy cobarde nos ha castigado en la retaguardia.

—Cerramos los pasos...

—Estas serpientes se colaron antes.

—Lo lamento...

—No es culpa tuya, Hechicero. Esto es obra de Uthar y sólo él es responsable.

El Hechicero asintió.

Lasgol no podía creer lo que oía sobre el Rey.

Sinjor se puso en pie. Era tan imponente que cortaba la respiración con sus cuatro varas de altura y su enorme cuerpo y ojo único.

—Has dicho la verdad y tu sufrimiento ha terminado —dijo el líder de los Salvajes de los Hielos. Susurró algo a su pantera de las nieves. El animal dio un brinco prodigioso y clavó sus fauces en el cuello de Urgoson. El oficial pataleó un instante y murió.

—Una muerte limpia y casi indolora. No se la merecía, pero es lo justo. En cuanto a ti —dijo señalando a Lasgol que se llevó un susto de muerte—... ha quedado demostrado que no participaste en la barbarie. Pero no queda claro que no lo harías de todos modos si tu “magnánimo” Rey te lo ordenara.

—Yo jamás haría algo así. Ni yo ni los Guardabosques, lo juro por mi honor.

—¿Y por qué debería creerte?

—Porque dice la verdad —dijo una voz cavernosa a su espalda.

Sinjor se volvió. Sorprendentemente, clavó la rodilla. El Hechicero también se arrodilló.

—Mi, señor —dijo Sinjor.

—Mi, amo —dijo el Hechicero.

Lasgol giró la cabeza lentamente, temeroso, y se percató de que todos los Salvajes de Hielo se habían arrodillado. No había un alma en la cueva que no se hubiera arrodillado. Hasta las bestias se habían echado al suelo.

Vio a una figura que se acercaba como si no pisara el suelo, deslizándose sobre la superficie de hielo, como si flotara. A Lasgol le dio un tumbo el estómago. La figura vestía una larga túnica negra con vetas blancas, rígida, como de hielo corrupto. En una mano portaba una vara del mismo color y en la otra una esfera azulada. Sobre el rostro llevaba un yelmo que quitaba la respiración. El visor era negro pero parecía tener vida y formaba remolinos que parecían devorar la luz. Dos enormes cuchillas negras en forma de media luna decoraban el yelmo a ambos lados. De los hombros le caía una larga capa también negra con vetas blancas. No era muy alto, ni muy fuerte, pero su presencia emanaba un poder arcano estremecedor.

—Darthor... —balbuceó Lasgol entre dientes.

—Sinjor, mi amigo, señor del pueblo de los hielos. Muladin, mi Hechicero excepcional —saludó Darthor con una voz tan cavernosa que parecía provenir de lo más profundo de un abismo.

Los dos hombres bajaron la cabeza ante su señor.

—Levantaos, por favor. Todos —dijo Darthor alzando los brazos.

—No te esperábamos tan pronto, señor —dijo Sinjor.

Darthor pasó junto a Lasgol y lo observó a través de su visor.

Lasgol sintió que lo analizaban de pies a cabeza. Se estremeció y se le erizó el pelo de la nuca.

—Estaba camino al sur pero este nuevo acontecimiento me ha hecho volver al norte.

—Tengo la situación controlada, como te prometí —dijo Sinjor confundido.

—Lo sé. No es por eso por lo que he venido.

—¿Entonces? —dijo Sinjor sin comprender.

—He venido por él —dijo Darthor y señaló a Lasgol.

Capítulo 30

Lasgol llevaba tres días encerrado en la fría celda de roca en la que lo habían metido. Al menos no le habían llevado a los pozos, que era su mayor temor. No le dejaban salir pero le traían comida y agua dos veces al día. No entendía por qué lo tenían allí, y mucho menos por qué Darthor se había interesado por él.

Lo que sí había aprendido era que los Salvajes de los Hielos no eran tan salvajes y brutos como parecían. Había intentado comunicarse con su carcelero. El primer día se había negado en redondo y le había golpeado en la cabeza, una costumbre horrenda entre aquella raza. El segundo día había descubierto algo insólito. Al intentar comunicarse con el Salvaje había captado un destello dorado en su mano derecha. Extrañado se había quitado el guante de invierno. El salvaje le dijo algo ininteligible en su idioma. Un nuevo destello apareció en su mano y un mensaje en su mente <<Calla, pelele>>. Lasgol se quedó perplejo. Había entendido al salvaje. ¿Pero cómo podía ser? Y entonces se percató de donde provenían los destellos: de su dedo angular donde llevaba el anillo que había descubierto en su desván. El anillo le estaba traduciendo el idioma del Salvaje.

—¿De dónde eres? —le preguntó Lasgol, tentando su suerte y algo prodigioso sucedió. Según su boca comenzaba a pronunciar las palabras, el anillo destelló y las convirtió en el lenguaje del Salvaje.

—Soy del Continente Helado al noreste —le respondió el Salvaje inclinando la cabeza sin comprender cómo era que Lasgol hablaba su idioma.

—¿Del Continente Helado? No sabía que nadie viviera allí.

El Salvaje había reído, con aquella extraña risa que tenían.

—Por supuesto que alguien vive allí. Los Pueblos de los Hielos viven allí.

—Fascinante, como diría un amigo mío, no tenía ni idea.

—Ahora ya lo sabes. Pero te aconsejo que nunca pises nuestro continente.

—¿Por... vosotros?

—También, pero por el clima. Te helarías en dos días. Eres delgaducho y tu piel es débil. No soportarías las bajas temperaturas.

—Oh, entiendo. ¿Puedo preguntar de qué raza es vuestro líder, Sinjor?

—Puedes. Él es uno de los Antiguos. No quedan muchos. Viven al este, muy al este. Son poderosos y muy inteligentes. Llevan vivos más de mil años.

—¿Hay otras razas como ellos? ¿Como vosotros?

El carcelero asintió pero decidió no compartir más información, probablemente por prudencia. Era bruto pero nada tonto.

—¿Y qué hacéis aquí, en Norghana? —preguntó Lasgol para romper el silencio.

El carcelero golpeó a Lasgol en la cabeza.

—Ouch —se quejó Lasgol.

El carcelero miró en todas direcciones para ver si alguien había oído la pregunta.

—No vuelvas a llamar a esta tierra Norghana. Esta es la tierra de nuestros antepasados. Esta es la tierra en la que nacieron los primeros del pueblo de los hielos. Esta es tierra sagrada. Y es nuestra. No de los Norghanos. No vuestra. Si quieres vivir, recuerda bien esto.

—Está bien... no lo olvidaré...

—Estamos aquí para ayudar a nuestros hermanos. Ya has visto lo que han hecho con ellos...

Lasgol asintió muy consternado.

—Nos hemos unido a la cruzada de Darthor para derrocar a Uthar y recuperar estas tierras para nuestro pueblo.

—No sabía nada de esto... siempre había pensado que estas tierras pertenecían a Norgh... —se interrumpió antes de terminar la frase—. Y que nadie vivía aquí.

—Nuestros hermanos han vivido aquí desde hace más de dos mil años. Esta cueva, un templo para nosotros, tiene miles de años. Nuestros hermanos vivían aquí antes que los Norghanos. Pero los monarcas del sur siempre han ocultado nuestra presencia a los suyos o nos han caracterizado como brutos salvajes y devora-niños de los hielos.

—Entiendo...

—Pero Darthor nos comprende. Siente nuestro dolor, empatiza con nuestra causa. Por eso le seguimos.

—¿No es Darthor un ser maligno, un mago de hielo corrupto?

Antes siquiera de terminar la frase ya sabía lo que le venía encima. Recibió el golpe en la cabeza sin rechistar. Dolía mucho, picaba y dolía, con intensidad.

—Darthor es un gran líder. Él y Sinjor nos guiarán a la victoria.

Y con aquello terminaron las conversaciones. Los dos días siguientes no consiguió arrancar una palabra más a su carcelero. Se dedicó a estudiar el extraño anillo pero no pudo descubrir nada más sobre el objeto. Estaba encantado eso era seguro. Egil le había hablado de espadas, orbes y otros objetos encantados por grandes magos que conferían diferentes poderes a quienes los tuvieran. Lo que no podía saber era qué encantamientos tenía su anillo. Y tampoco podía entender que hacía en una caja en su desván.

Al tercero recibió una visita extraña. Era el Hechicero.

—Tengo una proposición que hacerte —le dijo sin rodeos.

—¿Cuál? —preguntó Lasgol con desconfianza.

—Harás cuanto te sea dicho, sin rechistar, sin resistirte.

—¿Y a cambio?

—A cambio no mataré a dos de tus compañeros.

El estómago le dio un vuelco pero intentó disimularlo.

—¿Qué dos compañeros?

—Una chica rubia con mucho carácter y un chico fuerte e inteligente que iba con ella, aprendices de Guardabosques como tú. Los capturamos a la salida del paso.

Lasgol sintió que el corazón se le paraba.

—¿Están aquí? —preguntó angustiado—. ¿Puedo verlos?

El Hechicero negó con la cabeza.

—Los tenemos en otra base, más cercana al paso.

—¿Están bien? ¡Dime que están bien!

—Veo que los conoces y te preocupan. ¿Tenemos un trato?

Lasgol lo meditó. No tenía nada que ganar por resistirse y sí mucho que

perder.

—Está bien, haré lo que me pidáis. Pero dejadlos ir.

—¿Dejarlos ir? Ese no es el trato.

—Lo es ahora. Mi colaboración absoluta por su libertad y que regresen sanos y salvos. Esa es mi propuesta.

El Hechicero lo meditó. —Está bien. Es un trato. Yo cumpliré mi parte, tú cumple la tuya.

—La cumpliré.

Con un leve saludo el Hechicero marchó. Lasgol se quedó muy preocupado por Ingrid y Molak. Al menos estaban vivos, o eso decía el Hechicero. Quizás mintiera. No podía hacer más que confiar en que estuvieran vivos y en que el Hechicero cumpliera su palabra.

Un par de días más tarde la puerta de roca se abrió y un Salvaje de los Hielos lo agarró del pescuezo y lo sacó fuera.

—Puedo andar... —comentó Lasgol.

Recibió un doloroso golpe en la cabeza.

El Salvaje lo llevó a los pisos superiores en lugar de a los bajos, lo cual sorprendió y dio esperanzas a Lasgol. Llegaron a la galería superior y el Salvaje desplazó una roca. Salieron al exterior y la luz del día cegó a Lasgol. El Salvaje lo dejó ir y se volvió. Lasgol tardó un momento en acostumbrar la vista al sol y la claridad tan fuerte que le deslumbraba. Cuando aclaró la vista vio a Muladin a un lado de lo que parecía ser una terraza natural en la cima de la gran cueva. El Hechicero contemplaba las vistas, eran sobrecogedoras. Al norte se apreciaba el mar y lo que parecía ser un iceberg enorme. Al este la costa que se perdía en la distancia. Al sur y al oeste los solemnes bosques helados de tierra adentro. Tras ellos, las grandes cordilleras montañosas, majestuosas, heladas, eternas.

—Una tierra preciosa, ¿verdad? —dijo una voz cavernosa que le puso la piel de gallina.

Sintió la presencia de Darthor a su lado y volvió la cabeza muy lentamente. El mago corrupto observaba el paisaje bajo su yelmo. A Lasgol se le hizo un nudo en el estómago. Le costaba respirar.

—Sí... —balbuceó Lasgol.

—Puedes tranquilizarte, no te voy a hacer nada.

—Gracias...

—No soy lo que crees, o más bien, lo que te han hecho creer.

Lasgol asintió. —No entiendo qué hago aquí...

—Estás aquí porque así lo he requerido yo. Envié a Muladin en cuanto supe que estabas al norte del paso.

El Hechicero saludó con la cabeza.

—Es mi fiel servidor y un gran amigo.

—Intentó capturarme... en Norghana... con un troll —dijo mirándole de reojo. El Hechicero se mantenía aparte.

—Cierto, parece ser que escuchaste lo que no debías en el castillo del Duque Olafstone, eso complicó las cosas. Se le presentó la opción de capturarte y no lo dudó.

—No oí nada comprometedor, el Duque no accedió a aliarse con nadie —dijo Lasgol rápidamente para defenderse.

—El Duque es un hombre inteligente y difícil, pero llegará su momento.

—No entiendo...

Darthor ignoró el comentario.

—Esa criatura que llevabas contigo te salvó de Muladin...

—Camu... es muy especial...

—Lo es, aunque tú todavía no sabes cuánto.

Lasgol se quedó pasmado por la respuesta.

—¿Cómo...?

—Yo sé mucho sobre ti, Lasgol.

—¿Sobre mí? ¿Por qué... razón? —balbuceó Lasgol completamente confundido.

—Por ser quién eres, por ser hijo de Dakon Eklund, Guardabosques Primero.

—Mi padre... tú lo poseíste con tus poderes... lo mataron por tu culpa.

—Eso es lo que dicen. ¿Lo crees?

—Sí... lo creo.

—¿Al igual que crees que Uthar es un Rey honorable y benévolo? ¿Un gran Rey para Norghana?

Lasgol no supo qué contestar. —Lo creía... lo creo... no sé...

—¿Dudas? Hace una semana hubieras muerto por él sin pestañear.

—No lo sé... debe haber una explicación a las atrocidades que he visto...

—¿Y si no la hay?

—Tiene que haberla.

—Quizás lo que has presenciado en este rincón del mundo sea cierto.

—Me niego a creerlo.

—La evidencia es clara, tú lo sabes, tu corazón lo sabe. La carnicería que has presenciado, el horror cometido en esas cinco aldeas es orden de Uthar en persona. Para vengarse de mí, de nosotros.

Lasgol calló.

—Compañeros míos murieron también —dijo como defensa.

—Lamento oír eso, pero así son las guerras, hombres buenos mueren. Hombres, mujeres, niños y viejos indefensos.

—Podrías detener la guerra... —dijo Lasgol casi en un ruego.

—No, no podría aunque quisiera. Los pueblos de los hielos han depositado su confianza en mí, no puedo defraudarlos. Les he dado mi palabra de que haré cuanto esté en mi mano para conducirlos a la victoria.

—Se podría negociar un alto al fuego, una tregua, llegar a una paz...

—Uthar no accedería nunca. Busca expulsarnos de estas tierras.

—¿Por qué razón?

—El odio y la codicia, dos de los mayores motivadores.

Lasgol no supo qué pensar.

—Odio hacia estas gentes, los pueblos de los hielos del Continente Helado. Codicia porque aquí y allí hay grandes minas de oro que desea poseer. Con ellas podría dominar no sólo el norte, sino medio Tremia. Su ambición no tiene límite. Cuando sea el señor del norte mirará al medio-este y de allí irá a conquistar el este o el oeste, dependiendo de qué reinos sean más débiles. La guerra en el norte no es más que el comienzo. Si vence continuará su campaña de conquista. Buscará alzarse como dueño de todo Tremia.

—Oh... Aun así, se podría intentar negociar con él una paz, ¿quizás compartir las riquezas del norte?

—Hace unos años se pudo. Pero ya no es el caso.

—¿Qué ha sucedido?

—El Rey no es el hombre que era. Ha cambiado.

—¿Tanto que no atenderá a razones?

—Tanto y mucho más.

—Me cuesta creerlo.

—Lo sé, pero debes creerlo. Por tu propio bien.

Lasgol se quedó sin argumentos. —¿Por qué estoy aquí? No es por casualidad, ya estaría muerto de otra forma —preguntó, comenzaba a ver que había algún motivo oculto.

—Eres inteligente, eso me complace.

—¿Por qué?

—Estás aquí porque deseo revelarte algo importante.

—¿A mí? —dijo Lasgol sorprendido.

—Yo nunca poseí a tu padre. La Runa que llevaba marcada no era una runa de dominación. Dakon actuó por voluntad propia. Tu padre servía a nuestra causa, como otros aliados y amigos fieles que tenemos en Norghana.

Las palabras de Darthor fueron como un puño golpeándole en el estómago.

—¡Eso es Imposible! ¡Lo vimos con Daven! ¡Quedó demostrado!

—Daven fue dominado, yo lo dominé. A tu padre, sin embargo, no.

—¡Eso no es verdad! ¡No puede ser!

—Lo es y es necesario que conozcas la verdad y entiendas la razón.

—No te creo, el propio Uthar lo exoneró.

Darthor asintió. —Ese era mi plan. Si Daven conseguía matar a Uthar no tendría importancia pero si fallaba, al menos conseguiríamos engañar a Uthar y tendría que exonerar a Dakon. Muladin y yo lo planeamos con cuidado cada detalle, a conciencia.

—Eso no puede ser. Tú intentaste matarme en el Campamento. El mercenario trabajaba para ti.

—Te equivocas de nuevo. Yo nunca intenté matarte. De hecho, intenté ayudarte. Fui yo quién te envió el huevo con la criatura.

Lasgol echó la cabeza atrás de la enorme sorpresa.

—¿Tú...? ¿tú me enviaste el huevo? ¿A Camu?

—Sí, intercepté el envío que los Guardabosques te hicieron con las posesiones de Dakon y puse la caja roja con el huevo.

—No puede ser —Lasgol sacudía la cabeza—. ¿Por qué?

—Para ayudarte, para protegerte.

Lasgol sacudió la cabeza. Estaba tan confundido que se sentía aturdido. Apenas podía pensar.

—El mercenario estaba al servicio de Uthar. Te vigilaba desde que tu padre murió. Fue Uthar quién le ordenó matarte en el campamento.

—¿Uthar? ¿Matarme? ¿Por qué?

—Porque te uniste a los Guardabosques. Porque lo hiciste para a indagar sobre tu padre. Y teme que la verdad salga a la luz. No puede permitir que eso suceda.

—¿Qué verdad? —preguntó Lasgol negando con la cabeza, no podía entender lo que sucedía, lo que oía.

—Su gran secreto, uno por el que está dispuesto a matar a quien sea.

—Es imposible. Uthar me condecoró, restituyó a mi padre.

—Es teatro, una mascarada para que nadie sospeche nada. Sobre todo tú. Ahora todo el mundo cree que yo intenté matarte, que tu padre fue dominado por mis artes oscuras. Ambas cosas son falsas. Uthar es muy inteligente y un gran manipulador.

—De no estar dominado mi padre nunca hubiera tirado contra el Rey.

—No tenía que haberlo hecho. Su misión era conducir al Rey a la emboscada. Yo esperaba en el desfiladero con mis fuerzas pero en el último momento un Guardabosques avisó al Rey de la trampa. Uthar se detuvo. No entró en el desfiladero. Dakon supo que no lo atraparíamos y tomó una decisión valiente, heroica, por todos nosotros, una decisión que le costó la vida. Decidió matar al Rey antes de que escapara. Por desgracia no lo logró...

—¿No creo nada de esto! ¿Por qué iba a hacer algo así mi padre?

Darthor se giró hacia él.

—Porque Dakon era mi querido esposo.

La mente de Lasgol estalló en mil pedazos como si hubieran lanzado una roca contra un espejo.

—Lasgol, yo soy tu madre —dijo Darthor y se quitó el yelmo. El rostro de una bella mujer de mediana edad apareció ante él. Tenía el cabello rubio tiznado con unas pocas vetas de plata. Sus ojos verdes brillaban con una felicidad contenida. Le sonrió.

Lasgol dio dos pasos atrás.

—¡No puede ser! ¡No! ¡No!

—Sé que es demasiado que asimilar. Un día lo entenderás todo. Por ahora necesito que entiendas que Uthar es el enemigo que derrocar, que tu padre y yo nos amábamos con locura y luchamos contra él.

Lasgol se llevó las manos a los oídos.

—¡Mientes! ¡No quiero oír nada más! ¡Déjame estar!

—Sólo deseo protegerte. Eres mi hijo.

—¡Nooooo! ¡Déjame en paz!

Darthor se colocó de nuevo el yelmo, ocultando por completo su rostro.

Lasgol no quería creer nada de aquello. Lo negaba. Se lo negaba a sí mismo, a su mente. Era imposible. Una mentira, una treta. No podía ser. Sin embargo una cosa no podía negar por mucho que lo intentaba: el rostro de aquella mujer era el mismo rostro que él había visto en el cuadro que había en el desván. Y eso significaba que era ella. Era Mayra. Era su madre.

—No, no puede ser —dijo y sacudió la cabeza.

—Muladin —llamó Darthor.

—Sí, mi amo.

—Ya sabes qué hay que hacer. Disponlo todo.

—Se hará como desees —dijo con una reverencia.

Darthor miró una última vez a Lasgol y entró en la cueva.

Lasgol negaba con la cabeza, como intentando despertar de una horrible pesadilla.

Muladin lo agarró de los hombros.

—Si valoras tu vida no contarás a nadie lo que has descubierto, lo que te ha compartido mi amo y señor. Si lo haces, morirás, y no de nuestra mano. ¿Lo entiendes?

Lasgol no respondió, estaba completamente aturdido, le parecía ver y oír doble. La mente le iba a estallar.

—Dime que lo entiendes, tu vida va en ello.

Lasgol reaccionó.

—Sí, lo entiendo.

—Muy bien. Ahora relájate —Muladin sacó su espada enjoyada y comenzó a musitar unas palabras arcanas. Lasgol supo lo que seguía, sin embargo, no tuvo miedo. Vio el destello púrpura de la magia siendo invocada. El hechizo llegó a su mente y comenzó a sentir un sueño irresistible. Esta vez no luchó contra el conjuro, dejó que el sueño se lo llevara.

Capítulo 31

Lasgol despertó frente al paso secreto que daba entrada al valle del Campamento. «¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Me han dejado ir? ¿Por qué? No lo entiendo». Confundido, agarrotado y muy cansado se puso en pie. Sacudió la cabeza y se despejó un poco. Hacía frío y amenazaba tormenta. Se acercó a la entrada secreta y se situó frente a ella bien a la vista. Abrió los brazos. Iba desarmado. Sabía que había dos Guardabosques, al menos, vigilando la entrada aunque no pudiera distinguirlos.

—De rodillas —demandó una voz en un susurro.

Lasgol obedeció.

Un Guardabosques apareció de súbito a su espalda y le puso el cuchillo al cuello.

—Aprendiz Lasgol, regresando de la misión de rescate al norte —dijo Lasgol intentando que no le temblara la voz.

Un segundo Guardabosques apareció sobre las grandes rocas que ocultaban el paso.

Le apuntaba al pecho con un arco.

Lasgol no hizo el más mínimo movimiento.

Lo examinaron y registraron.

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿Te han seguido?

—No creo...

—Está bien. Pasa. Reporta a Dolbarar, inmediatamente.

Lasgol resopló de alivio. —Al instante.

Se puso en marcha y se adentró en el paso.

Alcanzó el Campamento y su espíritu se animó al reconocer el familiar

paraje. Como le habían indicado se dirigió a la Casa de Mando y pidió audiencia con Dolbarar.

Le hicieron pasar y esperó en el área común frente a la chimenea.

Dolbarar apareció y un momento más tarde lo hicieron los Cuatro Guardabosques Mayores.

—¡Lasgol! Te dábamos por perdido —dijo Dolbarar que se apresuró a darle un sentido abrazo.

Lasgol lo agradeció en el alma. —Estoy bien, señor.

—Nos dijeron que habías sido capturado por los Salvajes de los Hielos.

—Lo fui.

—Es extraordinario —dijo Dolbarar negando con la cabeza.

—¿El qué, señor?

—Rara vez ha logrado alguien escapar con vida de los Salvajes de los Hielos.

—Oh...

—¿Dónde te tuvieron preso? —preguntó Esben.

—¿Quién los lidera? —quiso saber Haakon.

—¿Cuántos son? —inquirió Ivana.

—Dejad al joven respirar, ha debido de pasar una experiencia horrible —dijo Eyra con empatía y una sonrisa amable.

—Me gustaría... saber... si mis compañeros se salvaron...

Dolbarar hizo un gesto de disculpa.

—Qué poca sensibilidad la mía. Sí, tus compañeros de equipo lograron huir en los botes y ponerse a salvo. Podrás verlos en cuanto terminemos.

Lasgol resopló y una alegría enorme lo invadió.

—Por desgracia, Mark, Jaren y Tonk, no lo lograron... Celebramos los funerales hace unos días. Fue un acto solemne, fueron enterrados simbólicamente en el Robledal Sagrado, donde nacieron los Guardabosques y donde descansan los valientes. Dieron su vida por Norghana, como auténticos Guardabosques que todavía no eran. Era lo menos que podíamos hacer para honrarlos. Su valor y coraje nos acompañarán siempre en el recuerdo. Todo el Campamento está muy afectado por lo ocurrido. Nosotros incluidos, yo, especialmente, eran mi responsabilidad...

Lasgol no supo qué decir. —Los Salvajes nos atacaron por lo sucedido a sus poblados, por las masacres llevadas a cabo por las Garras de Hierro.

Según lo dijo se produjo un silencio casi tétrico.

—¿Estás seguro de que fueron las Garras de Hierro? Son el regimiento de castigo del Rey...

—Lo estoy.

—Esa es una acusación muy grave —dijo Haakon.

—Que puedo probar, su oficial al mando lo confesó.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Eyra.

Lasgol les narró lo sucedido hasta su encuentro con Darthor. Esa parte la omitió conscientemente pues necesitaba tiempo para reflexionar sobre todo lo que le había sucedido y sacar conclusiones. No quería precipitarse. Muy probablemente debía contárselo pero algo en su interior le decía que se esperara. Error o no, decidió callar esa parte. Le dolió hacerlo, pues el rostro de todos era de seria preocupación, especialmente el de Dolbarar.

—Esto es algo muy grave —dijo Dolbarar.

—Puede ser un engaño, estaba bajo la influencia del conjuro del Hechicero —dijo Haakon.

—Cierto —convino Esben.

—Pensémoslo detenidamente —dijo Eyra—. ¿Quién iba a cometer semejante atrocidad? Los Guardabosques no, los Salvajes tampoco... Casualmente hay un regimiento Norghano con muy mala fama en la zona. En una zona de guerra y aislada. Puede que sea vieja, pero tonta no soy. Fueron ellos. Nueve de cada diez veces la respuesta más obvia es la correcta. La Naturaleza así nos lo enseña.

—Urgoson confesó que fue el Rey quien lo ordenó —dijo Lasgol.

—Esto es más difícil de creer, el Rey nunca actuaría así... —dijo Ivana.

—Es mucho más probable que se les fuera la mano... al verse aislados y solos en el norte... ha ocurrido antes en la guerra... —dijo Haakon.

—Me niego a creer que nuestro Rey ordenara cometer semejante acto de vileza —dijo Dolbarar negando con la cabeza.

Lasgol no quiso forzar la cuestión. Después de todo, él tampoco lo tenía del todo claro.

—Relátanos todo lo ocurrido una vez más, por favor —le pidió Dolbarar. Lasgol así lo hizo, omitiendo a Darthor.

—¿Cómo conseguiste huir? —le preguntó Haakon enarcando una ceja.

—No lo hice.

—¿Cómo dices? —preguntó Esben confundido.

—Digo que no escapé, me dejaron ir.

—Sorprendente... muy sorprendente —dijo Dolbarar tirando de su barba.

—Tiene que ser para confundirnos con información falsa —advirtió Haakon.

—Eso tendría sentido... —dijo Eyra.

—Desconozco la razón, pero me dejaron ir.

—Te dejaron ir con ciertas ideas en la cabeza que nos estás relatando ahora, para confundirnos —dijo Ivana.

Lasgol se encogió de hombros.

—Tenemos mucho que meditar —dijo Dolbarar—. Ve con tu equipo mientras conferenciamos.

Lasgol se dio la vuelta y salió por la puerta.

Lo último que oyó fue a Dolbarar decir:

—Un chico muy especial, un acontecimiento muy significativo y extremadamente preocupante. Debemos llegar al fondo de este feo asunto.

No tuvo que dirigirse a las cabañas. Según salió Ingrid, Nilsa, Gerd, Viggo y Egil lo esperaban frente a la Casa de Mando.

—¡Lasgol! —gritó Nilsa con todos sus pulmones.

Todos corrieron a abrazarle entre risas y exclamaciones de júbilo.

—¡Estás vivo! —exclamó Gerd lleno de alegría y lo levantó por los aires.

Lasgol reía dejando salir toda la tensión acumulada y los ojos se le humedecieron por las muestras de cariño.

Egil lo agarraba del pecho y no lo dejaba ir.

Ingrid le dio un fuerte abrazo. —¡Sabía que sobrevivirías!

—¡Ingrid! —exclamó Lasgol al darse cuenta de que ella también había regresado.

—¿Qué ocurrió con Molak y contigo?

—Nos capturaron. El maldito Hechicero Noceano, creo que el mismo que os atacó a ti y a Egil por la descripción que nos hicisteis de él. Conjuró sobre nosotros. No pudimos hacer nada. Estuvimos prisioneros de los Salvajes de los Hielos por días. No sé dónde, en una especie de poblado en medio de un gran bosque helado. No nos lastimaron más allá de unos cuantos golpes, sobre todo en la cabeza. Todavía tengo dolores. El Hechicero impidió al jefe del poblado que nos matara. El muy bruto quería hacernos pelear con un oso blanco que tenían de mascota. ¿Puedes creerlo?

Lasgol asintió varias veces. Podía creerlo, todo ello y mucho más.

—Una mañana, sin mediar palabra, nos pusieron en un bote con vela rumbo sur. No nos dieron ninguna explicación... ¿Tú sabes algo de eso?

Lasgol fue a decirles que él lo había negociado con el Hechicero pero no era el momento.

Incluso Viggo, que no era muy dado a estás cursilerías como las llamaba él le dio un buen abrazó y unas palmadas en la espalda.

—Ya pensaba que tendría que ir a rescatarte yo solo —dijo con tono jocoso.

—Menos mal que no ha hecho falta... pobres Salvajes de los Hielos... — le respondió con humor Lasgol y los dos rieron.

Egil no decía nada pero su rostro mostraba que estaba preso de la emoción. Finalmente dijo: —Es fantástico —y no pudo contener las lágrimas.

Todos rieron. Lasgol lo abrazó de nuevo.

—Vamos a la cabaña, tengo mucho que contaos y no puedo hacerlo aquí.

—Vamos —dijo Ingrid.

Según entraban por la puerta Camu chilló al reconocer a Lasgol. Dio tres grandes botes y se lanzó a su pecho.

—¡Camu! ¡Pequeñín! —exclamó Lasgol muy contento de verlo.

La criatura se puso sobre su hombro, le enroscó la cola al cuello como asegurándose que no se iría a ningún lado sin él y comenzó a lamerle la mejilla mientras emitía chilliditos de alegría.

—El bicho ha estado insoportable —dijo Viggo—. Saltando sin parar y lloriqueando todo el rato.

—Nos ha costado disimular para que no lo descubrieran —dijo Ingrid.

—Hemos inventado la historia de que el ruido lo está haciendo un cachorro de zarigüeya que se esconde bajo la cabaña y nos da pena matar —dijo Nilsa.

—De momento ha funcionado —dijo Ingrid—, pero por poco.

—El pobre echaba mucho de menos a Lasgol y estaba muy preocupado, como nosotros —dijo Egil.

—Gracias todos por cuidar de él. Y por preocuparos por mí...

—Faltaría menos —dijo Gerd y le dio una amistosa palmada en la espalda. Como era habitual no calculó bien su fuerza y Lasgol recibió un buen golpetón que le hizo dar un paso al frente. Sonrió encantado.

Lasgol bañó en caricias a Camu que estaba loco de alegría y gimoteaba sin parar. Mientras lo acariciaba recordó lo que le había contado Darthor sobre la criatura. Le hizo pensar si debía contar o no a sus compañeros la conversación. La amenaza que le habían hecho era clara: no debía contar nada o era su vida. Lasgol reflexionó si contrales la versión que había contado a los líderes del Campamento o contarles toda la verdad. Decidió que sería mejor contarles sólo la primera aunque en su interior una vocecilla le decía que estaba cometiendo un error.

Después de responder a la infinidad de preguntas de sus compañeros, Lasgol cayó rendido. Se acostó con Camu entre sus brazos y soñó. Por desgracia, no consiguió descansar bien, sus sueños se volvieron pesadillas donde nadie era quien decía ser, la gente en la que confiaba le traicionaba y los enemigos resultaban ser amigos cuando llegaba el momento de la verdad. No consiguió descansar absolutamente nada.

—Nada es lo que parece... —murmuró y finalmente durmió, rendido.

Capítulo 32

La actividad en el campamento se volvió frenética. La guerra y lo sucedido en el norte provocaron una situación de alerta máxima. Dolbarar envió los pocos Guardabosques que le quedaban a vigilar el paso secreto con la orden de sellarlo en caso de avistar al enemigo.

Los soldados que se iban recuperando los enviaban río abajo hacia la ciudad amurallada de Olstran, donde el Rey intentaba reagrupar a sus tropas. La instrucción había finalizado con la Prueba de Invierno y ahora todos ayudaban al esfuerzo de guerra a la espera de la Ceremonia de Aceptación, aunque no sabían cuándo sería... o si llegaría a producirse.

Lasgol no conseguía despejar su mente de todo lo que le había sucedido. ¿Era Darthor realmente su madre? ¿Su padre actuó por voluntad propia? ¿Podía ser? Aquellos pensamientos lo atormentaban día y noche y no podía librarse de ellos por más que lo intentaba. Él seguía diciéndose a sí mismo que era todo mentira, que intentaban confundirlo. Era sin duda un engaño con algún fin maligno que todavía no conseguía discernir pero en su interior había algo que le susurraba que quizás no fuera del todo falso... Y eso le carcomía el alma.

Dolbarar anunció que se suspendía la Ceremonia de Aceptación para todos los cursos hasta nueva orden debido a la escalada bélica. El líder del Campamento quería que todos se centraran en el peligro de la guerra y en ayudar en todo lo posible al esfuerzo bélico. Como ya habían terminado con la instrucción, podían dedicar todo su tiempo a ayudar al ejército.

Aquella noche, en la cabaña, Gerd y Viggo entrenaban la lucha de oso. Intentaban derribarse el uno al otro en medio de la estancia. Lasgol se percató de que lo hacían para entretenerle y levantarle el ánimo después de la experiencia en manos de los Salvajes de los Hielos. Le seguían haciendo infinidad de preguntas sobre lo que le había pasado pero él se reservaba lo sucedido con Darthor.

Gerd era tan grande y fuerte que para Viggo era prácticamente imposible

derrotarlo, pero él no se daba por vencido.

—Te venceré, ya verás.

Gerd negó con la cabeza.

—Lo dudo mucho —dijo y clavó los pies haciendo inútil todo el esfuerzo de Viggo por desestabilizarlo.

—Ni se te ocurra dejarme ganar.

—No te preocupes, no pienso dejarte ganar.

Lasgol los observaba desde la otra litera donde jugaba con Camu. Le estaba intentando enseñar a contar con los dedos de una mano. La criatura se lo pasaba en grande viendo cómo Lasgol le mostraba varios dedos cada vez y esperaba una respuesta.

—Un dedo, un chillidito.

Camu chilló tres veces.

—No, no, un dedo, un chillido.

Camu dio un salto sobre el pecho de Lasgol y chilló dos veces moviendo la cola con alegría.

Lasgol sacudió la cabeza y resopló. No lo iba a conseguir nunca. Había sido idea de Egil intentar enseñar cosas básicas a la criatura para ver su capacidad de asimilación y su nivel de inteligencia. Lasgol empezaba a tener claro que Camu asimilaba lo que le daba la real gana y era bien inteligente para lo que quería. Dejó estar a la criatura y se descolgó de la litera para ver qué hacía Egil.

Lo encontró con una lupa que había conseguido de Eyra estudiando la extraña joya que Lasgol había descubierto oculta en la chimenea de sala prohibida del sótano de la biblioteca. La analizaba y apuntaba largas frases en su cuaderno de notas. Egil tenía la costumbre de estudiar y anotar sus descubrimientos todas las noches antes de acostarse, excepto aquellas en las que estaba demasiado cansado y caía rendido con la ropa puesta sobre la cama para despertar al amanecer siguiente con toda la almohada llena de babas.

—¿Has descubierto algo interesante? —le preguntó Lasgol.

—Todo este tiempo que no has estado me he dedicado a estudiarla. Esta joya es de lo más fascinante.

Lasgol la observó. Era redonda y aplanada, parecía un diamante translucido, del tamaño de una moneda de oro. Estaba encajada en un aro

dorado.

—No consigo que reaccione con nada. He probado con los cuatro elementos primarios, el fuego, el agua, el aire y la tierra, pero nada. También lo he intentado con otros elementos como la plata, el hierro, el ácido... nada...

—Quizás sólo reaccione a la magia. Yo creo que tiene sentido que sea así.

—Puede ser. En cualquier caso me decanto por seguir intentando hacerla reaccionar. Necesito descubrir cuál es su función. ¿Para qué fue creada? No es para adorno, de eso estoy seguro. No es una piedra preciosa, es algo completamente diferente y cada día me intriga más. Estuve en el laboratorio de Eyra y me permitió estudiar varios de sus compuestos.

—¿Le mostraste la joya? —preguntó Lasgol preocupado.

—Obviamente no, ¿cuál sería la ventaja de semejante curso de acción?

—¿Eh?

—Hubiera sido contraproducente. Me la hubiera confiscado. Me permitió acceder a varios compuestos y luego yo, cuando ella no miraba, me apropié de varios más para experimentar... aunque sin éxito.

—¡Ah! Vale. Es que a veces hablas muy raro —sonrió Lasgol.

Egil lo miró como si no supiera a qué se refería.

—Los Instructores no entienden la necesidad de experimentar y aprender por iniciativa propia que algunos, unos pocos de mente despierta, tenemos.

—¿Quizás sea porque es peligroso experimentar con compuestos y joyas posiblemente mágicas?

—Muy cierto, mi querido amigo. Permíteme señalar que ese comentario es más propio de Viggo.

—Pasamos tanto tiempo juntos que todo se pega... hasta el sarcasmo —dijo mirando a Viggo que con todo su ser intentaba desestabilizar a Gerd sin conseguir moverlo un ápice.

Egil sonrió.

—Es natural.

—Ten cuidado con tus estudios y experimentos, no vaya a ser que tengamos un “accidente” peligroso.

—Lo tengo, no te preocupes —dijo Egil y dejó la joya sobre el montón de libros junto a su baúl. Cada vez tenía más libros allí amontonados.

—Pronto no te dejarán entrar en la biblioteca si no devuelves alguno —le dijo Lasgol señalando el montón de tomos.

—Mi apetito por el conocimiento es voraz más allá del entendimiento.

Lasgol se le quedó mirando con ojos grandes.

—¿Es un juego de palabras?

Egil sonrió. —Muy bien. Lo es.

En ese instante se oyó un quejido. Lasgol y Egil giraron la cabeza hacia Gerd.

—¡No valen patadas en la espinilla!

—¿Quién dice que no? —dijo Viggo y le propinó otro puntapié en la otra espinilla.

Gerd aulló de dolor y reaccionó propulsando a Viggo con toda su fuerza. Viggo salió despedido contra la pared opuesta al final de la cabaña y se golpeó contra ella donde había clavada una cornamenta de reno que servía para colgar las capas. Se escuchó un tremendo golpe y la cornamenta salió por los aires. Viggo cayó al suelo con un gruñido de dolor. La cornamenta voló y golpeó al pobre Camu que jugaba a acorralar una araña en una esquina.

La criatura emitió un chillido agudo de dolor.

Lasgol se asustó. —¡Camu!

La criatura se camufló al instante, desapareciendo.

—Ouch... —dijo Viggo que no se podía poner de pie.

—¡Ha sido sin querer! ¡Un reflejo! —dijo Gerd en un quejido de miedo y fue a ayudar a Viggo.

—Lasgol, observa —le dijo Egil señalando el suelo.

Lasgol miró hacia donde señalaba Egil. Distinguió unas pequeñas manchas en la madera. Se agachó a observar. Las tocó. Estaban húmedas. Era sangre. Oscura.

—¡Es sangre! ¡Camu está herido!

—La cornamenta debe haberlo cortado —dedujo Egil.

—¡Lo siento! ¡No controlo mi propia fuerza! —dijo Gerd gimiendo.

—¡Camu! Déjate ver —le dijo Lasgol.

Pero la criatura no obedeció. Veían las manchas de sangre acercándose al

baúl y los libros de Egil.

—Usa tu Don —le dijo Egil a Lasgol—. Hay que ver cuán herido está.

Lasgol asintió. Se concentró. Llamó a su Don y usó la habilidad para comunicarse con animales y criaturas. «Camu, quieto. Déjate ver».

La criatura obedeció. Apareció sobre el montón de libros de Egil. Estaba hecha un ovillo. Lasgol corrió a su lado.

—¿Estás bien, pequeño? —le dijo y lo levantó. Al hacerlo varias gotas de sangre cayeron sobre los libros de Egil y la joya. Camu comenzó a llorar, emitiendo unos gemidos largos que partían el alma escucharlos.

—¿Se ha hecho mucho daño? —preguntó Gerd muy preocupado al escuchar el lloro de Camu.

—Estoy... bien... gracias... —dijo Viggo con la mano en la cabeza. Pero nadie le hacía caso.

Lasgol y Egil examinaron a Camu. Tenía un corte en la pata derecha delantera del que salía una sangre oscura y algo viscosa.

—Es sólo un corte —dijo Lasgol aliviado.

—No es grave —corroboró Egil.

Lasgol acariciaba a Camu que lloraba. —Lo sé, duele. Pero no es más que un corte, pequeñín, no te preocupes.

Gerd les ofreció una venda. Lasgol estaba atándola a la pata de Camu cuando, de súbito, se produjo un destello dorado. Todos miraron a la criatura pero no había sido Camu.

¡Era la joya!

Egil se agachó de inmediato a inspeccionarla.

—¡Se ha activado!

—¡Oh, oh! —dijo Gerd que salió corriendo de la cabaña sin mirar atrás. Viggo lo siguió de inmediato sujetándose las costillas con una mano.

Lasgol se apartó llevándose a Camu con él.

—Ten cuidado —le dijo a Egil.

Egil asintió y se centró en observar lo que sucedía con la joya. Comenzó a brillar con un fulgor dorado.

—Definitivamente se ha activado.

—¿Cómo? —preguntó Lasgol que ya había vendado a Camu y lo tenía arropado en su brazo.

Egil se acercó más a la joya que estaba sobre la pila de libros pero no la cogió en sus manos, por si acaso.

—Interesante... muy revelador...

—¿El qué?

—La joya está manchada.

—¿Manchada? ¿Cómo? ¿De qué?

Egil señaló con el dedo índice a Camu.

Lasgol comprendió.

—¡Su sangre!

—Exacto. La ha activado. Puedo ver dónde han caído dos gotas en la superficie de la joya.

—Increíble.

—Fascinante, más bien. Y viene a corroborar mi teoría de la activación con algún compuesto.

—Y la mía. La sangre de Camu tiene magia, casi seguro.

—Umm... eso podría ser también, sí... Ambas teorías son aceptables — dijo Egil asintiendo.

—No la toques, no sabemos qué hace, podría ser peligroso.

—Creo que empiezo a comprender la función de esta joya.

—¿Cómo?

—Estoy viendo lo que hace.

Lasgol se acercó a observar, muy intrigado y algo temeroso.

—Yo no veo nada, está apoyada sobre tus libros pero no hace nada más que emitir ese brillo dorado.

—Fíjate mejor. ¿Sobre qué libro está apoyada?

Lasgol se acercó e intentó leer el título del libro. No pudo. Las letras le bailaban.

—¿Qué demontres?

—Fascinante, ¿verdad?

—No entiendo nada.

Egil sonrió. —El libro sobre el que está apoyada es el libro que tenía tu padre: «Compendio de la Historia Norghana».

Lasgol pestañeó con fuerza e intentó leer el título. No pudo.

—¿Estás seguro? No puedo leer el título por alguna extraña razón.

—Estoy seguro. Lo fascinante es que el libro está reaccionando a la joya. Ha cambiado su título. O para ser más precisos y, si lo que creo es cierto, la joya nos está revelando el verdadero título del libro.

—Quieres decir... ¿que el libro está hechizado?

—Encantado, para protegerlo. Se hace pasar por lo que no es. Déjame ver si estoy en lo cierto.

—Ten mucho cuidado.

Egil se acercó a su baúl y regresó con los guantes de cuero. Se los puso y cogió la joya en su mano derecha con cuidado. Nada sucedió. Pasó la joya por el título del libro: «Compendio de la Historia Norghana ». De pronto las letras bailaron y un nuevo título se reveló ante sus ojos.

«Criaturas Drakonianas».

—Oh... —dijo Lasgol con la boca abierta.

Egil abrió el libro y comenzó a leer. Era el mismo texto que antes. Cogió la joya y la pasó por la primera página y al hacerlo todas sus letras bailaron y el texto real comenzó a revelarse.

«Las criaturas Drakonianas, relativos lejanos de los extintos Dragones... ».

—La joya descifra y revela el verdadero texto del libro. Es absolutamente fascinante.

—¿Va todo bien? —preguntó una voz femenina desde la puerta.

Se giraron y vieron la cabeza de Ingrid que asomaba.

—Todo bien, tranquila.

—¿Seguro? Si me necesitáis entro.

—No hace falta. Seguro.

—Muy bien. Estamos fuera. Avisad si la cosa se tuerce.

—Gracias, Ingrid.

Lasgol miró a Egil.

—¿Quieres decir que esa joya sirve para leer libros encantados?

—Eso creo. Libros cuyo contenido ha sido ofuscado.

—¿Y por qué tendría mi padre ese libro?

—Eso tendremos que averiguarlo. Y la respuesta puede muy bien estar en el propio libro. En su contenido.

—¿Lo vas a estudiar?

—¡Por supuesto!

—No sé si deberíamos... cuanto más removemos más peligros encontramos...

—Alguien se ha tomado muchas molestias para ocultar el contenido de este libro. Debemos averiguar por qué razón.

—¿Debemos?

—Vamos, Lasgol, no podemos dejar pasar este descubrimiento, es demasiado fascinante.

Lasgol sabía que no habría forma de convencer a Egil, pero cada vez que su amigo usaba la palabra «fascinante», no había forma de hacerle cambiar de opinión. Volvió a tener un muy mal presentimiento y un escalofrío le bajo por la espalda.

Camu emitió un chillido, como si él también lo hubiera sentido.

«No deberíamos investigar más este asunto. Nos vamos a meter en un lío». Pero Egil ya estaba en la cama examinando los tomos con la joya activada. Lasgol resopló y se resignó. Se enfrentarían a lo que viniera.

Capítulo 33

Ingrid, Viggo, Lasgol y Gerd volvían de cargar sacos con provisiones que iban destinados al frente. Se cruzaron con Molak y las mellizas Margot y Mirian. Lasgol se sintió fatal por su pérdida. Se detuvieron a saludarlos.

—Hola —saludó Lasgol sin saber muy bien qué decir.

Ellos le saludaron con la cabeza.

—¿Cómo... estáis...?

—Bien, considerando... —dijo Molak.

Las mellizas bajaron la cabeza, parecían algo avergonzadas. Ingrid le había contado a Lasgol que las mellizas se culpaban por lo sucedido con Mark, Jaren y Tonk. Esben les había asegurado que habían hecho lo correcto y les había felicitado. Pero aun así, no se lo perdonaban a sí mismas.

—Lo siento mucho... —les dijo Lasgol.

—No es culpa tuya, no es culpa de nadie, es la guerra —dijo Molak.

Lasgol asintió, apesadumbrado.

—Ingrid me ha contado que te debemos la libertad.

—Se me presentó la oportunidad y la aproveché...

—Pues déjame agradecértelo, no pensé que saldríamos de allí tan bien parados.

—Ni yo tampoco —dijo Ingrid.

—Vosotros hubierais hecho lo mismo.

Molak asintió. —Hoy toca provisiones, ¿no?

—Sí. Ya nos hemos partido la espalda un buen rato —se quejó Viggo.

—Nosotros vamos a cazar a los bosques del este a petición de Esben. Un ejército necesita carne fresca.

—Con tu puntería tendrán mucho venado —le dijo Lasgol con una sonrisa.

Molak sonrió. —Esperemos que el viento no nos delate —dijo mirando al

cielo borrascoso.

—¿Os importa si os acompaño? —preguntó Ingrid.

Molak miró a las mellizas y éstas dieron su conformidad.

—Claro, una buena tiradora como tú nos vendrá de maravilla.

—Muy bien voy por mi arco y el carcaj —dijo Ingrid y salió corriendo.

Se despidieron del Molak y las mellizas y continuaron hacia la cabaña.

—Me siento fatal por ellos —dijo Gerd—. Perder así a la mitad del equipo...

—Pues parece que tienen una nueva incorporación —dijo Viggo muy molesto.

Lasgol lo observó confundido. —¿Lo dices por Ingrid?

—Pues claro, ¿por quién lo voy a decir?

—Bueno... es natural... ella y Molak han compartido una experiencia muy dura...

—Ya, ya, y ahora van cogiditos de la mano a todos lados como dos tontuelos.

—¿Acaso eso te molesta? —dijo Gerd con una sonrisa pícaro, pues ya había adivinado lo que sucedía.

—A mí no me molesta, puede hacer lo que quiera.

—Pero si Ingrid no te cae bien —le dijo Gerd.

—¡Por supuesto que no me cae bien, es una mandona redoblada!

—Pues por eso...

—¡Pues ya está, no hay más que hablar!

Gerd miró a Lasgol y le hizo un gesto cómico. Lasgol lo reciprocó. No había duda, Viggo estaba muerto de celos.

A la tarde, en la cabaña, Egil explicaba a Lasgol sus descubrimientos. Gerd y Viggo escuchaban, el primero con temor y el segundo todavía disgustado.

—Es fascinante, resulta que «Compendio de la Historia Norghana» es en realidad «Criaturas Drakonianas». Y «Tratado sobre herbología» es en verdad «Cambiantes y sus Transformaciones».

—Tienen más sentido... —razonó Lasgol—. Aunque sigo sin entender qué

hacía mi padre con un libro secreto sobre Cambiantes y otro sobre Drakos. Me tiene perplejo.

—Los he estado estudiando sin descanso. Son tomos muy complejos y difíciles de entender —continuó Egil—. Van más allá de un compendio de conocimientos. Todavía me queda mucho por comprender y descifrar pero he conseguido desvelar cierta información muy interesante sobre Cambiantes y su Don, así como sobre Criaturas categorizadas como relacionadas con los Drakos. Todavía necesito estudiar los tomos mucho más profundamente para llegar a tener un mejor entendimiento.

—¿Y qué has descubierto hasta ahora?

—Antes de saltar a conclusiones permíteme explicarte...

—Por supuesto —le dijo Lasgol con una sonrisa pues sabía que Egil se moría por explicarle lo que había descubierto.

—«Cambiantes y sus Transformaciones» lo he encontrado fascinante. Realmente fascinante. Los Cambiantes son personas con el Don, como tú, Lasgol. Lo peculiar en ellos es que la habilidad que desarrollan por su Don es la de transformarse en otras personas. Cuanto mayor el Don, más poderosa es la transformación, tanto en similitud como en duración. Los más poderosos son capaces de transformarse en una persona de forma prácticamente idéntica. Nadie puede discernir la diferencia. Ni su propia familia. Un marido no podría discernir a su esposa y viceversa. Aspecto, voz... todo es idéntico. Lo único que varía es el comportamiento, pero pueden incluso asimilarlo en gran medida, al menos los más poderosos.

—¿Un esposo no se daría cuenta que su mujer es un Cambiante? —preguntó Viggo con una sonrisa maliciosa.

—No, si el Cambiante es poderoso.

Viggo fue a hacer un comentario pero Gerd le tapó la boca con su enorme mano.

Lasgol negaba con la cabeza. —¿Qué son? ¿Hechiceros?

—No exactamente... son algo diferente, su propia categoría: Cambiantes. No pueden lanzar hechizos o usar Magia de Sangre o Magia de Maldiciones, como los Hechiceros Noceanos. Tampoco magia de los elementos como los Magos Rogdanos. Todo su Don se especializa en ser un Cambiante, por eso son tan difíciles de detectar. A ojos de todos, son idénticos a la persona a la que suplantán.

—Se especializan, como nuestros Magos de Hielo.

—Correcto y al especializarse se vuelven muy poderosos en esa especialización.

—Entiendo.

—Para mantener el cambio utilizan la energía interna que el Don les ha proporcionado.

—Como yo cuando utilizo mi Don e invoco alguna habilidad.

—Eso es.

—Pero mi pozo de energía es pequeño, se vacía después de usar unas pocas habilidades y ya no puedo invocar ninguna habilidad más, tengo que dormir para reponerlo. ¿Cómo hace un Cambiante cuando su pozo se consume para mantener el cambio? ¿O lo pierde y vuelve a su forma normal?

—Gran observación —dijo Egil y aplaudió entusiasmado—. Los Cambiantes más poderosos beben la sangre de sus víctimas para prolongar el cambio y no tener que consumir tanto de su energía interior para mantenerlo.

Lasgol echó la cabeza atrás. —¿De verdad?

—Eso suena genial —dijo Viggo sonriendo.

—Es horrible —le contradijo Gerd levantando los brazos hacia el techo.

—Deben haber descubierto alguna forma de usar la sangre en lugar de su energía interna. Por lo tanto, cuando sus reservas de energía están bajas beben la sangre de su víctima y mantienen el cambio. ¿No es fascinante?

—Y horroroso —dijo Lasgol.

—Sí, eso también. Un horror fascinante.

—A mí me parece *encantador* —dijo Viggo con una mueca divertida.

—Y del otro libro, «Criaturas Drakonianas», ¿qué has deducido?

—También es muy interesante, trata de especies lejanamente emparentadas con los extinguidos dragones. En su mayoría también extintas. Son animales más pequeños que sus primos mayores, pero no por ello menos fascinantes.

—¿Por?

—Por sus características y las habilidades que demuestran. Todos hemos oído las leyendas de cómo los dragones llegaron del este y arrasaron Tremia. De lo poderosos que eran, capaces de volar, con sus alientos fuego y hielo, sus escamas impenetrables a nuestras armas. Monstruos de destrucción que

desolaron Tremía hace miles de años.

—Pero desaparecieron.

—Sí, nadie sabe por qué. De la misma forma que llegaron por sorpresa un día, desaparecieron. Los estudiosos creen que se han extinguido pues nunca más se ha sabido de ellos. En mi opinión eso es mucho suponer...

—¿Tú qué crees?

—Que vinieron en busca de algo. No lo encontraron y marcharon. O quizás sí lo encontraron y marcharon. Quién sabe. Pero no creo que se extinguieran.

Lasgol asintió pensativo.

—Este Egil está lleno de buenas noticias —comentó Viggo.

—¿No irán a volver los dragones? —preguntó Gerd totalmente espantado.

—No, tranquilo. No te preocupes —le tranquilizó Lasgol aunque él mismo se hacía la misma pregunta.

Egil continuó. —En cuanto a sus primos más pequeños... de ellos hay constancia todavía. De algunos. Y lo más sorprendente son las capacidades y habilidades que han desarrollado. En los desiertos del Imperio Noceano, donde más candente es el sol de todo Tremia, viven unos Drakos denominados “Dragones del desierto” que tienen la capacidad de absorber el calor del sol a través de sus escamas. Son de color rojizo y se asemejan a grandes lagartos pero tienen dentadura de depredador, muy afilada. Su mordisco puede arrancar una extremidad a una persona sin problema. En momentos de peligro son capaces de generar una onda de calor que abrasa todo lo que los rodea. Es un mecanismo de defensa.

—¡Vaya con esos bichos! —exclamó Viggo impresionado.

—Sí, y todavía no se han extinguido. En el espectro opuesto, hay Drakos en las islas heladas al norte de nuestro reino capaces de soportar temperaturas tan bajas que ningún animal puede sobrevivir. Son blancos, con escamas azuladas sobre la espalda, del tamaño de un cocodrilo y con similar fisonomía. Su habilidad consiste en que son capaces de congelar a sus presas con su aliento helado.

—¿Cómo los dragones de hielo?

—Exacto, pero mucho menos poderosos. Y hay otros... algunos capaces de convertir en piedra lo que muerden o simplemente volverse translucidos para desaparecer en lagos y estanques.

—Realmente extraordinario —comentó Lasgol.

—Ya lo creo. Lo que he disfrutado profundizando en todo esto. Y hay tanto más que desconozco... tengo que seguir estudiando.

—Yo apuesto mi cena a que tu bicho es uno de esos Drakos raros —dijo Viggo.

—No le llares bicho se llama Camu —le dijo Gerd.

—Qué más te da, si a ti te da miedo cogerlo.

—¡Es que tiene magia!

—Ya, ¿y?

—Pues eso...

Egil interrumpió a Viggo y Gerd. —Hay una manifiesta posibilidad de que así sea. Todas las pistas indican en esa dirección. Su fisonomía... —dijo señalando a Camu.

Éste al ver que Egil le señalaba pensó que quería jugar y se subió a su brazo para enroscar su cola en él y balancease boca abajo emitiendo chillidos de alegría.

—Muy listo que digamos no es, desde luego —comentó Viggo.

—¡Eh...! —protesto Lasgol defendiendo a la criatura.

Egil los ignoró y continuó con su explicación. —Pero con las habilidades que ha manifestado... no puedo decirlo de forma concluyente. Todavía no. Necesito más información.

—Si el padre de Lasgol tenía el libro como nos ha contado, eso debería ser una pista, ¿no? —dijo Gerd.

—Cierto... —razonó Egil.

—Tenía los dos libros, el de los Cambiantes también —dijo Viggo—. ¿Para qué quería un libro de bichos raros y otro de Cambiantes? No tiene ningún sentido.

—Eso mismo pienso yo... —dijo Lasgol desalentado.

—Que no veamos la relación no quiere decir que no esté ahí —dijo Egil—. Es cuestión de descubrirla.

Continuaron conversando un buen rato hasta caer rendidos. Lasgol sin embargo no conseguía conciliar el sueño. Lo sucedido con Darthor no le dejaba dormir. Las pesadillas lo perseguían. Salió de la cabaña a respirar el

frío aire invernal y despejar la cabeza. Camu se le subió al hombro y le lamió la mejilla.

—Gracias, pequeñín. Eres un encanto.

Y en ese momento se percató de que había sido Darthor quien se lo había enviado. ¿Por qué? ¿Para qué? «No puedo creer lo que me dijo. Desafía todo lo que he creído hasta ahora. No puede ser. No. Ella, Darthor, no puede ser mi madre. No». Y sin embargo algo en su interior, un presentimiento muy fuerte, le decía que era verdad. Sacudió la cabeza. «Esto no lo puedo resolver así. Ya sé lo que tengo que hacer».

Capítulo 34

Con las primeras luces Lasgol despertó a todos sus compañeros y los reunió en la cabaña. Los hizo sentarse a su alrededor.

—¿Qué ocurre, Lasgol? ¿Va todo bien? —le preguntó Ingrid preocupada por el extraño comportamiento.

—¿No es un poco temprano para reunirnos? —dijo Nilsa extrañada mientras bostezaba.

—Y que lo digas, mi cabeza está todavía dormida —dijo Viggo.

—Tu cabeza... —comenzó a replicar Ingrid pero Lasgol la interrumpió.

—Necesito hablar con vosotros...

—Sabes que puedes contar con nosotros para lo que sea, somos las Panteras de las Nieves —dijo Ingrid.

—Somos compañeros, más que eso, amigos —le dijo Egil asintiendo.

—Precisamente por eso... prometí que no habría más secretos entre nosotros —dijo mirando a Egil.

—¿Qué sucede? Cuéntanoslo, lo afrontaremos juntos —le aseguró Ingrid.

—Está bien. Es algo muy importante, algo peligroso, que cambiará vuestras vidas, no sé si debería... Tengo dudas porque no quiero arrastraros a mis problemas...

—Estamos todos juntos en esto, tus problemas son nuestros problemas —le dijo Egil.

—¡Eh! ¿Y mis problemas? —dijo Viggo.

—Tus problemas no importan a nadie —le respondió Ingrid.

—Vamos, Lasgol, cuéntanoslo, es lo mejor, de verdad —le aseguró Nilsa.

—Al hacerlo rompo una promesa y mi vida correrá peligro. Y si mi vida corre peligro, y vosotros me defendéis, también correrán peligro vuestras vidas. Eso es lo que más me preocupa.

—Por nosotros no te preocupes —le aseguró Gerd.

—Lo he meditado mucho. Voy a hacerlo. Afrontaré las consecuencias, espero que no os salpiquen.

—Te escuchamos —le animó Egil.

—Estamos contigo, lo afrontaremos juntos —le aseguró Ingrid.

Lasgol inspiró profundamente. Dejó salir todo el aire de sus pulmones y con él sus miedos. Les narró todo lo que había sucedido con Darthor sin omitir ningún detalle. Cuando terminó de contarle se hizo un silencio profundo en la cabaña. Todos observaban a Lasgol con la boca abierta, intentando razonar y asimilar lo que implicaba.

—Pero... pero... no puede ser... —dijo Ingrid.

—¡No me creo nada! ¡Nada de nada! —exclamó Viggo sacudiendo la cabeza.

—Debe ser un truco... por alguna razón —aseguró Gerd.

—Tu padre estaba dominado y esa mujer, Darthor o no, no es tu madre —le aseguró Nilsa—. Por supuesto que no lo es.

—El Rey no puede ser como dicen que es —dijo Ingrid sin poder aceptarlo—. Uthar es un buen Rey, noble, honorable, no puedo creer lo contrario. Menos aun viniendo de boca de su enemigo, un mago corrupto que lidera un ejército de salvajes y bestias de los hielos.

Lasgol escuchaba las opiniones de todos intentando que su cabeza pusiera orden.

—Yo sí lo creo —dijo Egil asintiendo.

Se hizo el silencio. Todos miraron al pequeño estudioso.

—¿Qué? ¿cómo? —preguntó Ingrid confundida.

—¡Has perdido la mollera de tanto leer esos tomos enrevesados! —le dijo Viggo.

Gerd negaba con la cabeza. —El Hechicero ha conjurado sobre Lasgol y le ha hecho ver un rostro de mujer vagamente similar al de su madre en lugar del de Darthor. Es un engaño. Toda la historia es una treta para que vayamos en contra del Rey. ¿Cómo va a ser nuestro Rey el enemigo?

—Vamos, Egil, ¿cómo va a ser Darthor su madre? —le dijo Nilsa—. Eso no tiene ni pies ni cabeza.

—Por eso mismo es la verdad, porque es tan inverosímil que tiene que ser cierto.

Ingrid negaba con la cabeza. —No puede ser cierto, no puedo creerlo sin alguna prueba incontestable. No moveré un dedo contra nuestro Rey sin pruebas de peso.

—Sea como sea, debemos proteger a Lasgol —dijo Egil—. Nos ha confiado algo que pone su vida en riesgo. Eso es inequívoco.

—Lo protegeremos —aseguró Ingrid cerrando el puño.

—Por supuesto que lo protegeremos —dijo Nilsa.

—¿De quién? —preguntó Viggo.

—De Darthor —dijo Gerd.

—Y del Rey —dijo Egil.

Lasgol sentía tal gratitud que tenía un nudo en la garganta.

—¿Todos de acuerdo? Dejadme ver vuestras armas —dijo Ingrid.

Todos desenvainaron hacha y cuchillo de Guardabosques y los cruzaron frente a sus rostros. Lasgol los imitó.

—¿Tengo vuestra palabra? ¿Protegeremos a Lasgol de Darthor... o del Rey? —dijo Egil.

—La tienes, lo haremos —dijeron todos al unísono.

Bajaron las armas tras el juramento. Lasgol estaba emocionado.

—Has hecho bien en confiar en nosotros —le dijo Egil.

—No... más... secretos —balbuceó Lasgol.

—No más secretos —asintió Egil.

—¿Por qué crees que me dejaron ir?

—Eso mismo me pregunto yo, debe haber una razón y debe estar relacionada con nuestro amiguito —dijo Egil señalando a Camu que colgaba boca-abajo del techo.

—¿Tú crees?

—Ella te lo envió... debe ser por una razón importante.

—Pero aun así no lo entiendo. ¿Por qué me dejaron regresar al Campamento si Uthar persigue matarme?

—Porque mientras estés aquí, Uthar no sospechará nada. Además, si te

quedaras con ellos estarías en medio de la guerra y correrías muchos riesgos. Aquí estas alejado del frente, es más seguro. Tiene todo el sentido. Si esconde lo más importante en el lugar más a la vista, no lo encontrarán.

Lasgol lo pensó, tenía algo de sentido. Allí estaba protegido y fuera del alcance de la guerra.

—¡Cómo me gusta este sitio! ¡Cada día que pasa un nuevo lío! —protestó Viggo.

—No te quejes tanto —le dijo Nilsa—. Si no te aburrirías.

—No sé si te has dado cuenta de que nos hemos enemistado con una o quizás las dos personalidades más poderosas y con ejércitos más grandes del norte del continente...

Nilsa lo pensó un momento. —Tienes razón... este sitio es un problema tras otro —dijo con cara de resignación mientras negaba con la cabeza.

—No les hagas caso —le dijo Egil a Lasgol.

Pasaron el día en labores de suministro. En la mente de todos estaba lo relatado por Lasgol y el conflicto que generaba. Durante la cena en el comedor apenas hablaron. Lasgol vio a Astrid en la mesa de al lado. Ella le miró y por un momento pareció que se iba a interesar por él. Pero miró hacia otro lado. Eso dolió a Lasgol. No habían hablado desde que había regresado.

Volvieron a la cabaña. Estaban preparándose para acostarse cuando la puerta se abrió de pronto. Lasgol Viggo, Gerd y Egil se giraron sobresaltados. Por la puerta entro el General Ulsen. Le seguían dos soldados y los Guardabosques Mayores Ivana y Haakon. Todos los miraron sorprendidos.

El General Ulsen se plantó en medio de la cabaña y sacó un pergamino con el sello real.

—¿Quién es Egil, tercer hijo del Duque Olafstone?

Egil dio un paso al frente.

—Yo, General.

Ulsen le entregó el pergamino para que lo leyera.

Egil lo abrió.

Sus compañeros miraron disimuladamente.

Por orden de su majestad, el Rey Uthar Haugen de Norghana, Los hijos

de los Duques y Condes de la Liga del Oeste deben entregarse de inmediato. Serán encarcelados como rehenes de guerra hasta el momento en que sus padres me juren lealtad a mí, Uthar, Rey de Norghana, y se unan a la causa para derrotar a Darthor y sus fuerzas. Si los Duques y Condes se niegan, sus hijos serán ahorcados dentro de exactamente siete días.

Egil terminó de leer la orden real. Bajó la cabeza. Todos se quedaron de piedra.

—Egil... —balbuceó Lasgol que sabía que habían venido a detenerlo.

—¡Apresadlo! —dijo Ulsen señalando a Egil.

Los dos soldados aferraron a Egil de los brazos.

—¡Esperad, no os lo podéis llevar! —gritó Lasgol.

Viggo y Gerd sujetaron a los dos soldados.

—¡Guardabosques! —dijo Ivana con tono gélido.

Todos le miraron.

—Es una orden real. Negarse supone alta traición —aclaró.

—Pero no es justo, él es un Guardabosques, leal al Rey.

—Y por ello no se resistirá, ni vosotros tampoco, pues esas son las órdenes del Rey —dijo Haakon con una mirada que no dejaba hueco a ninguna discusión.

Lasgol y sus compañeros intercambiaron una mirada. No querían dejar ir a Egil.

—Por última vez —dijo Ulsen—. ¿Vas a entregarte o tenemos que usar la fuerza? —se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—No, no será necesario —dijo Egil—. Me entrego. Acataré la orden. Y ellos también—dijo mirando a sus compañeros para que no opusieran resistencia.

—¿Estás seguro? —le preguntó Lasgol.

—Sí. Es el juego de la política y la guerra —les hizo un gesto con la cabeza para que liberaran a los soldados.

Viggo y Gerd los soltaron.

—¿A dónde lo llevan? —preguntó Lasgol.

—A las mazmorras, bajo la Casa de Mando —dijo Ivana.

—Estará bien —le aseguró Haakon.

—En marcha —dijo Ulsen.

Egil fue encarcelado aquella noche y con él los otros hijos de Duques y Condes del Campamento.

Al enterarse de lo sucedido Ingrid estaba tan furiosa que tuvieron que agarrarla entre tres para que no echara la puerta de la gran casa abajo y rescatara a Egil.

Las Panteras se acercaron a la Casa de Mando y con un candil en la mano cada uno comenzaron a cantar la oda al valiente, para que Egil supiera que sus compañeros estaban con él. Y algo singular sucedió. Los Búhos llegaron con candiles y se unieron al canto, luego los Lobos, los Jabalíes, los Zorros, los Tigres. Todos los quipos fueron llegando. Se sentaron todos frente a la gran casa y cantaron, cantaron con todo su ser para animar a sus compañeros presos y para protestar por aquella injusticia real.

Capítulo 35

—¡Lasgol! —llamó una voz femenina.

Lasgol se giró y vio llegar a una chica a la carrera. Su larga melena rubia se ondulaba según corría. Su rostro era muy bello. Hechizaba.

Era Valeria.

—Hola, Val —saludó Lasgol.

—Es horrible lo que han hecho con Egil y los otros —le dijo Val.

—Sí, lo es —dijo Lasgol con corazón pesado.

—¿Hay algo que podamos hacer?

Lasgol negó con la cabeza.

—Es una orden real, no podemos hacer nada. He hablado con Dolbarar, le he suplicado, pero sus manos están atadas, es una orden directa del Rey. Sé que le disgusta y mucho, pero no desobedecerá a Uthar. También he hablado con los Guardabosques Mayores pero el resultado es el mismo. Es una orden real y, les guste o no, deben acatarla.

—No es justo.

—Son tiempos de guerra, no hay justicia en la guerra. Eso me lo dijo el propio Egil.

—¿Le has podido ver?

Lasgol asintió. —Sí. Nos han dejado visitarle. Los tienen en las mazmorras bajo la Casa de Mando. Está bien. Se hace el fuerte aunque sé que en el fondo teme que su padre no lo rescate.

—Si sabes dónde los tienen... podemos intentar otra cosa...

Lasgol enarcó una ceja.

—¿Otra cosa? ¿Qué sugieres?

—Podríamos liberarlos...

—¡Val! Eso sería alta traición.

Ella frunció el ceño. —¿Y encerrar a inocentes como rehenes de guerra qué es?

—Aun así, no podemos... nos ahorcarían.

—Si nos descubren, que no tiene por qué ser el caso. Lo digo en serio, se puede hacer, planeémoslo —dijo decidida.

Lasgol sacudió la cabeza.

—Eres valiente y decidida, eso hay que reconocerlo —dijo con una leve sonrisa.

—Más bien lanzada y temeraria. Pero dicen es parte de mi gran encanto —dijo ella con una sonrisa encandiladora.

Lasgol soltó una carcajada. Llevaba mucho tiempo sin reír y se sintió muy bien. La tensión abandonó su cuerpo y su espíritu se elevó. La verdad era que siempre se sentía bien en compañía de Val, era muy peculiar pero le gustaba.

—Me toca intendencia, pero piénsalo. Estoy contigo —le dijo Val y le guiñó el ojo. Se volvió y se fue corriendo.

Lasgol se quedó mirándola mientras ella se marchaba, confundido.

Los siguientes días estuvieron llenos de incertidumbre. Se acercaba la fecha dada por el Rey en su ultimátum a la Liga del Oeste y los nervios comenzaban a hacer mella en todos. La situación estaba cada vez más tensa. Los equipos se concentraban en los trabajos de soporte a la guerra que iban desde aprovisionar carne, leña, pieles y reservas, a la elaboración de arcos, flechas y lanzas para combatir que luego se enviaban río abajo en los barcos de los Guardabosques.

Muchos rostros, sin embargo, mostraban su desacuerdo con lo que estaba sucediendo con los rehenes. Aunque no todos. Isgord y otros como él, tanto de segundo como de tercero y cuarto, acataban la orden como un mal necesario para conseguir la victoria en la guerra y no les importaba que los rehenes acabaran ahorcados. Ya se habían producido peleas entre varios equipos por esta razón, unos a favor de liberar a los rehenes y otros en contra, apoyando la orden del Rey. Tampoco ayudaba que hubiera más Guardabosques del lado este del reino que del oeste. Los primeros fieles seguidores del Rey. Los segundos alineados con los nobles de la Liga del Oeste, que aunque no se expresaban abiertamente contra el Rey, apoyaban a la Liga sobre el monarca. Como Egil solía decir «La tierra tira con más fuerza que la alcurnia». Los cuatro Guardabosques Mayores patrullaban ahora el campamento para evitar

confrontamientos.

Aquella noche mientras cenaban en el comedor rodeados de sus compañeros la conversación fue en torno a la guerra y los rehenes.

—Las cosas no van bien —dijo Viggo—. Me he enterado de que el Rey tiene verdaderos problemas mientras cargábamos sacos de grano y barriles con agua potable con destino a su fortaleza. Sin la ayuda de los Duques rebeldes no parece que lo vaya a conseguir. Las fuerzas de Darthor son temibles.

—Tiempos desesperados llaman a medidas desesperadas —dijo Ingrid.

—¿Te refieres a los rehenes? —preguntó Nilsa.

Ella asintió.

—Estoy segura de que el padre de Egil recapacitará —dijo Gerd.

—Yo no estoy tan seguro... —dijo Lasgol—. Es un hombre difícil. Y no está del lado del Rey, eso os lo puedo asegurar.

—Pero tampoco del lado de Darthor... ¿no? —preguntó Viggo con mirada seria.

Lasgol se encogió de hombros. —No sabría decirlo.

—No dejará que ahorquen a su hijo —dijo Gerd convencido.

—Envió a Egil aquí por si esto ocurría un día, para que no fueran sus hermanos mayores. Egil me lo conto. Así que lo tenía previsto. Puede que hasta el sacrificio...

—¡Increíble! —protestó Nilsa airadamente y le dio con el brazo a un vaso con sidra que salió despedido.

—Tranquila... —le dijo Ingrid.

—¿Cómo voy a estar tranquila? —dijo y dio un puñetazo a la mesa con tan mala suerte que pilló el canto de un plato y voló por los aires. Lasgol lo cogió al aire aunque no se libró de que el contenido le diera en la cara.

—Lo siento... esto es tan... inhumano...

—No te preocupes, todos sentimos la misma frustración —le dijo Lasgol.

—Si el padre de Egil no da su brazo a torcer tendremos que intervenir —dijo Nilsa convencida.

—No podemos intervenir —le dijo Ingrid negando con la cabeza—. Sería traición —dijo observando la mesa de Dolbarar que cenaba con el General

Ulsen y uno de sus oficiales.

—¿Vas a dejar que lo ahorquen? —dijo Gerd que se posicionó del lado de Nilsa.

—Nos ahorcarán a todos si intervenimos. No tendrán piedad. El ejército sigue las órdenes y el reglamento ciegamente. Más aún en tiempos de guerra —les aseguró Ingrid—. Le ocurrió a mi tía.

—¿La que insistes que perteneció a los Invencibles de Hielo, la infantería de élite del Rey, aunque es imposible porque sólo admiten hombres? —dijo Viggo que siempre que salía el tema aprovechaba para atacar a Ingrid.

—Calla y déjala estar —dijo Nilsa.

—¿Qué le sucedió? —quiso saber Gerd.

Ingrid guardó silencio. Lo meditó un largo momento y se decidió.

—Está bien, os lo contaré. Confío en vosotros, sois mi equipo, mis compañeros. Pero lo que os cuente tiene que quedar entre nosotros. Es algo privado que sólo concierne a mi familia y que a nadie más interesa.

—Por supuesto —dijo Gerd.

Ingrid miró a Viggo.

Éste hizo un gesto con la mano. —Está bien, no saldrá de aquí, mis labios están sellados.

—Ojalá lo estuvieran siempre —dijo Nilsa y los otros rieron la ocurrencia.

—Pelirroja... no me tientes...

—Adelante, Ingrid... —le dijo Lasgol interesado en la historia.

—La historia de mi tía es una historia triste, una tragedia, pero de la que se puede aprender lecciones de vida importantes. Yo intento aprender de lo que le sucedió y las decisiones que tomó... Mi tía era soldado del Ejército de las Nieves. Ella me enseñó a luchar desde que yo era una niña. Para los cuatro años ya me enseñaba a usar la espada con una de madera que ella misma me hizo.

—Empezaste pronto... yo jugaba con muñecas de trapo a esa edad —comentó Nilsa.

—Hay un motivo. Mi tía no se hizo soldado por voluntad propia, ni me enseñó a luchar desde tan pequeña sin una razón de peso.

—¿Qué le paso? —quiso saber Gerd.

—Cuando no tendría más de 13 años, unos mercenarios de paso por la aldea la encontraron en el bosque recogiendo vayas con su hermano. A él le abrieron la cabeza y quedó con tara... A ella... a ella... ya sabéis lo que hombres sin entrañas hacen a niñas y mujeres indefensas si tienen la oportunidad...

—¡Qué horror! —exclamó Nilsa.

Viggo se llevó la mano a su daga. —A quien toca a una mujer hay que degollarlo —afirmó serio como la muerte e hizo el gesto sobre el cuello.

Lasgol se sintió mal por Ingrid. —Si no quieres contarlo no hace falta...

—Ya he empezado, lo terminaré. Esa es la razón por la que se hizo soldado y esa es la razón por la que me enseñó a luchar desde niña, para que no me sucediera lo que le sucedió a ella. Los años en el ejército la hicieron fuerte, de cuerpo y de espíritu. No permitiría que nada así volviera a pasarle jamás. Así que entrenó día y noche durante años y se convirtió en un soldado excepcional. Para evitar que los hombres se metieran con ella por ser mujer, que aunque está aceptado que pertenezcan al ejército en Norghana siguen teniendo que soportar burlas constantes y otras cosas peores, se cortó el pelo al estilo de los hombres y ocultó su feminidad. De por sí no era muy agraciada físicamente y tenía la voz grave para una mujer con lo que no le resultó difícil. Con el tiempo y el paso de las sangrientas campañas nadie recordaba ya que era una mujer, sólo que era un soldado letal, uno de los mejores de su regimiento. Y eso la llenaba de orgullo. Era mejor que los hombres en una de las facetas en la que ellos siempre habían reinado.

—¿Por eso te esfuerzas tú tanto en ser mejor que los chicos? —preguntó Gerd.

—Porque ella me enseñó que no hay diferencia, que cualquier cosa que ellos puedan hacer, nosotras también podemos hacerlo y, no sólo eso, podemos hacerlo mejor.

Gerd asintió.

—¿Cómo entró en los Invencibles de Hielo? —preguntó Lasgol que cada vez tenía más curiosidad por saber qué había pasado con ella.

Viggo fue a protestar pero Ingrid le hizo un gesto con el dedo para que se callara.

—Tras una batalla en la que sólo un puñado de su regimiento

sobrevivieron y, según me explicó mi tía, deberían haber perecido pero los Invencibles de Hielo aparecieron en el último momento y los salvaron, un oficial que la había visto luchar, impresionado por su habilidad con la espada, le ofreció unirse a ellos. Mi tía me contó que tuvo que decidir en un instante. Los Invencibles continuaban su camino y era unirse a ellos o quedarse con los supervivientes de su maltrecho regimiento. Lo pensó. Sabía que los Invencibles no aceptaban mujeres y que si la descubrían tendría consecuencias fatales para ella.

—No aceptaría, ¿verdad? —dijo Gerd.

—Lo hizo.

—¿Pero por qué? Ya era la mejor de su regimiento, ya había demostrado que era tan buena o mejor que los hombres —dijo Nilsa.

—Porque quería demostrar que era tan buena o mejor que los mejores hombres: los Invencibles de Hielo —dijo Viggo.

Ingrid asintió. —Exacto. Ella demostraría que era tan buena como ellos y si le descubrían pagaría las consecuencias. No se rendiría nunca. Conseguiría ser mejor que ellos.

—¿Lo consiguió? —preguntó Lasgol.

—Por tres campañas estuvo con los Invencibles. Continuó entrenando día y noche, mejorando para estar a la altura. Luchó con ellos como uno más. Nadie supo jamás que era una mujer. Demostró que una mujer podía luchar con los mejores soldados. Eso, lo logró mi tía. Me enviaba cartas al final de cada campaña y me lo explicaba. Sólo pude verla una vez más al final de la tercera campaña. Siempre recordaré sus palabras: «No dejes que nadie te diga nunca que no puedes hacer algo por ser una chica. Nosotras podemos lograrlo todo. Todo, incluso lo que ellos no pueden. Recuérdalo siempre».

—¡Y así es! —exclamó Nilsa con el puño al aire.

—Sigue, por favor —le animó Lasgol cuando Nilsa se calmó un poco.

—En la cuarta campaña una flecha enemiga le alcanzó en el pecho. La herida era grave y le llevaron al cirujano. Cuando le quitaron la malla, descubrieron su secreto... vieron que era una mujer. Su camino terminó. La sometieron a juicio y la condenaron a «La suerte del traidor» por haber mentido y engañado a los Invencibles.

—¿Qué es eso? —preguntó Gerd— No lo había oído nunca.

—La abandonaron, herida, en la nieve, en territorio enemigo. Murió. No sé si de la herida, el frío o a manos enemigas, pero nunca regresó.

—¡Eso es despiadado! —protestó Nilsa, ultrajada.

—Lo fue, pero ella sabía el riesgo que corría y decidió correrlo de todas formas —dijo Ingrid y se secó una lágrima que le caía por la mejilla.

—Gracias por contárnoslo —le dijo Lasgol y le puso la mano en el hombro.

—Quiero que entendáis que así es como el Ejército Real trata con lo que no acepta—sentenció Ingrid.

Todos callaron por un momento recapacitando.

—¿Por eso te has unido a los Guardabosques, para demostrar a todos lo que tu tía no pudo, que una mujer es tan buena como el mejor de entre los hombres? —le preguntó Viggo.

—Sí, porque lo es, y yo lo demostraré. Llegaré a ser Guardabosques Primero. La mejor entre todos los Guardabosques. Nunca ha habido un Guardabosques Primero mujer, yo seré la primera. Todos los sabrán en el reino. Abriré camino a otras que seguirán mis pasos.

—Y honrarás a tu tía —dijo Nilsa.

—Sí, por lo que le hicieron. Y no sólo por ella sino por todas las mujeres que vendrán detrás. Un día no sólo habrá un Guardabosques Primero mujer, sino una General de los Invencibles de Hielo. Hay que romper las reglas, hay que crear ejemplo. Otras mujeres nos seguirán. Un día habrá una reina en Norghana y gobernará sin necesidad de ningún hombre. Nosotras no necesitamos a los hombres, nos valemos por nosotras mismas.

—¡Bien dicho! —exclamó Nilsa—. ¡Estoy contigo!

—Y yo —dijo Gerd—, aunque no sea mujer.

Viggo negaba con la cabeza. Pero no dijo nada.

—Aun así... deberíamos pensar algo... Por si las cosas no salen bien con Egil... por si su padre lo abandona a su suerte —dijo Nilsa.

—Yo estoy Nilsa —dijo Gerd.

Lasgol asintió. —No podemos dejar que lo maten.

—Contad conmigo —dijo Viggo—. El sabelotodo me pone del hígado, pero nadie lo va a ahorcar, bueno... que no sea yo, quiero decir.

Todos miraron a Ingrid que bajó la cabeza. —Terminaremos todos colgados pero contad conmigo.

—¡Así se habla! —dijo Nilsa.

—Ahora sólo necesitamos un plan —dijo Gerd.

—Pues pongámonos a ello. Tenemos dos días —dijo Lasgol.

Y llegó el fatídico día. Se había cumplido el tiempo dado por el Rey. Al amanecer, el General Ulsen se presentó ante la Casa Mayor con una docena de soldados. Dolbarar y los cuatro Guardabosques Mayores salieron a su encuentro.

—Vengo a cumplir las órdenes del Rey —anunció el General Ulsen.

—¿No ha habido contraorden? —preguntó Dolbarar esperanzado.

—No. Su majestad Uthar, Rey de Norghana, me ha enviado un mensaje con los perdonados y los que deben morir hoy.

—¿Puedo ver la orden?

—Desde luego —dijo el General y se la entregó a Dolbarar.

Una multitud se formó tras ellos. Venían a ver qué sucedía y cómo se resolvía la situación.

—Es de puño y letra del Rey. Puedo atestiguarlo —Dolbarar pasó la orden a los cuatro Guardabosques Mayores para que la leyeran. Cuando terminaron se la devolvieron al General.

—Traed a los prisioneros —dijo Dolbarar.

El Instructor Mayor Oden asintió y fue a por ellos. Volvió al poco con los seis.

El General se situó frente a ellos y con tono solemne les leyó su suerte:

—Olaf, hijo del Conde Bjorn... queda libre.

Hubo suspiros de alivio y gritos de ánimo de entre los alumnos.

—Menos mal... —susurró Gerd con el rostro blanco de lo mal que lo estaba pasando.

—Bigen, hijo del Conde Axel... queda libre.

Los suspiros de alivio eran ahora gritos claros a favor de los condenados.

—¡Bien! ¡Bien! Dos libres es muy buena señal —dijo Nilsa.

—Jacob, hijo del Duque Erikson... será ejecutado al medio día.

—Desde luego eres la más gafe del mundo —le acusó Viggo llevándose las manos a la cabeza.

Los reunidos comenzaron a abuchear la sentencia. Gritos en contra de la decisión del Rey se hicieron fuertes.

—Gonars, hijo del Duque Svensen ... será ejecutado al medio día.

—Ahora le toca el turno a Egil. Me va a dar algo —dijo Gerd incapaz de aguantarse.

—Confiemos en que se salvará —dijo Ingrid.

—Confiemos —dijo Lasgol aunque no las tenía todas consigo.

—Egil, hijo del Duque Olafstone... será ejecutado al medio día.

—No... —dijo Egil y se le cayó el alma al suelo.

—¡Maldición! —exclamó Viggo.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaba Nilsa. Ingrid la abrazó. Gerd cayó de rodillas con los ojos llenos de lágrimas.

Dos más fueron perdonados.

La gente comenzó a protestar y a abuchear al General. Los soldados rodearon. La situación se estaba poniendo complicada. Alguien lanzó una piedra contra los soldados. Los gritos eran cada vez mayores y estaba a punto de producirse algo muy grave.

Dolbarar y los cuatro Guardabosques Mayores se situaron frente a los soldados, encarando a los alumnos.

El líder del campamento levantó los brazos. En uno llevaba su cayado y en el otro el tomo del Sendero de los Guardabosques.

—Los Guardabosques servimos al reino. A su Rey. Obedecemos sus órdenes, sin cuestionarlas, pues es nuestro Rey y a él seguimos.

Los gritos y las protestas fueron muriendo ante las palabras de Dolbarar.

—Sé que esta orden real no es de vuestro agrado. Lo entiendo. Pero debemos cumplirla pues de no hacerlo significaría el final de los Guardabosques. No podemos negarnos a una orden del Rey.

—Volved a vuestras cabañas —les dijo Esben.

—Vamos, dispersaos —les dijo Haakon.

Ivana y Eyra se acercaron hasta las primeras filas y con suavidad les hicieron abandonar el lugar.

En la cabaña nadie habló. Todos eran conscientes de lo que había sucedido y de lo que implicaba.

Egil iba a morir.

—¿Preparados? —preguntó Ingrid.

—Preparados —dijo Nilsa.

—Ceñíos al plan —les dijo.

—Ya, como siempre nos salen tan bien... —comentó Viggo.

—Nos ceñiremos —dijo Gerd.

—Sois estupendos —les dijo Lasgol agradecido, conscientes de lo que iban a hacer y el riesgo que implicaba.

—Recuérdamelo cuando colguemos de la soga —le dijo Viggo y le guiñó el ojo.

—Recoged las cosas. Salimos ya. Cada uno en una dirección diferente. No hablamos con nadie, no nos paramos por nadie. Si es un instructor, decid que vais a entrenar con el arco —dijo Ingrid.

Todos asintieron.

Ingrid fue hasta la puerta. La abrió y miró fuera. Luego miró la posición del sol. Faltaba poco para medio día. No vio ningún impedimento.

—Vamos. Comienza la misión.

Uno por uno, a intervalos establecidos, abandonaron la cabaña. Todos vestían sus capas de segundo año y llevaban sus arcos y un morral.

El tiempo empeoraba y una tormenta se aproximaba desde el nordeste. Eso no les convenía. Desde diferentes direcciones, dando un amplio rodeo, los cinco se dirigieron a un punto, al este del campamento: el lugar donde se realizarían las ejecuciones. Habían estado reconociendo el lugar el día anterior. Viggo había conseguido la información de los soldados, jugando a los dados. Además había ganado bastante moneda, lo cual no sorprendió a nadie, conociendo a Viggo.

Lasgol se colocó en posición, al sur. Se cambió de capa y se puso la blanca invernal que le permitiría camuflarse con toda la nieve a su alrededor. Buscó un tronco caído y se escondió tras él. Estaba a unos 250 pasos. Buena distancia. Observó el camino desde el oeste y el gran roble centenario donde se llevaría a cabo la sentencia. Inspeccionó el arco. Preparó dos saetas, una normal y la otra *especial*. Utilizando todos los conocimientos adquiridos en la

instrucción de la maestría de pericia, se camufló con el entorno y desapareció de la vista, quedando quieto como una estatua de piedra cubierta de nieve.

Al norte del roble vislumbró una silueta que al poco desapareció camuflada en la nieve. Era Viggo. Al este vio a Gerd y al oeste, la posición más complicada pues sería desde donde llegaría la comitiva, vio colocarse a Ingrid tras un árbol. Nilsa esperaba al sur con el escape preparado. Todos estaban en posición y camuflados. Sólo cabía esperar y cruzar los dedos para que el plan funcionara.

Empezó a nevar.

La hilera de soldados con los prisioneros apareció en la distancia. El General Ulsen iba a la cabeza a caballo. 12 soldados con él rodeaban un carro tirado por dos mulas donde iban los dos prisioneros: Egil, Jacob y Gonars. Llegaron al gran roble y prepararon las dos sogas. Lasgol tragó saliva. Iban hacer correr el carro y los prisioneros quedarían colgando por el cuello hasta morir. A Lasgol se le hizo un nudo en el estómago. Se preparó. Por fortuna no había Guardabosques con ellos. Contaban con aquello. Dolbarar no querría a nadie de los suyos presenciando esa escena.

Muy despacio, Lasgol cargó la flecha especial en el arco. De pronto un jinete llegó a galope tendido. Era un soldado.

—Mensaje urgente, mi General —dijo.

Lasgol intuyó que era importante y aunque le llegaba la conversación entrecortada por el viento no quiso arriesgarse a malinterpretarla. Usó su Don e invocó la habilidad “Oído de lechuza”.

—¿No podía esperar?

—No, señor. Es del Rey.

—Dámelo.

Ulsen lo leyó. Asintió.

Levantó el pergamino y leyó en voz alta.

—Por orden real, Gonars, hijo del Duque Svensen es perdonado.

Su padre debía haber claudicado en el último momento.

—Bajadlo del carro.

Los soldados obedecieron.

Jacob, de los Jabalíes, habló con voz entrecortada.

—¿Mi... padre...?

Ulsen negó con la cabeza.

—Lo siento, hijo.

El General levantó la mano.

—Por favor, no, detened la ejecución —suplicaba Jacob.

Egil estaba resignado.

«¡No voy a dejar que maten a mis compañeros! ¡Guerra o no guerra!».

Se llevó la mano a la boca e imitó el canto de la lechuza. Una vez.

Ingrid respondió. También una vez. Era un Sí.

Viggo dos veces.

Gerd una vez.

Eran mayoría.

Lasgol apuntó. Calculó la trayectoria. Soltó la flecha. Un instante después volaban otras tres. Se elevaron a las nubes para luego descender a peso. Eran unas flechas especiales. En sus puntas llevaban un pequeño contenedor de vidrio. Las flechas cayeron a los pies de los soldados en el momento que Ulsen bajaba el brazo.

Se escucharon cuatro vidrios rompiéndose contra el suelo. Una substancia gaseosa surgió de ellos expandiéndose diez pasos en todas direcciones.

Era “Sueño de Verano”.

—¿Qué demonios! —gruñó el General Ulsen antes de caer sin sentido.

La docena de soldados lo siguieron al suelo. Todos quedaron dormidos. Pero el último en caer se fue de espaldas y se golpeó contra una de las mulas del carro que asustada escapó llevándose el carro con ella.

Jacob y Egil perdieron el apoyo sobre el carro y quedaron colgando de la soga a sus cuellos.

«¡Oh no! ¡Se ahogan!».

Lasgol no se lo pensó dos veces. Invocó su habilidad Ojo de Halcón para poder ver la cuerda con total nitidez. Respiró profundamente e invocó su habilidad Tiro certero.

«¡Vamos, no me falles! ¡Te necesito! ¡O es su vida!».

se dijo Lasgol que sabía que todavía no dominaba la habilidad.

La flecha salió hacia la soga en el momento que Ingrid reaccionaba y

comenzaba a correr.

La flecha voló rauda en una recta perfecta.

Alcanzó la soga y la cortó limpia.

Egil cayó al suelo.

Ingrid se paró a cien pasos. Apuntó y en un movimiento fluido, tiró.

La flecha cortó la soga e hizo caer a Jacob.

Un tiro magistral.

Lasgol resopló. «Gracias, Dioses de los Hielos, gracias».

Capítulo 36

El Instructor Mayor Oden estaba fuera de sí. Maldecía y soltaba improperios a diestro y siniestro.

—¡Habéis roto las normas! ¡Sabíais que no podíais intervenir, que era una orden real! ¡Pagaréis por esto!

Ingrid, Nilsa, Gerd, Viggo y Lasgol formaban en el interior de la Casa de Mando. Dolbarar y los Cuatro Guardabosques Mayores los observaban con rostros de graves.

—¿Seguís manteniendo que no habéis intervenido? ¿Que no habéis sido vosotros los que han liberado a Jacob y a Egil y les habéis ayudado a escapar? —preguntó Dolbarar con una ceja alzada.

—No hemos sido nosotros —mintió Viggo con total naturalidad.

—El General Ulsen pide las cabezas de quien haya sido. Es un ultraje a su persona, a lo que representa, al Rey Uthar —dijo Dolbarar.

—Es un oficial del Rey, debería haber previsto que algo podía ir mal... —dijo Ingrid.

—¿En territorio del Campamento? ¿Bajo mi protección? —preguntó Dolbarar contrariado.

—Son tiempos de guerra, cualquier cosa puede suceder —dijo Nilsa encogiéndose de hombros.

—El tiro que liberó a Jacob es de experto —dijo Ivana—. Hemos encontrado el lugar desde el que se hizo. La distancia es de 280 pasos con viento y nieve. Gran tiro.

—Entonces no podemos haber sido nosotros, no somos tan buenos con el arco —dijo Viggo haciendo un gesto de impotencia.

—Y se ocultaron en cuatro puntos bien elegidos, sin que los vieran —añadió Haakon.

—Seguro que si hubiéramos sido nosotros nos hubieran visto,

especialmente a mí con lo torpe que soy... —dijo Nilsa con cara de inocente.

—Se utilizó “Sueño de Verano” que yo misma os he enseñado a preparar —les dijo Eyra acusadora.

—Todos sabemos preparar la poción, puede haber sido cualquiera de segundo, tercer o cuarto año —dijo Ingrid.

Dolbarar avanzó hasta Lasgol.

—Estás muy callado, Lasgol. ¿Seguro que no fuisteis vosotros?

—Seguro, señor —mintió Lasgol sin poder mirarle a los ojos.

—No hemos sido nosotros —dijo Viggo—. No hay pruebas.

—Sin pruebas no se nos puede acusar —dijo Nilsa.

—Os creéis muy listos, pero no lo sois tanto... —dijo Haakon.

—¿Los condenados... han logrado escapar? —preguntó Gerd.

—Sí. Alguien los coló en el navío del capitán Talos dentro de barriles de agua potable que hemos encontrado vacíos —dijo Haakon.

—¿Quién ha estado cargando grano y barriles de agua potable estos últimos días? —preguntó Oden que ya sabía la respuesta.

—Nosotros, pero también el resto de los equipos de segundo año —dijo Viggo encogiéndose de hombros.

—Muy listos, pero no tanto —dijo Haakon—. Hemos apresado a uno de los dos fugitivos.

A Lasgol se le hizo un nudo en el estómago.

Las caras de sus compañeros mostraban la enorme tensión que sentían. El plan no había sido completamente exitoso.

—¿Uno de los dos? —preguntó Nilsa con cara de estar a punto de estallar de la tensión.

—Que entre —pidió Haakon con voz potente.

La puerta se abrió y dos Guardabosques entraron con un prisionero.

¡Era Egil!

Lasgol sintió que el corazón le salía del pecho.

—¡Egil, amigo! —exclamó Gerd sin poder contenerse.

—Ya no os creéis tan listos, ¿eh? —dijo Haakon.

—¿Cómo lo habéis capturado? —preguntó Ingrid con cara de estar muy

contrariada.

—Somos Guardabosques... ¿de verdad creíais que vuestro pequeño plan iba a funcionar? —dijo Ivana.

—Egil... —suspiró Nilsa aguantando las lágrimas.

—Nada escapa a los Guardabosques —les aseguró Esben.

—Jacob lo hizo —les dijo Viggo, molesto.

—No, exactamente... —dijo Eyra.

Lasgol comprendió. No les habían engañado. Los Guardabosques habían capturado a Egil y a Jacob. Su alma se hundió.

Egil miraba al suelo. Estaba vencido. Sabía que estaba condenado.

—No podéis ajusticiarlos —dijo Ingrid dando un paso al frente, amanzánate.

Viggo también hizo ademán de avanzar.

Dolbarar levantó la mano.

—Controla tus impulsos, Ingrid —le advirtió.

La capitana se controló y volvió a su sitio junto a sus compañeros.

Lasgol estaba desolado, iban a ajusticiar a Egil después de todo.

—No podéis... —dijo Gerd sacudiendo la cabeza, con sus ojos en lágrimas.

—Egil, un paso al frente —pidió.

Los dos Guardabosques que sujetaban a Egil lo dejaron ir y éste obedeció el comando de Dolbarar.

—Señor...

Dolbarar sacó un pergamino. Lo abrió y lo leyó.

—Por orden real, Egil, hijo del Duque Olafstone, es perdonado.

Todos se quedaron de piedra.

—Mi padre... ¿ha claudicado ante Uthar?

—Así es. Apoya la causa del Rey. El mensaje ha llegado hoy.

—Entonces...

—Tu vida es perdonada —le dijo Dolbarar.

—¡Sí! —exclamó Nilsa con los brazos en alto.

—¡Genial! —se unió Gerd a la celebración.

Hasta Viggo no pudo evitar una gran sonrisa de oreja a oreja.

Lasgol resopló dejando salir toda la angustia.

—¿Y Jacob? —preguntó Egil.

Hubo un silencio fúnebre.

Lasgol se temió lo peor.

Eyra habló.

—Jacob... se nos ha escapado... —dijo con un tono que sonó a que estaba mintiendo, claramente.

Egil sonrió. —Gracias.

—No hay nada que agradecer, es una mancha en nuestra honra —dijo Haakon que no parecía nada de acuerdo con lo acontecido.

—Sobreviviremos a la deshonra —dijo Esben cruzando los brazos sobre el pecho.

Lasgol comprendió que los Guardabosques Mayores habían dejado escapar a Jacob y cargarían con la culpa. También que no todos estaban de acuerdo. Haakon e Ivana tenían una expresión de disgusto que era inconfundible.

Dolbarar suspiró profundamente.

—No hay pruebas para inculparos —dijo señalando al equipo—, pues las habéis escondido muy bien. Habéis sido muy listos. Pero eso no quiere decir que lo que habéis hecho esté bien. El Rey demandará una explicación. Una que no puedo darle. No voy a llevar esto más lejos. Todos aquí sabemos lo que ha pasado. Y aquí se quedará. No volváis a hacer algo así, nunca. ¿Queda entendido?

—Sí, señor —dijo Lasgol que quería enterrar el asunto como fuera con el resultado tan positivo que habían conseguido.

—Entended que la próxima vez terminareis todos colgando de la soga y no habrá nadie que os salve.

Todos asintieron.

—Id y no mencionéis nada de esto a nadie.

Los seis salieron de la Casa de Mando con rostros serios, abrumados. Según avanzaban hacia las cabañas de segundo año las sonrisas comenzaron a

aflorar en sus rostros.

Pasaron dos semanas. Los acontecimientos se precipitaron. El Rey Uthar, con el apoyo de los Duques rebeldes del Oeste, consiguió derrotar a Darthor en la ciudad amurallada de Olstran en una batalla épica. Con los refuerzos recibidos de sus forzados aliados, Uthar presionó a Darthor que se vio obligado a retirarse. Su plan de forzar la alianza de los Duques rebeldes había resultado un éxito.

Las noticias llegaban por aire por medio de palomas y grajos cada pocos días y eran esperanzadoras. Las fuerzas del Rey consiguieron tres nuevas e importantes victorias. Las fuerzas de Darthor se batían ahora en retirada hacia el norte. Uthar reagrupaba sus fuerzas para ir tras el enemigo y expulsarlo del norte.

Una noche mientras comentaban las nuevas sobre la guerra, el equipo de los Jabalíes se presentó en la cabaña de las Panteras. No dijeron nada, simplemente dejaron en el suelo una nota firmada por todo el equipo que decía: «Gracias por tener el valor que nos faltó a nosotros». Luego saludaron uno por uno a las Panteras y marcharon en silencio con la cabeza baja.

Muchos en el campamento eran conscientes de quién había impedido las ejecuciones y así lo demostraban: realizaban pequeñas reverencias, saludos de respeto y gestos de gratitud hacia las Panteras, sin que fueran demasiado evidentes y que los soldados se dieran cuenta. Pero no todos compartían aquella visión. La primera vez que Isgord se cruzó con Egil y Lasgol no perdió la oportunidad de atacarlos.

—Y aquí tenemos el hijo del traidor número uno con el hijo del traidor número dos. Ya dice el refrán que los dioses de hielo los crean... y ellos se juntan...

—Cállate, aquí no hay ningún traidor —le respondió Lasgol molesto.

—Yo que pensaba que el mayor traidor eras tú y resulta que te ha salido competencia.

—Ni mi padre era traidor, ni su padre es traidor.

—Ah, ¿no? Pues casi cuelga... me hubiera gustado verlo.

Egil suspiró. —No te molestes —le dijo a Lasgol—. Las inseguridades que padece deben ser crónicas y por ello ataca a todos de esta forma. Está intentando compensar...

Isgord se puso rojo de ira. —¡Te vas a tragar esas palabras!

Lasgol se puso en medio para proteger a su amigo y armó el brazo. Isgord hizo lo propio. Antes de que nadie pudiera reaccionar, los dos brazos se soltaron y los puños hicieron contacto en la nariz del contrario. Los dos dieron un paso atrás de dolor.

—¡Quietos! —llegó la voz del Instructor Mayor Oden.

Se acercó a la carrera y los separó.

—¡Nada de peleas! ¡Los Guardabosques sólo pelean contra el enemigo del reino, nunca entre ellos!

—Ha empezado él —dijo Isgord.

—¡Me da igual quien haya empezado! ¡Nada de peleas o vais a dar diez vueltas al lago!

Egil le hizo un gesto a Lasgol para que lo dejara estar y se marcharon.

Capítulo 37

No había amanecido todavía aquella mañana cuando Oden los sacó a todos de la cama con su odiada flautilla.

—¡A formar! ¡Vamos, a formar! —gritó.

—¿Qué sucede? —preguntó Gerd asustado.

—Nada bueno, eso sucede —dijo Viggo saltando de la litera superior.

Camu emitió un chillido de queja, molesto por que lo despertaran.

—Tú duermes, pequeñín, esto no va contigo —le dijo Lasgol y le acarició la cabeza para que se tranquilizara.

—¡Vestimenta de gala! ¡Todos! —gritó Oden.

—¿Sabéis qué pasa? —apareció la cabeza de Nilsa en la puerta.

—Ni idea —le dijo Egil que terminaba de vestirse—. Pero es algo oficial si quieren que vayamos con la vestimenta de gala.

—¿No será la Ceremonia de Aceptación? —preguntó Gerd preocupado.

—Podiera ser, pero Dolbarar lo hubiera anunciado —razonó Egil—. Lo último que comunicó acerca de este menester fue que quedaba suspendida por el esfuerzo de guerra.

Salieron. Oden los aguardaba impaciente.

—No preguntéis y escuchad. Formaréis en dos hileras. Los de segundo año junto con los de primero a un lado y los de tercero y los de cuarto al otro. Formaréis desde la entrada del Campamento hasta la Casa de Mando.

Todos estaban nerviosos y confundidos, ¿qué sucedía?

Pero Oden no estaba de humor para preguntas.

—¿Acaso estáis sordos? ¡Vamos!

Corrieron a posicionarse. Al hacerlo se percataron de que frente a la Casa de Mando aguardaban Dolbarar y los cuatro Guardabosques Mayores en vestimentas de gala junto los Guardabosques Instructores. También estaba el

General Ulsen con su armadura bien pulida. En la hilera frente a Lasgol formaban los de tercer año. Molak le saludó con la cabeza. Lasgol le devolvió el saludo.

Con los primeros rayos del sol, una sección de árboles que formaban parte de la muralla impenetrable alrededor del campamento se abrió. Por ella comenzaron a entrar jinetes. Jinetes con muy mal aspecto. Llenos de barro y con caras de haber pasado un infierno.

—¿Caballería ligera, pero de dónde vienen? —preguntó Gerd.

—Por su aspecto, de un desfile no es —dijo Viggo.

A la caballería le siguió un regimiento de los Invencibles del Hielo, la infantería de élite Norghana. Tenían tan mal aspecto como la caballería. Estaban cubiertos de suciedad y sangre.

—Vienen de combatir en el frente —dijo Ingrid al ver a los soldados en tales condiciones.

Tras la infantería de élite apareció un regimiento de Guardabosques Reales en sus capas verdes. Cabalgaban con los hombros caídos.

—¡Mirad! —exclamó Gerd entusiasmado.

—Los mejores entre los nuestros —dijo Nilsa emocionada.

—Al final debería ir el Guardabosque Primero, Gatik —dijo Egil.

No se equivocó. Gatik, alto y delgado, de cerca de 30 años apareció cerrando el grupo con su pelo rubio y barbita corta. Tenía expresión cansada y los ojos hundidos, su caballo estaba cubierto de barro y su capa de sangre seca.

—Por el número y composición está claro quiénes son —dijo Ingrid que tenía buen ojo para todo lo militar.

—Es la escolta personal de Uthar —dijo Egil.

Ingrid asintió. —Exacto.

—¿Eso quiere decir que viene el Rey? —preguntó Gerd muy sorprendido.

—Pues claro —le dijo Viggo—. A menos que el Rey haya perdido a su escolta lo cual sería muy divertido.

—Lo dudo, esos soldados no dejarían al Rey por nada. Antes la muerte a semejante deshonor —dijo Ingrid.

—Cosas más raras se han visto —dijo Viggo.

Y antes de que Ingrid pudiera responder, apareció la Guardia Real. Eran inconfundibles por su enorme tamaño, casi tan grandes como los Salvajes de los Hielos, por ir llenos de cicatrices y sus rostros marcados por la guerra. Pero sobre todo por el hacha de dos cabezas que todos llevaban a la espalda.

—Ya no hay duda —dijo Ingrid.

Y no se equivocaba. El Rey Uthar entró en el Campamento sobre su pura sangre blanco. Lasgol lo observó con ojos de desconfianza y se imaginó que Egil a su lado lo haría también después de todo lo que había sucedido en las tierras del Norte.

Uthar era incluso más formidable de lo que Lasgol recordaba. Tenía la anchura de hombros de dos hombres y le sacaba media cabeza a un Norghano medio, que ya de por sí eran altos. Debía rondar los 40. Llevaba el cabello rubio suelto bajo una corona enjoyada y le caía sobre los hombros. Tenía unos ojos grandes y azules. Su rostro no era bello, era duro, hosco. Vestía una armadura de magistral artesanía, con motivos en oro y plata y joyas incrustadas. Una capa en rojo y blanco le caía a la espalda.

Los seis amigos clavaron la rodilla ante el Rey que avanzaba mirando al frente con porte regio. Le observaron de reojo, sobrecogidos por su tremenda presencia y el aura real que emanaba.

Según pasó el Rey, Ingrid se pronunció.

—Si antes no lo creía, ahora menos —le susurró a Lasgol—. Darthor te engañó.

—Por una vez yo estoy de acuerdo con la mandona —dijo Viggo asintiendo.

A Lasgol las dudas le corroían. Viendo a Uthar tan imponente, rodeado de todo su séquito de guardias personales, del ejército Norghano, tenía que darle la razón a Ingrid. Uthar no era el enemigo, tenía que ser Darthor. Le habían engañado.

A la derecha del Rey, como siempre hacía, cabalgaba Sven, Comandante de la Guardia Real, protegiendo a su señor con su vida. No era grande y fuerte como el Rey y los Guardias Reales. Al contrario, era delgado y no muy alto. Su caballo era oscuro al igual que sus ojos. Pero era la mejor espada del reino, nadie le había conseguido derrotar en combate o duelo.

—Yo también opino lo mismo, te engañaron —dijo Nilsa asintiendo.

—Lo siento, Lasgol, pero yo también opino como ellos —le dijo Gerd.

Lasgol se fijó en Olthar que cabalgaba a la izquierda del Rey. Le recordó a Muladin, el Hechicero Noceano, no porque se parecieran, ya que eran polos opuestos, sino por ser poderosos magos. El Mago Norghano tenía el pelo níveo, liso y largo. Sus ojos eran grises, sin expresión. De cuerpo enjuto, irradiaba poder, mucho poder. Llevaba un báculo exquisito, blanco como la nieve y con incrustaciones en plata.

—Pues yo sigo manteniéndome firme en mi hipótesis —dijo Egil—. Darthor es la madre de Lasgol y el Rey no es quien parece ser.

—¡Pero como puedes decir eso! —le dijo Ingrid sin poder creerlo.

—¡Si lo tienes delante de las narices! —le dijo Viggo enojado.

—A veces eres muy rarito —le dijo Nilsa.

Lasgol miraba a su amigo intrigado, incluso él estaba más con la posición de sus amigos que con la de Egil.

—¿Qué te hace pensar eso? —le preguntó Gerd.

—Dos poderosas razones.

—No será que es tan inverosímil que tiene que ser verdad porque esa no me la trago —dijo Viggo.

—Eso también, pero no. He estado analizando lo que le sucedió a Lasgol y hay dos hechos muy significativos que bien interpretados pueden ayudar a resolver este intricado misterio.

—Adelante, ilumínanos con tu sabiduría —le dijo Viggo y cruzó los brazos sobre el pecho.

Mientras la comitiva continuaba pasando, Egil explicó a sus compañeros.

—El primer hecho muy significativo es que el propio Darthor fue en persona a ver a Lasgol. ¿Por qué? Ya lo habían capturado. Lo tenían prisionero. Estaba vigilado por el Hechicero Muladin. No había ninguna necesidad para que Darthor, Señor corrupto del Hielo, el hombre más poderoso del norte de Tremia, abandonara su marcha sobre la ciudad de Olstran donde tenía acorralado a Uthar para regresar al norte a hablar con Lasgol. No tiene sentido. ¿Por qué haría algo así? Ya tenía la guerra casi ganada. Se dirigía al sur con sus fuerzas. El Rey no tenía el apoyo de los Duques rebeldes y de pronto se detiene, se da la vuelta para ir a hablar con Lasgol... No me entendáis mal, yo quiero a Lasgol tanto como vosotros, pero no tiene ningún valor en esta contienda.

Lasgol abrió los ojos, luego asintió.

—Es verdad, yo no valgo nada realmente...

—Exacto. Y si no vale nada, ¿por qué Darthor, con medio Norghana conquistada, se da la vuelta para ir a hablar con él?

Egil esperó una respuesta pero nadie fue capaz de darle ninguna.

—Mucho sentido no tiene, la verdad... —reconoció Nilsa.

—Los locos poderosos señores del mal no actúan con lógica —dijo Viggo.

—Darthor puede ser muchas cosas pero un loco no es, o no tendría el liderazgo del pueblo de los hielos —dijo Egil.

—Está bien, ¿cuál es tu teoría? —le dijo Ingrid.

—Muy sencilla y muy difícil de creer: volvió porque necesitaba hablar con él, para contarle personalmente la verdad pues sabía que, de otra forma, Lasgol no lo creería. Regresó porque es su madre y necesitaba ver a su hijo y contarle la verdad.

Todos guardaron un momento de silencio. Viggo lo rompió.

—Nah... no me convence —dijo negando con la cabeza.

—Está bien, os lo plantearé de la forma contraria. Si es falso, ¿por qué fue Darthor a ver a Lasgol?

Se hizo otro largo silencio. La comitiva iba terminando de pasar en dirección a la Casa Mayor.

—Es muy extraño que regresara sólo para hablar con Lasgol, eso es cierto —razonó Ingrid.

—Le querían engañar para algo —dijo Nilsa.

—Para eso no necesitaban a Darthor, ya estaba Muladin, el Hechicero, y Sinjor, el líder del pueblo de los salvajes de los hielos —dijo Lasgol—. Yo estaba muerto de miedo, me podían engañar sin problema.

Nadie supo qué alegar.

—¿Y la segunda razón? —quiso saber Gerd.

—La segunda razón es que Darthor permitió a Lasgol regresar aquí, al Campamento. ¿Por qué haría una cosa así? Ya lo tenía preso. La guerra estaba yendo a su favor en ese momento. ¿Por qué liberar a Lasgol?

—¿Para confundirnos a nosotros? —protestó Viggo.

—No creo que confundir a seis aprendices de Guardabosques forme parte del plan maestro de dominación de Darthor —le respondió Egil.

—No, no tiene sentido —reconoció Ingrid.

—Lo dejó marchar porque quería mantenerlo a salvo. Mientras estuviera en el Campamento, sin husmear, Uthar no sospecharía y no movería un dedo contra él. Si se quedaba con Darthor corría riesgo pues se dirigía a la batalla y Lasgol, no estando convencido, intentaría algo. Dejarlo con los Salvajes de los Hielos era un riesgo también. Así que de todas las opciones eligió la que menos riesgo tenía para Lasgol. ¿Quién elige la opción de menos riesgo para alguien? Un ser querido.

—Una madre... —dijo Gerd.

—Exacto —concluyó Egil.

—Pues yo sigo sin creerme nada de nada —protestó Viggo.

—Por eso te adoramos —sonrió Egil.

La cansada comitiva real llegó hasta la Casa de Mando donde aguardaban Dolbarar y los cuatro Guardabosques Mayores. El Rey Uthar, el Mago Olthar, el Comandante Sven y el Guardabosques Primero Gatik desmontaron frente a la gran casa y saludaron a los anfitriones. El Rey dio un abrazo a Dolbarar y realizó un breve saludo con la cabeza a los cuatro Guardabosques Mayores.

La Guardia Real formó un círculo alrededor del Rey. Los Guardabosques Reales se situaron a los costados con los arcos listos. Oden se encargó de sus monturas. La caballería ligera se retiró pero la infantería se situó frente al Rey formando una línea, como una barrera infranqueable para quien quisiera llegar hasta el monarca.

Lasgol y el resto de los que habían formado el pasillo de honor se acercaron hasta la Casa de Mando. Todo el mundo estaba muy excitado por la visita del Rey y ansioso por las noticias que pudiera traer sobre la guerra.

Dolbarar les hizo señas para que se acercaran. Parecía que quería dirigirse a ellos.

—¡Acercaos todos, por favor! —les dijo.

Todo el Campamento se fue acercando, con enorme curiosidad e incertidumbre.

—Como acabáis de descubrir, el Rey nos ha honrado hoy con su presencia. Es una visita que no teníamos prevista. Los acontecimientos así lo han

propiciado. Nos ha cogido por sorpresa a todos pero como Guardabosques que somos, estamos siempre alerta y al servicio del Rey —dijo Dolbarar con una sonrisa.

Viggo arrugo la nariz.

—¿Alguien quiere hacer una predicción del motivo de esta visita real?

—No se les ve muy enteros... —dijo Nilsa.

—Al menos están vivos —dijo Ingrid.

—Mejor escuchamos... —dijo Gerd con cara de preocupación.

Dolbarar continuó. —Los Guardabosques abren su morada y con gusto y honrados dan cobijo y descanso al Rey y su escolta —dijo dando la bienvenida oficial al Rey.

Uthar hizo un pequeño gesto de agradecimiento con la cabeza.

—Su Majestad, el Rey Uthar, tiene importantes nuevas que nos afectan a todos como Norghanos —anunció Dolbarar—. Escuchemos ahora todos a su majestad —dijo Dolbarar.

—Oh, oh... —dijo Viggo.

—No seas gafe —le dijo Nilsa.

—Igual son buenas noticias —dijo Gerd esperanzado.

—Ya, seguro... —dijo Viggo.

—Calla, cabeza de corcho, que va a hablar el Rey —le amonestó Ingrid.

—Mandona...

Uthar abrió los brazos.

—Tengo un anuncio muy importante que hacer —dijo con su poderosa voz—. Regresamos del norte. Nos hemos detenido aquí a por provisiones y descansar después de dos grandes y difíciles batallas. Estamos desfallecidos pero eufóricos, pues la victoria ha sido nuestra.

Todos en el Campamento escuchaban cada palabra del Rey como hipnotizados.

—¡Hemos derrotado a Darthor y le hemos obligado a huir al Continente Helado! ¡La victoria es nuestra! ¡Norghana es nuestra! —gritó el Rey a pleno pulmón.

El Campamento estalló en gritos de alegría, vítores y aplausos. Se abrazaban los unos a los otros llevados por la emoción y las inesperadas

buenas noticias.

—¡Victoria! —gritó Sven.

—¡Por Norghana! ¡Por el Rey! —gritó Gatik.

—¡Victoria! ¡Por Norghana! ¡Por el Rey! —gritaron todos llenos de júbilo mientras saltaban de alegría.

Uthar continuó.

—Muchos hombres buenos han luchado y caído defendiendo nuestra tierra de las garras de Darthor, Señor Corrupto del Hielo. Esta noche no habrá celebraciones. Esta noche descansaremos y honraremos a nuestros muertos para que alcancen el paraíso del guerrero junto a los Dioses de los Hielos.

—¡Honremos a los caídos en la lucha, en la defensa del reino! —dijo Olthar levantando su báculo de poder.

Todos clavaron una rodilla y bajaron la cabeza en honor de los caídos. Un silencio de pleno respeto cayó sobre el campamento.

—Que esta noche todos honren a los caídos —dijo Dolbarar y acompañó al Rey al interior de la Casa de Mando. Al momento lo siguieron Gatik, Sven y Olthar.

Oden se encargó de organizar los alojamientos y necesidades de la escolta real con su habitual estilo contundente. Tomó a los equipos de primer año y los puso a trabajar en ello.

—Bueno, creo que esto lo aclara todo —dijo Viggo.

—Sí, yo estoy con el Rey, no me haréis cambiar de opinión —dijo Ingrid.

—Y yo —dijo Nilsa.

—Lo siento, pero yo también —dijo Gerd a Lasgol y Egil.

Lasgol miró a Egil. Se sentía más confundido que nunca.

—¿Qué opinas?

Egil lo pensó un momento.

—O es un gran Rey o es un gran impostor.

Lasgol asintió. —En ambos casos, estoy en un gran lío.

—Muy cierto, mi querido amigo —le dijo Egil con rostro de preocupación—. Hay que llegar al fondo de este asunto... me temo que tu vida corre peligro mientras no seamos capaces de establecer cuál es el bando correcto.

—Menuda novedad —dijo Lasgol con una media sonrisa intentando quitarle hierro al asunto. Aunque la verdad era que estaba muy preocupado.

Capítulo 38

Aquella noche pocos pudieron conciliar el sueño. Las fantásticas nuevas llenaban sus jóvenes mentes y corazones.

¡La guerra había terminado!

¡Darthor había sido derrotado!

¡Habían ganado!

A petición del Rey, todos honraron los muertos por la patria y no hubo celebraciones. Sin embargo, en los corazones de todos la alegría era desbordante y tuvieron que hacer un esfuerzo enorme para contenerse. En los de todos excepto en el de Lasgol, que no podía dormir y se abrazaba a Camu mientras lo acariciaba.

Al amanecer, Oden los reunió a todos: los de primer, segundo, tercer y cuarto año y los hizo formar frente a la Casa de Mando. Dolbarar apareció seguido de los cuatro Guardabosques mayores.

—Este año habíamos suspendido la Ceremonia de Aceptación debido a la guerra. Sin embargo, su Majestad el Rey Uthar me ha pedido que, aprovechando que está aquí de paso y teniendo en cuenta que el enemigo ha sido expulsado de nuestras tierras, la llevemos a cabo. ¡Por lo tanto doy por inaugurada la Ceremonia de Aceptación!

Con el anuncio de Dolbarar la puerta de la Casa Mayor se abrió y Uthar apareció en su radiante armadura seguido del Comandante Sven y el Mago de Hielo Olthar. Gatik, el Guardabosques Primero, situaba en silencio a sus hombres cubriendo el perímetro. En cuanto el Rey puso un pie fuera de la casa, su Guardia Real lo rodeó.

—Será para mí un honor presenciar un año más la Ceremonia de Aceptación —dijo Uthar con una amplia sonrisa.

Dolbarar hizo una reverencia al Rey. —En ese caso comenzaremos con los Iniciados.

Dolbarar señaló dónde formaban los Guardabosques de primer año. Les dedicó una sonrisa tranquilizadora aunque muchos de ellos apenas podían contener el nerviosismo, les había pillado completamente por sorpresa.

—Muy bien, adelante —dijo Uthar—. Un poco de alegría y festividad nos animará después de tan malas experiencias.

—Si ya el año pasado fue singular, este año ha resultado ser todavía más extraño para los jóvenes a mi cargo —comentó Dolbarar.

—Lamento que nuestra pequeña guerra haya podido interferir en la instrucción de mis Guardabosques.

—Majestad... no es lo que quería decir... os lo aseguro...

Uthar soltó una carcajada. —Lo sé, pero no he podido resistirme —dijo de buen humor y siguió riendo.

Dolbarar sonrió. —Me alegra veros de tan buen humor esta mañana.

—Nieva poco, el enemigo ha abandonado el continente y he descansado como un oso en hibernación después de mucho, mucho tiempo... ¡Estoy eufórico! —rugió.

Dolbarar le hizo una reverencia.

—Nos complace y llena el corazón de alegría veros de tan buen humor, mi señor Rey.

—¡Adelante con la ceremonia! —dijo Uthar con un gesto.

—Como todos los años, será en esta ceremonia en la que se decida quiénes pasan al siguiente año y quiénes, por desgracia, serán expulsados —anunció Dolbarar—. Me he reunido con los Guardabosques Mayores para valorar los méritos de cada uno de vosotros. Los hemos sopesado y llegado a una conclusión.

—Guardabosques Mayores, la lista de primer año —pidió Dolbarar.

Eyra, Ivana, Esben y Haakon asintieron con una pequeña reverencia. Eyra avanzó hasta Dolbarar con paso solemne y le entregó un pergamino con los nombres de quienes habían pasado, quienes quedaban expulsados y los que habían recibido una Hoja de Mérito.

Dolbarar matizó.

—Para confeccionar la lista de aquellos que continuarán con nosotros y aquellos nos abandonarán se han tenido en cuenta los méritos de todos en todas las pruebas a lo largo del año así como las aptitudes mostradas día a

día. Leeré vuestro nombre en orden, subid y se os entregará una insignia. Ya lo sabéis pero lo repetiré: si la insignia es de madera, continuáis entre nosotros. Si la insignia es de cobre, no lo habéis logrado y nos abandonareis.

Lasgol observaba atento. No estaba nervioso pues todavía no era el turno de los de segundo año, pero sí estaba algo inquieto. No sabía muy bien por qué. Entonces escuchó un nombre y se dio cuenta.

—Valeria, sube a por tu insignia.

Lasgol observó cómo la rubia iniciada subía y recogía la insignia. La mostró a su equipo, era de madera.

«¡Bien, Val!» se alegró Lasgol. Se sorprendió de haberse alegrado tanto por ella.

No sólo Val consiguió pasar, sino que su equipo recibió una Hoja de Mérito. Conociendo a Val, no le extrañó lo más mínimo.

Los Iniciados fueron pasando. En su mayoría hubo escenas de alegría, pero como todos los años, unas cuantas de tristeza y desesperación... de los que no lo habían conseguido.

—Y ahora es el turno de los Aprendices —dijo Dolbarar para que se prepararan los de segundo año.

El estómago de Lasgol comenzó a dar tumbos. Egil se chupaba el dedo gordo. Nilsa que no podía estarse quieta daba vueltas alrededor del grupo. Gerd estaba tan pálido que parecía que le hubiera visitado un fantasma. Viggo tenía el entrecejo arrugado y ojos de odio. Ingrid, con los brazos sobre el pecho, miraba a Dolbarar confiada.

—Guardabosques Mayores, por favor, entregadme la lista de segundo año —solicitó Dolbarar.

Ivana avanzó hasta Dolbarar con paso solemne y le entregó los ansiados resultados.

Dolbarar estudió la lista, como repasándola antes de anunciar los nombres, y comenzó a leer. Isgord fue el primero en subir y lo hizo como era habitual en él, con la confianza de un héroe. Y pasó, aunque héroe no era. Mostró la insignia de madera a todos, exultante, orgulloso. Le siguieron los miembros de su equipo. Pasaron todos. A nadie le extrañó. No fue el caso de todos los equipos. De cada equipo había uno que no lo conseguía, como si los Guardabosques Mayores hubieran elegido los más débiles y los hubieran arrancado como yerba mala que no dejaba crecer a los demás. Abandonarían

el Campamento entre lágrimas y decepción.

Les llegó el turno a las Panteras de las Nieves. El orden en el que les llamaron fue el mismo que el año anterior. Ingrid subió la primera al ser el Capitán. Recibió la insignia de madera. Una sonrisa de triunfo apareció en su rostro. La alzó y se la enseñó a su equipo.

Aquello levantó la moral del resto. La siguiente fue Nilsa. Estaba muy nerviosa y tropezó cuando subió a recoger su insignia pero logró mantener el equilibrio de milagro y no caer sobre Dolbarar. Miró la insignia con ojos llenos de incredulidad:

¡Era de madera!

Dolbarar llamó a Gerd a continuación. El gigante subió con cara de estar a punto de vomitar. Recibió la insignia. Era de cobre. Bajó la cabeza, se le hundieron los hombros y con los ojos húmedos se retiró.

Lasgol sintió una pena y una impotencia extremas.

Viggo fue el siguiente. Avanzó como si fuera a pelear con alguien. Su rostro mostraba rabia, casi odio. Dolbarar le entregó la insignia y su expresión cambió por completo. Ahora era de pura incredulidad. Esperó un momento por si Dolbarar se había equivocado pero al ver que no era sí tuvo que retirarse completamente desconcertado.

¡También era de madera!

Tras Viggo le tocó a Egil que ya sabía lo que iba a suceder y se lo tomó con resignación. No se equivocó. Era de bronce. Suspiró profundamente y se retiró con el resto que lo abrazaron intentando consolarlo.

Finalmente le tocó el turno a Lasgol. Subió con el estómago dándole vueltas. Estaba mucho más nervioso de lo que esperaba y desolado por lo sucedido con sus amigos. Tenía esperanzas de pasar pero después de lo de Gerd y Egil, ya no lo tenía tan claro. Dolbarar le entregó la insignia. La miró.

¡Era de madera!

La alegría le desbordó. Fue corriendo hacia sus compañeros.

Dolbarar continuó con la ceremonia. Uno por uno fueron pasando todos los equipos. Había uno que interesaba en especial a Lasgol: los Búhos. Astrid pasó. La verdad es que Lasgol no tenía duda de que pasaría. Cuando recogió su insignia de madera pasó cerca de Lasgol e intercambiaron una mirada. Lasgol no supo discernir si era amistosa o no.

Cuando todos los equipos hubieron pasado, Dolbarar requirió a los Capitanes.

Ingrid, Astrid, Isgord, Luca y el resto de capitanes se presentaron frente a Dolbarar.

—La norma establece que tenéis la oportunidad de salvar a alguien de vuestros equipos de haber conseguido una Hoja de Prestigio por haber vencido en una de las dos pruebas este año.

Hubo un momento de duda y expectación.

—Las Águilas reciben una Hoja de Prestigio por haber vencido en la prueba de Verano.

—¡Bien! —exclamo Isgord exultante.

Lasgol ya contaba con ello así que no le extrañó. Le dolió haber estado tan cerca de ganar y no conseguirlo al final.

—La prueba de Invierno ha sido diferente este año —continuó Dolbarar—. Mucho más dura de lo que esperábamos inicialmente. Hay dos equipos que han sobresalido y recibirán una Hoja de Roble cada uno:

Se hizo un silencio y todos aguardaron las palabras del líder del Campamento.

—Las Panteras y los Búhos por comportamiento ejemplar, más allá del deber.

Las palabras de Dolbarar produjeron en Lasgol un sentimiento agrisulce. Podían salvar a uno de sus dos compañeros pero el otro sería expulsado. Miró a Egil y éste le hizo una seña negativa con la cabeza. Le estaba diciendo que no lo salvaran a él, que salvaran a Gerd. Lasgol sabía que Egil no daría su brazo a torcer y se le resquebrajaba el alma al ver cómo perdía a su compañero.

Ingrid le hizo una seña a Egil con la cabeza y éste repitió la negativa. Gerd con los hombros hundidos ni miraba lo que estaba sucediendo. Egil señaló al grandullón. Ingrid accedió y asintió.

—Panteras... Búhos... vuestra decisión —pidió Dolbarar.

—Salvamos a Gerd —dijo Ingrid señalándolo con el dedo índice. El grandullón estaba tan asustado que ni miró.

—En ese caso, Egil será expulsado —dijo Dolbarar.

A Lasgol el estómago se le revolvió.

—Tranquilos, es lo justo —les dijo Egil intentando quitarle hierro al difícil momento.

—Un momento, señor —dijo de pronto Astrid.

—¿Sí, Capitán de los Búhos?

—Tengo una petición, señor. ¿Podría usar la Hojas de Prestigio para salvar al expulsado de las Panteras?

Dolbarar miró a Astrid, luego a las Panteras.

—No es una petición común, pero hay precedente. ¿Por qué tal ruego?

—Las Panteras perdieron la prueba de Verano por nosotros, los Búhos. Es lo justo.

Lasgol y Egil intercambiaron una mirada de asombro.

—Podría concederlo, pero debe ser una decisión unánime —dijo Dolbarar señalando al resto de los Búhos.

Astrid asintió. Se volvió hacia los suyos y conferenciaron formando un círculo. Al cabo de un momento volvió a hablar.

—Es unánime. No tenemos expulsados y por lo tanto cedemos la Hoja de Prestigio al equipo de las Panteras de las Nieves.

—En ese caso, con dos Hojas de Prestigio las Panteras no tendrán expulsados —anunció Dolbarar.

Las Panteras estallaron en vítores, saltos y abrazos de júbilo.

Lasgol miró a Astrid lleno de agradecimiento. La morena le sonrió y le hizo un gesto con la cabeza.

Dolbarar continuó con la ceremonia y fue el turno de los de tercer año. Molak y las mellizas pasaron y se llevaron no sólo una Hoja de Prestigio sino el agradecimiento personal del Rey y el reconocimiento por la labor heroica de sus compañeros abatidos. Fue un momento solemne.

Los de cuarto año también habían tenido bajas en el frente ayudando a las tropas. El Rey Uthar pidió que ninguno fuera expulsado aquel año. Necesitaba Guardabosques que sustituyeran a los que habían caído en la guerra.

Dolbarar honró la petición del Rey y todos pasaron.

Finalmente el líder del Campamento finalizó la ceremonia con las palabras que siempre les dedicaba:

—Vosotros sois el futuro. De vosotros depende que la corona, el reino,

sobrevivan. Recordadlo siempre: *“Con lealtad y valentía el Guardabosques Real cuidará del Reino y defenderá la Corona de enemigos, internos y externos sirviendo con honor y secreto a su reino”*.

Los Guardabosques repitieron al unísono:

—*“Con lealtad y valentía el Guardabosques Real cuidará del Reino y defenderá la Corona de enemigos, internos y externos sirviendo con honor y secreto a su reino”*.

Tras la ceremonia todos volvieron a las cabañas comentando animadamente lo sucedido. La mayoría exultantes de alegría, unos pocos, devastados por la expulsión. Las Panteras estaban eufóricas por haber conseguido pasar el segundo año y no haber sido expulsados.

Y para rematar aquel magnífico día, les esperaba el banquete de graduación. Era un banquete muy especial, no sólo porque que estaría repleto de deliciosos guisos y dulces, sino porque la tradición mandaba que en ese banquete especial, los Instructores sirvieran a los alumnos. Viggo se frotaba las manos en anticipación y el estómago de Gerd rugía como un león.

—¡Va a ser estupendo! —dijo Nilsa.

Todos comenzaron a prepararse.

De pronto se escucharon dos golpes secos en la puerta.

—Oh, oh... —comentó Viggo.

Capítulo 39

Egil la abrió y se encontró a Gatik, Guardabosques Primero, acompañado de varios de sus Guardabosques Reales.

—¿Sucede algo? —preguntó Viggo que ya desconfiaba.

—Vengo en busca del Aprendiz Lasgol —dijo Gatik sin entrar.

Lasgol se puso rígido. Tenía a Camu entre sus manos. Se lo pasó a Egil con disimulo para que se encargara. La criatura le había cogido mucho cariño a Egil a lo largo del último año y no le importaba quedarse con él.

—¿Lo busca Dolbarar? —preguntó Viggo que ya sabía que no era así, pues en ese caso estarían hablando con Oden.

—No. Esta es una petición real.

Lasgol se acercó a la puerta.

—Guardabosques Primero —saludó Lasgol con una escueta reverencia.

—Aprendiz Lasgol, el Rey reclama tu presencia en la Casa Mayor.

Lasgol se quedó helado. ¿Qué querría Uthar con él? No podía ser nada bueno. Seguro que no.

Inspiró profundamente e intentó expulsar el nerviosismo de su cuerpo. No lo consiguió.

—Por supuesto —dijo Lasgol intentando sonar tan tranquilo como le era posible. Antes de salir le lanzó una mirada de desasosiego a Egil.

Lasgol siguió a Gatik. Tenía un muy mal presentimiento. Quizás fuera por lo de Egil. El Rey habría demandado explicaciones. O quizás fuera por lo de Darthor. No, de aquello no podía saber nada, pues no se lo había contado más que a sus compañeros. Pero si el Rey era el realmente el enemigo que Darthor decía que era, es posible que supiera más de lo que pudieran imaginar.

Entraron en la Casa Mayor y Lasgol se encontró con toda la plana mayor esperándole. En un lado, sentados a la gran mesa, estaban Dolbarar y los cuatro Guardabosques Mayores. Al otro lado del área común, junto al fuego,

sentados en unos sillones estaban El Rey, Olthar y Sven.

—El Aprendiz, Lasgol —anunció Gatik y lo dejó en medio de la estancia.

Lasgol se puso firme y cruzó las manos a la espalda. Sintió cómo todos los ojos se clavaban en él. Dolbarar rompió el silencio, se levantó y se acercó a Lasgol con una sonrisa amistosa. «Seguramente intenta calmarme para lo que se me viene encima» pensó.

—Bienvenido, Lasgol. He puesto al Rey al corriente de los acontecimientos más relevantes del Campamento.

—Un gran trabajo el realizado dando soporte a nuestras tropas —dijo Sven asintiendo.

—Eso es cierto, sin embargo lo ocurrido con el hijo del Duque Erikson no nos ha complacido nada —dijo Olthar negando con la cabeza.

Lasgol tragó saliva. Así que era por eso... tendría que negarlo todo...

—Pero no es eso por lo que te he hecho venir —dijo Uthar. Se puso en pie y se acercó a Lasgol con su imponente envergadura y presencia.

Lasgol bajó la cabeza ante el Rey.

—¿Cómo estás, joven Guardabosques?

—Bien... Majestad.

—Me alegra verte de una pieza. No creas que he olvidado que te debo la vida. Un Rey no olvida. Siempre tendrás mi gratitud por ello. ¿Reclamaste los títulos y tierras de tu padre, Dakon?

—Sí, señor.

—¿Tuviste alguna dificultad?

—Nada que no se pudiera resolver.

Uthar sonrió. —Me gusta el joven Lasgol. Tiene agallas y decisión. Además de reflejos felinos.

—Es uno de nuestros mejores Aprendices —le aseguró Dolbarar.

—Me ha contado Dolbarar lo que te sucedió al norte, durante la misión de rescate... lo que te sucedió es de lo más interesante...

Lasgol se tensó. No era por lo del hijo del Duque por lo que lo habían llamado era por aquello. Empezaba a presentir que estaba en un buen aprieto. Intentó mantener la calma.

—Quiero oír lo sucedido de tu boca. Cuéntamelo todo —pidió Uthar.

Lasgol suspiró. Lo más tranquilo que pudo, volvió a relatar la historia que ya les había contado a Dolbarar y los cuatro Guardabosques Mayores pero omitió la parte que tenía que ver con Darthor. Lo hizo conscientemente. Podía o bien omitir aquello o decir la verdad completa, pero en aquel momento no estaba seguro de qué era lo mejor. Algo en su interior, una voz, quizás la de su madre, le indicaba que lo mejor era no desvelarlo todo. Además, ya había dicho a todos que no vio a Darthor y por lo tanto no podía cambiar la versión de los hechos ahora.

Terminó de relatarlo. Las dudas le asaltaban al contemplar al Rey y a todos los presentes, sentía como si los estuviera traicionando. Le costaba creer que Uthar, al que tenía delante, con aquella presencia, no fuera el buen rey que todos creían que era. Todos excepto los padres de Lasgol. «Debería contar la verdad. Lo sé. Pero no puedo. No hasta estar seguro de cuál es la auténtica verdad». Una acidez que le subía por la garganta le hizo darse cuenta de que su silencio tendría consecuencias.

—Los Salvajes de los Hielos rara vez liberan a alguien... y Sinjor nunca —continuó Uthar—. ¿Cómo es que te dejaron ir?

—No lo sé, fue Muladin quién me dejó ir.

—El Hechicero de Darthor —dijo Olthar.

—¿Y no viste a Darthor? —preguntó Uthar clavando sus ojos azules en los de Lasgol. El tono era de acusación.

Lasgol se estremeció pero aguantó. —No... no lo vi.

—¿Seguro que sólo viste al gigante Sinjor y al hechicero Muladin?

—Sí, señor —mintió Lasgol.

—Te lo pregunto porque los tres consiguieron huir al Continente Helado. Necesito entender cómo lo lograron.

—No lo sé, señor...

—No creo que saquemos nada de él —dijo Olthar—. Y aunque hablara puede estar poseído por Darthor o bajo la influencia de un hechizo de Muladin.

—Eso explicaría por qué no recuerda a Darthor, si lo vio —dijo Sven.

—Y por qué lo han liberado —dijo Gatik.

Ambos se movieron junto al Rey.

—Apartaos de él, Majestad —le dijo Sven.

—¿Teméis que me ataque? —dijo Uthar extrañado.

Olthar intervino. —Majestad, recordad que Darthor ya poseyó a un Guardabosques. Podría estar controlando a Lasgol ahora mismo o el joven podría estar hechizado. En ambos casos es un peligro y un riesgo —dijo y con su báculo de poder señaló a Lasgol.

Uthar quedó pensativo. —Cierto. No sabemos qué hicieron con él allí. No puedo tener un asesino o un espía conmigo, aunque sea contra su propia voluntad.

Lasgol abrió la boca para protestar. Aquello sonaba mal.

—Hay una forma de estar seguros —dijo Dolbarar.

—¿Cómo? —quiso saber Olthar.

—La Sanadora Edwina —dijo Dolbarar.

—Cierto. Hacedla llamar —dijo el Rey.

Lasgol aprovechó el respiro para intentar pensar. Si Uthar le preguntaba aquello sólo podía ser por dos razones: una, que realmente fuera el Rey que todos pensaban que era y estuviera preocupado porque lo hubieran hechizado. Dos, no era así y el Rey estaba manipulándolos a todos. En ese caso tenía que andarse con mucho cuidado con lo que decía pues era un juego muy peligroso. Uthar estaría intentando adivinar si él sabía más de lo que sabía. «No sé cuál de los dos casos es... así que jugaré mis cartas lo mejor que pueda. Me mantendré en mi posición e intentaré descubrir qué sucede».

Edwina no tardó en aparecer. Le explicaron la situación de forma concisa.

—Entiendo... —dijo.

—Lo primero es ver si tiene la marca de Darthor —dijo Olthar.

—Lasgol, desnúdate por favor y tumbate sobre la mesa —pidió Edwina.

Lasgol se puso rojo como un tomate pero obedeció sin rechistar. La Sanadora lo inspecciono. Eyra la ayudaba. No encontraron marca alguna sobre su piel.

—Está limpio de marcas —dijo Edwina.

—¿Hechizos? —quiso saber Uthar.

Edwina puso las manos sobre el pecho de Lasgol y su energía sanadora comenzó a penetrar en su cuerpo. Por un largo rato la Sanadora buscó alguna forma de energía externa en el cuerpo de Lasgol pero no la encontró.

Finalmente retiró las manos y concluyó:

—No encuentro rastro alguno de magia. Está limpio.

Lasgol se vistió con rapidez.

—¿Todos convencidos? —preguntó Dolbarar.

Olthar asintió. Sven y Gatik también. Por último, el Rey se pronunció:

—Está limpio.

—¿Puede retirarse? —preguntó Dolbarar al Rey.

Uthar lanzó una intensa mirada a Lasgol, como intentando leer su alama.

—Sí, que se retire.

Lasgol salió de la Casa Mayor y al poner un pie fuera vio que estaba temblando por la experiencia. Había salido ileso y, sin embargo, ahora estaba más convencido que antes de que el Rey era un buen regente y que le habían engañado, tal y como le decían sus compañeros. Este sentimiento le hacía sentirse fatal por no haber contado toda la verdad.

A la mañana siguiente, Oden organizaba el pasillo de despedida para decir adiós al Rey. Estaba colocando a todos los equipos uno tras otros en dos largas hileras desde la puerta de salida al sur hasta la casa de Mando.

A las Panteras les tocó cerca de la salida, al sur. Se colocaron en fila. Nilsa, Gerd, Egil, Lasgol, Ingrid y Viggo. Ingrid no estaba conforme. Tendría que aguantar los comentarios de Viggo todo el desfile. Intentó cambiarse de lugar pero Oden le ordenó que no se moviera un ápice.

Y comenzó el desfile. Tal y como habían llegado, las fuerzas del Rey fueron saliendo mientras los Guardabosques formaban y cantaban una oda a los valientes.

El Rey Uthar detuvo su montura frente a Lasgol.

—Sin rencor. Tenía que cerciorarme —le dijo el Rey y le extendió su mano enguantada.

Lasgol se quedó perplejo. —Por supuesto, majestad. No podría... —se disculpó Lasgol cogido por sorpresa.

Estiró la mano y el Rey la sacudió con fuerza. Le dio un fuerte apretón como era costumbre entre los Norghanos.

—Majestad, no debéis deteneos, por seguridad —le urgió Sven para que siguiera avanzando.

—Lo sé, lo sé —dijo Uthar y miró al Comandante.

Y en ese instante algo sucedió.

Algo realmente insólito.

Camu apareció en el hombro de Egil. Se puso rígido y con la cola apuntó al Rey. Emitió un chillido que quedó tapado por el cántico de los Guardabosques y emitió un destello dorado.

El Rey soltó la mano de Lasgol para continuar avanzando. No vio a Camu pues miraba a Sven.

De súbito, el rostro de Uthar vibró, como si fuera una imagen distorsionada, como si uno se mirara en el agua de un lago y una onda distorsionara la imagen. Lasgol abrió los ojos de par en par. Por un instante no mayor que un pestañeo, el rostro de Uthar cambió. En lugar del rostro duro de piel blanca como la nieve y ojos azules como el mar bajo la melena rubia, apareció un rostro completamente diferente. Un rostro con una piel oscura como una noche sin luna con unos ojos verdes e intensos en una cabeza afeitada.

Lasgol no podía creer lo que sus ojos veían. A su lado Egil pronunció una palabra que le sacó de dudas:

—¡Fascinante!

El rostro de Uthar volvió a vibrar, la imagen sobre su rostro se volvió a distorsionar y el rostro original, pálido, rubio y de ojos azules volvió a aparecer.

Uthar avivó a su caballo y siguió adelante sin percatarse de lo que acababa de suceder.

—Dime que has visto lo mismo que yo —le dijo Lasgol a Egil.

—Es un cambiante. Ya no hay duda —le dijo Egil asintiendo.

Lasgol soltó un gran resoplido. Entonces se percató que Camu seguía estoico apuntando al Rey en el hombro de Egil.

¡Lo iban a descubrir!

«Camu, escóndete. Ahora». Le ordenó usando su Don.

Camu obedeció. Por suerte Gerd estaba junto a Egil y con su enorme cuerpo cubría a la criatura y medio Egil. Aun así, Lasgol miró en todas direcciones por si alguien lo hubiera visto. Todo el mundo estaba demasiado ocupado con la comitiva real y los cánticos para darse cuenta. De lo que

Lasgol no se percató era de que al otro lado unos ojos fríos y azules sí lo habían visto. Eran los ojos de Isgord. En su rostro apareció una sonrisa malévola.

Lasgol se giró hacia Ingrid a su lado.

—Ingrid, has tenido que verlo. Dime que has visto cambiar la cara del Rey.

Ingrid negaba con la cabeza.

—No lo niegues, le estabas mirando al rostro como yo. Tienes que haberlo visto.

Ingrid negaba con la cabeza. Pero negaba para ella, no para Lasgol, pues no podía creer lo que acaba de contemplar. Todo en lo que creía se derrumbaba ante sus ojos y por ello lo negaba. Se negaba a creerlo.

—¿Ver qué? —preguntó Viggo con el ceño fruncido.

—¿No has visto el rostro del Rey?

—Tengo cosas más bonitas que mirar que la cara de Uthar.

Lasgol soltó un resoplido cargado de desesperación.

Egil preguntó a Gerd que estaba a su lado y a Nilsa pero ellos no se habían percatado.

Lasgol inspiró profundamente. Esta vez no se equivocaba, esta vez estaba en lo cierto. El Rey era un Cambiante. Las palabras de su madre le vinieron a la cabeza:

“Uthar no es quien parece ser”.

La comitiva real terminó de pasar y las puertas del campamento se cerraron tras ella. Oden les ordenó romper fila y volver a sus quehaceres.

Las Panteras regresaron a la cabaña. Lasgol se sentó en su catre y por un largo rato no dijo nada. Le dio mil vueltas a lo sucedido en su mente buscando cada posible explicación y cada posible ángulo.

Cuando habló, en la cabaña sólo quedaba Egil que jugaba con Camu.

—Ahora todo tiene sentido... —dijo Lasgol asintiendo—. Ya sé por qué mi padre tenía esos dos libros —dijo señalando los libros sobre el baúl de Egil—. El Rey es un cambiante y Camu puede detectarlo.

—Exacto. Esa es la relación que no podíamos encontrar entre ambos libros —afirmó Egil—. Fascinante. Verdaderamente fascinante.

—También ratifica que lo que Darthor me contó sobre Uthar era verdad.

—Y por lo tanto debemos deducir que también dijo la verdad en cuanto a vuestro parentesco.

—Creo que sí. Darthor es mi madre. Ahora lo creo, por muy extraño que me parezca.

—¿Estás seguro?

—Sí. Cuanto más lo pienso más sentido tiene. Explica por qué mi padre atentó contra el Rey. Sabía que era un cambiante y al ver que no caería en la trampa que él y mi madre le habían tendido en el desfiladero, decidió matarle para desenmascararle allí mismo.

—Era un buen plan. De haberlo matado el Cambiante hubiera recobrado su forma natural. Sven, Olthar y los otros hubieran visto el engaño.

—Por desgracia no lo consiguió.

—Era un plan intrépido pero muy arriesgado.

—Y no salió bien... Al menos ahora sé por qué lo hizo. Ya no habrá más dudas ni pesadillas por las noches.

—Yo también podré dormir mejor, que te mueves todo el rato y me despiertas —le dijo Egil de broma.

Lasgol sonrió. —También explica por qué no me mataron cuando fui capturado. Y hay algo más... algo en mi interior me decía que ella era mi madre. No sé cómo explicarlo, quizás fuera su rostro, quizás sus palabras o el tono que usó conmigo, pero es lo que he estado sintiendo.

—Eso significa que hemos estado apoyando al bando equivocado.

—Eso me temo.

—El bando que ha terminado ganando la guerra...

—Sí...

—¡Qué giro de acontecimientos! —exclamó Egil excitado—. Ni en mil años lo hubiera imaginado.

—Uthar nos ha manejado a todos como marionetas.

—El Cambiante —aclaró Egil—. Ese no es el verdadero Uthar.

—¿Qué quieres decir?

—Ese ser, el Cambiante, se hace pasar por Uthar, pero no es él.

—Oh, cierto. ¿Crees que el verdadero Uthar seguirá con vida?

—No lo sé, pero mucho me temo que no. ¿Para qué correr el riesgo cuando has engañado a todos?

Lasgol resopló. —¿Se habrá dado cuenta de que le hemos descubierto?

—No creo —dijo Egil negando con la cabeza—. Yo diría que no. No me ha dado esa impresión. Ha sido sólo un instante y no ha podido verse a sí mismo.

—Entonces estamos a salvo de momento.

—Estarás a salvo mientras estés en el Campamento —le dijo Egil—. Si descubre que sabes la verdad te matará. No puede correr el riesgo, más sabiendo quién eres.

—¿Qué hacemos?

—Lo que hace todo buen Guardabosques: observar y aguardar el momento propicio para actuar. El Rey ha vencido, no podemos cambiar eso ahora. Darthor ha huido al Continente Helado. Nosotros hemos terminado el segundo año y conseguido graduarnos... Dejaremos que los acontecimientos sigan su curso y nos mantendremos alerta esperando una oportunidad.

—¿Una oportunidad?

—Para desenmascarar al Cambiante.

—Si no nos mata antes...

—Correcto, mi querido amigo.

—Pues se nos presenta un tercer año de lo más interesante...

Egil sonrió de oreja a oreja.

—¿Acaso no lo son todos?

—Mejor no pensar en ello.

—Cierto. Ya afrontaremos el tercer año cuando toque.

—Vamos a cenar con los otros antes de que Gerd se lo coma todo.

Los dos amigos acariciaron a Camu y se dirigieron hacia el comedor a disfrutar la última cena antes del descanso invernal.

FIN

Nota del autor:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo ya que no tengo editorial que me apoye. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace : [Escribir mi opinión](#)

Muchas gracias.

Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

Quiero agradecer a mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí ha estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y “plot twister” excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo listo para que los “deadlines” se cumplan. ¡Un millón de gracias!

A Luis R. por las incontables horas que me ha aguantado, por sus ideas, consejos, paciencia, y sobre todo apoyo. ¡Eres un fenómeno, muchas gracias!

A Keneth por esta siempre listo a echar una mano y por apoyarme desde el principio.

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martinez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artista con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles. No dejéis de visitar su web: <http://envuelorasante.com/>

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

La aventura continua en:

[El Misterio de la Tundra: \(El Sendero del Guardabosques, Libro 3\)](#)

